

LOS CAÑONES
DE LOS

*El hombre más misterioso
y brillante de la historia*



édici



Martin Woodhouse
Robert Ross



En el otoño de 1477, Florencia, la cuna del renacimiento italiano estaba en grave peligro. Castelmonte, una fortaleza estratégica enclavada en el camino principal a Roma, había sido capturada por la avanzada del ejército del Papa.

Las ambiciones de Roma eran muy claras para Lorenzo de Medici, gobernante de los florentinos. El venal papa Sixto IV y su engañoso cardenal Borgia habían conspirado para apoderarse de los tesoros de las opulentas ciudades-estado de Italia, y nada podía detener sus fuerzas mientras Castelmonte estaba en sus manos. Florencia estaba condenada a menos que la enorme fortaleza pudiera ser capturada antes de la campaña de primavera del enemigo. Durante meses, los Médicis no habían logrado abrir una brecha en los muros inexpugnables de Castelmonte y se necesitaba con urgencia una nueva estrategia.

Ante el asombro de sus cortesanos, Lorenzo recurrió a un excéntrico joven artista que pintaba con las dos manos a la luz de las velas y malgastaba sus días llenando la libreta atada a su cadera con divagaciones impías y bocetos de extravagantes experimentos. Cometas, nubes, ángeles, flechas: sus incursiones habían encantado a algunas damas de la corte, pero ¿qué sabía este advenedizo de artes marciales y máquinas de guerra? Solo un gambito brillante y atrevido podría salvar a Florencia, y Lorenzo de Medici había puesto su destino en manos de un impetuoso aficionado: Leonardo da Vinci.

Ésta es la primera parte de la trilogía novelística de un viaje sorprendente a través del ingenio y las invenciones de una de las mentes más brillantes de la historia.

OceanofPDF.com



Martin Woodhouse & Robert Ross

Los cañones de los Médici

Leonardo da Vinci - 1

ePub r1.0

Titivillus 19.10.2022

OceanofPDF.com

Título original: *The Medici Guns*
Martin Woodhouse & Robert Ross, 1975
Traducción: Jesús Francisco Conde de Arriaga

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

Para Penny, de nuevo,
y a Ranette, siempre

Sólo un audaz ardid podrá salvar Florencia. Los Médici miran a un joven y vehemente genio: Leonardo da Vinci.



OceanofPDF.com

PERSONAJES

Principales:

Leonardo da Vinci	El inventor de los cañones de Medici Buscador de la verdad
Guido Toscanelli:	Condotiero al servicio de Florencia.
Andrea del Verrocchio:	Artista y maestro del estudio donde trabaja Leonardo
Doctor Cino di Lapo Mazzone	Erudito y consejero de la corte de Lorenzo de Médici
Fray Sigismundo Carregi	clérigo y tutor de Bianca Maria Visconti
Matteo Barletta	Arquero y amigo de Leonardo da Vinci
Federigo da Montefeltro	condotiero empleado por Roma, duque de Urbino. Comanda a los mercenarios que defienden Castelmonte

Los artilleros de los médicos

Rodrigo Leone:	capitán de artillería del ejército de Florencia.
Scudo:	teniente artillero.
Agnolo Fulvio:	teniente artillero.
Cipriano di Ser Giacomo	artillero.
Giachetti di Lucca	artillero.
Tesoro di Veluti	artillero.
Andrea di Veluti	artillero.
Marco di Carona	artillero.
Piccio Berignalli	artillero.
Balestraccio	artillero.
Guccio Berotti	artillero.
Tomasello Cennini	artillero.
Giunta di Lenzo	artillero.

La corte florentina

Lorenzo de Médici
Giuliano de Médici
Guido Toscanelli
Bianca Maria Visconti

Constanza de Ávalos:
Carla de Ávalos:
Silvio Grimiani di Torino:

gobernante de la República de Florencia.
hermano de Lorenzo de Médici.
condotiero al servicio de Florencia.
protegida de Lorenzo de Médici, prima de
Ludovico Sforza, regente del ducado de Milán.
protegida de Lorenzo de Médici, prometida de
Giuliano de Médici.
hermana de Constanza de Ávalos.
príncipe de Saboya.

La corte papal

Sixtus IV, Francesco della Rovere
Rodrigo Borgia
Domenico della Palla
Girolamo Riario
Rafaello Sansoni-Riario
Manfredo Romolo-Paro

Papa
Cardenal
Cardenal, canceller apostólico
conde de Imola, capitán general del ejército de
la Santa Iglesia de Roma.
Cardenal
Obispo

Los conspiradores

Jacopo Pazzi
Francesco Pazzi
Paolo Pazzi
Ippolito Pazzi
Benno Foscari
Bernardo Bandini
Mario Bandini
Francesco Salviati

banquero de Florencia.
su hijo.
su hijo.
su hijo.
asesino.
asesino.
asesino.
arzobispo designado de Pisa.

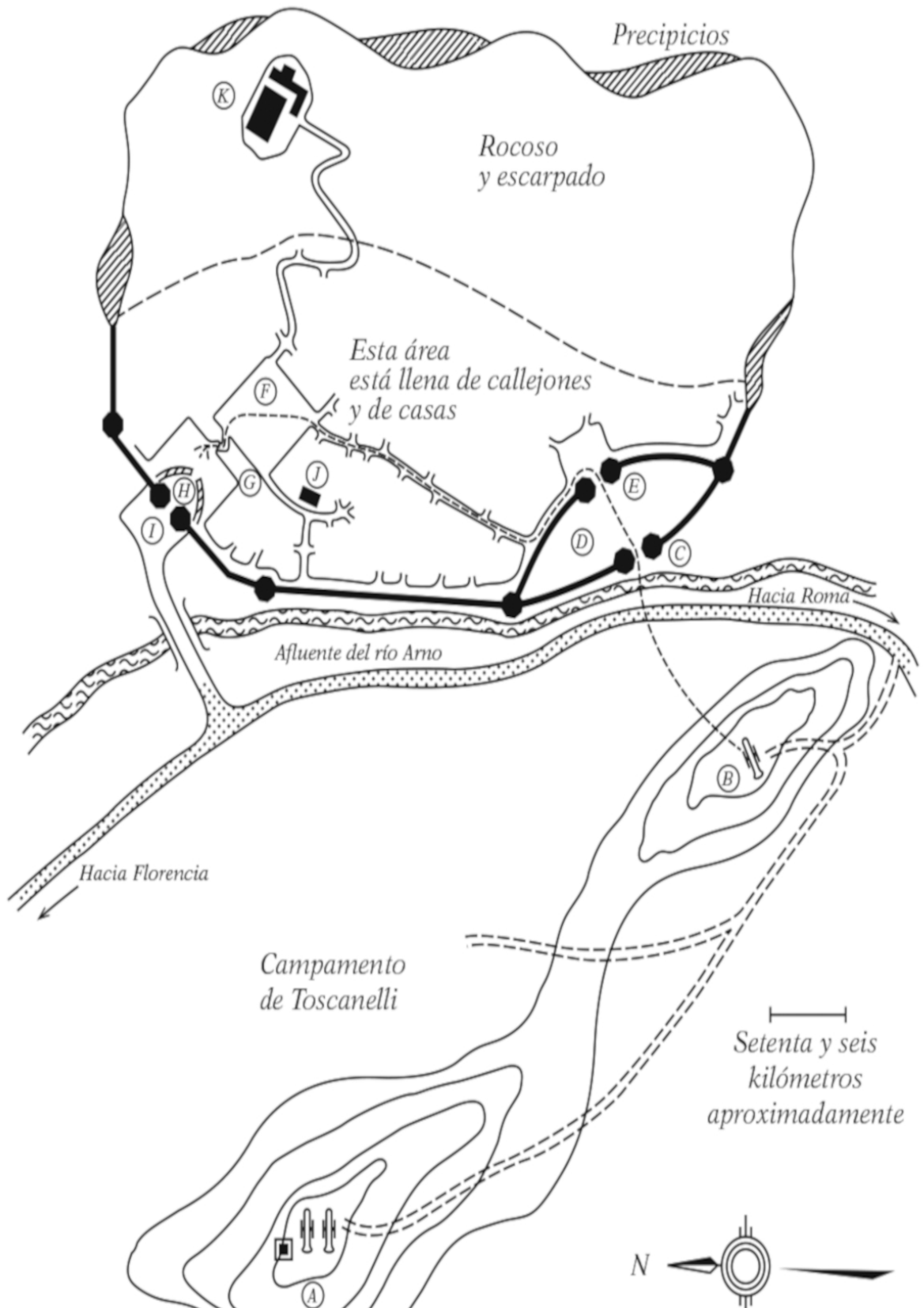
Los defensores de castelmonte

Giovio della Rovere
Bona della Rovere
Federigo da Montefeltro
Guido Falcone di Riccomano
Rodolfo Peruzzi
Guaspere di Piombino
Nofri
Alessandro Gambacorte
Mariano di Gaddo
NoIdo Pellegrini

gobernador de Castelmonte.
su esposa
condotiero, duque de Urbino.
capitán.
comandante de vigilancia.
su segundo al mando.
soldado.
soldado.
soldado.
zapatero.

* Estos personajes son históricos. Pistrola y Castelmonte, aunque bastante parecidas a muchas de las ciudades y villas fortificadas de Toscana, sólo existen en nuestra imaginación.

OceanofPDF.com





1

La ciencia es el estudio de las cosas posibles.

—LEONARDO DA VINCI

OceanofPDF.com

I

DURANTE todo el día, debajo de un cielo toscano pálido y humeante, dos enormes cañones vomitaron fuego.

Lo habían hecho durante siete semanas que se perdieron inútilmente, en el estruendo del choque de una monstruosa fuerza con una fuerza mayor: el sólido granito de tres metros de espesor que, con una grieta de una pulgada por aquí y un poco de polvo derramado por allá, aún se mantenía erguido ante la andanada de tiros de unos cuarenta y cinco kilos de hierro.

Cada cañón disparaba tres cargas por hora. Así, a ambos lados de Rodrigo Leone, capitán de artillería del ejército de Florencia y de los Médici, el profundo bramido se elevaba en intervalos de diez minutos, golpeando sus tímpanos rellenos de algodón mientras sus tenientes ceñían las mechas a las andorgas de los cañones. Las líneas de pólvora siseaban y se encendían para morir en una fracción de segundo mientras el fuego reptaba como una serpiente hasta la recámara del cañón. El poder acumulado rugía por un momento interminable dentro de las poco más de ocho pulgadas de grosor de bronce milanés para encenderse y arder y estallar, estremeciendo las cuatro toneladas del cañón y cinco más de la cureña hecha de roble y ébano, junto a la piel sujeta a los ejes engrasados y las ruedas talladas de haya del tamaño de un hombre, antes de devolver estos pertrechos a la tierra apilada del fortín. ¡Ay del niño artillero que, absorto por el titánico poder al que servía o ensordecido hasta la estupidez por las ocho horas de ir y venir con la carga, dejara descuidadamente su pie en el camino surcado para el retroceso de los cañones!

En aquel largo momento de calma antes del estallido, Rigo le volvió la espalda a Scudo, a su izquierda, y a Agnolo Fulvio, a su derecha —quien saltaba ágilmente hacia atrás, con un cerillo en la mano—, para dirigir la

cabeza hacia el imponente muro que buscaba romper, a unos ochocientos metros cruzando el valle. Algunas veces, su ojo de artillero alcanzaba a mirar la trayectoria del proyectil de nueve pulgadas; en otras, imaginaba que lo veía, y a menudo el veloz tiro se le perdía hasta que se impactaba en contra de la gris e implacable almena de la ciudadela de Castelmonte.

Al mirar la lluvia de pedazos de roca destrozada, sabía, antes de que el proyectil reposara en la tierra inclinada al pie del muro y rodara hacia la ciénaga, lo que había causado. Esperando siempre ver la grieta extenderse, la caída de las piedras superiores que anunciara que el golpe —sólo éste— había traído el principio del fin medía su éxito en onzas, en fragmentos de superficie descascarada o de piedra erosionada, como un escultor que cincela a voluntad el mármol astilla por astilla, ora dando golpes de cincel, ora retrocediendo para evaluar su trabajo. “Paciencia”, les decía a sus cañones, acercándose a ellos con el pensamiento; y, de izquierda a derecha, las ennegrecidas bocas le respondían a su vez: “Paciencia, ¿qué puede resistirse a nosotros? Tiempo al tiempo, todo cae; sólo espera”.

Había sido, por mucho, una guerra larga y vana, librada en un soleado otoño. Sólo los artilleros sudaban, la piel tatuada con la pólvora enquistada en sus dedos, en las muñecas y en el cuello. Eran cuarenta valientes que trabajaban día y noche, comían y dormitaban encima de una colina, desde donde se veía el pequeño afluente del río Arno que formaba el perímetro de la defensa del fuerte de Castelmonte. Relevados en grupos de seis durante quizá medio día por cada diez, caminaban a Pistrola, el pueblo más cercano, y bebían en silencio en la taberna.

Era imprudente —como habían descubierto muchos hombres de la infantería— importunar a un artillero, aunque hacerlo era difícil, porque era necesario gritar para lograrlo, pues los artilleros no escuchaban bien después de los veinte. Un artillero, sin embargo, era capaz de ofenderse ante una gesticulación exacerbada antes de escuchar lo que se le decía, a menos que los ademanes fueran corteses y estuvieran acompañados de un tarro y una sonrisa franca y amable. Además, los artilleros eran muy fuertes: comenzaban a los catorce, como aprendices, lanzando barriles de pólvora; luego pasaban —cuando sobrevivían— a cargar municiones, y después —cuando la barba les había medianamente crecido— a levantar, enviar,

almacenar y aguantar en sus hombros poco más de ocho toneladas de armamento yendo de aquí para allá en la búsqueda de un buen tiro.

Este adiestramiento le había dado a cada uno de los artilleros, para bien o para mal, tres características: espalda ancha, propensión al alcohol y un gran —algunos dirían que un tanto excesivo— amor propio. De este modo, cuando en septiembre un desdichado soldado florentino vociferó estruendosamente, y tras varios intentos de llamar la atención, que Rigo Leone tenía apenas dos tercios del tamaño de un hombre y que parecía un cerdo, tanto por su figura como por los siglos de suciedad que ennegrecían la piel que llevaba descubierta, éste lo levantó por encima de su cabeza y lo lanzó a través de la ventana de la taberna, haciendo que se rompiera el cráneo con el dispensador de un bebedero para caballos que se encontraba al otro lado de la calle.

Una vez que se supo del altercado y se corrió la voz del escarmiento, los artilleros —cuya conversación normal podía ser escuchada a un kilómetro y medio de distancia mientras se aproximaban a Pistrola— a menudo encontraban la posada vacía u ocupada sólo por aquellos que tenían la sana y respetuosa costumbre del silencio. Entonces bebían, complacidos por una tarde en que las únicas armas destinadas al asedio eran las putas y las hijas de aquellas putas, con quienes regresaban con gran placer y un perverso orgullo enhiesto.

Que el muro de Castelmonte hubiese sobrevivido por siete semanas lo tomaban como una afrenta personal; pocos de ellos habían desarrollado la paciencia que tenía su capitán. Pero había sobrevivido y parecía que sobreviviría todavía más. Si sus armas le hablaban a Rigo de paciencia, ésta no lo era todo, porque en una o dos semanas llegaría el aliado más poderoso de Castelmonte: el invierno.

* * *

En esta tarde moribunda de octubre de 1477, dos hombres a caballo observaban el sitio de Castelmonte desde una pendiente sobre el camino que atravesaba el valle alto del Arno y comunicaba Florencia con Roma. Debajo de ellos, en la cuenca entre los cañones y la ciudad, la infantería del condotiero Guido Toscanelli, mercenario al servicio de Florencia, se

arremolinaba sin rumbo entre las filas de tiendas y por la orilla bordeada de sauces de un arroyo que alimentaba al pequeño río que corría debajo del muro de la ciudadela. Pocos se aventuraban a colocarse junto a la corriente: estaba a tan sólo diez pasos de las almenas y, por lo tanto, al alcance de los arcos de los sitiados.

Entre el río y la guarnición de los artilleros, los cascos de los caballos de los Médici herían las columnas de polvo del viejo camino. Los caballos caracoleaban al mismo ritmo, furibundos y nerviosos, con cada bramido de los cañones. El humo serpenteaba desde la cima de la colina, se hundía en el aire calmo del otoño y caía en el pasto pardo, lodoso y pisoteado, incrustándose acremente en los pulmones de los hombres concentrados en su rutina nocturna.

El hombre sobre el enorme caballo ruano dio una ligera palmada sobre su montura y señaló hacia donde, a cien pasos de distancia, la tela de un pabellón carmesí se había abierto y una silueta vestida con una endeble armadura emergía.

—Ajá —exclamó el hombre del ruano—, el buen Toscanelli está tomando el sol. Un hombre ocioso —sonrió mientras agitaba en el aire una mano cubierta por un guante blanco. El hombre de la tienda regresó el saludo con un gesto de sus labios—. Un hombre ocioso —repitió Giuliano de Médici—, y aun así un buen soldado.

—¿Por qué ocioso? —preguntó el jinete que iba detrás de él, quien montaba un caballo picazo y sostenía las riendas con la mano derecha, mientras que con la izquierda dibujaba en la primera página de una libreta que descansaba en su muslo, atada con un delgado lazo que se ceñía a la cintura de su capa para mayor seguridad.

Ambos hombres estaban en sus veinte. Excepto porque el arnés del caballo picazo estaba hecho simplemente de piel y el del ruano de Giuliano brillaba por los remates de oro y de plata, ambos estaban bien vestidos, eran bien parecidos por igual y los dos tenían la misma apariencia seductora y el mismo temperamento. A la distancia, podrían pasar por hermanos. Es cierto, el jinete del ruano sonreía con facilidad y muy a menudo, mientras que su compañero tenía un semblante más adusto, pero esas cosas no eran fáciles de ver a la distancia.

El hombre montado en el picazo dejó caer deliberadamente el carboncillo al suelo, soltó las riendas y desempolvó las puntas de sus dedos.

—¿Por qué le dices ocioso? —preguntó de nuevo—. No tiene mucho qué hacer. Mientras tu capitán de artillería no rompa aquel muro, una circunstancia para la que todos quizá debamos esperar más tiempo, ¿cómo podría mantenerse ocupado? ¿Tocando la puerta principal para que lo dejen entrar o retando a Montefeltro a un duelo?

—Así habla un artista —dijo socarronamente Giuliano—. Mejor quédate con tu caballete, mi perspicaz amigo. Aquí Guido y yo somos soldados. Donde tú ves volutas de humo elevarse, yo huelo azufre. Donde tú ves siluetas en un paisaje...

—¿Cómo sabes lo que veo?

—Lo supongo, Leonardo, lo supongo. Cuando tenía diez, o quizá doce años, si no mal recuerdo, mis maestros me impelían a salpicar pintura en lienzos, a tocar el laúd y a entregarme a ese tipo de frivolidades. Les dije que mis dedos no hablaban por mi alma, que era, no obstante, la de un artista, y convertí aquellos lienzos en un papalote.

—Que por cierto nunca se separó de la Madre Tierra —respondió con humor el hombre en el caballo picazo.

—De acuerdo. De cualquier modo, insisto en lo de mi alma artística.

—Prosigue, entonces. Donde yo veo siluetas en un paisaje, con los ojos de un chiquillo de diez años, no lo niego, ¿qué es lo que percibes tú, Giuliano?

—Soldados ociosos. Míralo por ti mismo. Han puestos sus tiendas en tierra baja para poder estar cerca del agua, siendo demasiado perezosos para llevar sus cántaros más allá de diez pasos, y por ello se asfixian por el azufre de Rigo. Pero, Leonardo, si tan sólo se tomaran el trabajo de llevar el agua a treinta simples pasos colina arriba, podrían respirar fácilmente. No me preguntes, por cierto, por qué los cañones huelen a azufre: simplemente así huelen. Yo...

Sus palabras se ahogaron en el estallido de uno de los cañones apostados desde la colina a su izquierda. Por el tiempo que tomó el eco del disparo en desvanecerse, Giuliano había perdido su turno en la plática: el hombre del caballo picazo estaba hablando.

—No necesito preguntártelo —dijo Leonardo da Vinci—, los cañones huelen a azufre por la única razón de que la pólvora está hecha de azufre, además de salitre y carbón. Por eso cabalga conmigo y aprende: toda amistad conlleva un beneficio, y más para los que tienen la cabeza dura. Mañana, si la fortuna nos sonríe, podría enseñarte a volar un papalote.

* * *

A poca distancia de ahí, encima de la colina, los artilleros de Florencia aún se ocupaban de sus cargas entre disparo y disparo, llevándolas en palanca hacia delante desde los bancos de retroceso con vigas de madera y con los hombros que se tensaban contra las ruedas y el carro. Mientras que uno de los artilleros empujaba un atacador de fresno de cuatro metros y medio de alto, rematado con tiras de tela empapadas en aceite, por la boca del cañón de Agnolo Fulvio para limpiar la recámara, Rigo Leone se levantó, jugueteando con un guijarro pulido entre sus dedos y pensando en la luz del día que le quedaba. La puesta de sol anunció el final del asedio de ese día; sólo faltaba que Rigo también lo hiciera. Arrojó la piedra lejos de él.

—Suficiente —dijo.

Agnolo Fulvio alejó a los chicos encargados de la pólvora. Sus hombres se alejaron de los radios de las cuatro enormes ruedas, con las frentes enmugrecidas y bañadas en sudor. Por casualidad escupió en la recámara, y el escupitajo silbó quedamente; los ejes del cañón chirriaron antes de detenerse. Agnolo levantó un dedo en dirección a su capitán, quien se acercaba.

—Uno más —dijo—, uno solo, Rigo.

—No —respondió Rigo.

—Dame mis treinta. Sólo me falta uno.

—Entonces ¿hay algo mágico en el treinta?

—No es magia. Es sólo una simple satisfacción del espíritu —repuso Agnolo, mostrando los dientes—. El veintinueve, tan falto de forma y de plenitud, me ofende. Allá está de pie el duque de Urbino, haciendo marcas en un palo de madera y el recuento de los regalos que le enviamos. Habiendo alcanzado veintinueve, sin duda su cuchillo sigue listo. ¿Quién soy yo para decepcionarlo? No podría dormir bien, Rigo.

El capitán de artilleros dio un golpe en el suelo.

—Tengo más en qué pensar que en las cuentas de Montefeltro y en tus pesadillas —respondió—. Deja tu mano quieta en la recámara.

Agnolo descansó su palma enfebreceada en el calor del metal, quitándola de nuevo con premura sospechosa. Como para desmentir la clara evidencia que le daban sus sentidos, dejó descansar su espalda vestida de cuero en el cañón.

—El arma disparará desde ahora y hasta el día del Juicio Final —dijo.

—No mientras yo esté aquí —repuso Rigo.

Había cierta formalidad en la forma de este intercambio entre el capitán de artilleros y su teniente debido a que tenía lugar —con algunas ligeras variantes— cada tarde y, de hecho, era la señal para el cuerpo entero de artilleros de que el día de trabajo había terminado. La cuadrilla del segundo cañón salió junta, con excepción de aquellos aprendices cuya labor era limpiar el obús y sus aditamentos antes del amanecer y de la molesta inspección matutina de Rigo.

—¡Treinta! —anunció inocentemente Scudo al llegar justo después que su comandante—. Un buen día. Dios nos depare más como éstos. Aunque creo —prosiguió, entrecerrando los ojos para mirar al cielo— que ya huelo la nieve.

—Deja la nieve en paz —repuso Agnolo—. Dinos cómo hiciste esos treinta disparos que dices. ¿Acaso no disparamos nosotros el primer tiro de la mañana?

—Es posible —admitió Scudo.

—Entonces, indudablemente debo haberme quedado dormido durante la jornada, puesto que permití que ustedes dispararan dos veces por una sola mía. Tres, de hecho, puesto que yo disparé al último en esta tarde.

—Eso, también, es posible —convino Scudo—. Por cierto, tu casaca está humeando, amigo Agnolo, lo que significa que dejaste, como siempre, que tu arma se sobrecalentara.

Agnolo se impulsó con los codos para levantarse de la recámara del cañón, palpando la parte baja de su espalda para refutar la calumnia. Scudo se rio. Mientras tanto, Tesoro di Veluti —quien a sus diecisiete años era el

artillero hecho y derecho más joven del ejército— se había deslizado alrededor de la parte trasera del carro para tocar el hombro de Agnolo.

—Yo estuve contando los disparos, Agnolo —dijo cautelosamente—. Empezamos con cincuenta, y ahora no nos quedan sino diecinueve, así que...

—Así que te has tragado uno, me atrevo a decir, y Agnolo otro —acotó Rigo malhumoradamente—, así que quizá podemos parar todo este parloteo porque tengo mejores cosas que hacer que quedarme aquí a escucharlos. Scudo, ¿dijiste que oliste la nieve?

—No —contestó Scudo—. Era una broma.

—Entonces deja tus bromas lejos de mis oídos, Scudo. La nieve es un asunto delicado —volvió a patear la tierra con la punta de sus botas, dio media vuelta y se alejó del cañón para saludar la llegada de uno de los dos jinetes que acababan de cabalgar por la cuesta contraria de la colina.

—Bienvenida la caballería —dijo.

Leonardo da Vinci y Giuliano se apearon, sujetaron las riendas del picazo y del ruano en uno de los postes del rústico cobertizo de paja que hacía las veces del almacén de campaña para los cañones del sitio. Giuliano se alejó con pasos largos dejando a Leonardo, que tenía una vez más en la mano su cuaderno de apuntes, en el cobertizo.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

—Muy mal —respondió Rigo—. Pero siempre hay un mañana.

—Y el día que le sigue —contestó Giuliano—. En fin. —Miró a través del valle la ciudad de Castelmonte—. Un muro firme, entonces —continuó—. Empiezo a pensar que todo esto es un ejercicio infructuoso, y al decir esto no pretendo reconvenirlo de ningún modo, capitán. ¿Qué dice usted?

—Mi opinión es la de un artillero, como siempre —respondió Rigo—. Es un muro muy firme, pero lo haré caer.

Giuliano de Médici miró fijamente al capitán de artilleros.

—Vamos, Rigo —dijo indulgentemente—, estás hablando a solas conmigo, no con mi hermano Lorenzo, y no eres un caballero entontecido que debe endilgarme frases y lisonjas. Mejor dime: ¿cinco días?, ¿diez?, ¿veinte?

—Diez —aseveró Rigo—. Diez, pero el suelo se reblandece. He escuchado que los caballos pueden presentir el mal clima antes que los hombres. ¿Qué dice tu caballo? Dame lluvia, como en septiembre, y estoy en problemas; dame nieve y estoy perdido. ¿Entiendes?

—Ciertamente. ¡Dios! Federigo da Montefeltro debe estar ahí, riéndose de nosotros —dijo Giuliano—. Él saqueó Volterra por nosotros, y Forlì. Ahora tiene a Castelmonte en nuestra contra, y con más éxito que el que logró en Forlì o Volterra.

—Es un zorro —asintió Rigo—. Sin embargo, con la venia de Dios, lo sacaré de ahí para ti. —Su semblante cambió—. Mira —advirtió—, ¿acaso ése no es Montefeltro? ¿Crees?

Desde el muro de Castelmonte, una trompeta emitió una sola nota ahogada. Hubo un momento de silencio y después, quedamente, el ritmo cansino de un tambor emergió, calculado y amenazante. Todos los hombres en la colina volvieron su rostro hacia la ciudad. El último halo del sol poniente a sus espaldas tiñó las almenas de un rojo esplendente, y, a la izquierda de aquel punto de la cima del muro donde un disparo de Rigo Leone había reducido sus dientes de granito a tan sólo muñones irregulares y desastrados, se reunían muchas siluetas.

—No es Montefeltro —anunció Agnolo Fulvio—. Son once, pero el duque no está entre ellos.

—Confío en tu vista —dijo Rigo—. Pero ¿entonces quiénes son?

—Dame un segundo. La luz es escasa, pero reconocería a Montefeltro por su modo de andar donde estuviera. Lo he estudiado lo suficiente.

—Uno, cuando menos, es Giovio della Rovere —dijo una sosegada voz detrás de ellos. Se volvieron. Leonardo da Vinci había llegado desde su atalaya a un lado del cobertizo de paja, su mano derecha dentro de su túnica, a la altura del pliegue del pecho—. También está su esposa, por lo que veo —prosiguió el artista—. Una mujer que espera un niño, ¿estoy en lo cierto?

—Así es —gruñó Rigo—. Ésa debe de ser la dulce condesa Della Rovere. Una perra de la jauría del mismísimo infierno. Parece que usted también tiene la vista afilada, señor. ¿Quién más?

—Seis soldados y un prisionero —respondió Leonardo—. Un hombre alto, rubio y sin barba. Viste una brigantina, por la que deduzco que pertenece a la caballería. Giuliano, ¿qué piensas tú?

—Tedesco Giasone —dijo Giuliano—. Lo apresaron en una expedición hace cuatro noches.

—Entonces recen por su alma —respondió melancólicamente Leonardo—, porque con ellos está el verdugo. El onceavo hombre... ¿lo ven, a la sombra de la torre? No lo reconozco. Es un hombre de mediana estatura y lleva armadura.

—¿Armadura? —Giuliano frunció el ceño.

—Una ligera, acanalada, al modo de algunos caballeros sajones que he visto. El peto es flexible, las costuras son negras. Hacia el hombro izquierdo lleva una cruz dorada.

—¿Puedes ver todo eso, Leonardo? Yo no, y tengo una aguda vista por la cetrería, así que tú dime.

—Es como lo describí —replicó Leonardo da Vinci—. ¿Lo dibujo para ti?

—No es necesario —contestó Giuliano—. Sé bien quién es: el conde de Imola.

Detrás de él, varios artilleros cruzaron miradas. Rigo Leone golpeó con el puño el carro de roble del cañón.

—En efecto —dijo Giuliano—. Recen por el alma de Tedesco Giasone. ¿Estás seguro, Leonardo? ¿Es un hombre de cabello negro? —Leonardo asintió, y Giuliano se quitó un guante, con el que golpeó la palma de la otra mano—. Entonces es Riario —continuó—. Riario. ¿Cómo llegó aquí? No se había dejado ver hasta ahora. No importa. Por la sangre de los santos; pero un hombre con pacto con el Diablo como el que Girolamo ha debido firmar sin duda puede traspasar nuestras líneas sin que lo vean o en la forma de alguna bestia salvaje. O al menos eso me dirían mis caballeros.

* * *

Sobre las murallas de Castelmonte, Girolamo Riario, conde y protector de Bosco y de Imola, hijo bastardo del papa Sixto IV y capitán general del Ejército de la Iglesia de Roma, miraba impasible los preparativos de la

ejecución de Tedesco Giasone. Si hubiera podido escuchar las palabras pronunciadas por Giuliano de Médici en la lejana colina, las hubiera respaldado, porque mostraban a sus enemigos un temperamento que quería avivar. De hecho, exaltar tal temple era todo el propósito de la escena que estaba siendo montada delante de él, puesto que no guardaba ningún rencor al hombre que estaba atado a la tronera, la cabeza hacia abajo, colgando hacia afuera del muro, con las piernas bien separadas y sujetas a los pequeños pilares de piedra a cada lado suyo.

El rostro del conde Girolamo, por ello, era imparcial. No como el gesto de su medio hermano, el conde Giovio della Rovere, ni el de Bona della Rovere, la mujer que apretaba el brazo de su marido con furia animal y con regocijo. Debajo del manto verde decorado con piel que llevaba puesto, su vientre estaba abultado por siete meses de embarazo; sus ojos, como los del conde Giovio, centelleaban con un ansia enfermiza y atroz.

Dentro de la torre en la que Girolamo Riario se encontraba y jugaba con el cuello de su ligera armadura, el tambor que permanecía oculto cesó su lento tamborileo. El verdugo encapuchado se puso adelante, probando su acero con el ancho pulgar mientras Della Rovere levantaba su mano. Tedesco Giasone profirió un solo grito ahogado y agudo; su cabeza cayó limpiamente hacia atrás en el instante mismo en que el borde afilado y oscilante de la cuchilla se hendió en la ingle y hasta el esternón, salpicando sangre y entrañas a raudales como en un matadero que mancharon la piedra tallada de la tronera y dejaron finas líneas rojas escurriendo sobre la superficie exterior del muro.

El verdugo se alejó, buscando la aprobación de su señor. Las uñas de Bona della Rovere rasgaban la piel de sus mejillas y su rostro se hundió en la manga de su marido. El conde Girolamo Riario le dio la espalda al derrotado y maloliente títere que yacía sin vida, convulso, a poco más de tres metros y medio de él. Atravesó la puerta de la torre y desapareció de la vista tanto de los reunidos ante el muro como de los lejanos observadores que estaban sobre la colina, más allá del río.

* * *

—Mañana —dijo Agnolo Fulvio en la oscuridad—. Mañana, por la justicia de Dios. Denme cuatro tiros cada hora, Rigo. Mis hombres pueden hacerlo, como lo hicimos en Conselice. Consígueme una cuadrilla de hombres de Pistrola —los necesito sólo para cargar como mulas—, y puedo darte cinco tiros cada hora.

—Tú sí puedes —dijo Rigo quedamente—, pero tu cañón no.

—Entonces también dame un carro de agua, para enfriarlo.

—No.

Rigo Leone estaba sentado, como solía hacer, en el eje del cañón, entre las ruedas y la boca; con una mano sostenía los restos de un pollo, con la otra acariciaba el metal. Sus hombres juraban que hablaba con el cañón como alguien pudiera hablar con los caballos, calmándolos, animándolos; en realidad, usaba tanto el sentido común como la experiencia para saber cuándo —y por cuánto tiempo— debía descansar cada cañón. El abrasante calor de cada disparo, la mayoría de las veces, se dispersaba entre un tiro y el siguiente. Aun así, después de diez o veinte tiros, el calor se acumulaba lentamente, expandiendo y deformando el bronce de tal modo que un maestro artillero demasiado impaciente se encontraría, a la larga, con un cañón roto y rodeado de muertos y heridos. Dentro de aquellos maestros artilleros impacientes estaban, particularmente, quienes enfriaban sus cañones con agua, de tal manera que el metal exterior se encogía mientras que el interior se mantenía caliente. Incluso ahora —cuatro horas después de disparar la última carga del día— el gran cañón detrás de él despedía una exigua tibieza; no podría estar completamente frío hasta el amanecer.

—¿Y el conde de Imola? —urgió Agnolo.

—Un hombre asqueroso —respondió Rigo—. Pero ¿qué importa eso? Della Rovere es otro.

—Della Rovere está bajo el mando de Montefeltro —dijo Andrea di Veluti, hermano del más joven de los artilleros—. Y Montefeltro es un soldado como lo somos nosotros, entiende las cosas como nosotros las entendemos. Si Montefeltro ordena salir de la ciudad y nos ataca aquí, entonces peharemos como todos los hombres lo hacen, que es una cosa; pero morir tan repulsivamente como murió Giasone es otra cosa.

—Aun así —respondió Rigo—. Aunque le permita al conde Girolamo provocarme para quemar mi cañón, entonces se beneficia de sus métodos, repulsivos o no. ¿Tú qué harías, Andrea? ¿Escalar el muro a mano limpia y matarlo?

—No —dijo Andrea.

—Entonces ten paciencia. Eres un artillero, no un soldado de infantería. Si tienes la tentación de blandir una espada y gritar cánticos de guerra, entonces únete al regimiento de Toscanelli y hazlo.

—Mucho te beneficias tú —añadió Scudo—, mientras el muro se mantiene en pie.

—Y ahora habla la sabiduría —respondió Rigo—. Ser un artillero es convertirse en filósofo —sonrió—. ¿Y entonces, muchacho?

—De cualquier modo daría todo por ver ese muro —dijo Andrea—. Pelear solamente a mil pasos es tedioso, nos haga o no filósofos. ¿Hemos logrado cuartearlo al menos?

—¿En siete semanas? Espero que sí.

—¿Cuánto? ¿Un palmo?

—Pregúntale a Agnolo —dijo Rigo—. O mejor aún, pregúntale al artista que estaba aquí con mi señor Giuliano. Su vista es más aguda incluso que la de Agnolo. ¿Cómo voy a saberlo? Si estás en eso de medir nuestro progreso, por el amor de Dios, entonces ve allá y ve las cosas por ti mismo. El muro no se va a caer ni antes ni después porque lo hagas, pero uno no puede ser un filósofo a los veinte; así que vete con mi bendición, faltaba más.

—Creo que lo voy a hacer —dijo Andrea, levantándose de su lugar en el fuego que había servido para calentar a los artilleros esa noche—. La artillería es un mal ejercicio para las piernas, aunque fortalece los hombros. Necesito caminar.

—Yo también —secundó Tesoro di Veluti.

—Criatura, tú te quedas aquí —dijo firmemente Rigo—. Al ser más joven incluso que tu hermano, el complejo equilibrio entre la filosofía y el deber no puede ser todavía de tu incumbencia. Que permita que un hombre calme su enfebrecida mente no quiere decir que deba permitir un motín. Si tus piernas necesitan trabajo, úsalas para traerme esa bota de vino.

—Pero... —musitó Tesoro.

—Y hazme el favor, en el futuro —añadió Rigo—, de hablarme sólo cuando yo te hable. Punto.

* * *

La luna de la medianoche brillaba en un claro y frío cielo, vertiendo su luz plateada sobre las tiendas. Giuliano, con Leonardo da Vinci como compañía, había terminado su guardia e intercalaba sus propias inquietudes con alguna plática banal. Los dos hombres montaron sus caballos y se ubicaron en una colina más baja, a la derecha de aquella que abrigaba el descanso de los cañones, para mirar directamente la puerta de Castelmonte.

—Entonces el conde de Imola es un monstruo —decía Leonardo—. Pero ¿y qué con eso? Más concretamente, ¿qué pasará mañana? Rodrigo Leone disparará unas sesenta veces más sobre Castelmonte, y otras sesenta al otro día, y el día que sigue. Y después nevará, y el conde Girolamo desmembrará o empalará a otro prisionero. Y llegará la Navidad. Y tus cañones están ociosos.

—Como tú no lo estarías —respondió irritado Giuliano.

—No. Yo pensaría en una mina.

Giuliano se volvió hacia él.

—¿Una mina? —preguntó—. Los muros de Castelmonte yacen sobre roca. ¿Cómo harías el hoyo y cuánto tiempo te tomaría?

—No más de ocho semanas. Eso tenlo por seguro.

—Te hubiéramos consultado antes, por lo que veo —dijo irónicamente Giuliano—. Hubiéramos necesitado tus consejos en agosto. Hablas en retrospectiva: eso cualquiera lo puede hacer.

—Entonces ¿habías considerado una mina?

—No.

—Entonces ése es todo mi argumento —respondió Leonardo—. No insisto en la mina; hay otros métodos. Pero si hubieras ocupado tres de las últimas siete semanas en pensar, quizás estarías ahora dentro de Castelmonte.

Giuliano le dio una palmada a su caballo.

—Bueno —dijo—. Sin duda hay algo de verdad en lo que dices, pero muéstrame a un soldado que pase tres semanas pensando cuando tendría que estar alistando sus armas, y pensaré en ti como en un mago. Por mi parte, yo preferiría cazar a pensar, en el entendido de que pensar es mejor dejárselo a los monjes, quienes no tienen tiempo para estar en la guerra, o a las mujeres. Por cierto...

—¿Ajá?

—Dime, Leonardo, ¿qué piensas de Constanza de Ávalos?

—¿Quieres mi opinión como pintor?

—Como prefieras.

—Una mujer muy bella y amable.

—Bien dicho, en verdad. También virtuosa.

—Ajá.

—Te suplico que me ahorres tus “ajás”, Leonardo, o deberemos batirnos entre nosotros antes de que la noche se haga más vieja. —Suspiró—. Parece que en este otoño todas las campañas de los Médici son infructuosas. Mi hermano tiene su fortaleza, que es Castelmonte, y yo tengo la mía, que es Constanza de Ávalos. Ésta, Leonardo, es una campaña en la que agradecería tus enseñanzas.

—No veo ninguna campaña —repuso Leonardo—. Estás comprometido con ella.

—No todavía.

—Pero lo estarás. ¿La amas?

—En cuanto a eso... —Giuliano comenzó con prudencia, pero su compañero ya estaba presionándolo.

—Y dentro de dos años, cuando ella tenga dieciocho, te casarás con ella. ¿Dónde, entonces, está tu campaña? Y si hubiera alguna, estaría destinada al éxito.

—Por Dios —Giuliano estalló—. Y ¿qué clase de conquista es ésa? ¿A la cama por conveniencia política? ¿Necesito un desfile de nuncios y chambelanes sin chispa para conseguirme una victoria por contrato? Es una maldición. La quiero ahora, no cuando le digan que venga a mí.

—Así habla el niño cuando ya han tomado sus juguetes —respondió Leonardo—. Constanza es lista. Considera que...

—No me interesa su inteligencia —interrumpió Giuliano—. ¿Su mente me dará placer? No.

—Probablemente ella piensa que sí, si es que logras reconocer su existencia dentro de su cuerpo.

—Y sin lugar a dudas, entonces, me harías que explicara estos asuntos como un geómetra. ¿Ése es tu consejo? Por todos los cielos, Leonardo, ¿dónde está el romance? ¿Qué hay de sus senos?

—Son encantadores, y servirán admirablemente para alimentar a sus hijos.

—Más romanticismo. Gracias a Dios soy un simple soldado de caballería.

—O así te engañas a ti mismo —respondió con calma Leonardo.

—¿Significa que me conoces mejor que yo? Lo dudo. De cualquier manera, querido artista, déjame recompensarte por tu consejo, por malo que sea. Te presentaré a una mujer que seguramente será de tu agrado: la prima de Sforza, Bianca Maria Visconti. ¿La has visto?

—No.

—Un poco pequeño el busto, para mi gusto, aunque esto puede solucionarse; tiene apenas catorce años —dijo Giuliano—. Fray Segismundo insiste en que es demasiado inteligente para su propio bien, así que debería de acomodarte perfectamente. También tiene una lengua afilada, y tal vez te distraiga de tu admiración por el pensamiento, o la sabiduría, de las mujeres. ¿Qué dices?

—Te agradezco la deferencia —respondió solemnemente Leonardo—. Agobiado como estás por dos campañas propias, es de hecho muy noble de tu parte encontrar una más para agobiarme a mí. De cualquier modo...

Leonardo se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó Giuliano. El artista se había quedado mirando fijamente las almenas al otro lado del río.

—¿Quién es ése? —preguntó—. Ahí, de este lado de la torre a nuestra izquierda. ¿Lo ves?

Giuliano miró hacia donde le señalaban.

—Andrea di Veluti —dijo—. Los lanceros sabían que estaba atravesando nuestras líneas. Parece que tenía la idea de ver los efectos de la

artillería de Rigo en el muro. Debo decir...

Él solo se interrumpió. El hombre al cual ambos se esforzaban por ver estaba casi escondido en la negra sombra detrás del muro, pero ahora, justo encima de él, la luz de una antorcha centelleaba.

—Problemas —dijo Giuliano—. Creo... —Pero su compañero había ya espoleado a su caballo. El jinete no tardó en hacer lo mismo y ambos comenzaron a descender por la colina, deslizándose entre un fárrago de piedras sueltas. A su derecha, y a unos trescientos pasos al sur de la silueta del artillero, la puerta secundaria o poterna se había abierto hacia adentro, y un destacamento de infantería salía de ella. Casi al mismo tiempo el artillero se desplomó y su cuerpo comenzó a rodar hacia la orilla más lejana del río.

—Piedras —dijo Giuliano, alcanzando a Leonardo al llegar a la parte llana de la campiña en la parte baja de la colina—. ¡Dejaron caer piedras sobre él!

Detuvo a su caballo. Leonardo, que estaba ya volviéndose para cabalgar por la orilla del río, encontró su camino obstaculizado e intentó pasar por un lado de su amigo.

—No —dijo Giuliano—. No estás pensando como soldado. No podemos esperar alcanzarlo antes que ellos. Entonces debemos cortar su retirada.

Leonardo parecía inclinado a disentir de la estrategia, pero fue obligado a encaminarse hacia la derecha por las insistentes maniobras de Giuliano y cedió. En cambio, cabalgaron hacia abajo por el vado, frente a la puerta posterior, y se sumergieron en el agua, que espumajeaba alrededor del vientre de sus caballos mientras pasaban por la corriente. Los soldados en la orilla más lejana estaban formados en una línea, y su vanguardia había casi alcanzado al inerte artillero. En la retaguardia, cinco o seis lanceros se alineaban donde la vertiente del vado se elevaba sobre la superficie del río.

Su propia desventaja era clara tanto para Leonardo como para Giuliano antes de que llegaran a la mitad del camino. La subida desde la orilla hasta la poterna era demasiado empinada, y los alabarderos a los que enfrentaban podían evitar fácilmente que salieran del río, ya ni pensar en encontrar un camino a tierra más alta. Leonardo se quedó inmóvil sobre el estribo por un

segundo y se zambulló desde su caballo. Al salir de la superficie a diez metros de distancia, se percató de que su compañero había entendido sus intenciones —junto a la inutilidad de poner a su caballo contra un muro de lanzas— y había hecho lo mismo.

Alcanzaron la orilla casi al mismo tiempo, Leonardo río arriba de los confundidos lanceros y Giuliano debajo de ellos. Empujándose fuera del agua, Leonardo alcanzó la tierra con una rodilla, se levantó y se encaminó hacia la retaguardia de la defensa. Éstos, en cierto desorden, abandonaron su efectiva formación y comenzaron a hacer un impreciso semicírculo para proteger sus flancos.

Giuliano, con la espada desenvainada, arremetió contra el hombre más cercano, se deslizó por debajo de la punta de su lanza y destacó sus costillas; el alabardero cayó, maldiciendo, y al hacerlo entorpeció el contraataque de su vecino. Leonardo escogió no desenvainar y agarró el mango de la lanza que se mecía frente a él, la arrebató de las manos de su dueño y con ella cargó contra lo que quedaba del grupo. Fuera de posición y mal colocados para responder a aquella inusual forma de asalto, se esforzaron por dirigir sus lanzas en dos direcciones a la vez, vacilantes, y cayeron de espaldas en el río bajo el embate de sus dos atacantes.

Al encontrarse en posesión del terreno, Giuliano y Leonardo se dirigieron uno al otro una amplia y socarrona sonrisa. Detrás de Giuliano y corriente abajo del vado, podían verse sombras difusas alrededor del inerte Andrea, mientras que algunas más comenzaban a regresar por la hierba inclinada para responder al contraataque que habían visto desarrollarse en su retaguardia.

—Bien —dijo Giuliano. Miró a través del río. En el campo de Toscanelli, los gritos y el estruendo de las armas que se aprestaban les señalaron el inminente refuerzo de su difícilmente ganada, pero precaria, posición.

—Nada de eso —dijo quedamente Leonardo—. Mira detrás de ti.

Giuliano lo hizo y vio la naturaleza de su error de cálculo.

Los captores del artillero, sabiamente, nunca intentaron desandar sus pasos rumbo a la poterna por el terruño maltratado detrás de ellos y con la carga de un hombre inconsciente. Una cuerda había serpenteado hacia la

parte baja del terreno desde la cima del muro y estaban ocupados en sujetar el cuerpo de Andrea con ella. Al tiempo que Giuliano observaba, la sogá había arrastrado el cuerpo al pie de las almenas. Sus pies abandonaron la tierra y comenzó un ascenso tortuoso, impelido hacia las alturas por manos invisibles.

—Que Dios corrompa sus entrañas —bufó Giuliano—. No había pensado en eso.

Leonardo tomó el hombro de su compañero y señaló hacia la poterna encima de la entrada, a su derecha.

—Entonces no nos quedemos parados aquí mirando —sugirió—, ya que no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

Debajo del arco de la entrada, aparecían más lanceros. Además, los defensores que habían echado al río estaban recuperando sus armas y se preparaban furiosamente para retomar la orilla, mientras que desde el puesto de vigilancia encima de la puerta silbaba la flecha invisible de una ballesta que se enterró a los pies de Giuliano.

Giuliano envainó su espada, rápidamente, aunque con cierta reticencia.

—De acuerdo —dijo—, y como ya estamos empapados...

Se volvieron a la vez, recorrieron los pasos necesarios y se lanzaron una vez más a las oscuras aguas del río.

II

CON UN cargamento de varas de madera tallada apiladas absurdamente, la carretilla avanzaba lenta y pesada por el Puente Carraia, a lo largo de la Vía de Fossi y hasta la plaza que se extendía como un terreno cubierto de baldosas alrededor de las escaleras de la iglesia de Santa María Novella. Las campanas de Florencia repicaron once veces para anunciar la hora de la mañana en que la carretilla entraba a la calle que pasaba frente al estudio y los talleres de Andrea del Verrocchio. La carretilla se detuvo intempestivamente debido al surgimiento desde una callejuela cercana de dos perros que gruñían y soltaban dentelladas en el furor de una pelea. El ruido de aquella escaramuza fue demasiado para el caballo, que retrocedió atemorizado e hizo caer al vehículo sobre su costado, desperdigando las varas por todos lados.

El gruñido de los perros, el choque del carro que caía y las ásperas maldiciones del dueño se filtraron por las ventanas del estudio en el segundo piso, provocando que las manos y las cabezas se levantaran de los lienzos, pinceles y paletas. El trabajo se detuvo, y las dos ventanas de frente que miraban hacia el norte se llenaron en un instante con los artistas y los estudiantes que llamaban a Verrocchio su maestro.

Dos hombres no prestaban atención al alboroto.

Leonardo trabajaba esbozando rápidas líneas con el carboncillo a través de la superficie encalada sobre el bastidor. Detrás de su hombro estaba parado el mismo Verrocchio, observando fijamente cómo esas líneas se entrecruzaban para formar la delicada silueta de la cabeza de un hombre joven. Casi sin hacer pausas, el artista posaba su pulgar con seguridad en los suaves contornos dibujados con el carboncillo, avejentando los rasgos y sumando años con un par de ágiles pinceladas: un pliegue aquí y allá, una

arrugada frente. El joven envejeció hasta treinta, cuarenta años, y después, mágicamente, el rostro pareció marchitarse y la cara de un viejo cansado y acongojado tomó forma con las mejillas hundidas y los labios estirados y fruncidos que se asomaban sobre unas encías desdentadas. Da Vinci se detuvo y cambió el carboncillo para los trazos finales, y el rostro anciano desapareció para renacer como una calavera, con la tez bruñida y las cuencas de los ojos oscuras como la muerte.

Verrocchio había estado tan absorto en estas transformaciones que, cuando exhaló su aliento largamente contenido, Leonardo se volvió sonriente, jubiloso.

—Observe bien, maestro Andrea —dijo—. Considere el poder que nos ha dado de crear una vida entera en un momento. Incluso así debe de sentirse algunas veces el Todopoderoso.

Volvió a su dibujo, ahora con dos carboncillos, uno en su mano izquierda y otro en la derecha. Ambas manos danzaban sobre la cabeza de la muerte, trabajando juntas como si pulsaran las cuerdas de un arpa; y de la calavera surgió, una vez más, el rostro de un hombre joven que reía con alborozo vital.

Verrocchio sacudió la cabeza.

—Trabajar así es un truco de ilusionista, maese Leonardo —dijo—. Mejor haga bien el trabajo que le encomendé con una mano y guarde sus hechizos para las fiestas y las ferias.

Con traviesa pesadumbre Leonardo giró su taburete y se levantó, limpiando sus tiznados dedos en los pliegues de su bata.

—Entonces ¿mi trabajo le disgusta, maestro Andrea, por la presteza o por la lentitud? No importa. Era, como usted decía, un truco de bufón. Regresaré esta tarde y seguiré con la cabeza de mi pequeño ángel de allá —señaló una mampara al otro lado de la habitación—, y se hará exactamente como usted desea. Se lo prometo.

Se volvió de nuevo y comenzó a reunir un legajo de bocetos y papeles, que luego dejó caer en una espaciosa cartera.

—¿Esta tarde? —preguntó maliciosamente Verrocchio.

—Si Dios quiere, sí —respondió Leonardo.

—¿Llegó tarde esta mañana y se va antes del atardecer? No, Leonardo. Me temo que no. Lo necesito aquí para que trabaje en su ángel mientras todavía queda luz del día para ver. —El cuerpo del maestro artesano asumió la postura de una valla—. No más tiempo libre, se lo ruego, Leonardo, no hoy.

—Ningún tiempo libre, buen maestro Verrocchio —repuso Leonardo, mientras seguía impassible con sus preparativos—. Regresaré después del atardecer y trabajaré hasta la medianoche si es necesario. La luz de las velas me sienta bien. ¿Le estoy mintiendo, señor? Sabe que no. ¿Acaso no se ha escabullido aquí por las noches muchas veces para asegurarse usted mismo de los hechos?

—Y ¿qué es lo que quiere hacer con la luz del día? —exigió acremente Verrocchio—. ¿Más cabalgatas por el campo, con el propósito de dibujar, no lo dudo, con nuestro joven príncipe Médici?

—No en esta ocasión —contestó Leonardo—. Aunque estoy seguro de que no me reprenderá por tales placeres, al reparar en que cada vez que cabalgo con Giuliano se origina una nueva encomienda para usted. Incluso los sabuesos de los Médici deben de estar comiendo ahora en bandejas con su firma, maese Andrea. He estado pensando en cobrarle una cuota por mis servicios de representación.

Sin quererlo, su patrón dejó asomar una sonrisa.

—Es cierto —admitió—. Aun así, no puedo permitir que el mejor de mis artistas eche por la borda la disciplina que he conseguido imponer en este lugar. —Se detuvo, advirtiendo por primera vez un asunto en el cual podía desahogar su irritación por la falta de disciplina. Demandó a los mirones de las ventanas que volvieran a su trabajo con un par de insultos, y a continuación se volvió hacia Da Vinci—. Entonces ¿es otro experimento? —preguntó—. Es el tercero en esta semana, Leonardo, lo que significa tres veces el permiso que le doy a cualquier otro de mis trabajadores —detalló, y después, tentado por la indiscreción, añadió—: ¿Qué son esos experimentos que lo arrastran de mi estudio tan a menudo? ¿Qué espera de ellos?

Leonardo levantó la cabeza y brevemente miró con fijeza a un frontispicio más allá de una de las ahora vacías ventanas.

—¿Qué es lo que espero? —preguntó meditabundo. Sacudió su cabeza como si quisiera aclarar sus pensamientos—. Pues sólo es un asunto de poca importancia, maestro Andrea. Espero conocer todo lo que hay que saber.

—Por supuesto —repuso Verrocchio, con un tono levemente sarcástico—. Ya veo. Simplemente anhela alcanzar la suma de todo el conocimiento. De acuerdo, de acuerdo. Todavía le quedan siete horas de luz del día para su búsqueda. Oremos fervientemente por que haya tiempo suficiente para que haga algún adelanto. Y va a trabajar esta noche, aunque la manera en que alguien cualquiera pueda lograr un matiz perfecto a la luz de un candelero es otro tema que debo discutir con usted.

—Pues, en lo que concierne a eso —repuso Leonardo—, no hay ninguna discusión. Su propia enseñanza es suficiente. Cuando llegué con usted como un joven e imberbe trabajador, ¿no me dijo que siempre había que buscar la manera en que la luz cambiaba, y el color y la forma con ella?

—Hablabas de la luz del día —contestó Verrocchio de mal humor—, y no de andar entornando los ojos en la oscuridad como un búho.

—Entonces, como debería hacer un buen estudiante, he superado su conocimiento —dijo Leonardo—. Pues la luz de una vela o de una fogata tiene sus propias tonalidades y sombras, lo que pertenece a la técnica que llamamos *sfumato*... una técnica que no he estudiado profundamente todavía. Eso es lo que precisamente espero asir, y por eso debo trabajar por las noches; y por eso, con su permiso, ¿podría usar la luz del día para otros fines, mi buen maestro Andrea?

—Ande, vaya —gruñó el artesano—. Prefiero que se vaya a tener que discutir con usted.

—Le agradezco, ahora y siempre, su amable consentimiento —contestó Leonardo da Vinci. Verrocchio observó su espigada figura desplazarse fácilmente por el centro de la habitación, a través del estrecho pasillo entre las mesas de trabajo. Y se rascó la cabeza.

Desde el lienzo encalado, el rostro del hombre joven —sonriendo, imaginó, con el mismo velado escarnio que su creador— lo miraba con serenidad. Verrocchio tomó el dibujo por los bordes y lo llevó, entre las

cabezas de su equipo de trabajo que precipitadamente se agacharon, hasta una esquina lejana.

* * *

A unos cuatrocientos metros de distancia, con las botas, calzas y jubón salpicados de fango, el capitán Rodrigo Leone se detuvo detrás de las columnas de mármol del patio del palacio de los Médici y discutió brevemente con el paje, alto y suntuosamente ataviado, que pretendía detenerlo. Cerca de la fuente central, los cortesanos deambulaban como pavorreales, obstinándose en discusiones triviales y mirando de soslayo y desdeñosamente la deslucida figura parecida a la de un halcón del artillero, antes de regresar a la faena diaria de ver y de hacerse ver. El paje se quejaba.

—Señor —dijo—. Su ropa...

—Está lodosa, lo sé, y se lo agradezco —respondió Rigo.

—Si usted pudiera cambiar su atuendo, señor.

—No lo haré.

—El Magnífico, señor, podría sentir que...

—Lorenzo de Médici sabrá, a diferencia de ti, que vengo del trabajo y regresaré a él. Su trabajo. Así que a un lado, muchacho.

El paje suspiró con una fatiga inmensa.

—Entonces lo guiaré, señor, a la biblioteca.

—No te pedí que lo hicieras —dijo Rigo—. Te pedí que te hicieras a un lado y me dejaras encontrar la biblioteca por mí mismo. Ahora muévete... y no colmes mi paciencia. —Empujó el pecho vestido de azul y plata frente a él con delicadeza, como un ariete tiente una puerta antes de apoyar impetuosamente su fuerza sobre ella, y siguió su camino entre las sombras del monasterio, con el paje revoloteando a su paso.

La biblioteca estaba en la planta superior y se llegaba a ella por una escalera de madera que estaba en los jardines, en la parte posterior del palacio. Rigo llegó a las puertas gemelas unos cincuenta pasos delante del feble e insistente guía, y entró.

A su derecha, observó a dos mujeres paradas en el arco de una ventana, con sus vestidos brillando frente a los acabados de roble, entre los

anaqueles con libros empastados en piel. La más joven, Bianca Maria Visconti, delgada y hermosa, lo saludó con discreta alegría y se volvió a su acompañante. Rigo recibió el saludo con una reverencia (y con el ceño fruncido), y caminó a través del cuarto hacia tres hombres que estaban sentados en una mesa con sillas de ribetes dorados bajo la mirada de dos esculturas de Mino da Fiesole. Guido Toscanelli y Giuliano de Médici le hicieron un espacio, mientras que, en la cabecera, Lorenzo de Médici, soberano de la República de Florencia, observaba un mapa dibujado en un pergamino.

—Llegas tarde, Rodrigo —dijo—, aunque sin duda tienes una buena razón. Te disculpamos.

—Con su venia, señor —repuso Rodrigo—. Ya estaba montado en mi caballo cuando llegó un cargamento de pólvora de Ser Nencio, y me vi obligado a supervisar su almacenaje.

—Y por consiguiente, como siempre, debes regresar esta noche —apuntó Lorenzo.

—Es lo que temo, señor.

—¿Ya comiste?

—No.

—Entonces come antes de que te vayas. Por ahora, si gustas, dinos tu situación.

Lorenzo de Médici, el Magnífico, era un hombre de veintiocho años, aunque pocos de entre los que lo vieran dirían que era menor incluso que su capitán de artilleros o que el condotiero que había contratado. Siempre vestido de un sobrio color café, siendo la única concesión a su adorno personal un tosco ámbar que pendía de su cuello en una cadena plateada, daba a quienes lo rodeaban el aspecto de reciedumbre de una piedra, un tanto rechoncho y con un rostro feo —una cara imperturbable excepto por los ojos, que deambulaban lenta pero incesantemente en una inquieta búsqueda o en una estimación del valor de este y aquel hombre frente a él—. Se veía igual desde los veintiuno, cuando la gente se había acercado a él a la muerte de su padre, Piero, y le había rogado que asumiera la responsabilidad de la ciudad y del Estado de Florencia. Al observarlo, uno

se imaginaba que luciría igual en la mitad del camino de su vida, inmutable, imponente e infatigable.

A su lado, su hermano Giuliano parecía una elegante joya fulgurante. Si no fuera políticamente incorrecto (además de una mentira), alguien podría haber sugerido que eran de diferentes padres. Aun así, siendo tan distintos tanto en apariencia como en carácter, Lorenzo y su hermano habían llegado a un convenio que muy pocos en su posición logran alcanzar. Se querían y se respetaban mutuamente, y cada quien había elegido su camino. De vez en cuando surgían grupos de imprudentes que proponían que Giuliano tomara el lugar de su hermano mayor. Giuliano se reía y encrespaba los puños. Del mismo modo, pero del lado contrario, había quien le decía a Lorenzo que la presencia de su popular hermano menor en la corte podría acarrear peligros e inquietudes. Lorenzo no se reía, sólo desterraba o colgaba a quien se lo dijera. Así que ninguna de aquellas proposiciones volvió a ser dicha. Giuliano controlaba a los caballos, así como a las mujeres; Lorenzo, el dinero y a los hombres. Era una distribución bajo la cual Florencia había prosperado formidablemente en placeres y en comercio.

—Mi situación —dijo Rigo Leone—, señor, es rápidamente explicable. Mis cañones se hunden en el lodo. Hace dos semanas pusieron nueve de cada diez tiros en una superficie del muro de Castelmonte no mayor que la entrada de esta biblioteca. La semana pasada llovió, aunque por fortuna sólo una noche. Ayer tuve que apuntalar las ruedas con madera, y la extensión de los impactos es de veinte pasos de lado a lado. Mi oportunidad de quebrar el muro es pequeña y disminuye día a día. Cuando llegue la nieve, tendré que parar. Capturaron a uno de mis artilleros en una estúpida excursión a la medianoche que me culpo por haber permitido.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió Lorenzo.

—Andrea di Veluti, señor. Un joven impetuoso, pero capaz.

—¿E importante?

—Sí, como todos mis hombres a su servicio.

—Como insinúa que debo valorarlo lo haré. ¿Cuál es el precio que tengo que pagarle a Montefeltro por un artillero impetuoso pero capaz? Me atrevería a decir que mil florines. Los pagaré.

—Se lo agradezco.

Lorenzo de Médici hizo un ademán de impaciencia.

—Ojalá pudiera ganar más tiempo tan fácilmente —dijo—. Entonces ¿tu opinión es que estoy obligado a reforzar el sitio?

—Por la gracia de Dios, señor, así es.

—Muy bien. ¿Toscanelli?

—Los sitios largos siempre resultan desfavorables, mi señor —respondió Guido Toscanelli, quien como el maestro artillero frente a él llevaba las botas puestas y una capa azul opaco que pendía desde los hombros de una túnica azulada. Era un hombre de piel cobriza, rostro angulado y cabello canoso—. Cuento con doscientos soldados muy fuertes, Magnífico —prosiguió—, que entienden la necesidad de esperar a que pase un bombardeo. En lo que concierne al resto de mi tropa, sólo recluto a aquellos que están dispuestos a servirme todo lo que dure la campaña en la que me comprometa. En este caso, los recluté después de la cosecha. Su Excelencia entenderá que son campesinos.

—En este cuarto no hay excelencias, Guido —respondió bruscamente Lorenzo—. ¿Qué es lo que pasa con tus campesinos?

—Son, todos ellos, estúpidos —contestó Toscanelli—. Quizá sean buenos en el combate, pero mientras tus cañones arremeten contra los muros de Castelmonte beben, fornican y engordan. Si hubiera sido posible prevenir todo esto, hubiera reunido a toda mi tropa después de que el muro cayera, y no antes. Sin embargo, semejante curso de los acontecimientos sería imposible. Por eso odio los sitios.

—Y si no rompemos el muro, entonces habré malgastado tu paga y la de ellos —repuso Lorenzo.

—No del todo —señaló Toscanelli—. Hemos reforzado el bloqueo; alguien tiene que hacerlo, de otro modo el sitio no tendría lugar. Aunque no deja de ser poco satisfactorio.

Lorenzo gruñó.

—Giuliano —dijo—, ¿y tu caballería?

—En el mismo caso que la infantería y los lanceros de Guido —contestó Giuliano—. ¿Qué he hecho en estos meses? Cabalgo arriesgadamente desde Florencia, siguiendo el Arno río arriba; respondo

todos los saludos, y donde puedo, doy ánimos a mis jinetes. De vez en vez me disparan flechas desde los muros de la ciudad. Bebo vino con tu capitán de artilleros y regreso gloriosamente a Florencia. Una manera saludable de pasar el otoño, pero, como dice Guido, poco satisfactoria. —Detuvo su recuento, hurgando en su memoria—. Lo mismo dice también Leonardo da Vinci, cuando cabalga conmigo —añadió—, y estoy obligado a decirte, Rigo, que nadie quiere tus cañones.

—¿Leonardo da Vinci? —dijo Lorenzo—. ¿El artista que pintó aquellos frescos en mi balcón?

—El mismo —respondió Giuliano—. Un artista, y un célebre cantante de canciones obscenas, aunque no bebe. Él me sugirió una mina, en vez de tus cañones. No estuve de acuerdo, aunque, con todo, es un hombre con una mente sorprendente.

—Evidentemente —dijo Lorenzo—. ¿Y el conde de Imola?

—En lo que concierne a él —respondió Giuliano—, no ha hecho más que matar a Giasone de un modo cobarde y nauseabundo. Lo tomo como una muestra de desdén, dado que no ganó nada con ello.

—Aun así, es capitán general de Roma —remarcó Lorenzo—. ¿Qué hace en Castelmonte?

Giuliano se encogió de hombros.

—Quién sabe. Es un carroñero, como todos saben. Lo que me recuerda... Con tu permiso, hermano.

Se levantó de la mesa con la venia de Lorenzo y cruzó el cuarto hasta donde estaban, ahora sentadas, las dos mujeres cosiendo y cuchicheando.

—Hacen un bonito cuadro, señoritas —dijo Giuliano, quien sonrió confiadamente, inclinándose con cuidado y tomando una uva de un plato de cristal de rosa que estaba en el alféizar entre ellas.

—Me pregunto si quizá son las uvas las que lo trajeron aquí. —Bianca Maria Visconti volvió descaradamente su cabeza hacia él—. Me han dicho que los hombres piensan primero y más seguido en comida. —Su compañera, de cabellos negros, levantó brevemente sus ojos hacia Giuliano y regresó a su bordado.

—Se equivoca —contestó Giuliano—. Vine para obsequiar mis ojos con su gracia y su belleza, señoritas. Del otro lado de la habitación, si pudieran

verlo, el sol resplandece en el cabello de mi señora Constanza como el ala de un cuervo. ¿Dije un bonito cuadro? Más bien uno glorioso, que me encandila más en tanto más me acerco. —Y volvió a inclinarse.

—Mi señor —repuso secamente Constanza de Ávalos—, le ruego que tome más de estas uvas. —Dejó el bordado a un lado y, tomando un racimo abundante, se lo ofreció.

—Se lo agradezco. Ya que vienen de su mano, cada una de ellas sabrá más dulce que la anterior —respondió Giuliano—. Pero ¿todas a la vez? Preferiría comerlas una a una, lentamente, para poder estar más tiempo junto a usted.

—Pero nosotras —repuso Bianca— preferiríamos que se comiera todas de un bocado, Giuliano, porque entre más coma, menos habla, y así terminaríamos más rápidamente nuestra labor. Además, seguro que para articular tales discursos tan largos y tan galantes necesita alimento... aunque su dicho diga tan poco.

—Prima, me abruma —dijo Giuliano—. Estoy abochornado —dijo tibiamente, si bien con un dejo lánguido en su voz que no desconcertó a Bianca en lo absoluto, pero hizo que las mejillas de Constanza se sonrojaran mientras inclinaba su cabeza apresuradamente hacia su bordado—. En ese caso, iré directo al grano —prosiguió Giuliano—. Constanza, ¿acaso su hermana Carla de Ávalos no viene a nuestra corte desde Arezzo?

—Así es —respondió Constanza.

—Y ¿cuándo llega, madona?

—Mañana, Giuliano. ¿Por qué?

—No es gran cosa. Con su permiso, propongo escoltar a su séquito. La República ya no es tan segura como alguna vez lo fue.

—Me espanta, señor —repuso Constanza.

—No hay necesidad de alarmarse —contestó Giuliano—, es una simple precaución. Señoritas, agradezco su deferencia.

—Es a usted a quien debo agradecer su preocupación, Giuliano —respondió Constanza de Ávalos—, y se lo agradezco.

—Entonces, con su venia —dijo Giuliano, y, con una inclinación de cabeza, se alejó de ellas para regresar rápidamente a la mesa al otro lado de la habitación.

Bianca se rio.

—Después de todo tuvo la última palabra —dijo—. Es como ir cuesta arriba en el monte enseñarle a hablar claramente, pero lo conseguiré.

—Ten cuidado de que no se ofenda con tu afilada lengua —dijo airadamente Constanza.

—¿Tener cuidado? —reclamó Bianca—. ¿Cuidado de qué? Soy una Visconti y tampoco lo contemplo con tus ojos bien abiertos que lo adoran. ¿Así es como hablas por las noches cuando vas por los jardines? No lo puedo creer. ¿Todo este alud de cosas de “con su permiso” y “con su venia” te convencerá de ir a su cama, Constanza? A mí no.

—Ya que tú apenas tienes catorce años, y eres una niña —repuso Constanza—, me alegro de escucharte. ¿Nos has estado espiando? —La ira brilló en sus ojos—. Has llegado demasiado lejos, Bianca.

Bianca se rio alegremente.

—Nosotros los Visconti aprendemos primero las lecciones que los otros aprenden demasiado tarde —dijo—. Por supuesto que te he visto. En Milán, prima, analizamos el campo antes de luchar en él. ¿De qué otra forma podría aprender las tácticas del amor, sino de aquellos que, teniendo dieciséis años, son más viejos y más sabios que yo?

—Eres demasiado inteligente, niña —dijo Constanza, determinante—, y muy poco juiciosa. Anda, sigue con tu tarea.

* * *

Lorenzo de Médici pasó su mano sobre el mapa delante de él, alisando sus bordes.

—Digamos que estoy obligado a levantar el sitio —dijo—. Y ¿después qué, Toscanelli? ¿Nos conseguirías una tregua antes del invierno?

El condotiero le dio vueltas al asunto, golpeándose un lado de su rostro.

—Ésa difícilmente es mi decisión, señor —dijo finalmente—. Depende de usted y del conde de Castelmonte, Giovio della Rovere, como los señores a cargo de este asunto. Entre Montefeltro y yo, quienes representamos a usted y al conde como profesionales, ésa sería mi elección, y la de él, creo. Tregua o no, el resultado sería el mismo. Su guerra se detendrá hasta la siguiente primavera: la naturaleza, Dios y la nieve la

detendrán. Aunque queda pendiente la cuestión del conde Girolamo, el general de Roma. Cuál será su posición y qué poder tenga sobre Della Rovere es algo que no sé.

—Pero recomendarías una tregua.

—La recomendaría, señor.

—Una tregua durante la cual repararán los muros de Castelmonte.

—Eso sería inevitable —admitió Toscanelli.

Lorenzo se recargó en el descanso de su silla y cerró los ojos, reflexionando.

—Déjame pensar en los hechos de la campaña —dijo—. Debo tomar Castelmonte, no por la ciudad, sino porque controla, por su posición estratégica, el camino desde Roma. —Abrió los ojos una vez más y posó su mirada en el mercenario—. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente —respondió Toscanelli.

—El camino por el cual, en algún momento del año próximo, Sixto emprenderá la marcha en contra de Florencia con una fuerza de veinte mil hombres, quizá más.

—Con todo respeto —apuntó Toscanelli—, ésa es una cuestión de estrategia militar y política. Yo soy simplemente un estratega, y acepté el encargo del modo en que usted me lo dijo, cuando se acercó a mí en julio. El fracaso está ante nuestras narices, y debo preguntarle una vez más lo que pregunté en ese entonces: ¿no son meras suposiciones? ¿Está seguro de lo que Su Santidad pretende?

Lorenzo reflexionó.

—No son conjeturas —dijo—, son cálculos. —Y luego, como si divagara por un momento, prosiguió—. Dime, Guido, ¿de qué familia proviene el conde de Imola?

Toscanelli sonrió, casi imperceptiblemente.

—Señor, es el hijo de la hermana de Su Santidad.

—¿El hijo? ¿No se rumora, entonces, muy por lo bajo, que Su Santidad lleva una estrecha relación, por decirlo así, con el conde?

—Girolamo es un bastardo Della Rovere —repuso Rigo abiertamente—, y el conde de Castelmonte también, así que dejemos a un lado el pudor.

—Dicho como artillero —celebró Giuliano de Médici.

—Se lo agradezco, Rigo —contestó Lorenzo—. Ambos son bastardos papales. ¿Y luego? Pietro Riario fue nombrado cardenal y murió por el libertinaje de su santa encomienda. Giovio della Rovere salvaguarda Castelmonte para Roma. Girolamo Riario los supera a ambos, tanto en habilidad como en maldad, y es capitán general del ejército de la Iglesia. Y también está en Castelmonte.

—Y todo eso ¿a qué nos lleva? —preguntó el condotiero.

—Nos lleva, mi buen Toscanelli, a la misma pregunta: ¿por qué está ahí? Si el capitán general del ejército de Roma piensa que vale la pena unirse a una guarnición sitiada, entonces es que le da el mismo valor a dicha guarnición que yo. Si yo debo tomar Castelmonte porque protege la parte superior del Arno, entonces él debe resistir por la misma razón. Entonces, Roma pretende ponerse en marcha. Pero mi argumentación no depende sólo de esto. —Lorenzo levantó sus dedos uno a uno mientras proseguía—. Primero, Sixto nos privó de Imola cuando la compró hace cuatro años a Milán; entonces, pretende privarnos del Mar Adriático. Segundo, le quitó todos los negocios bancarios a nuestro tío, Giovanni Tornabuoni, y se los dio a la familia Pazzi, de Roma; entonces, nos priva de nuestras ganancias. Tercero, ha nombrado a Francesco Salviati como arzobispo de Pisa en nuestros terrenos, en contra de nuestros deseos y pese a un acuerdo formal. Es claro que busca provocarnos deliberadamente.

—Y lo logró —dijo Giuliano.

—Admirablemente, sí —contestó Lorenzo—. Cuarto, sostiene Castelmonte en contra de nosotros, y la ha pertrechado y abastecido de su propia bolsa. Quinto, ha traído a Girolamo Riario; entonces, lo que yo me pregunto no es si quiere entablar abiertamente una guerra contra nosotros, sino cuándo. La sola presencia de Girolamo nos da la respuesta: a principios del próximo año. ¿Encuentran alguna falla en mis argumentos?

—Ninguna —respondió Rigo—. Los ha expuesto apropiadamente.

—¿Guido?

—Me convenció, señor —repuso Toscanelli—. Estoy de acuerdo.

—¿Giuliano?

—También estoy de acuerdo —respondió su hermano.

—Y por lo tanto —Lorenzo dejó bien claro el punto—, Castelmonte debe caer en nuestras manos en no más de dos semanas después del inicio de la campaña de la próxima primavera. ¿No es así?

—Así es —contestó Rigo.

—Y si reinician el fuego en cuanto la tierra pueda sostener otra vez los cañones, digamos, en abril, ¿cuánto tiempo te tomará romper el muro, Rodrigo?

—Usted conoce la respuesta tanto como yo, señor. Debe tomarme las mismas ocho semanas que ya consumimos este año, porque para entonces habrán reparado los daños que hayamos podido lograr. A menos que Toscanelli esté dispuesto a aguantar hasta el final del invierno frente a la ciudad para evitar que lo hagan.

—Eso es imposible —repuso Toscanelli—. ¿Gastar cuatro meses en tiendas, peleando a puñetazos con cuadrillas de reparación? No es posible hacerlo. En cualquier caso, sólo tienen que construir un segundo bastión detrás de las superficies dañadas. En cuatro meses lo pueden hacer con mucha facilidad, y además mantenerse tibios dentro de los muros de la ciudad. No puedo evitarlo.

—Entonces son más de ocho semanas —apuntó Rigo—, además...

—¿Sí? —interrumpió Lorenzo.

—Señor, no quisiera darle más problemas.

—No me los das si me los señalas, Rodrigo. Habla.

—Entonces —prosiguió Rigo—, tan pronto como yo pueda abrir el muro la siguiente primavera —o digamos, el verano— y Toscanelli haya tomado la ciudad, usted se convertirá en el defensor en vez del atacante. Roma se habrá puesto en marcha, de modo que el muro que, con grandes trabajos, derribé para usted tendrá que levantarlo usted mismo de nuevo. ¿Y cree que Su Santidad le dará el tiempo necesario para hacerlo?

Lorenzo de Médici tamborileó por un segundo sobre el mapa.

—Guido —preguntó al fin—, ¿qué posibilidades tenemos de tomar Castelmonte sin romper sus muros?

—Pocas —respondió Toscanelli—. Se puede hacer, pero no con las tropas que tengo. Son lo suficientemente buenas para un sitio, pero no para un ataque intempestivo. Los suizos, quizá, podrían hacerlo.

—A un costo enorme.

—Con toda probabilidad. Y, de nuevo, no sino hasta la siguiente primavera. Más aún, para tal empresa necesitará armas de asedio: torres, puentes, escaleras móviles, ballestas, arietes. Ésos son asuntos mecánicos, y tengo poca habilidad en ello.

—Pero existen hombres que tienen esas habilidades.

—Ciertamente. Su mejor ingeniero militar es Francesco de Giorgio Martini, el sienés. Sus honorarios deben de estar alrededor de doce mil florines al mes, lo que es un tercio de lo que me paga a mí y a mis mercenarios... y no incluye las máquinas. Su ingeniero para el sitio es un hombre extraordinario, y uno caro.

OceanofPDF.com

III

—ORO —dijo el Sumo Pontífice—. A eso, entonces, es a lo que se reduce como siempre. Oro, Borgia.

—Un recurso magnífico y necesario —concedió el cardenal.

—Hablas con razón —dijo Sixto—. Un recurso. Y no obstante lo concibo como una piedra, Borgia. Una piedra por la que nuestro trabajo, nuestro amor y nuestro *grandioso* designio divino, mi viejo amigo, puede fracasar.

Francesco della Rovere, el papa Sixto IV por la gracia del Todopoderoso y por la voluntad expresa del concilio de cardenales de Roma, antiguo líder de la orden franciscana, viejo profesor en Padua, Bolonia, Pavia, Siena, Florencia, Perugia, Venecia, y ahora vicario del reino de Dios en la Tierra, llevó su mano revestida con alhajas a su barbilla y se arrellanó impacientemente en su silla de palo de rosa con marfil incrustado.

En su derredor, las paredes de su habitación se erigían hasta casi diez metros de altura en una sombría suntuosidad, por encima de cortinas de seda y arquitrabes tallados, arriba de los retratos de sus antecesores desde el gran cisma —Nicolás V, Calixto III, Pío II, Pablo II—, que parecían mirarlo y diseminar su bendición en la encomienda que se había impuesto, por encima de paneles de cedro y olivo, y columnas de ébano y bronce.

Grosero, libertino, sagaz e hipócrita, Sixto construyó su fuerza tanto por su entorno como por las redes de la política que se entretejieron en su ascenso. Hizo prosperar a su familia, compensó a sus partidarios y compró tiempo a sus adversarios. El mundo, según le había sido revelado a la luz de la razón, era el Mediterráneo, y el Mediterráneo —a pesar de los turcos— era Italia; Italia era Roma, y Roma era él mismo. Por consiguiente, tanto la razón como la revelación demandaban el gran designio del que le hablaba al

cardenal Rodrigo Borgia. El designio estaba ahí, lo mismo que su propósito. Éste era el que hacía al Pontífice retorcer su rostro en muecas inquietas y angustiantes mientras hablaba, y apresurar el paso mientras caminaba por los corredores del palacio papal. Era el propósito lo que lo llevaba a una disimulada impaciencia con el nuncio y con el legado pontificio.

Algo de este propósito, quizás, era lo que habían visto en él quienes apoyaron su elección y los había hecho decantarse en su favor. Su alto designio no lo habían visto tan rápidamente, de otro modo quizá lo habrían pensado mejor. Pablo II, un asceta, había abandonado Roma con un par de amigos, siendo tan frugal con ellos como lo era consigo mismo. Sixto, esperaban, los compensaría, voluntariamente, pero también con prudencia, restableciendo el poder de Roma por medio de una cautelosa distribución del dinero, el dorado polen del poder.

Francesco della Rovere, al ser elegido, mató las esperanzas de mesura y prudencia que habían puesto en él como un devoto y voluble gigante. Por lo visto, había un objetivo más grande para él y para Roma.

—Florenxia —dijo el papa Sixto IV—. Florenxia, Siena, Ferrara, Mantua, Venecia, Milán. ¿Lo ves, Borgia? Roma no puede ser constreñida como una nuez entre el norte y el sur. Debe expandirse, Borgia, expandirse y consolidarse.

—Lo veo claramente, Su Santidad —repuso el cardenal Rodrigo Borgia—, y lo apruebo. Aun así, es un gran bocado el que debe digerir Roma.

—Tu metáfora —dijo Sixto, agitando sus rechonchos dedos— es torpe. La digestión implica una crueldad de la que no somos capaces. Mejor pensemos en Roma como un cisne que despliega sus alas para proteger las ciudades-Estado de nuestra mal dirigida y maltrecha Italia.

—De acuerdo —dijo ecuanímente el cardenal—. Acepto de buen grado la corrección de Su Santidad, dado que Milán y Venecia, si fueran alimento, rasgarían la boca de Gargantúa. Pero entonces, consintiendo con su delicada frase, todavía creo que las alas de Roma son demasiado cortas para abarcarlo todo.

—Debe hacerlo.

—A la larga, quizá —dijo Borgia—, ya que Roma debe tener el control del Adriático tanto como del poniente. Aún más, Venecia, si entiendo

correctamente el razonamiento de Su Santidad, nos proveerá de una incalculable riqueza.

—Tú me entiendes, Borgia, como siempre.

—Entonces dejemos que Roma camine con tiento.

—¿Con tiento? —Sixto se revolvió una vez más en su silla, chasqueando los labios—. ¿Con tiento?

—Con discreción, si lo prefiere.

—Mejor. Espero que no parezcamos ansiosos.

—Definitivamente no —repuso el cardenal Borgia—. ¿Qué pasará con Nápoles?

—Son bárbaros —contestó Sixto—. Dejemos a Ferrante que coma su propia sopa, y a sus niños manchados de excremento con él. Le dimos la Abadía de Monte Casino a uno de esos rapaces, dándole a Nápoles lo que debería ser nuestro. Más allá de esto, nada en el sur es digno de considerarse.

—Muy bien. Entonces fijemos la vista en Venecia y en su río de oro, pero discretamente.

—Su río de oro —silbó Sixto. Cruzó sus manos en su amplio vientre y miró a través del techo—. Admirable. Un tanto vano, pero admirable después de todo. Teniendo nuestras miras más cerca de casa, de cualquier modo... podemos dejar Ferrara, puesto que, si conseguimos Venecia, Ferrara será cercada y deberá ceder ante nosotros por medio de un convenio. Lo mismo para el caso de Siena, creo.

—Si Florencia es vencida —concedió Borgia—, Siena no puede resistir. Pero Milán...

—Es muy poderosa —lo interrumpió Sixto—. No hay duda de ello. Si el duque Galeazzo siguiera vivo, nuestros problemas con Milán no existirían; pero lo asesinaron, Borgia, del modo más atroz. —Suspiró—. Y el duque Ludovico Sforza no siente el mismo amor por Roma que el que nos obsequió Galeazzo. La ingratitud, mi amigo, es más filosa que los colmillos de una sierpe. Sforza y Médici ahora van de la mano. Por nuestro bien, Borgia, debemos tenerlos a ambos.

El cardenal Borgia se levantó. Tenía una figura atractiva y sobresaliente. Bien conformado y robusto, iba ataviado más suntuosamente que el propio

papa. Su porte agradable y, empero, noble había sido preconizado en los escritos de Geronimo di Porzio y por Gaspar de Verona, y su debilidad por las mujeres había sido blanco de un cuento ligeramente ofensivo de Masuccio Salernitano, ambientado en Mantua. La fábula no había disgustado a Rodrigo Borgia; su origen español lo había impelido a demostrar cierto orgullo con tales historias. De joven, había luchado valientemente por su tío, el papa Calixto III, Borgia como él. Ahora, en su edad madura, era un político con carisma y con presencia.

—Regresamos entonces, por lo que parece, a Florencia —dijo.

—Florencia —asintió el papa Sixto IV, suspirando melancólicamente una vez más—. ¡Ay, Borgia! Si Roma es un cisne, ¿no debería anhelar poder cobijar a la rebelde Florencia como un cisne lo hace con sus retoños? Una ciudad tan bella, tan cerca de Dios y a la vez tan lejos. Si la dejamos fuera de nuestro cuidado y nuestra guía, ¿su gente no caerá en la herejía? ¿Y no es nuestra santa labor cuidar de Florencia? Debe serlo, Borgia.

—Su Santidad es demasiado benevolente, como corresponde a su cargo —repuso el cardenal—. Florencia es una ciudad de librepensadores y por ello está condenada.

—No, querido amigo, no seas tan duro. Florencia puede ser la rosa de Italia y una joya en nuestra corona.

—No mientras los Médici gobiernen en ella —contestó Borgia.

—Los Médici —repuso irritado Sixto—. ¿Qué son los Médici sino usureros que han engatusado a Florencia todos estos años para que acepte su gobierno? Nuestra primera cortesía con Florencia, Borgia, deberá ser abrirle los ojos ante la avaricia de los arrogantes Médici... pero basta de esto. El próximo año, Borgia... el próximo año nos dirigiremos, con amor y buena voluntad, hacia Florencia.

El cardenal Borgia se tocó la punta de la nariz, pensando.

—Si Castelmonte resiste —dijo.

—Lo hará. Nuestro hijo pródigo, Girolamo Riario, ayudará al conde Giovio a que lo haga.

—Tengo más confianza en Montefeltro —repuso el cardenal Borgia—, si Su Santidad quiere mi sincero punto de vista sobre el particular. Los

condes de Imola y de Castelmonte son, a veces, muy proclives a los excesos.

—Para pesar nuestro —dijo gentilmente el Pontífice—, nos provocan constantemente demasiadas aflicciones. Con todo, son efectivos.

—Lo admito. El conde Girolamo infunde terror en los corazones de sus enemigos adonde vaya.

—¿Terror, Borgia? —La voz del Pontífice se vistió con un ligero reproche—. ¿Cómo puede ser eso, si sólo se esfuerza por diseminar nuestra benevolencia a los ciegos y a los perdidos? Mejor digamos temor reverente.

—Como prefiera Su Santidad. En cuanto a los Médici, según me he enterado, se han propalado ciertas cosas que les atañen, para mayor comodidad de Roma y de usted.

—No se han difundido —respondió rápidamente Sixto—. Entiende esto, Borgia, no lo han hecho. Rumores (rumores descabellados) han llegado a nuestros oídos; patrañas infames, para decirlo claramente. Nuestros oídos deben estar cerrados para ellos.

—Lo entiendo perfectamente, Su Santidad —contestó el cardenal Borgia—. Perfectamente.

IV

Antes de ir más allá en una investigación haré cierto experimento, porque mi objetivo, primeramente, es presentar el experimento mismo, y después, por medio de la razón, mostrar por qué el experimento debe dar los resultados que dio. Y ésta es la verdadera regla según la cual han de proceder quienes especulan sobre los efectos naturales. Ya que la naturaleza comienza en la razón y termina en la experiencia, debemos seguir el camino opuesto, comenzando con la experiencia, y bajo su luz, investigando la razón.

LEONARDO DA VINCI

—¿OTRA vez? —protestó Mateo Barletta, el arquero—. Estoy herido, Leonardo.

—Así te has esforzado en decírmelo —repuso Leonardo da Vinci— unas cincuenta veces, o más. Así que otra vez, por favor, porque tu herida es una fruslería y no me preocupa en lo absoluto. La ciencia es despiadada, Mateo, y todos debemos sufrir por ella.

—Ya veo. Tu sufrimiento me hace llorar —dijo mordazmente el arquero—. Además, la arquería no es una ciencia, es un arte, y se necesita más que tus continuas tonterías con esas varas para convencerme de lo contrario. —Tomó una vez más su posición, con los pies separados, su hombro izquierdo hacia el blanco a setenta pasos de distancia, en el otro extremo del campo de tiro. El extremo posterior de la flecha se deslizó entre sus dedos mientras sostenía el arco; la cuerda se estremeció, y un instante después el astil se incrustó en el oro junto a cuatro de sus compañeras, con las cabezas enterradas profundamente en la paja enrollada detrás de los lienzos.

Leonardo bajó las dos piezas de madera que sostenía frente a sus ojos; estaban unidas por una bisagra para formar un rústico transportador, con el

que medía el ángulo creado por el astil de la flecha en relación con el nivel del piso justo antes de que Mateo Barletta lo soltara. Anotó el resultado en su libreta, que, como siempre, colgaba de su cadera, con una pequeña pluma para cuya recarga usaba un pequeño frasco de tinta que pendía del lomo de la libreta.

Eran las cuatro de la tarde y habían repetido el proceso ciento cuarenta veces desde el mediodía de este primer y mordiente día de invierno. Cada vez que Mateo Barletta levantaba su arco de unos ciento cincuenta centímetros hecho de fresno laminado y astas de ciervo, lo estiraba, aguardaba un instante con las plumas de la flecha junto a sus labios y disparaba. En cada ocasión, en ese breve momento antes de soltar la cuerda, Leonardo rápidamente preparaba el artefacto de madera que había confeccionado para medir y que, en esencia, no era más que un par de enormes compases. El brazo inferior se colocaba horizontalmente por medio de una plomada al nivel de una línea que había trazado, mientras que el superior lo ajustaba para ceñirse al ángulo hecho por el astil de la flecha y así medir su elevación.

Cada doce tiros, a veces más, a veces menos, Leonardo (quien estaba más preocupado por la herida en el muslo de su asistente de lo que había admitido) caminaba por todo lo largo del campo de tiro para recoger las flechas mientras Mateo descansaba.

Hasta ahora, había pasado nueve días en este ejercicio, en una pequeña pradera irrigada que yacía a trescientos pasos de la parte posterior del palacio de los Médici y, casualmente, a la misma distancia del taller de Verrocchio. Un arroyo poco profundo dividía el terreno, y, más allá de él, la tierra se levantaba hasta la base de los altos muros de piedra que rodeaban los céspedes y las baldosas del mismo palacio. De vez en cuando, la silueta de un centinela se dibujaba en la entrada del muro, vigilando a los dos experimentadores, pero nadie se había acercado ni movido por la curiosidad ni en protesta por el evidente allanamiento. Desde el mediodía hasta la puesta de sol habían podido, pues, seguir en la búsqueda de su inusual objetivo sin interrupciones, y Mateo Barletta comenzaba a cansarse de ella. También empezaba a impacientarse con las continuas andanadas de

preguntas que Leonardo le hacía... más aún porque él era incapaz, en general, de entender el sentido de todo aquello.

—Ya te lo dije —dijo, descansando el pie de su arma en su empeine —, no sé cómo se hace. Es un asunto de técnica y práctica de quienes tienen, para empezar, la habilidad.

Leonardo lo miró de hito en hito.

—No le quites la cuerda a tu arco, amigo Mateo, si es lo que pretendías hacer —dijo—. Todavía no terminamos.

El arquero suspiró con disgusto y enrolló la cuerda en la hendidura del arco.

—¿No? —preguntó—. Esperaba que para este momento pudieras estar tan harto de dibujar figuras como lo estoy yo de este trabajo pueril. Ya es suficiente, Leonardo.

—Descansa un poco. De cualquier modo, todavía nos quedan —el artista revisó rápidamente sus anotaciones— sesenta tiros para terminar la jornada de hoy. Así que deja tu arco encordado. Ahora, a propósito de si es un asunto de técnica, dime: ¿hacia dónde apuntas el extremo de tu flecha cuando disparas desde aquí?

—¿A esta distancia? —preguntó el arquero—. A la altura de un hombre por encima del blanco.

—¿Y cómo sabes que ése es el verdadero lugar al cual apuntar?

—Lo sé —repuso ásperamente Mateo Barletta—, porque he disparado en algunos cientos de torneos desde que tú y yo éramos niños en Anchiano, e incluso me he llevado un par de pequeños trofeos por mi habilidad. Así es como lo sé.

—¿Y si movemos la diana cien pasos más allá?

—Entonces apunto mucho más arriba. Cualquier idiota lo sabe. Te dije que éste era un trabajo pueril, y tus preguntas me parecen todavía más infantiles.

—Abordo estas cosas como lo haría un niño —respondió un imperturbable Leonardo—, porque ése es el único camino para la revelación. Es más, lo hago porque obtener una respuesta concisa tuya es como tratar de sacarle jugo a un higo marchito. Para continuar, a cien pasos, ¿qué tan alto debe ser tu punto de mira?

—Depende.

—¿De qué?

—Por decir una cosa, del viento.

Leonardo cerró los ojos con una sutil irritación.

—¿Y si no hubiera viento...? —propuso.

Barletta pensó en la pregunta por varios segundos.

—No lo podría decir —repuso finalmente—. Veamos el blanco a cien pasos y te lo podré decir. No estamos en un salón de clases.

—Dios, dame paciencia —dijo Leonardo—. Lo haremos mejor. Espera aquí.

Se alejó del lugar donde el arquero estaba parado, hacia la izquierda del blanco y en dirección al arroyo. Después de cruzarlo, llegó a una arboleda de sauces. Arrancó una hoja de su libreta, levantó un pedazo de corteza del árbol más cercano con la ayuda de la punta de un cuchillo, y atoró la hoja de papel en él. Y chapoteando una vez más en el agua, regresó hasta Barletta.

—Escupe ahí, ganador de torneos —ordenó.

—Con mucho gusto. —Barletta tomó una flecha detrás de él que sobresalía del pasto, la colocó suavemente en su arco y disparó a través del arroyo. La flecha traspasó el rectángulo blanco por una de sus esquinas superiores—. Un tiro notable —dijo orondo Barletta—, aunque no fue perfecto.

—Seguramente —respondió Leonardo—. Dime, entonces, ¿a qué distancia está ese árbol?

El arquero se talló la nuca, pensando.

—A unos noventa pasos —dijo finalmente.

—Noventa y ocho, según mis cuentas.

—Una estimación muy cercana.

—Bastante cercana. ¿Cómo llegaste a ella?

—Pues supongo que lo adiviné —dijo Barletta—. No me parece que haya cien pasos, entonces supuse que eran noventa. Además tus pasos quizá no fueron parejos, Leonardo, dado que tuviste que cruzar aquel arroyo.

—Eso es cierto, pero no es el punto —repuso Leonardo.

—¿Y cuál es el punto?

—Que tú hiciste tu cálculo no como un arquero, sino como cualquier hombre hace esas suposiciones. Si entendí bien, te preguntaste a ti mismo cuántos pasos tendrías que hacer para llegar a aquella marca, y me dijiste el resultado. Lo mismo que yo hubiera hecho en tu lugar.

—¿Y luego?

—Sin embargo —prosiguió Leonardo—, hay otra manera en la cual hubieras podido calcular la distancia. Tú sabes bien, como arquero, a qué altura por arriba de tu blanco tienes que apuntar para cualquier distancia determinada. Entonces, podías haber concluido hasta dónde necesitabas apuntar por encima de mi hoja de papel para poder acertar como lo hiciste, y de ello podrías haber deducido qué tan lejos estaba, sin necesidad de contar los pasos en tu mente. ¿Ahora lo entiendes?

Mateo Barletta se rascó el cuello con mayor ansiedad, frunciendo el ceño.

—Es demasiado para mí —dijo—. No soy un matemático. No hago cálculos como los que me dices. Soy un arquero. ¿Crees que tengo tiempo para sumar esto y calcular aquello cuando estoy frente a un jinete armado que viene hacia mí y debo derribarlo antes de que me lleve entre los cascos de su caballo? Tritura y quema mis huesos, pero precioso cuadro haría afilando mi lápiz y garabateando en alguna tablilla, rogando a mi enemigo que espere mientras logro saber qué tan lejos está de mí. Apunto y disparo, y eso es todo, Leonardo. Si mi primera flecha no da en el blanco, la Providencia me dará una segunda. Si también fallo con la segunda, entonces soy un hombre muerto... aunque no tan muerto como si me quedara parado como animal disecado contando con los dedos...

—Todo eso está muy bien pensado —dijo Leonardo—, pero aun así... estás cansado de disparar, ¿cierto?

—Extremadamente cansado.

—Y esa herida te está causando molestias.

—Mi herida, como la llamas, no es sino un rasguño, como bien sabes, y encuentro sospechosa tu repentina preocupación por ella. ¿Ya acabamos aquí o no?

—Todavía no. Pero puedes sentarte en el suelo un momento para descansar, príncipe de los arqueros, mientras voy a la casa de Piero Novara

a pedirle un poco de madera —dijo Leonardo.

—¿Madera? En el nombre de Dios, ¿ahora qué?

—Madera y clavos. Espérame aquí.

—Si ahora vamos a convertirnos en carpinteros —respondió Barletta fatídicamente—, no será el día de hoy. Tengo esposa y familia.

—Y todavía nos queda una hora completa de luz del día —repuso Leonardo—, así que calma y espera.

El arquero se sentó, descansando el arco en sus rodillas.

—Tráeme entonces un poco de vino con la madera y los clavos —repuso—. No quiero afiebrarme bajo tu mando. Entiendo de vino; de ciencia, o del modo que quieras llamar a esas idioteces tuyas, no.

—Y ni quieres entender.

—Exactamente. Ni quiero. Cuando menos —dijo Mateo Barletta con sentimiento— llegamos a una especie de acuerdo. Te esperaré impacientemente. —El arquero se recostó, colocó su carcaj debajo de su cabeza y cerró los ojos con firmeza.

* * *

En ese mismo momento, en el estudio de Andrea del Verrocchio, las cabezas se inclinaban sobre las mesas de trabajo y las bancas en una labor silenciosa, verdadera o fingida. Sin embargo, de vez en vez, alguno de los aprendices deslizaba furtivamente una mirada de su tarea asignada hacia el pequeño grupo que, en una esquina en el extremo de la habitación, se congregaba en torno a un lienzo encalado.

La luz decaía. Si hubiera sido una tarde normal algún ligero movimiento se percibiría aquí y allá, y sugeriría por una disminución de la práctica de actividades que el día de trabajo estaba por terminar; se habrían barrido las inmaculadas pirámides de volutas de madera o de menuzas de oro y de plata y se juntarían en ordenadas pilas; las herramientas se habrían cubierto con telas de protección, y se escucharían apagadas conversaciones iniciadas con el acompañamiento de sonrisas como signo de la inminente liberación.

Ante la presencia de Lorenzo de Médici, el jefe y patrón de los artesanos, tales gestos hubieran sido considerados imprudentes. La limpieza podría hacerse, si se necesitaba, a la luz de una vela cuando él se hubiera

marchado, y un comentario un tanto más alto de lo normal hubiera dirigido la atención, embarazosamente, hacia quien lo hubiese proferido. El único hombre, además de Verrocchio, a quien le hubiera importado poco si llamaba o no la atención en este momento se encontraba en otro sitio.

Lorenzo de Médici dejó caer el dibujo que había estado examinando. Las líneas del rostro retratado le sonrieron desde la mesa, como lo había hecho con Verrocchio el día en que fue esbozado, más de una semana antes.

—Y ¿dónde está el maese Leonardo? —preguntó el señor de Florencia delicadamente.

—No está aquí, señor —repuso Verrocchio.

—Es lo que veo. Si estuviera presente dudo que hubiera pasado inadvertido. No obstante, dado que principalmente vine para hablar con él, sería conveniente saber su paradero. ¿Ha ido a hacer alguna diligencia?

El maestro artesano dudó.

—Bueno, no exactamente, señor —respondió—. Es que... no estoy seguro, pero creo que está en el campo de tiro al lado de su palacio, aunque, para ser sincero, nunca le he preguntado a dónde va.

—¿Nunca, Andrea? Pero se ausenta con tu venia, supongo. —Lorenzo sonrió y Verrocchio se permitió una amplia sonrisa como respuesta.

—Dada sin quererlo, quizá —dijo—, pero la tiene.

—Apostaría a que se fue de pinta —dijo el joven junto a Lorenzo—. ¿No es así siempre con los artistas, mi buen Verrocchio?

Quien hablaba era alto y arrogante, con las aletas de la nariz elegantemente hinchadas, punto desde donde parecía observar el mundo a su alrededor constantemente; esa apariencia se magnificaba por todo lo que hacía, decía e insinuaba. Era Silvio Grimiani di Torino, príncipe de Saboya. Vistosamente vestido con un jubón púrpura a rayas con bordados de oro, olfateaba delicadamente un pañuelo perfumado, que era el mejor modo de mantener a raya el olor de la pintura, de la trementina y de los punzones de acero ardientes. Su exquisita educación le había granjeado la admiración de muchas mujeres en la corte y la divertida indulgencia de otras, incluyendo a Bianca Maria Visconti, que ahora estaba de pie al otro lado de Lorenzo.

—Imagino, Lorenzo —prosiguió Grimiani—, que se le podrá encontrar cabalgando junto a tu hermano. En un caballo prestado, sin lugar a dudas.

—Entonces, en este caso está usted en un error, mi señor —repuso Lorenzo—, o eso creo. —Se volvió hacia Verrocchio—. Los últimos nueve días, en mis dominios han estado dos hombres practicando arquería, según me han dicho —dijo—. ¿Es decir que uno de ellos es el maese Leonardo? Es curioso, ¿por qué está haciendo eso?

—Debería preguntárselo usted mismo, señor. No tengo idea ni tampoco podría jurar que esté ahí.

—Sí lo está —habló Bianca Visconti, jalando discretamente la capa de Lorenzo—. Lo vi hace no más de dos horas, desde el techo del mirador.

—¿Lo viste, niña? Entonces hubieras podido ahorrarme el viaje hasta acá.

—Si me hubiera dicho el motivo por el que venía, señor, quizá lo hubiera hecho, pero ya que no me lo dijo...

—En cualquier caso ya no es propio para ti que andes escalando las paredes para llegar al techo del mirador —interrumpió Lorenzo—, como se lo he pedido constantemente a fray Segismundo que te lo inculque; sin resultado, por lo que veo. ¿Cómo supiste que aquel que viste era Leonardo da Vinci desde el poco propicio lugar donde estabas?

—Por el libro de su cintura —respondió apresuradamente Bianca—. ¿No es así, maese Andrea? ¿Colgado de una cadena?

—Así es —respondió Verrocchio—. Leonardo, sin ninguna duda.

—Ahí lo tiene —repuso triunfante Bianca.

Su tutor la miró con un cariño un tanto severo.

—Muy perspicaz de tu parte —dijo Lorenzo, y, dirigiéndose al maestro artesano, prosiguió—. Si usted les da a sus empleados la libertad para dejar sus labores y practicar la arquería o no es cosa suya, maese Andrea, aunque debo decir que me parece bastante peculiar. —Tamborileó sobre el dibujo—. ¿Podría ver más ejemplos del trabajo de Leonardo? La decoración que le encargué para el mirador del que habla la señorita Bianca me place bastante... así como esta trivialidad.

—Con gusto, señor. Su portafolio está en aquella mesa.

Verrocchio caminó primero hacia el lugar que había indicado. Ahí, Lorenzo de Médici le dio vuelta a una enorme cubierta de piel y comenzó a

hojear el compendio de hojas y jirones de papel que estaban debajo de ella, girándolos hacia un lado y hacia otro.

—Un estudio para la *Incredulidad de Santo Tomás*, señor —apuntó Verrocchio—. Y lo que sostiene ahora en la mano es un querubín con el estilo de Desiderio da Settignano, creo. A mi juicio, bastante pobre. Como puede ver, no puedo evitar que copie las técnicas de mi competencia cuando le conviene, muchas de las cuales son poco sólidas; pero tiene buen ojo, uno no puede negarlo. Es, por supuesto, muy libre en su sentido de composición, demasiado libre. A menudo se lo digo, pero se impacienta con las reglas. Insiste en que él pinta las cosas como las ve, y en ese caso, como siempre me esfuerzo en señalarle, su percepción debe ser diametralmente opuesta a la mía. Es, señor, un hombre testarudo y necesita urgentemente disciplina. Cuando esté listo para aceptarla, su ojo para el movimiento podrá llevarse a buen puerto.

Lorenzo asintió con la cabeza, ensimismado.

—Por otra parte —Verrocchio prosiguió—, no valora la alegoría.

—¿No la valora? —respondió Lorenzo—. Cuán reprochable. ¿Cuántos años tenía el maese Leonardo la primera vez que se acercó a usted?

—Veintiuno, creo, señor. Antes estaba bajo la tutela de Antonio Pollaiuolo.

—Bueno, bueno, maestro Andrea —dijo Lorenzo—. Cuando yo tenía veintiuno era también bastante renuente a seguir las reglas, según recuerdo. Y en cuanto a nuestro buen Leonardo, supongo que pronto va a estar pensando en establecerse por su cuenta. Lo que, imagino, es una de las razones por las que le permite... ciertas libertades. ¿Adiviné?

—Así es, señor. Después de todo lo dicho, todavía es mi mejor trabajador.

Lorenzo refunfuñó y tomó un pedazo de papel roto en forma de triángulo del portafolio frente a él. Después de examinarlo atentamente en la mortecina luz de la ventana más cercana, se lo pasó sin ningún comentario al príncipe de Saboya, quien lo aceptó sorprendido. En su noble frente se delinearon un par de arrugas. Lo giró al derecho y al revés una o dos veces y lo devolvió a Lorenzo.

—No le encuentro ni pies ni cabeza a eso —contestó altivamente—, es algo dibujado encima de otra cosa. ¿Qué son esos garabatos escritos ahí? Creo que es griego.

—No sabía que su señoría conocía el griego —dijo Lorenzo—, pero estoy seguro de que su afirmación es correcta. ¿Qué piensas, Bianca?

Bianca Visconti tomó el fragmento de hoja que Lorenzo le ofrecía.

—No —dijo rápidamente—. No es griego.

—¿Lo afirmas? ¿Escuchaste eso, Silvio? No es griego. Dinos más, pequeña. ¿Qué es?

—Creo que está escrito al revés —anunció Bianca—. Como en un espejo. Sí, estoy segura de ello. Miren, aquí hay una “s”, y aquí una “e”.

Verrocchio intervino.

—Su señoría tiene razón —dijo—. Leonardo a menudo escribe de ese modo por una razón que desconozco.

—¿Para entrapar a los demás, quizá? —sugirió Lorenzo.

—Difícilmente —repuso el artesano—. Después de todo, no logró entrapar a la señorita Bianca.

—Pero ella es muy perspicaz —contestó Lorenzo—, como es evidente para todos nosotros. Maese Leonardo me intriga. ¿Tiene un espejo?

—Aquí no, señor. Podría mandar por uno a la habitación de al lado, si desea.

—No importa. Veo hacia allá una pieza de metal pulido. —Lorenzo apuntó con el dedo—. Si fuera tan amable de acercármela. Y una vela, por favor. Comienza a oscurecer.

Verrocchio arrebató el trasto de plata que su señor le había indicado de debajo de la nariz de uno de sus aprendices y lo puso en la mesa donde el portafolio descansaba. Encendió el cabo de una vela con una lámpara de aceite y la llevó, con el pabilo crepitante, al lado del platón.

—Bianca —dijo Lorenzo de Médici—, descífralo para nosotros, si puedes. Toma, déjame sostenerte nuestro improvisado espejo.

Después de varios intentos en falso, su tutor logró colocar el pedazo de hoja para que pudiera leer el reflejo de las letras.

—No tiene mucho sentido —repuso decepcionada—. Pese a todos nuestros afanes, no es sino la mitad de una oración... parece ser algo sobre

pólvora. ¿Quieren escucharla?

—Por supuesto.

—Dice... —Bianca entornó los ojos sobre la imagen distorsionada en la superficie plateada—. “La fuerza contenida en la pólvora es como la fuerza del brazo de un hombre.” —Y se detuvo.

—¿Es todo?

—Sí.

El príncipe de Saboya bajó su pañuelo.

—Muy ilustrativo —dijo sarcásticamente—. Mi señor Lorenzo, estas excursiones infantiles son fascinantes, pero, si hemos acabado aquí, ¿podría sugerir que regresemos a casa? Comienza a oscurecer y, además —agregó agitando el cuadrado de seda—, veo que hay poco aire aquí.

Lorenzo se levantó, dejando el plato sobre la mesa.

—Entonces debemos llevarte a cielo abierto antes de que te desvanezcas, Silvio —respondió enérgicamente—. Siendo así, maestro Verrocchio, le agradezco su cortesía al dar rienda suelta a nuestra curiosidad infantil, y ahora debemos dejarlo en paz.

—Siempre es bienvenido, señor —contestó Verrocchio—. ¿Y qué pasa con el maese Leonardo? ¿Debo decirle que lo busque mañana?

—No hay necesidad. Si en verdad está en nuestros campos, debemos encontrarnos pronto, ya que me propongo regresar por ese camino.

El príncipe de Saboya abrió los ojos en señal de protesta.

—No —dijo—, es una caminata demasiado larga para mi gusto, y además húmeda. No tengo interés en dar pasos espaciados a través de lodo y pasto mojado...

—Y quizá pisar algún sapo, mi señor —dijo burlonamente Bianca—. Nuestro campo se llena de sapos por las noches. Unos grandes y feos que revientan con nuestras pisadas. —Examinó de cerca el semblante del príncipe—. Algunos dicen —continuó inocentemente— que son venenosos, creo.

—Y tus modales, Bianca —la interrumpió fríamente Lorenzo—, dejan mucho que desear, como siempre. No seas tan insolente o tendré que confinarte todo el día de mañana con tus maestros. Ven, Silvio, la caminata aclarará tu mente.



Leonardo da Vinci escupió el clavo que quedaba entre sus dientes hacia sus manos y sujetó firmemente el martillo que sostenía.

—Sostenlo bien, Mateo —ordenó—. ¿Ya lo tienes?

—Lo tengo, golpéalo y sacúdelo. Y dales a tus dedos si es necesario, no a los míos —respondió el arquero.

—No soy muy hábil haciendo esto, lo admito. Tenía que haber puesto más atención a enmarcar mis lienzos cuando era un aprendiz. Pero esto servirá, me atrevo a decir.

Leonardo incrustó el clavo directo en la estructura de tablones que había construido con la reticente ayuda de su colega, y retrocedió.

—Ahí está —dijo—. Una máquina en todo punto excelente. Se parece endiabladamente a una ballesta, ¿no lo crees?

—Un poco —admitió reaciosamente Mateo Barletta—, un poco. ¿Se supone que sea eso? ¿Dónde está la cuerda?

—Ésa nos la dará, mañana, tu arco.

—¿En serio? Después de haberme perdido la cena de hoy, esperaba pasar el día de mañana descansando.

El arquero dio una patada malhumorada en la madera. Dos lámparas descansaban en el suelo a un lado de ella, emitiendo una luz parpadeante pero necesaria a la escena, pues no se veían ni la luna ni las estrellas, lo que provocaba que la oscuridad a apenas diez pasos se hiciera impenetrable. Ligera y cortante, una brisa nocturna comenzó a soplar, y Mateo Barletta encogió sus hombros dentro de su chaleco de cuero. Absorto en su trabajo, ninguno de los dos se percató de que se acercaba el grupo de gente que había dejado, diez minutos antes, el taller de Andrea del Verrocchio.

—Entonces préstame tu arco y quédate en casa —dijo Leonardo.

—De ninguna manera. Donde va mi arco voy yo. Sin él, me siento como tortuga sin caparazón. Traeré queso y pan y te veré trabajar; será una nueva sensación para los dos.

—En su lugar —sugirió Leonardo después de pensarlo un minuto—, podrías prestarme una ballesta. Me serviría igual, y quizá sea más fácil de manipular.

—Una ballesta —resopló con ironía Barletta—. La ballesta es un artilugio del mismísimo Padre de las Mentiras; además es tan ineficaz como inútil. Puedo soltar diez flechas en el mismo tiempo que le tomaría a un soldado con ballesta nada más manejar la manivela o la gafa. No entiendo qué pretendes hacer mañana, pero te prometo que con una ballesta te tomará desde el amanecer hasta la puesta de sol disparar diez tiros.

—Eso huele a prejuicio, Mateo —repuso Leonardo—, pero seguiré tu consejo y usaré tu arco. El efecto es el mismo sin importar el arma.

—No —respondió Barletta obcecadamente—. El arco de tu ballesta es de acero, por lo tanto es antinatural.

—Pero el principio, amigo Mateo, es el mismo. Es igual a todos los proyectiles, no importa cómo sean lanzados, por ballesta, catapulta, mangonel o cañón.

El arquero se sentó pesadamente en uno de los lados del armatoste de madera que habían terminado. Éste crujió, pero soportó el peso.

—¿Qué sinsentido es éste? —dijo—. Te concedo, si quieres, que tanto el arco como la ballesta, de algún modo, usan la misma fuerza, que es la de la cuerda, pero no hay tal fuerza en un cañón.

—No obstante, la fuerza debe estar ahí —respondió Leonardo—; de otro modo, la bala no podría volar.

—Es el ruido de la pólvora lo que impulsa la bala —dijo confiadamente Barletta—, todos los hombres lo saben, y no lo hace sino débilmente, por cierto. Por eso es que el cañón es un invento todavía más inútil que la ballesta, y sólo sirve para asustar caballos. Yo no daría ni un soldo por todos los cañones del mundo. Los cañones de Rigo Leone han estado rugiendo ante los muros de Castelmonte todo el otoño, ¿y para qué? Para nada. Mientras que yo, Mateo Barletta, he matado seis hombres ahí, y quien me hirió en la pierna era —pese a tratarse de un malvado ladrón, hijo malparido de una puta romana, sin duda— nada menos que un arquero como yo.

—Bien dicho, arquero —dijo secamente una voz detrás de él.

Los dos hombres se volvieron. Lorenzo de Médici estaba de pie justo dentro del círculo de luz que expelían las dos lámparas. Tenía una de las alas de su capa alrededor de Bianca Maria Visconti, cuyo bello rostro

esplendía dentro del haz amarillento, y al lado de Lorenzo estaba el príncipe de Saboya. Mateo Barletta saltó de su posición sedente, confundido.

—Mi señor —dijo—, no lo vi.

—Tranquilo —respondió Lorenzo—. No hay nada de malo en que un hombre exprese su opinión sobre su propio oficio. Maese Leonardo da Vinci, si no me equivoco.

—A su servicio —contestó el artista.

—¿Qué importante empresa es ésta, maese Leonardo, que arrastra a uno de mis arqueros, herido, del lecho en el cual convalece en medio de la noche? Sin mencionar que está usando mi campo para llevarla a cabo, sin buscar el permiso para hacerlo.

—No creí, señor —acotó Leonardo sencillamente—, que usted se opondría.

—No dije que me oponía. Busco una explicación, no una disculpa.

—Llevo a cabo experimentos.

—¿De qué tipo?

—A propósito de la trayectoria de los proyectiles.

—¿Y con qué objetivo?

—Para acumular, señor, conocimiento.

—Admirable —repuso Lorenzo—. Déjeme reformular mi pregunta: ¿tiene algún fin inmediato o práctico?

—No tiene un fin inmediato. La acumulación de conocimiento es suficiente fin en sí misma.

—¿Lo es? No estoy seguro de estar de acuerdo, maese Leonardo, aunque puede depender del punto de vista. ¿Qué clase de conocimiento desea cosechar por el uso de este aparato que veo?

—Espero, señor —respondió cortésmente Leonardo—, determinar cuál es el ángulo de elevación con el que una flecha debe ser disparada para alcanzar cierta longitud de vuelo, y si este ángulo, como sospecho, se mantiene constante para cualquier longitud dada; además de saber a qué altura se eleva la flecha en su trayecto entre el arco y su blanco; y si hay una simple relación matemática entre el ángulo en el cual es disparada, o la altura a la que se eleva, y la distancia que recorre; amén de algunas cosas similares.

Si esta cortés aunque larga enumeración tenía como fin desalentar cualquier pregunta posterior, había fallado.

—¿Qué otras cosas? —preguntó implacablemente Lorenzo.

A la vista de ambos hombres —el artista y el gobernante—, con la vista fija uno en el otro, Mateo Barletta comenzó a sentirse incómodo como si viera a un par de carneros con las astas entrelazadas. Ciertamente, nada de lo dicho confirmaba esta creencia, pero de todas formas él se percataba de la tensión en el ambiente. También tenía un deseo igualmente incómodo de estar en cualquier otro lugar.

—Si su señoría me lo permite —apuntó—, es tarde, y mi cena, señor...

—No te retendremos más, Barletta —dijo Lorenzo, sin despegar su mirada del artista—. Come bien y que tengas una pronta recuperación, arquero.

—Gracias, señor —el arquero se deslizó discretamente en la noche.

—¿Qué otras cosas? —insistió Lorenzo de Médici.

—Está la cuestión —respondió Leonardo— de si cualquier relación matemática que pueda descubrir entre el ángulo de disparo y la distancia recorrida también se mantiene en otros tipos de proyectiles, como creo que será, o si el tamaño, el peso o la forma del proyectil afectan dicha relación. Además, si la fuerza necesaria para propulsar el proyectil puede ser colegida por la curva y la distancia de su trayecto. Una cuestión importante, ya que nos llevaría a inferencias a propósito de la naturaleza de la pólvora.

—Ya veo. Una cosecha atrevida, maese Leonardo —dijo Lorenzo—. ¿Eso es la suma de todo?

—De ninguna manera. Cosechar conocimiento, para usar su metáfora, es como cosechar cebada. En el acto de recoger una hebra, los ojos ven más allá y ven otras que recoger, y al alcanzar éstas aparecen más a su alcance. La cosecha, señor, es inacabable.

Lorenzo de Médici levantó su mano y la dejó reposar ociosamente en la cabeza dorada de su pupila.

—Aun así, la mente —dijo— es finita.

—Salvo por la mente de Dios, eso es cierto.

—Mmm... De acuerdo, maese Leonardo, supongo que comenzar tal cosecha puede llevarse a cabo tanto en mis dominios como en cualquier

otro lado. Espero que su artefacto soporte el ataque de los granujas de Florencia, que toman ventaja libremente de mis arroyos y de mis pastos como parece ser que usted lo hace.

—Confieso, señor, que lo mismo había pensado. Además, no puedo pasar todo el día aquí, como quisiera.

—No, en efecto. El maestro Andrea tiene alguna necesidad de sus servicios. —Lorenzo inspeccionó la máquina con la mayor seriedad—. ¿Qué labor lleva a cabo en su estudio?

—En este momento —contestó Leonardo—, estoy pintando para él uno o dos ángeles para un altar.

—¿Y es importante?

—Eso depende, señor, del punto de vista. Di Credi podría pintarlos tan bien como yo, es cierto; pero un hombre debe ganar su sustento, o de lo contrario es poca cosa.

—Así es —admitió Lorenzo—. De cualquier modo le haré una oferta, si es que quiere escucharla. Puede usted mover este artefacto suyo hacia el rango de tiro de mis arqueros, y trabajar con él tantos días como necesite para cosechar, digamos, las primeras dos o tres hebras. Hablaré con maese Andrea en su representación, y quizá lo redima de pintar ángeles unos días. ¿Qué le parece?

—Extremadamente generoso —repuso Leonardo—. Le doy las gracias por ello, ya que unos días sin preocupaciones en este momento serían más preciados para mí que el oro; pero un convenio tiene dos partes. ¿Qué tendré que ofrecerle a cambio?

Lorenzo sonrió fugazmente.

—Permitirles a mis eruditos y matemáticos acosarlo con tantas preguntas como sus mentes esclarecidas puedan hacer a propósito de la trayectoria de los proyectiles —dijo—. Por otra parte, no puedo garantizarle que mis cortesanos no lo acosen del mismo modo, temo decir, aunque no dañarán sus artefactos como otros lo harían mientras trabaje en este campo. Y no puedo saber si las preguntas de mis hombres ilustrados serán más tontas que las de mis cortesanos. Tendrá que descubrirlo por sí mismo, si acepta. ¿Y bien?

—Acepto con gusto —respondió Leonardo.

—Entonces venga a mí mañana temprano, maese Leonardo. Y por ahora, buenas noches.

Lorenzo inclinó la cabeza afablemente e hizo el gesto de retirarse.

—¿No se llevará una de mis lámparas? —preguntó Leonardo—. La noche es muy oscura.

—Una amable proposición. Bianca, ¿la llevarías para nosotros? Ven, Silvio. —Lorenzo se volvió hacia el artista, todavía con una leve sonrisa en los labios—. Tenemos —dijo— un poco de miedo a los sapos.

—Aquí no hay ninguno —apuntó Leonardo—. Los sapos, señor, croan, y así hacen notar su presencia.

—Así es —contestó Lorenzo de Médici—, así es.

OceanofPDF.com

IV

Muchos creerán que pueden justamente hacerme reproches diciendo que mis experimentos van en contra de la autoridad de hombres cuyos juicios inexpertos se tienen en gran estima, sin conceder que lo que hago es el fruto de la simple experiencia, la única maestra verdadera.

LEONARDO DA VINCI

... Los arqueros ejercen control sobre su proyectil por una innata e inconsciente habilidad; el artillero controla el suyo por prueba y error.

... y estas leyes de la trayectoria serán generales en su utilización, así lo creo, porque el poder que causa el movimiento de todos los objetos es general.

También debemos investigar si el poder de un gran señor es partícipe de este don de la naturaleza; pues en la medida en que él comanda el trabajo de muchos hombres y animales, su poder es la suma de los poderes de éstos.

Entonces ¿qué sucede con el poder de la mente? Pues considérese que, a menos que esté confinada, la pólvora se quema con luz y fuego, pero sin explosión; empero, cuando está confinada estalla, desperdigando grandes piedras o pedazos de metal a miles de pasos. Pero confinar la pólvora es una idea de la mente; y, por ello, la mente tiene poder.

... y en este punto hay otra similitud entre el poder de los hombres y el poder contenido dentro de la pólvora. Pues los hombres fuertes, al estar enojados y confinados por las circunstancias, producen guerras, así como confinar la pólvora hace que estalle.

Y debemos preguntar: ¿cómo es que la fuerza de la pólvora existe dentro de ella desde el principio?

... si una onza de un tiro requiere una onza de pólvora, ¿cuántas onzas requerirán dos onzas de tiro? Debe creerse que esto depende de los diámetros de la bala, esto es, de acuerdo con los diámetros multiplicados por sí mismos, así que la proporción entre la pólvora y la pólvora, diría, es igual a la proporción entre el cuadrado y el cuadrado...

Y cabe preguntarse si existen formas más grandes de pólvora.

Y si estas formas más grandes se descubren, ¿cómo serán utilizadas? ¿O los hombres las usarán para destruirse a sí mismos? Porque los príncipes son príncipes, y muy pocas veces son sabios. Por lo tanto, un hombre (ahora) mata a otro con la espada o con fuego, pero con una fuerza mayor un hombre puede matar a muchos más, incluso destruir ciudades o reinos, y

esto por la presión de una palanca como la que el ballestero aplica cuando dispara su proyectil. Y si un hombre encuentra tal palanca a su merced, ¿no la usaría?

A MEDIA mañana, el hielo desperdigado del camino se había derretido, a pesar de que el sol todavía no secaba las cuentas de humedad del breve pasto. El agua se seguía acumulando, goteando por el techo de cobre martillado del mirador, y chorreaba volublemente hacia los adoquines debajo de sus canaletas. Alrededor de la larga y estrecha valla, los altos muros de piedra resplandecían con manchones de dorado liquen y reflejaban destellos de un fuego helado donde el frío de la noche todavía perduraba en los ángulos sombríos.

Habían pasado tres días desde el primer encuentro de Leonardo con Lorenzo en el campo más allá de la pequeña entrada, y sus primeros experimentos con el armatoste ahora colocado en uno de los extremos del rango de tiro estaban casi completos. Leonardo se sentó en una banca de madera a la luz del sol y pasó revista a sus desordenadas columnas de figuras, con su aliento generando vaho en el aire fresco.

Como antes, su ayudante era Mateo Barletta. Dado que ahora tenía menos quehaceres que en el campo, sus disputas con Leonardo sobre el propósito de sus tareas eran tan prolijas como obtusas, aunque cuidaba el artefacto que estaban usando con el porte de propietario de un perro guardián, prohibiendo el paso de aquellos que mostraban intenciones de querer poner las manos en él con una fiereza que no disminuía ni por su cortesía.

En lo que a Leonardo respecta, si había ocupado apenas ocho horas de las anteriores setenta y dos en dormir, no mostraba ninguna señal de ello. Desde el crepúsculo hasta la medianoche hacía cálculos de los resultados del día anterior, y se levantaba antes de las tres para preparar las pruebas del siguiente día; pero su sonrisa estaba siempre dispuesta y su inclinación por los debates —ya fueran instruidos o no— intacta. Se había vestido de modo colorido, pero sin ostentación, de anaranjado y bermejo. Y tanto sus ojos como su mente estaban despejados.

Después de alguna discusión, había llegado a un acuerdo con el arquero sobre la naturaleza de su equipo. Sus proyectiles seguían siendo flechas, escogidas con cuidado de entre las mejores de Barletta, en lugar de las municiones de la ballesta, pero el aparato que había reconstruido —de algún modo más refinado que el original armatoste de tablones a duras penas enclavados— era en esencia una ballesta, ya que su cuerda tensada se sostenía por un metal bruñido y lijado y se soltaba por medio de un gatillo. El arco yacía horizontalmente, montado en un soporte de madera independiente que podía inclinarse hacia arriba o hacia abajo en la estructura para ajustar el ángulo de elevación. El astil de la flecha descansaba en una ranura, por la que se deslizaba en los primeros treinta centímetros de su recorrido hacia el blanco distante.

Hasta ahora, sus espectadores habían sido sólo las damas y los caballeros más curiosos de la corte. Lorenzo de Médici no había aparecido. En su lugar, los arreglos que Leonardo había considerado necesarios habían sido delegados a un chambelán que, a su vez, los había remitido desdeñosamente a un jardinero principal. Hasta ahora, ninguno de los matemáticos allegados a la corte de los Médici había hecho acto de presencia.

Esto que pasaba le convenía mucho a Leonardo, ya que prefería la compañía de cortesanos a la de los sabios. Las preguntas de los nobles y de sus acompañantes, aunque a menudo cargadas con una especie de condescendencia, lo obligaban sólo a dar una mínima descripción de lo que intentaba hacer; así que les contestaba jovialmente y en palabras que pudieran entender, y ellos trinaban como arrendajos y se iban. Dado que lo conocían de vista por las constantes cabalgatas junto a Giuliano de Médici, ellos, a su vez, estaban dispuestos a obsequiarle cierta aceptación como uno de los suyos; su condescendencia, por ello, provenía más de la ignorancia de corte defensivo que del esnobismo. Un pintor, pensaban, era un comerciante; pero un pintor que cabalgaba soberanamente con el hermano del Magnífico y que, por tanto, mostraba una amable indiferencia por su oficio podía ser socialmente admisible —a pesar de la pluma, de la tinta y de la libreta—, a menos que sus modales fueran los de un comerciante, lo que no sucedía. Además de esto, la vida en la corte era a menudo aburrida,

y el poder dar una vuelta por los jardines y hablar del extraño artilingio que había sido puesto —sólo la Providencia sabía para qué propósito— en los campos de tiro les daba el brillo en la conversación que les había faltado en las horas anteriores.

Una sombra se dibujó sobre la página que estaba estudiando y Leonardo levantó la vista.

—¿Cómo va todo, artista? —preguntó Giuliano de Médici.

—En realidad, bien, gracias.

—¿Qué has encontrado?

—Poesía.

—¿En serio? No estoy seguro de saber qué es lo que quieres decir con eso.

—Cierta simetría en la naturaleza, pues —replicó Leonardo—, la cual tiene un aire poético, y me complace por ello. Giuliano, tienes el semblante como nube de tormenta; siéntate.

—No por mucho tiempo —dijo Giuliano, tomando asiento a un lado del artista—. Esperaba que quizás hubieras descubierto algún modo de tomar Castelmonte el día de mañana, no el aspecto poético de la naturaleza.

—Ni mañana ni el día después. ¿Por qué?

—Por una buena razón, de hecho, amigo mío —respondió Giuliano—. La hermana de Constanza, Carla de Ávalos, está prisionera entre sus muros.

Leonardo cerró su libreta de un golpe y volvió el rostro hacia el hombre a su lado.

—¿Cómo sucedió? —preguntó.

—¿Cómo? Por la estupidez de aquel maldito pedante, el príncipe de Saboya —dijo amargamente Giuliano—. Si no me hubiera contenido, lo habría matado en ese mismo lugar. La raptaron en un ataque sorpresa o *camisado* hace dos noches. Y llegué demasiado tarde para hacer algo excepto maldecir y hacer un escándalo.

—Mejor dime qué sucedió, Giuliano. ¿Un ataque sorpresa? Hubiera pensado que los defensores de Castelmonte tienen mejores cosas que hacer que cabalgar por la campiña en la noche ocultando sus armaduras con camisas.

—No fue sino una suerte de cerco casual, creo —respondió Giuliano—, aunque resultó ser más beneficioso para ellos de lo que habían pensado. Muy bien. Como sabes, había arreglado las cosas para cabalgar y escoltar a Carla de Ávalos y a su séquito desde Pistrola hasta Florencia, ya que habían sido suficientemente imprudentes para cabalgar cerca de Castelmonte en lugar de ir por un camino más difícil hacia al norte a través de las montañas. Les mandé una nota a la posada que está ahí para decirles que esperaran mi llegada. No lo hicieron así. ¿Por qué? Porque nuestro príncipe de Saboya, por decirlo así, prefirió cabalgar hacia Pistrola antes que yo, con la tonta sugerencia de que el camino más sencillo de cruzar Castelmonte era al abrigo de la oscuridad, esa misma noche. Se encontró con un Corsario de Soto, primo de Carla y tan estúpido como él, y se pusieron de acuerdo. Entonces, lo que seguramente hicieron fue cabalgar a la luz de una buena media luna con apenas cinco hombres como escolta y, fíjate, uno de ellos era un fraile. Toscanelli los escuchó ir avanzando desde poco más de kilómetro y medio de distancia. Los dejó a sus expensas, pensando que yo los acompañaba y que por tanto estaban seguros. Le dije a Toscanelli que si supuso que yo llevaría un poco menos que un cuarto de un escuadrón de caballería junto a mí en un encargo de tal envergadura, tenía que ser casi tan sandio como Silvio, pero eso no importa. En cuanto a mí, llegué a Pistrola un poco después de la medianoche para encontrarme con que se habían ido y cabalgué directo hacia ellos. Como a kilómetro y medio más allá de Castelmonte fueron atacados en un desfiladero por treinta sujetos de la ciudadela que vestían tabardos encima de sus cotas de malla. Encontré a De Soto herido, al fraile con el rosario en las manos rezando, a un hombre muerto y a Silvio enfrentándose a la retaguardia, que huyó al verme. Le deseé lo mismo que a De Soto y se lo grité, lo que tomó por una gran ofensa. ¡Vaya imbécil! No había nada que pudiera hacer excepto cabalgar y perseguirlos, lo que resultó inútil. Regresé, otra vez maldiciendo su principesca alma con todo mi corazón, y ahí se acabó todo. Mal negocio.

—Sin embargo, sin lugar a dudas, su intención era buena.

—Seguro que sí. Pero ¿quién diablos le pidió que interfiriera? No es un soldado, es un moscardón que se contonea cuando arremete con un estoque a la manera en que sus maestros franceses de esgrima le enseñan allá en el

norte. Sólo por haber matado a un par de hombres en algún duelo con sus afeminadas estocadas se convenció a sí mismo de ser un excelente escolta de señoritas. Bueno, ya está hecho, y ahora debemos pagar el precio de su vanidad. Si Della Rovere está dispuesto a darnos a Carla de Ávalos por menos de cincuenta mil florines estaré sumamente sorprendido, y puede usar su cautiverio como ventaja para negociar una tregua. Y a menos que las cosas se muevan más rápidamente de lo que me atrevo a esperar, tendré que darle la noticia a Constanza.

—Lo tienes que hacer de cualquier manera —repuso Leonardo.

—Pero no necesariamente ahora. Hay alguna oportunidad, aunque sea ínfima, de ahorrarle un poco de ansiedad.

Leonardo sacudió la cabeza.

—No veo cómo.

—Alguna, dije, no toda. Pero preferiría postergarlo hasta que el rescate haya sido negociado y acordado por mi hermano, lo que puede ser hoy o mañana, por lo que sé. No es probable que vayan a dejar pasar esta oportunidad mientras la tengan, y tanto Rigo como Toscanelli están de acuerdo en que una tregua invernal debe ser declarada en los siguientes días. Ahora nos va a costar más que si el príncipe de Saboya no hubiera decidido darnos una muestra de su disparatada galantería, eso es todo. Te veo pensativo, Leonardo.

—Y con disgusto —contestó Leonardo—, aunque podría ser que sin razón. Dime, ¿cuándo llegaste a Florencia?

—Hace una hora.

—Entonces sigue mi consejo, Giuliano, y busca a Constanza. Tiene tanto derecho a saber de la condición de su hermana como yo.

—¿No crees que sería mejor esperar?

—No. Tus razones son bien intencionadas, pero erróneas. ¿No te he señalado ya que ella tiene todo un espíritu, tanto como tú y yo lo tenemos? Por consiguiente, díselo ahora.

—Bueno —contestó Giuliano, levantándose—, lo consideraré. Ya te alejé demasiado de tu trabajo y de tu amigo arquero, que está por allá. Suficiente. Aunque veo a alguien que te mantendrá alejado todavía. — Señaló hacia los pilares de las arcadas que llevaban del campo de tiro hasta

el vecino patio interior. Escoltado por un arco estaba de pie la figura imponente de un hombre de barba gris sujeta con horquillas; vestía una túnica marrón con un sombrero de terciopelo que hacía juego.

—¿Y quién es él? —preguntó Leonardo.

—Ése, mi querido Leonardo, es el doctor Cino di Lapo Mazzone, un erudito extraordinario al servicio de mi hermano, el Magnífico. Te deseo que te diviertas con él. En cuanto a mí, tendré que decirte hasta luego antes de que me vea forzado a compartir su conversación.

Giuliano cruzó el tramo de pasto nivelado entre la banca y las arcadas, saludó con una reverencia al doctor y se perdió de vista. El doctor Mazzone, una vez que inclinó su cabeza ceremoniosamente en respuesta al saludo, enfiló la barbilla y caminó directamente hacia Leonardo; se detuvo brevemente en el centro del campo de tiro para inspeccionar el armatoste por un minuto y recibir una mirada furiosa y desalentadora de Mateo Barletta, que probaba su cuerda. Leonardo se levantó mientras el doctor se acercaba.

—A sus órdenes, señor —se anunció el doctor Mazzone, hipócritamente.

—Como yo a las de usted, señor.

—Me dicen —respondió el doctor Mazzone— que usted está aquí ocupado con actividades mecánicas. Tenía la intención de venir y ofrecerle asesoría matemática mucho antes de hoy, pero es difícil, señor, muy difícil, como puede verlo, dejar las tareas y los libros propios. Rara vez salgo de mi habitación en estos días, ocupado como estoy con tres comprobaciones distintas de un teorema de Anaxímenes, especialmente la tercera, que es de un refinamiento considerable. Supongo que está usted familiarizado con las tesis de Anaxímenes.

—Hasta cierto punto —respondió Leonardo.

—¿Cómo, señor, hasta cierto punto? Ciertamente o está uno por completo familiarizado con Anaxímenes o no lo está. Su razón brilla sobre nosotros como un faro; su filosofía es cristalina; su matemática, soberbia, y su teoría del universo muy superior, según creo, a las de Jenófanes o Anaxágoras. Él es, señor, el más grande de nuestros antiguos.

—Puede ser como usted dice —replicó Leonardo—. Aunque aún encuentro en él una peculiar reticencia ante los hechos.

El doctor Cino di Lapo Mazzone pareció sorprendido, aunque no por mucho, y pudo reponerse.

—¿Hechos? —contestó—. No conocemos los hechos. Hasta que lo hagamos, debemos confiar en las hipótesis y en los sistemas, aceptando o rechazando aquellos que nos dicte nuestra inteligencia. Cuando, en el caso de Anaxímenes, estamos ante un sistema de pensamiento que es tan armónico como consistente, entonces puede uno confiar, señor, en que finalmente se descubrirán los hechos para confirmarlo. Ésa es la naturaleza de la filosofía. Me atrevería a suponer que usted es un pitagórico.

—Señor, nada parecido a ello.

—¿Qué escuela, entonces, es la que usted sigue, si puedo preguntar?

—No sigo ninguna escuela ni a ningún hombre. Si hay alguno entre los griegos al cual admire, entonces sería Eupalino, el samio.

—Eupalino —repuso lentamente el doctor Mazzone—. Creo, señor, que no estoy familiarizado con su trabajo. Si usted quisiera recordármelo.

—Construyó un túnel doble de ciento cincuenta brazas (o doscientos cincuenta metros) de longitud debajo de una montaña, así lo cuenta Heródoto, para proveer de agua a la ciudad de Samos.

—¡Ah! —repuso aliviado el doctor Mazzone—. Entonces ¿no fue un filósofo, señor, sino un simple ingeniero?

—Como lo soy yo —respondió Leonardo divertido—. Naturalmente, estoy al tanto de que el intelecto de un ingeniero debe ser en todo inferior al de un filósofo. ¿No es lo que nos dice Platón? En el *Gorgias*, ¿no es él quien señala que un hombre sensato debe usar ese título sólo como un vituperio, y que debe negarse a consentir el casamiento de su hija con el hijo de un ingeniero? Una vocación indigna, ciertamente, podemos estar seguros; pero todos debemos seguir el camino de nuestra vida por el que Dios nos llama.

—Puedo darme cuenta, joven señor, de que cuando menos está usted bien leído.

—Gracias.

Con la elección de ignorar cualquier ironía posible en el razonamiento de Leonardo, el doctor Mazzone se había asegurado de que su posición de superioridad no estaba siendo cuestionada. Por tanto, estaba listo para ser amable.

—Este artefacto suyo —prosiguió—. ¿Qué es? Dígame, por favor.

—Es una trampa —contestó Leonardo.

—¿De verdad? No lo entiendo muy bien, me temo. ¿Está diseñado para atrapar qué?

—Bueno, señor —dijo Leonardo—, hechos.

El doctor Mazzone volvió a hablar fríamente.

—Creo que intenta recriminarme —dijo.

—De ningún modo. No hablo sino con la verdad. Los hechos son escurridizos, como Anaxímenes podría decirlo si estuviera vivo; pero por las suertes de mi máquina los entrapo y los encierro en este papel. —Leonardo sostuvo su libreta—. Cuando haya capturado el suficiente número de ellos, entonces comenzaré con las teorías; o, nuevamente, quizá no. Ésa, señor, es la naturaleza de la ingeniería.

—¿Lo es? Suena, si se me permite decirlo, como una aproximación al conocimiento bastante similar a la de un topo.

—Muy bien dicho. ¿Le interesaría ver una demostración?

—Justamente es por eso que vine —dijo Mazzone—, por órdenes de Lorenzo de Médici en persona, si se me permite decirle, quien me ha pedido que... mmm... califique el trabajo que usted realiza bajo su protección. He estado esperando la llegada de un colega, y ahora lo veo.

Un hombre alto y de finos labios, vestido con hábitos franciscanos, se dirigía apresuradamente hacia ellos mientras, a la manera de un pájaro, atisbaba a Leonardo con pequeñas saetas de desconfianza mientras caminaba. Leonardo y el doctor Mazzone se acercaron a encontrarse con él.

—Quisiera presentarle a fray Segismundo Carregi —dijo el doctor Mazzone. Leonardo hizo una reverencia y los presentó con el arquero, quien descruzó los brazos y los saludó silenciosamente.

—Prosiga —dijo el doctor Mazzone.

Mientras Mateo Barletta jalaba la cuerda del arco y la sujetaba por encima de la saliente de metal en la parte trasera del armazón, Leonardo

consultaba su libreta.

—Si quisieran elegir cualquier distancia desde donde estamos parados hacia el objetivo —dijo—, por favor, háganlo. En este momento, está a setenta pasos de distancia.

—¿Es de importancia? —preguntó el matemático.

—Ninguna, excepto que es parte de la demostración.

—Noventa pasos, entonces.

—Muy bien —repuso Leonardo. Caminó la distancia requerida, levantó una diana hecha de paja, la colocó en un trípode y los alejó veinte pasos más allá del arco. Al regresar, acomodó una flecha en la hendidura en la parte superior del armazón, enganchó el culatín con la media pulgada de cuerda que yacía entre las dos puntas del artefacto y ajustó el ángulo del mecanismo giratorio de acuerdo con las cifras escritas que había recopilado en los últimos tres días. Después hizo un movimiento de cabeza hacia Mateo, quien dio un paso hacia delante y se arrodilló detrás del armazón, sujetando el gatillo. Como lo había hecho mil veces antes, la nuez descendió un instante y liberó la cuerda. Como las mil veces anteriores, los brazos doblados del arco se estiraron con un zumbido y un chasquido, y la flecha resplandeció brevemente en la pálida luz del sol antes de enterrar la mitad de su longitud en el centro de su blanco. Mateo, con una sonrisa de alivio escondida de los tres hombres que observaban detrás de él, se puso nuevamente de pie.

—¿Eso es todo? —preguntó el fraile.

—Me temo que sí —continuó Leonardo—. Podemos, claro está, repetir el procedimiento las veces que ustedes deseen. El resultado siempre será el mismo, con una diferencia de una o dos pulgadas.

Fray Segismundo caminó alrededor del artefacto cuidadosamente y con evidente desdén, deteniéndose una o dos veces para tocar alguna parte de él. Hecho lo cual emitió su veredicto.

—No me parece —dijo— que haya demasiado misterio aquí. Uno esperaría que, una vez ajustado el arco, como está ahora, siempre dé la flecha en el mismo lugar. ¿No es así?

El doctor Mazzone, con los labios fruncidos y mesándose la barba, estuvo de acuerdo.

Leonardo asintió con la cabeza una vez más, con el rostro franco y risueño.

—Señores —dijo—, ésta es también la naturaleza de la ingeniería, que una vez que algo se logra todos los hombres pueden verlo fácilmente como obvio. Imagino que nuestro ancestro remoto que inventó la rueda descubrió que así suele suceder, sin duda para su disgusto. Bien, es algo bueno que no me dedique a los misterios, sino a la ciencia, y que en este estudio haya desperdiciado apenas tres días, y poco o nada le ha costado a Lorenzo de Médici. Les deseo una buena mañana.

OceanofPDF.com

VI

EL DÍA siguiente amaneció de un color azul, como de pavorreal, y parecía acre.

Mateo Barletta, al regresar con gratitud a los brazos de su largamente atormentada esposa, se había llevado su arco después de dismantelar su arbalesta experimental la tarde anterior, por lo que Leonardo se vio obligado a pedir prestada otra para la práctica imprevista en la que se había ocupado desde que se delinearon las primeras luces de la madrugada. También, como muchos arqueros inexpertos, se había despellejado dos nudillos y se había quemado la muñeca con la cuerda; sin embargo, estaba silbando despreocupadamente, al no haber nadie a tan temprana hora para verlo hacer el ridículo.

En teoría, seguía trabajando con ángulos, distancias y otros asuntos escolares semejantes, si bien con menos rigor que antes. De hecho, solamente estaba disfrutando el aire, la mañana y su propio ánimo. Por tanto, pudo ser el estudio de la balística lo que generó en él la necesidad de levantar el arco —como en este momento— encima de él y soltar una flecha verticalmente hacia el cielo, aunque por otro lado, pudo no serlo.

Quizás haya sido sólo la fortuna o la predestinación.

Viendo la flecha subir destacándose sobre el resplandor del sol circundado por hielo, Leonardo entornó los ojos mientras contaba. El tiempo de recorrido era un aspecto de trayectoria que no había considerado hasta ahora. Se preguntaba si la caída tomaría exactamente el mismo tiempo que el ascenso, como parecía lógico. Si era así, entonces de ello se seguiría... ¿qué se seguiría? ¿Acaso la velocidad con la que golpea el suelo al final de su descenso es la misma velocidad con la que dejó el arco? ¿Era esto necesariamente cierto? Perdió la cuenta y se rio, pero, en cualquier

caso, no estaba predestinado a encontrar ninguna verdad, derivada o esencial, en esta ocasión, porque en el cenit el viento atrapó la flecha, la desvió de su trayecto y la giró de un lado al otro hasta que comenzó a caer; desapareció, en picada, detrás del muro de piedra del campo de tiro hacia su derecha.

Dejando el arco en la banca a un lado de las partes desarmadas de su armatoste, Leonardo caminó hacia el portillo que daba a la campiña más allá de los confines del palacio y lo empujó para abrirlo. La tierra que estaba fuera era desalentadora; la ribera inclinada, a la que se llegaba por un sendero mal trazado desde la puerta hasta la orilla del arroyo, estaba atestada de brezo y mirto, y ahora Leonardo se encontraba a la altura de las cimas de los sauces esmirriados que se elevaban sobre el agua resplandeciente a una veintena de pasos. Era un terreno poco prometedor para buscar una flecha perdida, a menos que hubiera sido llevada por la corriente hasta el largo terruño pastoso detrás del arroyo.

Caminó río abajo, con los pies resbalando en la gruesa tierra suelta. Llegó apresuradamente hasta la veleidosa orilla del río y se agarró de una rama que detuviera su zambullida hacia el agua. Inmediatamente fue recompensado por la vista de algunas plumas rayadas y un buen palmo de madera barnizada que sobresalía de la superficie del agua, en medio de la corriente, y se sentó para quitarse las botas.

Habiendo hecho esto, se deslizó cuidadosamente entre la corriente helada, se estremeció y optó por salirse. El arroyo no tenía más de tres metros y medio de largo de lado a lado y, aunque corría rápidamente, en todos lados era poco profundo. Buscando algún punto de apoyo en el lecho del río, alcanzó la flecha e, inclinado, la jaló para desenterrarla, pero detuvo su impulso. En lugar de ello, su ojo fue atrapado por los certeros y estrechos patrones de las ondas que se formaban alrededor de la saeta, y las pequeñas y perfectas espirales que serpenteaban contra ella justo donde rompía la superficie rizada. Tomó la pluma y la libreta que estaban en su cintura y comenzó a dibujar aquellos diseños de la naturaleza, ajeno al creciente entumecimiento de sus pies y silbando quedamente una vez más.

Había estado ocupado durante cinco minutos cuando fue sorprendido por una voz femenina detrás de él.

—Entonces ¿el agua está tibia? —dijo la voz.

Leonardo se enderezó y volvió su cabeza. Sentada en la orilla, al lado de sus abandonadas botas, estaba la menuda, bella y rubia figura de Bianca Visconti. Vestía un vaporoso vestido de seda verde manzana, con manchas de lodo en la bastilla y en el corpiño. Una pequeña rama había rozado su rostro, dejando una ligera marca en su mejilla. Ninguno de estos pequeños accidentes en su descenso a la orilla del arroyo ni la inconveniencia de su ropaje parecían incomodarla, pues se reía festivamente.

Leonardo cerró su libreta, pero permaneció donde estaba a la mitad del río.

—Señorita —dijo.

—¿Me conoce? —preguntó, mientras quitaba un cabello suelto de su frente—. Yo sé quién es usted, por supuesto. Usted es maese Leonardo da Vinci, pintor de casas de descanso y un arquero mediocre, por lo que he visto. Pero yo, ¿quién soy?

—La condesa Bianca Maria Visconti de Abbiategrosso, prima del duque Ludovico Sforza, regente de Milán, creo —respondió Leonardo.

—Así que sí me conoce. ¿Cómo es eso?

Leonardo le sonrió a su vez.

—No, mi señora, fue sólo un tiro a ciegas —dijo—, y no soy un arquero tan mediocre cuando se trata de asuntos del espíritu. Giuliano de Médici me la describió, tanto en apariencia como en carácter, de tal modo que pensé que era imposible que existieran dos mujeres que respondieran a su descripción. Por lo demás, ¿no la he visto husmeando como un ratón debajo de la capa de Lorenzo de Médici? Su tutor, creo. Es muy simple, como lo puede ver.

—Bien, aunque no me gustó eso de “husmear como ratón” —respondió la condesa—. No soy ningún ratón.

—Estaba oscuro cuando la vi. Reconozco mi error, y me arrepiento de él.

—Está bien. ¿Y cómo, si me permite preguntar, me describió Giuliano?

Leonardo, después de sacar la flecha del lecho del arroyo, comenzó a caminar hacia la orilla donde estaba la condesa.

—Bueno —dijo—, como insolente, señorita, y con poco busto, si no recuerdo mal. —Se paró, con el agua hasta las rodillas, frente a ella—. Por lo menos —prosiguió— creo que dijo “insolente”. Aunque bien pudo haber utilizado el término “de lengua afilada”. No estoy seguro.

—Olvidemos por un segundo mi carácter, si le parece —dijo Bianca secamente, mirándolo hacia abajo—. Estoy más enojada por aquellos comentarios procaces de Giuliano a propósito de... de mi apariencia. ¿Cómo se atreve? Y estoy todavía más enojada de que usted se haya atrevido a repetírmelos.

—Me temo que los hombres, cuando cabalgan juntos, tienen el vulgar hábito de hacer comentarios de ese tipo —respondió Leonardo—. Pero ya que usted me hizo una simple pregunta, hubiera sido indigno de mi parte rehusarme a decirle la verdad, por vulgar que fuera.

—Podría hacer que le den de latigazos. No crea que no puedo hacerlo.

—Estoy seguro de que puede. De cualquier modo, si desea aterrorizarme, debe aprender a controlar la risa que veo que se dibuja en este momento en sus ojos. Y si entretanto pudiera tomar aquella rama de sauce detrás de usted con una mano y extenderme la otra, estaría profundamente agradecido.

La condesa lo obedeció, con un ligero menoscabo en su dignidad. Leonardo se sentó en el pasto al lado de ella, mientras se calzaba las botas.

—Ahora —dijo Bianca—, dígame por qué está parado a mitad del río, dibujando... no sé qué. Déjeme ver.

Leonardo cortésmente desató su libreta de la cadena y se la ofreció. La condesa revisó cuidadosamente su primera hoja.

—¿Qué son éstas? —preguntó.

—¿Qué parecen?

—Como líneas en el agua, y espirales.

—Admirable.

—Pero ¿para qué?

—Eso —respondió Leonardo— es complicado de explicar.

—No veo el porqué. Es una pregunta tan simple como cualquier otra. Y sabemos, ¿o no?, que usted es capaz de dar respuestas simples.

—Bueno —dijo Leonardo, mientras se ponía de pie—, entonces debe entender que he pasado algunos días estudiando la trayectoria de las flechas.

—Eso lo sé —repuso impaciente Bianca—. Lo he visto hacerlo.

—¿De verdad? Yo no la he visto.

—Dudo que sea capaz de ver algo más allá de unos centímetros de la punta de su nariz cuando está trabajando, si a eso se le puede llamar trabajo —dijo secamente Bianca—. Ni siquiera me escuchó acercarme a usted justo ahora.

—Cierto.

—Continúe, entonces. ¿Qué tiene que ver la trayectoria de las flechas con las ondulaciones en el agua?

—Quizá nada. La conexión en mi mente me la dio la misma flecha. Las ondulaciones que usted ve, y que he consignado aquí, prueban que el agua resiste el movimiento, y a su vez es resistida por éste. Se me ocurrió hace un par de minutos que el aire pudo haberse resistido a la trayectoria de la flecha del mismo modo. Si es así, entonces debo tomar esto en cuenta cuando estudie el movimiento de una flecha a través del aire. ¿Entiende?

Bianca frunció el ceño.

—Sostenga la flecha, entonces —ordenó. Leonardo obedeció—. ¿Dónde están las ondulaciones en el aire? —preguntó—. No veo ninguna.

—Son invisibles.

—O no existen. Si son invisibles, ¿cómo sabe cuando están ahí?

—Porque —respondió Leonardo— las puedo ver en otros sitios.

—¿Dónde?

—Si tuviera un espejo, mi señora, y pudiera usted ver su propio cabello ondulando en este mismo aire, las percibiría también —contestó Leonardo—. También podría percibir que su rostro está manchado con lodo, pero eso es sólo por decir.

—No hay necesidad de arruinar su cumplido.

—Ése es el problema con el ojo de un artista —dijo Leonardo como disculpa—. El cabello ondulante y el lodo son lo mismo para él.

—Ya veo. Para retomar esto del aire, entonces —repuso Bianca, observándolo con cierto humor—, me parece que está usted equivocado. El

agua es pesada, el aire no lo es. El aire es... no es nada.

—No es así. Mire por acá. —Apuntó adonde unas hojas revoloteaban errantes en medio de la brisa para descansar ligeramente encima de la superficie del arroyo y ser barridas río abajo—. El aire sostiene esas hojas volantes —dijo—. Si no fuera así, entonces las hojas caerían directamente hacia abajo, como lo hace una piedra. Luego entonces, el aire tiene una sustancia, al igual que el agua.

—Pero las hojas caen —objetó la condesa—. Lentamente o aprisa, de cualquier modo caen. Eso no prueba nada.

—Usted es difícil de convencer.

—No lo soy. Los barcos no se caen a través del agua. Flotan sobre ella.

—Como las nubes flotan por el cielo y tampoco caen.

—Las nubes no tienen peso. ¿Pueden llevar las nubes un cargamento? No. Tiene que conseguir un mejor ejemplo.

—Entonces, digamos, como un papalote flota —argumentó Leonardo—. Estará de acuerdo conmigo en que un papalote tiene peso, ¿no? ¿Y un pájaro?

Bianca frotó su mejilla, sin quitarle la vista de encima a Leonardo.

—Sí —dijo lentamente—, puedo admitir eso. Quizá después de todo tenga razón, aunque parece una idea peculiar. Debo pensar en ella. —Después, rápidamente cambió la estratagema—. ¿Sabe lo que diría de usted mi tía Francesca, señor? Que es usted un soñador.

Leonardo echó su cabeza hacia atrás y comenzó a reír.

—Pido piedad —dijo—. No puedo resistirme a usted y a su tía y además sobrevivir. Aun así, no soy un soñador, Bianca, se lo prometo. Al contrario. No hago más que ocuparme de lo que percibo, y no puedo evitar hacerlo; pero esto no es soñar. Los pintores, podría ser, ven las cosas más claramente que otros hombres, y algunos, después de verlo tan claramente, derivan lecciones de lo que ven.

—Lecciones —dijo la condesa—. No me gustan las lecciones. De hecho, vine hasta acá para escaparme de ellas. Así que le suplico que guarde sus clases para usted.

—Me preguntaba por qué está vestida de ese modo. La seda y las espinas difícilmente van bien juntas. ¿Quién le da sus clases?

—Un fraile con el aspecto de un sabueso de Pisa —respondió Bianca—. Me aburre. Su nombre es fray Segismundo Carregi. Sin lugar a dudas está deambulando frenético en este momento por los patios del palacio, en busca de mi persona, y me encerrará en mi habitación esta tarde. Como si me importara. Prefiero leer a escuchar su aburrido parloteo. Por eso le dije que no me gustaban las clases.

—No ha objetado ésta —le señaló Leonardo.

—No, señor —protestó—, ésta no ha sido una lección.

—Una vez más está equivocada, pequeña condesa. Las clases no las da siempre un fraile, ni siquiera vienen en un libro. Mis propios maestros son más agradables que cualquiera de los dos.

—¿Sus maestros? ¿Dónde están?

—En todas partes alrededor de nosotros —respondió—. En lo que respecta a esta mañana, mis maestros han incluido flechas, hojas, agua —hizo una cortés reverencia—, y quizás el cabello ondulante. Considere esto último cuando esté encerrada en su habitación esta tarde, señorita. Es algo de más importancia que el peso relativo de nubes y papalotes.

* * *

Con la barbilla apoyada en la mano, Lorenzo de Médici estaba sentado detrás de una tabla de pino en un pequeño cuarto que más parecía una celda monacal, desprovisto de cualquier decoración excepto por un mapa dibujado por el cartógrafo Petrus Vesconte que estaba en una de las paredes blanqueadas. Su ventana, si bien amplia, estaba enrejada; desde ella se podía ver una apacible y dominadora vista de los jardines del *palazzo* y de la campiña distante de Florencia.

Era un cuarto que el gobernador de la República utilizaba frecuentemente. En él se retraía para pensar a solas en los problemas del estado o para escapar de las conversaciones de los ociosos. Además de él mismo, muy pocos entraban... y ninguno sin invitación expresa.

—¿Sus experimentos han concluido satisfactoriamente? —preguntó.

—Así es, señor.

—Bien. Debo decir que ni el doctor Mazzone ni el respetable fray Segismundo Carregi me han dado informes demasiado alentadores de ellos,

pero esto ya lo habré imaginado.

Leonardo, sentado en un bajo taburete de madera al otro lado de la mesa, cruzó una pierna encima de la rodilla opuesta y sostuvo su tobillo, sintiéndose cómodamente a sus anchas.

—Confieso que no me sorprende —dijo—. Ninguno de los dos entendió qué es lo que estaba haciendo, pese a que les di una demostración justa y sincera de mi propósito. Parecían creer que estaba preocupado por la exactitud, y por supuesto que no; pero se quedaron demasiado poco tiempo conmigo para que pudiera iluminarlos. —Hubiera seguido, pero Lorenzo levantó una mano, impidiéndolo.

—Ahórreme su ciencia —dijo—. Trato con hombres, una materia en la que tengo alguna experiencia. Lo que el buen doctor y fray Segismundo me hayan dicho es de poca importancia. Le ofrezco un puesto junto a mí como ingeniero militar. Le propongo pagarle apenas un poco, hasta que demuestre que tiene algún valor para mí. Por otro lado, podría tener cierta libertad para proseguir con sus experimentos mientras sus obligaciones se lo permitan. ¿Qué dice?

—Sus términos son justos. Los acepto, como antes, con gratitud. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Ahora.

—¿Ahora? —dijo Leonardo sorprendido—. De acuerdo.

—Procuraré eximirlo de su contrato con maese Andrea del Verrocchio sin cargo para usted. Se hospedará con nosotros, como condición de su empleo.

—¿Y mi caballo?

—Lo cuidaremos en nuestro establo, pero no esta noche. Esta tarde —dijo Lorenzo— usted cabalgará hacia Castelmonte, donde tengo todavía uno o dos problemas que solucionar, como sin duda recordará. Llevará mi garantía personal al capitán Rodrigo Leone y lo ayudará en derribar los muros de la ciudad. —Al ver que Leonardo estaba a punto de hablar, levantó la mano de nuevo, con la mirada penetrante—. No se moleste en mencionar que usted no es un trabajador milagroso. Estoy consciente de ello. No espero milagros, pero, incluso a esta hora, algo podría ocurrírsele

que otros hayan pasado por alto. ¿Sabe que la señorita Carla de Ávalos está prisionera en Castelmonte?

—Así me lo ha dicho su hermano, señor.

—No hemos recibido ninguna petición de rescate. De que recibiremos una, estoy seguro. Y seré honesto con usted. Mi objetivo en este momento es salvar de mis arcas cincuenta o cien mil florines, lo que seguramente le costará a Florencia obtener su liberación si el conde Della Rovere puede mantener su ciudadela intacta hasta pasado mañana. Si esa suma debe ser pagada no la escatimaré, naturalmente, pero ésos son los hechos. ¿Fui lo suficientemente claro?

—Bastante —repuso Leonardo—. Haré mi mayor esfuerzo, señor, como confío en hacerlo siempre a su servicio.

—Entonces que la fortuna lo acompañe —respondió Lorenzo de Médici^[*].

OceanofPDF.com

VII

LA PUNTA de la espada descansaba brevemente en la compacta tierra bajo sus pies. Su espalda se apoyaba contra una de las columnas laterales de la poterna de Castelmonte. Guido Toscanelli evaluó su situación y la encontró desesperada.

En ese instante estaba protegido por la saliente de la bóveda porque su hombro derecho estaba pegado a la madera tachonada de la puerta que quería romper, pero los hombres que, a sus sacrílegas instancias, balanceaban un ariete de acero en contra de las tablas a un brazo de distancia no fueron tan afortunados. De una cuadrilla de asalto de treinta hombres, cinco ya habían muerto y otros tantos estaban heridos, por estar al descubierto de los tiros de las ballestas o por las piedras que les lanzaban desde los huecos del cuartel de guardia que protegía la entrada.

El ataque de Guido, realizado prematuramente desde la cima de una colina al otro lado del río, había durado tan sólo un cuarto de hora, que fue suficiente para saber que había fallado. Se maldijo a sí mismo en silencio por haber permitido que su impaciencia gobernara su sentido común al hacerlo. Esperaba entrar con toda la cuadrilla en unos pocos minutos, a lo sumo. En esto había fracasado, y sólo la obstinación le impedía la retirada; una obstinación que le costaría un hombre en cada embate del ariete.

Por un lado, su equipo de asalto estaba en desventaja debido a la ubicación del terreno. De la orilla opuesta del río hasta la puerta secundaria o poterna había escasos quince pasos, y cada uno de ellos era cuesta arriba. Por ello era imposible para sus hombres impulsar con demasiado vigor el pesado ariete, porque no podían retroceder con él y regresar a la carga, tan sólo balancearlo hacia atrás y hacia delante con el largo de sus brazos. Por el otro, el poco tiempo que les había tomado vadear el río había sido

suficiente para permitir que los defensores hicieran acopio de fuerzas encima de la poterna y a lo largo de los muros a ambos lados de ella, resistiendo el ataque con una letal lluvia de proyectiles. Incluso a cuarenta pasos de su flanco, el disparo de una ballesta podía atravesar una cadena de cotas de malla con resultados mortíferos, como elocuentemente lo testificaban los bramidos de los heridos.

Atrapado entre el río y el muro, y diezmado por el inesperado fuego cruzado, estaba perdido. Y en lo que concierne a la puerta, bien podía estar edificada con sólida piedra por el daño que el ariete apenas le había infligido.

Dio un paso fuera de la saliente de la bóveda y miró al otro lado del río donde, protegidos por un puñado de rocas en picada, sus propios arbalesteros se agazapaban y hacían lo que podían para cubrir a sus compañeros con fuego de protección. Las flechas de sus hombres volaban en ráfagas hacia la barricada encima de su cabeza; al volverla para evaluar el daño, pudo ver cómo un arquero enemigo con el cuello atravesado buscaba algo a qué aferrarse antes de caer hacia delante. Su cuerpo, inerte antes de tocar el piso, rodó pesadamente por la empinada orilla y se zambulló en el agua, dejando detrás de él dos hilillos de sangre entre las ondas que recibieron su caída. Sin embargo, un fugaz reconocimiento le mostró que el arquero era la única baja que sus compañeros podían presumir. Y aun en el instante en que le tomó llegar a esta conclusión, el hombre en la retaguardia de los que balanceaban el ariete bramó lastimosamente y cayó sobre su espalda, con los brazos bien extendidos, para quedar así a los pies de Toscanelli, con las enrojecidas plumas de la breve flecha enquistada en su cerebro mirando a lo alto como un tercer y maligno ojo ciego.

Una empresa inútil, pensó Toscanelli. No era parte de las labores de un condotiero desperdiciar vidas en batallas inútiles, incluso si —como ahora— sólo un cuarto de su cuadrilla consistía en sus soldados de siempre y los demás eran voluntarios florentinos ávidos de la muerte o de la gloria al servicio de su ciudad y de Lorenzo de Médici. Los aspirantes a héroes, a los ojos de Toscanelli, eran unos imbéciles, pero en esta ocasión, pensó una vez más, no había nadie más imbécil que él.

La llamada a retirada estaba pendiendo de sus labios. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciarla, vio cómo la poterna se abría hacia adentro con el impacto del ariete. Después de soltar el arma, los de la vanguardia se escurrieron rápidamente por el arco de la puerta, impelidos por los gritos de aquellos que estaban detrás. Después de un momento de sorpresa e incredulidad, Toscanelli los siguió.

Afortunadamente, y no por decisión propia, era casi el último en pasar por la puerta abierta. A este hecho, por como ocurrieron las cosas, le debía su vida.

* * *

La historia no consigna el nombre de los hombres que construyeron y fortificaron la ciudadela de Castelmonte apostada en la colina. Alguna referencia indirecta puede encontrarse en los *Anales*, de Guidobaldo Canestrini, a un tal Piero Casale, un bandido del siglo XIV, y a sus dos hijos, quienes usaron el baluarte como centro de operaciones para saquear la circundante campiña toscana; pero Castelmonte debía ya ser vieja para cuando lo hicieron. Rodeada en casi tres de sus flancos por acantilados, sólo el aspecto que presentaba aproximadamente kilómetro y cuarto al poniente y al norponiente daba la esperanza de alcanzar su cima desde el valle del río debajo de ella. Y a lo largo de esta vista panorámica, su única debilidad natural, se alzaban los vastos e imponentes muros que habían resistido dos meses y un poco más de bombardeo de los cañones de Rigo Leone.

Hacia el extremo norte de su enorme bóveda se encontraba la puerta principal, a la que se llega por medio de un puente parapetado que cruza el río y que forma su última línea de defensa. Con casi un metro de alto y un peso de ocho toneladas cada una, las puertas gemelas de roble que custodiaban la entrada, revestidas de acero forjado, se cerraban y se aseguraban por dentro con una sola viga montada sobre un eje, tan pesada que sólo podía ser levantada por cuatro hombres mediante una manivela que operaban desde dentro de una de las torres situadas a ambos flancos. Además, ya que la puerta había sido diseñada para mirar hacia el norponiente, en lugar de hacerlo directamente hacia el valle, no podía ser

alcanzada por los tiros de los cañones que provenían del lado poniente del río y del camino romano, porque estaba protegida por el recodo del muro.

A lo ancho de la parte superior de los muros podían marchar lado a lado y cómodamente tres hombres, protegidos por las almenas, que doblaban hacia el sur conforme caminaban y pasaban a través de torres que se sucedían unas a otras continuamente, hasta que llegaban a los bastiones más pequeños y a las casetas de guardia en la poterna. En tiempos de paz, esta estrecha entrada dejaba pasar a las lavanderas y a quienes querían recoger agua del río. En estado de sitio, era tan inexpugnable —a su propio y sutil modo— como la puerta principal y los muros de la ciudad.

Sus defensores la llamaban, con sombrío humor, la Boca de la Serpiente.

Encima de ella estaba de pie Federigo da Montefeltro, duque de Urbino y comandante designado de Castelmonte. Sardónico y competente, de porte más bien militar que noble —ostentaba sus títulos por su conocimiento de las armas más que por herencia—, miraba hacia abajo, a través de una ranura entre las maderas de la casa del guarda, a la turba de atacantes florentinos que emergían del pasaje bajo sus pies, con sus armas arañando sus muros de piedra. Escuchó la primera nota de desfalleciente incertidumbre entre los gritos de guerra de sus enemigos y sonrió para sí mismo.

—Esperen —les dijo suavemente a los hombres que estaban de pie junto a él—. Todavía no.

Esperando encontrarse mano a mano con el enemigo detrás de la poterna que acababan de forzar, los hombres de Toscanelli no encontraron a nadie. El más astuto de la vanguardia comenzaba a sospechar la verdad: que la puerta no había cedido ante los embates de su ariete, sino que había sido deliberadamente abierta para atraerlos hacia una trampa de una naturaleza que todavía no podían descubrir.

Ciertamente, Guido Toscanelli había llegado a esa conclusión. Estaba, como vimos, entre los últimos de la cuadrilla que entraron en el desfiladero en el que estaban ahora. Mientras entraba, notó rápidamente la encajadura y el cerrojo sin romper, así como las bisagras similarmente intactas al otro

lado de la puerta. Se detuvo, permitiendo que los enfurecidos soldados que venían detrás de él pasaran a su lado.

El desfiladero, lo vio de inmediato, era fácilmente defendible. Se alargaba por veinticinco pasos a través de un peñasco de roca sólida que era la base de la entrada, y sobresalía de lo que parecía ser la orilla de un viñado, aunque en su actual posición alcanzaba a ver muy poco del terreno en su extremo lejano.

¿Dónde, se preguntaba, estaban los hombres que tan fácilmente habían podido sostener tal embate en su contra?

Diez pasos delante de él, dos puertas toscamente labradas se abrían lóbregamente a cada lado del pasillo. Éstas debían, estaba seguro, conducir por unas escaleras hacia el piso superior del puesto de vigilancia. Tres hombres, bajando por ambos lados de estas escaleras, podían reforzar el pasillo frente a sus veinte hombres. ¿Por qué no lo hacían? Todavía más sencillo, un destacamento de ballesteros al extremo lejano del túnel podía en ese preciso momento abatir a una docena de sus soldados antes de que pudieran llegar a la entrada —como la vanguardia lo estaba haciendo—. Aun así, su oponente al mando, quienquiera que fuera, no había considerado oportuno tomar estas precauciones.

Se volvió y miró detrás de él una vez más. Al otro lado del río, una centena de sus tropas estaba concentrada encima de la parte más alta de la colina, y se había asomado de su escondite detrás de ella. Esperaba su señal antes de cargar a través del río para apoyarlo. Sólo tenía que levantar su mano y hacer una seña: ellos irían inmediatamente a fortalecer las líneas, como se había planeado. ¿Por qué, entonces, olía la derrota?

A unos ciento ochenta centímetros sobre su cabeza, Federigo da Montefeltro también observaba a los refuerzos. No le molestaba su presencia. Su mente pensaba de modo similar a la de Toscanelli, y de hecho se hubiera sorprendido de no verlos esperando ahí: éste era el modo en que lo hubiera hecho él mismo si estuviera en el lugar de Toscanelli.

Como si conversara, dio sus órdenes al capitán del puesto de vigilancia y a los arqueros colocados afuera en las almenas, que ahora se dirigían a la parte posterior de la barricada y apuntaban sus armas hacia los florentinos, pululantes como abejas en la parte interior del túnel. Lo acompañaban, en

aquel pequeño cuarto, cuatro hombres que tiraban de una reja de hierro forjado, con su borde inferior encajado en una ranura que estaba a sus pies. La parte alta de la reja —la puerta de la trampa que estaba a punto de cerrar sobre sus víctimas bajo sus pies— se sostenía por cuerdas y poleas que venían desde las vigas del techo y que cuatro hombres más sostenían, esperando la orden para soltarlas.

—Esperen —dijo otra vez, suavemente.

Tres o cuatro latidos se sucedieron en una quietud anormal. Una flecha perdida de uno de los ballesteros de Toscanelli que todavía se escondían en las rocas más allá del río resonó a través de la tronera y rebotó inofensivamente de la pared del cuarto a una banca, y de ahí al piso, con la punta de metal tintineando. Entonces los arqueros de Montefeltro comenzaron, metódicamente y con una precisión letal, a abatir a los florentinos que salían al pequeño viñedo detrás de la Boca de la Serpiente.

Toscanelli se decidió, corrió a través del pasillo —que ahora estaba libre de sus hombres—, y, tras llegar al extremo, lanzó un rápido vistazo a su alrededor. La intuición le había dicho que pronto su cuadrilla de asalto quedaría reducida a un solo hombre, y la razón sugería que la pérdida de treinta vidas al menos se había de justificar por algún reconocimiento, por muy rápido que fuera.

Vio de inmediato que su intuición estaba en lo cierto. El desfiladero que le habían permitido capturar daba a un camino pedregoso e inclinado por el que debía cruzar. Cualquier paso hubiera sido inútil, porque el campo, que tenía plantadas enredaderas trazadas con regularidad, estaba completamente rodeado por el muro de la ciudadela, que se dividía para bordearlo. Y más allá, observó con furia y desazón que había otra puerta, idéntica a la poterna que acababa de ganar. Sólo un vistazo desde la parte alta de la ciudad hubiera podido mostrárselo de antemano, pero ninguna vista así, por supuesto, era posible. Esto es lo que quienes edificaron Castelmonte habían previsto. Si la poterna exterior era la Boca de la Serpiente, ésta era su vientre, que estaba listo para digerir a su presa.

Cercados por todos lados por elevados muros, y sin un enemigo al alcance, sus hombres trastabillaban en todas direcciones, buscando inútilmente escapar de la lluvia de flechas que caían sobre ellos de todos

lados. Uno o dos, más rápidos para presentir la derrota que los demás, estaban corriendo de regreso hacia él por la pendiente que tan neciamente habían comenzado a subir. No había nada que pudiera hacer para remediar la situación, excepto gritar. Lo hizo, y volvió sobre sus pasos por el largo pasillo. Llegó al extremo final medio segundo antes de que la reja, soltada desde la parte superior por Montefeltro, sellara el túnel con el estruendo metálico del Juicio Final bajo sus talones y sentenciara a todos aquellos detrás de él a una inevitable muerte. Se aventó al río y comenzó a nadar, maldiciendo con el aliento que le quedaba, rumbo al lado contrario y en pos de su propia seguridad indignante.

* * *

En la cima de la colina, a unos cuatrocientos metros hacia el norte del lugar donde el sanguinario e infructuoso asalto de Toscanelli se había llevado a cabo, una ligera pero persistente lluvia caía en la cara de Rigo Leone y de sus artilleros. Leonardo da Vinci, con su caballo una vez más atado al almacén de pólvora, estaba de pie junto al maestro artillero, con la capa revoloteando a merced del viento. Tomó el brazo de Rigo y señaló:

—Sólo un hombre —dijo—. Es Toscanelli, creo.

Rigo se volvió hacia él con el semblante irritado.

—No tengo tiempo para los problemas de Toscanelli —dijo secamente—. Más considerando que se los buscó él mismo. Fue un ataque estúpido y mal planeado, y tiene que pagar por ello.

—Estoy de acuerdo. Pero podría, cuando menos, darnos un poco de información.

—Ninguna que me interese. La poterna no es de mi incumbencia —respondió Rigo—. Lo que me preocupa es la precisión de mis cañones, que en este momento es lamentable, como puedes verlo. Dado que la orden de Lorenzo te describe como un ingeniero, quizá tengas algún consejo que darme a propósito de trabajar con ellos hundidos en el fango. ¿No es así?

—No —respondió Leonardo—. Excepto, quizá, que dejes de hacerlo.

—Te lo agradezco. En tal caso, no me distraigas con la desgracia de Guido. Tengo suficiente con las mías. Apártate de mi camino, ingeniero.

Dio un paso para bajarse de su pequeño montículo, haciendo a un lado a Leonardo, mientras que uno de los dos cañones, el que estaba colocado al lado derecho, rugía. Leonardo, quien todavía no se acostumbraba a abrir la boca para evitar ser ensordecido por el estruendo, sacudió su cabeza para despejarse y se arrodilló, colocando los dedos en el pasto húmedo. A su izquierda podía ver a los hombres de Agnolo Fulvio, que se esforzaban febrilmente en llevar su enorme carga, levantando el carro por ambos lados con palancas de madera de unos seis metros, con cinco hombres por cada una de ellas. Los hombres, con la arcilla hasta los ojos, apenas podían reconocerse como humanos. “Rigo quizás exagere en sus problemas —pensó Leonardo un tanto divertido—, pero no por mucho.” El cañón se giró de lado, se inclinó, y quedó asentado en ángulo. Les tomaría media hora apuntalar nuevamente las ruedas encalladas con las palancas de madera, que se hundirían, a su vez, en el suelo reblandecido por el siguiente retroceso del disparo. Volvió a ponerse de pie, y encontró a Rigo a su lado.

—Tienes razón, claro —dijo Rigo—. Un hombre con mayor sentido común que yo habría abandonado esta tarea hace días. Pero no puedo. Si me detengo ahora, me diré a mí mismo por el resto del invierno que quizás un último tiro podría haber sido suficiente para tumbar esos malditos muros. —Tosió y escupió una densa capa de azufre desde la parte posterior de su lengua—. En fin —prosiguió—, después de mañana ya no importará.

Leonardo gruñó sin comprometerse a aceptar estas palabras, lo más cercano a una disculpa que podría obtener de Rigo.

—En tierra firme —preguntó—, ¿qué tan precisos son tus cañones?

Rigo hizo una mueca.

—Ha pasado tanto tiempo desde que vi tierra firme que casi no puedo recordarlo —respondió—. ¿A esta distancia? Tres metros a cada lado de donde apunte, con buena pólvora. Algunas veces lo hacen mejor, y en otras más frecuentes peor.

Leonardo se alejó de él y caminó hacia donde tres grandes balas de acero reposaban lado a lado. Se puso en cuclillas y levantó una de ellas, a dos manos, pero sin esfuerzo. Se levantó y la llevó a la altura del hombro.

—¿Cuánto pesan? —preguntó.

—Cuarenta y cinco kilos. Su físico es engañoso, ingeniero. Debería emplearlo como uno de mis cargadores.

Leonardo dejó la bala con delicadeza en su lugar.

—¿Cuántas balas más piensas disparar hoy?

—Tantas como me permita Dios. Quizás ocho, antes de que se ponga el sol.

—En ese caso —repuso Leonardo—, mejor me pongo en camino.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el muro. Tengo cierta fascinación por observar la trayectoria de tus balas de cañón desde los dos extremos.

—Entonces tu vida está en tus manos —dijo Rigo—, mi actual precisión no es de tres metros a cada lado, sino de doce. Es una locura.

—Quizá, pero creo en Dios y en tu habilidad. ¿Nunca has querido ver la caída de uno de tus propios disparos?

—¿Yo? Nunca. ¿Por qué habría de quererlo? El trabajo de un artillero es quedarse detrás de sus cañones, no frente a ellos, y harías bien en seguir mi ejemplo. No sabía que el ser ingeniero pudiera ser un llamado tan peligroso.

* * *

La clase iba bastante mal.

Fray Segismundo Carregi se sentó afectadamente en la orilla de una cómoda silla. Su cetrino y erudito dedo separaba una página de su libro y esperaba la respuesta de Bianca. El silencio había durado tanto en la habitación que, incluso a través de las ventanas cerradas, el graznido de una urraca podría escucharse. Bianca exhaló un suspiro.

—Lo siento, fray Segismundo, de verdad. Pero olvidé la pregunta.

El altivo movimiento de cabeza de su tutor sugería que había estado esperando justo esa respuesta.

—Estábamos hablando, hija, de santa Ágata —dijo—. ¿Quizá lo recuerdas ahora? Santa Ágata. ¿Por qué la santificaron? ¿Cuándo la santificaron? Concedamos que san Eusebio es complicado, como santa Felícitas, pero excepto por san Francisco de Asís, que hasta los bebés conocen, todos nuestros bendecidos santos parecen ser un misterio para ti.

—Santa Ágata —repitió Bianca—. No, no creo haber escuchado de ella. Lo siento.

El fraile humedeció sus finos labios.

—Entonces pon atención, por favor. Por mediación suya, se detuvo una erupción del monte Etna, en Sicilia. Fue martirizada en el año de Nuestro Señor 250.

Bianca se rio.

—¿Detuvo la erupción del monte Etna? ¿Un volcán? ¿De verdad cree esto o es sólo una leyenda?

Fray Segismundo se levantó y jaló su hábito con ira y desesperación.

—¿Cuánto más tengo que escuchar esto? —reclamó—. Esperemos que el Magnífico, su tutor, nunca la escuche hablar así. Es suficientemente grave que ignore sus tareas, con toda consciencia, pero que las ponga en duda es mucho peor. —Fijó su mirada en Bianca—. Escuche atentamente lo que tengo que decirle, mi señora. Que escoja o no ponerme atención puede ser asunto suyo; pero cuando se burla de mis enseñanzas no se burla de mí, se burla de nuestra madre, la Iglesia, y eso es herejía.

—Ni me burlo de usted ni de la Santa Iglesia —dijo Bianca con cierto temple—. Se lo pregunté porque maese Leonardo da Vinci me ha dicho que sólo a través de las preguntas es como aprendemos. ¿No estoy aquí para aprender? Me temo que usted le tiene miedo a las preguntas, señor, a menos que ya conozca las respuestas. Maese Leonardo dice que hay ciertas preguntas que...

—Maese Leonardo, maese Leonardo —dijo peligrosamente fray Segismundo—. Parece que ahora tienes dos tutores, hija. Uno que te llevará a la salvación y otro, por lo que parece, que te llevará hacia el otro lado.

Fray Segismundo le dio la espalda y miró por la ventana. Bianca lo examinaba con disgusto.

—Siento que mis preguntas lo hayan ofendido —dijo con engañosa humildad—; no obstante, ¿podría hacerle una más? Una más eclesiástica, creo. ¿Los ángeles tienen alas?

De algún modo suavizado por el tono de Bianca, su tutor se volvió hacia ella.

—Bueno, sí, hija, sí tienen —contestó—. Cada uno de ellos, por lo que sabemos, es un mensajero de Dios y, por lo tanto, son alados. ¿Acaso no los vemos así en pinturas?

Bianca asintió.

—He visto esas pinturas —convino—. Pero ¿podría preguntarle por qué?

—¿Por qué?

—¿Por qué tienen alas?

—Para que puedan volar, por supuesto —dijo indulgentemente el fraile—. Es una pregunta boba.

Bianca adoptó un semblante de interés escolar.

—Entonces ¿los ángeles son pesados? —prosiguió.

—¿Pesados? No la entiendo, señorita. Son espíritus.

—Y por lo tanto no pesan nada.

—Indudablemente. Sólo las cosas materiales tienen peso.

—Entonces ¿por qué tienen alas? —preguntó—. Porque he hablado con maese Leonardo sobre pájaros y alas y el aire, y me ha mostrado que las alas son necesarias para levantar el peso de un pájaro a fin de que no caiga a la tierra. Si, entonces, un ángel no tiene peso que levantar, ¿para qué necesitaría las alas?

Fray Segismundo lo consideró durante un largo minuto.

—No me enojaré contigo, hija —dijo piadosamente—. Me estás provocando, pero creo que no es del todo tu culpa. Ese maese Leonardo ha envenenado tu mente para que no puedas distinguir la sabiduría del simple ingenio. La noche se acerca y quizá ya sea tiempo de que la clase de hoy termine. Puedes irte. Y yo, por mi parte, oraré devotamente para encauzarte.

* * *

Leonardo estaba de pie precariamente bajo los muros de Castelmonte. Tenía clavados los talones en la empinada y traicionera pendiente de la orilla del río, con la espalda hacia las murallas que se elevaban detrás de él. Su paso era menos seguro debido a los muchos pedazos de roca que yacían junto a él, junto con la ocasional bala de cañón deformada que no había caído al agua para reunirse con sus compañeras.

Miraba atentamente en dirección de la orilla opuesta; su visión era difusa por la lluvia y el vapor. Ya había aprendido que, en el momento en que el sonido de uno u otro de los cañones de Rigo lo alcanzaba, el tiro había pasado la mitad del trayecto esperado. El destello de la boca de los cañones lo alertaba, permitiéndole contar hasta seis antes de vislumbrar en el aire el proyectil, aunque era poco menos que imposible predecir dónde estallaría, si a su izquierda o a su derecha. Sin embargo, había calculado que las probabilidades de una inminente aniquilación suya eran pequeñas. Su mayor preocupación consistía en evitar ser golpeado por una bala que rebotara hacia él mientras caía y rodaba.

Tenía demasiado frío, pues se había visto obligado a nadar por el río para llegar a esa ventajosa posición. Así que esperó, con los hombros encogidos y tiritando.

El cañón de Scudo escupía fuego y humo, para desaparecer casi de inmediato como un chubasco a través del valle sitiado. Leonardo maldijo suavemente. Sin importar los cálculos que hiciera, todavía estaba inquieto por pensar en el compacto, mortal y ahora invisible poder que lo acechaba. Entre la bruma escuchó su grave murmullo, siseando por encima de su cabeza, y se agachó instintivamente. El muro y la tierra se estremecieron ante el impacto, y pedazos de roca se dispersaron alrededor de sus oídos mientras la bala hacía retumbar el suelo a tres pasos de él. Se levantó de inmediato y se quedó mirando fijamente el sitio donde había visto el golpe en la barricada, a un brazo de altura de su cabeza y cerca del ángulo entre la pared y la saliente de una torre.

En un área de muchos metros de ancho, la superficie del muro había sido convertida en un cráter, de cuyos bordes pendían bultos de roca listos para caer. A un lado de éste, pequeñas cicatrices mostraban que mientras una loable mayoría de los disparos de Rigo habían caído lo suficientemente cerca como para —con un poco más de tiempo— abrir una grieta, otros habían volado lejos y con pocos efectos. Palpó pensativamente el borde tosco de la fisura principal del muro y avanzó hacia el recodo donde la torre hacía una curva.

Aquí, lo advirtió, residía la debilidad del muro. Una grieta lo suficientemente ancha para poder meter su mano se había abierto, probando

que, sin importar qué tan gruesa y sólida fuera la muralla, había sido resquebrajada por los continuos disparos, permitiendo que la piedra se separara y dejara caer su argamasa. Con la punta de los dedos rasgó la cal de la hendidura y trató de desmoronarla. Fue difícil, mas no imposible.

Sobre él, el conde Girolamo Riario asomaba la cabeza por una ventana de la torre y le hizo señas a un guardia.

—Usted sirve al duque de Urbino, ¿no es así? —preguntó.

—Señor, así es.

—¿Estuvo a su servicio en Florencia, hace uno o dos años?

—Sí estuve, señor.

—Por consiguiente, ¿está familiarizado con aquella ciudad?

—Señor —respondió el guardia con incomodidad—, de hecho soy florentino de nacimiento, pero...

Riario lo cortó con un gesto.

—Excelente —dijo—. Excelente. Tranquilícese, hombre. No me importa si su madre fue una moza de cocina en el círculo íntimo de Lorenzo mismo, sólo dígame lo que deseo saber. Mire por esa ventana, y dígame qué es lo que ve.

El hombre lo obedeció.

—Veo a un hombre, señor, parado al pie de nuestros muros y mirando hacia arriba. Me temo que alcanzó a verme.

—No hay nada que me importe menos —contestó Riario—. ¿Lo conoce?

—No lo juraría, señor, pero creo que es el artista que solía trabajar en el taller del joyero en Ponte Carraia. Su nombre es Leonardo da Vinci.

El conde Girolamo se rasó el cuello.

—Bien —repuso, después de pensarlo un momento—. ¿Cuál es su arma?

—Soy un lancero, señor.

—Es una lástima. De todos modos, no tiene importancia. Vaya y encuéntreme un ballestero entre sus colegas, y mándelo aquí. Apresúrese, hombre.

Leonardo da Vinci, mientras tanto, sin saber de los planes del conde por despacharlo como a un molesto estorbo, de hecho había visto el rostro del

lancero en la ventana de la torre y había decidido que la prudencia era su mejor opción. De todos los disparos dirigidos hacia él mientras nadaba de regreso por el río y hasta el cobijo de la niebla, ninguno se había acercado tanto como para molestarlo y llegó a salvo al fuego nocturno de los artilleros veinte minutos después. Envuelto en la manta de un caballo, aceptó de buena gana la bota de vino que Rigo le ofrecía.

—¿Y bien, mi estimado erudito? —preguntó el último festivamente—. ¿Qué fue lo que encontró?

Leonardo bajó la bota.

—Que después de todo, están perdiendo el tiempo —respondió—. En un mes más o algo así, habrán podido mellar el muro de Castelmonte de un modo que valga la pena, pero sólo eso. Harían bien si movieran ambos cañones hacia allá —señaló a la colina sur—, y concentraran su fuego en el lado de esa torre, en vez del muro. La torre caerá en el lapso de una semana; el muro detrás de ella podría permanecer ileso, pero una decidida brigada de infantería podría fácilmente escalar las ruinas de la torre. ¿Quiere que lo dibuje para usted?

—No. Y guarde su aliento para calentarse. Mañana moveré mis cañones, pero no hacia su colina. Iremos a los cuarteles invernales de Pistrola. Por la mañana Toscanelli negociará con Montefeltro. Su heraldo está en la puerta principal en este momento. Dado que todos nosotros, sin importar de qué lado luchemos, sabemos el costo de mi fracaso en romper los muros desde hace algún tiempo, puedo asegurarle que llegarán a un acuerdo temprano por la tarde. Cuánto le costará al Magnífico rescatar a Carla de Ávalos, a mi joven artillero y a los demás prisioneros del conde Della Rovere es algo que no puedo decir. Eso es cuestión de negociar, pero, hasta la siguiente primavera, esta guerra se ha terminado.

VIII

HACIA mediodía en la siguiente jornada, el clima había empeorado, y la lluvia se había tornado aguanieve. Sin embargo, entre los artilleros que estaban sentados al abrigo de su almacén, con las espaldas descansando en barriles de pólvora, había un aire de festivo alivio e incluso de fiesta. Leonardo, que había sido admitido en su comunidad después de lo que todos consideraban una ostentación de bravura que se había mostrado la tarde anterior —no importaba que Leonardo no lo viera de ese modo—, había ganado su aprobación en virtud de que ahora estaba descansando completamente estirado sobre la última pila de barriles y esbozaba amigablemente a sus compañeros, con una indiferencia por el explosivo poder de la pólvora que muy pocos artilleros llegaban a alcanzar.

Giuliano de Médici, en un traje de montar granate, estaba de pie junto a su caballo, que acariciaba con disimulada impaciencia. Había cabalgado desde Florencia toda la noche para negociar, en representación de su hermano, los aspectos económicos de la tregua con Castelmonte, y no sería necesitado sino hasta que Toscanelli y Federigo da Montefeltro, como soldados, hubieran terminado con los asuntos militares.

De aquel grupo reunido, sólo Rigo lucía desanimado.

—¿Dónde está Guido? —le preguntó a nadie en particular—. Por la sangre de Dios, ha estado en esa maldita ciudadela lo suficiente y tenemos trabajo por hacer.

—¿Y por qué debería apresurarse? —preguntó Agnolo Fulvio—. Sin duda alguna todavía tienen una o dos botellas de buen vino por delante, incluso después de un sitio tan largo. Hemos estado en guerra durante tres meses; deja que se tomen el día entero para terminarla si es lo que desean.

Mi cañón todavía no se enfría, y algunas horas sin pulirlo entre ahora y el año que viene no harán mucha diferencia.

—A mí no me hubiera tomado tanto tiempo —repuso Rigo amargamente.

—Es cierto —aceptó su teniente—, porque, al no ser político, hubieras admitido de una vez por todas que Florencia ha sido la perdedora y que pagará el precio por ello. Toscanelli es de algún modo más sutil. Dale un poco de tiempo.

—No confío en los políticos —fue todo lo que Rigo pudo decir. Se quedó de pie al descubierto, mirando a través del valle, tratando de internarse en la oscuridad del día.

Pasó una hora completa.

Entonces, más allá del río, una trompeta cantó. Giuliano se montó, los saludó, y bajó por la colina. El aguanieve había empeorado y se había tornado nieve. Revisó su caballo mientras sus cascos se deslizaban, y los copos de nieve lo ocultaron antes de que alcanzara a llegar al ras de la tierra. Rigo se quitó su gorra forrada con piel, la azotó contra su rodilla y se reunió con sus hombres cobijados por el silencio que se hizo debajo del techo de paja del almacén de pólvora.

Giuliano alcanzó la orilla del río y jaló las bridas de su montura hacia la izquierda, intentando seguir el vado, hasta que llegó al puente invisible por el que debía cruzar para llegar a la puerta principal de la ciudad. Más allá de la nieve y la niebla que lo rodeaba podía escuchar, aunque a gran distancia, el ruido de las tropas de Toscanelli y a su propia caballería trabajando en sus tareas diarias lo mejor que podían con el mal tiempo. Pero ahí, con el agua sombría frente a él y el gris telón de fondo del difuso y lejano muro, se sentía encerrado y solo, alejado de sus camaradas por obra de la naturaleza. Se estremeció, tanto por el frío como por una premonición.

—Bienvenido, príncipe —dijo una voz áspera.

Jaló las riendas, se sobresaltó y miró al otro lado del río donde, encima de él, sombrías siluetas estaban agrupadas en torno a la cima del muro. En una saliente de él estaba de pie el conde Girolamo Riario, con la cruz dorada entre la coraza y el hombro de su armadura que brillaba débilmente

mientras apoyaba un codo en el pretil con negligencia, contemplando fijamente al jinete.

—Bienvenido —repitió—. ¿Hacia dónde cabalga, Giuliano?

—A hablar con el conde Giovio della Rovere, como se acordó, capitán general. ¿Dónde está?

—En la puerta —respondió Girolamo—. Pero puede ahorrarse el viaje. Está con el duque de Urbino, ocupado con la cortés despedida de nuestro honorable y estúpido amigo Guido Toscanelli. Su asunto, príncipe, no es con ellos, sino conmigo.

—Lo dudo —respondió Giuliano—. Tengo poco que discutir con el buitre de Roma, ya que en este momento no hay una guerra formal contra ella.

—Dicho de manera vehemente, pero sin respeto —contestó Riario—. No lo detendré mucho. Tengo algo que mostrarle.

Giuliano soltó la brida con impaciencia para avanzar, pero se detuvo. Una horrible sospecha tomaba forma en su mente y no podía contradecirse. Miró hacia arriba una vez más. Vio a cuatro soldados que levantaban una plancha en la cima del muro con un cuerpo atado a ella. Por un instante Giuliano pensó que llevaban un cadáver, pero la cabeza del hombre amarrado se movió y pudo ver que era Andrea di Veluti, amarrado por la espalda con cintas de cuero.

—Su artillero —dijo Riario—. Creo que ha venido a rescatarlo, entre otros. ¿Y bien? —Avanzó desde la tronera para tomar la quijada del joven artillero, sacudiendo su rostro hacia atrás y hacia delante despreocupadamente como si estuviera examinando un cadáver—. Está sano —prosiguió Riario—, a pesar de algunas pequeñas incomodidades por las que ha pasado. Un espécimen valioso, podría decirse, aunque un tanto estúpido. Vamos, ¿cuánto da por él? ¿Mil florines? ¿Dos mil?

—No juegues conmigo, Girolamo —respondió Giuliano entre dientes—. Deja libre al muchacho y lo discutiremos.

—¿En serio? Hace un momento no estaba tan abierto al debate. Debemos, en consecuencia, enseñarle modales.

Le hizo una señal a un hombre detrás de él, quien dio un paso y se puso a la vista. Éste era, observó Giuliano, el verdugo encapuchado al que había

visto asesinar en público por órdenes del conde, y que además llevaba en la mano izquierda un pequeño saco de piel de venado. Horrorizado, aunque todavía sin comprender, Giuliano no podía hacer nada más que mirarlo mientras levantaba el objeto.

—Su artillero no se ha mostrado muy comunicativo, lamento decirlo, a pesar de nuestras persuasiones —continuó Riario bruscamente—. Como de algún modo eso nos hizo enfurecer, ahora tenemos que silenciarlo permanentemente, de un modo que va muy de acuerdo con su oficio.

Deliberadamente, el verdugo tomó una pequeña barra de acero en su otra mano y la introdujo a la fuerza entre los dientes del artillero, separando a la fuerza la quijada. El chico gritó, pero su lamento fue interrumpido cuando el encapuchado encima de él dejó caer un polvo negro y granuloso en su boca que comenzó a asfixiarlo conforme llegaba a su garganta. El polvo desbordó sus labios y se derramó por el costado de su rostro, y Giuliano pudo ver las venas hinchidas de su cuello mientras trataba de luchar en contra de sus ataduras con desesperación animal. El verdugo metió una espoleta corta y rígida en la atiborrada boca y encendió su extremo con una mecha lenta. En el eterno instante de calma en que la mecha chisporroteaba, los ojos del artillero se pusieron en blanco: estaba semiinconsciente, aunque con la mirada fija por la terrible noción de lo que le sucedería. Después se dejó ver un atroz y repugnante silbido de humo y un ruido como si estallara un melón podrido mientras la pólvora que estaba en su boca y en su tráquea ardía en una desgarradora y apagada explosión.

Giuliano tuvo arcadas que lo obligaron a inclinarse a un lado. Cuando pudo erguirse nuevamente sobre la silla de montar, el cuerpo del artillero caía hacia la tierra a pie del muro, todavía atado a la plancha. Rodó por la ladera, ocultando piadosamente los vestigios carbonizados de lo que alguna vez había sido su cabeza en el agua fluyente y descolorida. Giuliano levantó la vista hacia la cima del muro y hacia el hombre que se mantenía de pie, rodeado de humo y niebla.

La maldición que estaba a punto de pronunciar murió sin ser dicha. En la tronera que el conde había dejado vacía ahora estaba Carla de Ávalos, sujeta por dos hombres y con las manos atadas delante de ella.

—Ya veo que aún tengo su atención —dijo suavemente Riario, jugueteando con su cuello—. Así que dígle a su capitán de artilleros que una bienvenida similar le espera a él o a cualquier otro de sus hombres si tienen la desventura de caer en mis manos. Y ahora, pasando a otros asuntos. Usted conoce a Carla de Ávalos, ¿o no?

Giuliano se levantó sobre los estribos.

—Escúcheme bien, conde —dijo, con la muerte en la voz—. Derrame una sola gota de su sangre y lo cazaré y lo mataré, aunque muera en el intento.

Riario lo ignoró como si no hubiera hablado. Extendió la mano y el verdugo colocó en ella una suave y pesada tela de terciopelo negro.

—También tengo un mensaje para su hermano Lorenzo —dijo—, y para Florencia. No lo deje imaginar que puede jugar a la guerra conmigo. Los Médici me han sitiado, como lo han hecho otros en el pasado. Y como en el pasado, parece creer que el éxito o el fracaso en estos menesteres es un asunto de algún arreglo como si se concertara alguna apuesta, con dinero e intercambiando un par de sonrisas entre el ganador y el perdedor. Más vale que me conozca, príncipe, y que Florencia me conozca también. Soy Girolamo Riario, conde de Bosco y de Imola y capitán general de Roma, y yo no juego a la guerra.

Tomando la tela de terciopelo, avanzó hacia la trémula chica, que se mantenía en el aturdimiento y en el indefenso silencio del pánico. Delicadamente, puso la tela sobre la mitad inferior de su rostro y la mantuvo ahí. Los hombres que la sujetaban apretaron con mayor fiereza sus brazos mientras su cuerpo se arqueaba y su frente palidecía. El conde apretó sus fosas nasales, presionó la tela contra su boca, esperó hasta que sus forcejeos cesaran por la asfixia y se alejó.

Su silueta, sujeta por los hombres que la habían mantenido erguida, se desplomó en la tronera. Riario empujó el cuerpo con la punta de su bota hacia el borde del muro hasta que cayó desacompañadamente para unirse a Andrea di Veluti en las aguas al pie de la ribera.

—Llévese entonces a Carla de Ávalos —dijo—. Se la obsequio, libremente y sin ningún costo. Y cuando, a su debido tiempo, Roma lo llame a rendirse, recuerde este día... y acceda.

IX

—INNECESARIO —dijo Sixto IV en reprimenda, sus ojos fijos en el techo egregiamente iluminado encima de él—. Completamente innecesario y a la vez reprochable. ¿No te he advertido muchas veces antes de esto, hijo mío, que debes controlarte?

—Una lección que llevo en mi corazón, Santo Padre —respondió el conde de Imola—. Le aseguro esto con toda la sinceridad que poseo; por lo que se deduce, por lo tanto, que debo estar en desacuerdo con usted. El ejemplo era necesario, y yo se lo di a ellos.

—¿Necesario?

—Ciertamente. Las demostraciones de determinación, por más brutales que parezcan, son instrumentos de guerra tanto como los soldados de Montefeltro o el cañón de Florencia. Y no necesito insistir, Su Santidad, en que mis instrumentos son los más efectivos. Si Roma considera esta guerra esencial, no está en mí el estar en desacuerdo.

—¿Y lo estás? —preguntó amargamente Sixto.

—En lo absoluto —replicó Girolamo—. Pero, si estuviera en desacuerdo, no lo diría. Soy el capitán general y el siervo de Roma, pero los recursos a mi servicio son consideración mía y los elegiré en la causa de Roma.

El Sumo Pontífice, incómodo, frotó el brazo de la silla.

—Pero ¿una mujer, hijo mío? —dijo—. El artillero, quizás, aunque ni en ese caso puedo soslayar tu... severidad. La condesa de Ávalos... —Su voz se desvaneció.

—Lo que me recuerda... —dijo Riario, mientras metía la mano en su jubón, detrás de la coraza acanalada de la armadura que todavía llevaba puesta, y sacaba una pequeña joya. Se la ofreció al Pontífice—. Su Santidad

reconocerá esto, estoy seguro. Lo quité del dedo de la condesa antes de su muy lamentable muerte.

En su palma descansaba un anillo de oro grabado con una sencilla esmeralda. Sixto retrocedió al ver la joya, como si lo hubiera picado.

—Veo que la memoria de Su Santidad es tan buena como siempre —prosiguió Riario—. Éste es el anillo que usted le dio a la condesa por su compromiso con el hijo mayor del duque de Ferrara. Dado que la alianza no puede, por la naturaleza de las cosas, establecerse, se lo devuelvo.

Estaban solos en la cámara de audiencias, en cuyas adornadas paredes sus voces, silenciadas, parecían resonar y caer sobre ellos, comprometiéndolos a una complicidad que ninguno de los dos deseaba. Los hombros del Pontífice se movieron nerviosamente debajo de su manto ornado de seda bereber. Riario sonrió fugazmente, como un zorro.

—¿Por qué? —reclamó Sixto—. No tengo necesidad de él.

—Como desee. Era sólo que creí que el verlo le recordaría a Su Santidad que una alianza entre Ferrara y Florencia es algo que, al pensarlo mejor, ninguno de nosotros consideraría en el mejor interés de Roma.

—Es verdad. Lo habríamos prevenido políticamente en su momento si lo hubiéramos podido hacer sin provocar una ofensa —repuso Sixto—. Creo que comienzo a entender tus intenciones.

—Algo así. Hubiera sido impropio del Padre de Roma un agravio por un asunto tan trivial. El general de Roma, sin embargo, tiene el deber de hacerlo. No siento placer en esto, pero, si pudiera decirlo sin arrogancia, soy el brazo derecho de Roma tanto como seguramente es usted la cabeza y el corazón.

—¿El brazo armado, hijo mío? ¿Eso es lo que intentas decirme?

—Precisamente. Y en lo que concierne al artillero, le ruego que no piense más en él. Los cañones de los Médici me incomodaban. No digo más que eso. No permito que esas cosas me incomoden por tanto tiempo, como Su Santidad sabe, y por ello tuve que usar al hombre —cuya alma, y oremos por ello, está ahora en el cielo a pesar de todo— para grabar en los Médici la cordura de rendirse ante Roma el año siguiente. Un razonamiento similar se aplica en el caso de la condesa de Ávalos. Si fui estricto, me arrepiento, pero mi consciencia está tranquila.

Se quedó tranquilamente de pie, mirando los ojos de Sixto IV, con una mirada desprovista de cualquier reto. Repelido y a la vez fascinado por ese hombre, tan cercanamente unido a él tanto por sangre como por lo que él consideraba las necesidades de Roma, el Pontífice encontró que en sus sentimientos se mezclaban el miedo y la aversión. Había invocado a un monstruo a su servicio, como otros lo habían hecho en las fábulas, y comenzó a desear no haberlo hecho. Se recompuso.

—Un brazo armado —dijo suavemente—. Aun así, observo, hijo mío, que ahora llevas tu armadura, como siempre. Los rumores dicen que eres conocido por dormir con ella. —De pronto y sorprendentemente soltó una aguda risa—. Bueno, Su Eminencia el cardenal Borgia ha señalado a menudo que así te sientes protegido de un estilete en la espalda. Sin duda tu sabiduría y tu consciencia van de la mano. Estamos complacidos con tu defensa de Castelmonte, y puedes transmitir lo mismo al duque de Urbino y al conde Giovio della Rovere, que están entre nuestros amados hijos. Ya puedes irte.



En la privacidad de su recámara, Girolamo Riario caminaba de un lado a otro, como una bestia inquieta. Con los dedos ansiosos se jalaba el cuello de su armadura, arrastrándolo constantemente como si le faltara el aire, con un gesto involuntario que había logrado controlar en público pero que, aquí y ahora, amenazaba con doblegarlo.

Furioso en su interior, recordaba la última mofa antes de despedirlo. Sixto sin duda había recordado —como muy pocos podían hacerlo— la infancia de Girolamo. Cómo, en sus juegos pueriles que desde ese entonces eran crueles, sus hermanos y primos le ponían almohadas sobre la cara, burlándose de sus esfuerzos y esperando provocarle, como a menudo lo hacían, una furia desquiciada y aterrada. Malvado y de talante clerical por una natural inclinación, se había retirado —después de apuñalar a su hermano Pietro con un pedazo de vidrio roto y haber sido castigado severamente por ello— a un mundo íntimo donde todos los intrusos eran considerados enemigos, entrenándose sin quererlo durante sus años de infancia para aquel preciso lugar que ahora ocupaba en la vida.

Se relajó levemente, mostrando los dientes en lo que pudo haber pasado por una sonrisa. La verdad, había superado a sus verdugos. O quizás era la fortuna quien los había derrotado, dejándolo, gracias a sus precauciones, a salvo. Pietro Riario, nombrado cardenal en 1471, había muerto tres años después, y Girolamo había visto su declive con interés. Alegre y jovial por fuera, pero pervertido por dentro, Pietro había dilapidado trescientos mil florines en su camino a la tumba, con orgías, alborotos y conquistas sexuales. A los veintiocho, en el lecho de muerte, había sido sólo una cáscara babeante y quemada, con la mente distorsionada por sus propias crueldades sin sentido y su cuerpo destruido por el exceso. Sixto IV había malgastado su aliento en advertir a Girolamo de esos excesos. El conde de Imola había sacado sus propias conclusiones de la caída de su hermano mayor en la perdición y había decidido evitar el mismo destino.

Ahora que observaba —como a veces lo hacía— la tortura de un prisionero o la depravación de alguna desdichada mujer, lo hacía como un bebedor compulsivo, pero arrepentido, mira a otros estando de juerga para probar su propia fuerza. Conociendo las posibles fuentes de su debilidad, había decidido, fríamente, no abrirles el camino.

Uno de los temas de tales estudios de Girolamo era su primo Giovio, gobernador designado de Castelmonte. Girolamo consideraba que tanto Giovio della Rovere como su esposa, igualmente viciosos, estaban descendiendo del mismo modo a la impotencia esclavizante a la que había llegado Pietro, y estaba interesado en ver cuánto tiempo les llevaba tocar fondo. Su sonrisa privada se ensanchó un tanto y después vaciló al recordar su enojo con su última insensatez.

La razón que le había dado al Pontífice para llevar a cabo la ejecución de Carla de Ávalos, si bien válida, no era del todo cierta. De hecho, su mano había sido obligada. Después de una noche de bebida en el cuarto de Giovio della Rovere, la condesa de Ávalos no estaba en condiciones de volver con Lorenzo de Médici; tampoco el artillero, a pesar de que éste era de poca importancia. Andrea di Veluti, permanentemente lisiado por haberle triturado pies y tobillos con cuñas durante el interrogatorio, era, en todo caso, prescindible. La condesa era un caso distinto. Enardecido por el evidente desprecio de ella hacia él, Giovio había ordenado su traslado a una

celda debajo del castillo, donde primero la violó y después azotó su espalda con un látigo de cuero. Enojado, Girolamo había protestado con Della Rovere, señalando que sus entretenimientos nocturnos les habían costado una considerable suma por el dinero del rescate, pues ya no había mucho que hacer más que matar a la chica. Había hecho lo mejor que podía en esa situación, pero que su propia política hubiese sido dictada por la falta de templanza de Giovio era fastidioso, por decir lo menos.

Girolamo Riario suspiró y dejó de dar vueltas. Después de probar los pestillos de su puerta y la firmeza de los barrotes de la ventana, comenzó, lentamente, a quitarse la armadura.

El cardenal Borgia, atractivamente vestido para la cabalgata, estaba sentado en el balcón de sus aposentos bajo el sol decembrino con un plato de higos y una botella de vino frente a él. Hospitalariamente, los había acercado en dirección de su invitado, aunque con su linaje español y sus modales ocultaba el hecho de que la opinión que tenía sobre éste rozaba el desprecio.

El conde de Imola los rechazó.

—Hemos recibido —dijo el cardenal Rodrigo Borgia— una carta interesante. Para ser preciso, el secretario de Su Santidad me la ha pasado a mí *sub rosa*^[1]. Y a mi vez debo entregarla a la custodia de la Cancillería Apostólica, donde mi buen amigo, el cardenal Domenico della Palla, procederá a copiarla, archivarla, catalogarla, y finalmente quemarla irremediabilmente con uno de los muchos modos que ha diseñado desde que tomó la oficina del canciller. Me tomé la libertad de pedirle que me visitara antes de que desaparezca para siempre.

—La Cancillería Apostólica... —comenzó a decir irascible.

—Es el castigo de nuestras vidas, mi querido conde —dijo el cardenal—. Era más útil para aquellos de nosotros que nos alimentamos de información en los días en que consistía en su mayor parte en enormes sótanos llenos de fardos de documentos cubiertos de hollín. Al menos uno podía obtener lo que necesitara en privado y sin mayores aspavientos; en la actualidad, esto ya no es posible. De cualquier manera, eso no pasa ni aquí ni allá. Esta carta (mi empleado se la mostrará si lo desea) es de un artista que pide un permiso para consultar los acervos de la Iglesia a propósito de

lo que el autor llama “la mayor de todas las artes”. Observe qué curiosa frase. Su Santidad no se decide sobre qué respuesta debe dar, pero eso es lo de menos. Mi interés nace del nombre de su autor.

—¿Quién es? —preguntó Riario.

—La carta viene de Florencia, y está escrita por un hombre llamado Leonardo da Vinci.

Esperó, expectante, pero Riario no lo complació.

—¿Y bien? —dijo.

El cardenal Borgia levantó la botella de vino y la sostuvo a contraluz.

—He encontrado que el clima frío vuelve nuestras cosechas nortañas turbias —remarcó—. Quizá fue acertado el haberlo rechazado. Bien, maese Leonardo se describe a sí mismo como un artista, y en efecto hemos escuchado de él incluso aquí, en Roma. Sé que es un hombre joven y brillante. También sé que recientemente ha ampliado sus miras en su carrera, puesto que ahora es el ingeniero militar de nuestro primo Lorenzo de Médici... mi querido conde, si no quita esa expresión de fingida ignorancia de su rostro empezaré a dudar de su cordura. Usted tiene sus informantes en la corte de los Médici, como yo tengo los míos. Difícilmente puedo sorprenderlo con estas revelaciones.

—Algunas noticias esporádicas me llegan de Florencia —admitió Riario. El cardenal sonrió complacido.

—Pero claro que le llegan. Apenas disfrutaría su compañía ahora si no lo hicieran. Así que seamos francos el uno con el otro. Su informante de allí, por cierto —añadió casualmente—, está bastante molesto con usted. No he sabido el porqué, pero lo está. Dinero, me atrevería a decir. En fin. Uno se pregunta, entonces, lo que maese Leonardo quiere decir exactamente por “la mayor de todas las artes”. A aquellos como nosotros de inclinaciones más clásicas, la escultura viene a nuestra mente, como sin duda es su intención. Pero de nuevo... ¿supongo que no conoce por casualidad a este joven?

El conde de Imola, cambiando súbitamente de parecer, lanzó por la mesa una copa de cristal. Borgia la llenó para él.

—Muy bien —dijo Riario—. Sucede que lo he visto.

—¡Ah!

—Y confieso que no había escuchado que era el ingeniero de Florencia.

—Quizá mi informante ha estado en Florencia más tiempo que el suyo —dijo gentilmente el cardenal—. Toma tiempo construir esas —al decirlo movió sus dedos en el aire—, esas redes. Estoy encantado de haber podido ayudarlo. ¿Qué sabe de Leonardo da Vinci?

—Que estaba llevando a cabo sus estudios de ese arte mayor del que habla debajo de mis muros en Castelmonte —respondió Riario.

—¿El arte de la guerra? Sí. Excelente. Podemos inferir un sentido de la sutileza en él, entonces. El enemigo de Roma desea abreviar de la fuente del conocimiento de Roma: me gusta eso. En realidad estoy más que complacido de que usted haya podido acompañarme esta mañana. Vamos progresando, querido conde. ¿Lo cree peligroso, considerando todo?

—Posiblemente.

—Entonces estoy seguro de que podemos imponernos a Su Santidad y recibirlo en Roma. Siempre es mejor saber con qué está uno lidiando en casos como éste, ¿no es así?

El conde de Imola levantó su copa y bebió.

—Por lo que más quiera —dijo—. Convídelo aquí y haré que lo maten.

—Pero ¿no preferiría, quizás, hablar con él primero? —inquirió el cardenal—. Todos admiramos su percepción de las prioridades, por supuesto, pero no maceremos la uva sin probarla. Él estará asignado la mayor parte del tiempo a Su Eminencia el cardenal Della Palla, como bibliotecario, pero no veo la razón por la que no pueda evaluarlo antes de deshacerse de él. Además estoy seguro de que sus instintos son acertados, como siempre.

—Como usted desee —repuso indiferente el conde—. Mi estimación sobre él en este momento, después de reunir su información con la mía, es que es probable que resulte ser una molestia, lo que es suficiente razón para eliminarlo. Si no encuentro ninguna razón para cambiar de parecer, cuando menos tendré la deferencia con Su Eminencia de matarlo cuando salga de Roma en lugar de hacerlo cuando llegue. A menos que usted tenga una razón para mantenerlo con vida.

—No tengo ninguna —respondió el cardenal Borgia—, excepto por mi desconfianza a apresurarse. No importa. Mientras tanto, acicatee a ese

compañero suyo en Florencia. Siempre es molesto recibir las noticias de tercera mano, y un informante perezoso es peor que inútil. Hablo desde mi larga experiencia, y confío en que no estará resentido por mi consejo.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

EN FLORENCIA, las campanas del Adviento repicaban alegremente. La temporada de buena voluntad estaba cerca, y los hombres estaban en paz unos con otros, o, si no precisamente en paz, cuando menos refrenaban ostensiblemente el deseo de apuñalarse mutuamente por la espalda. Bajo el tañido de las campanas, amigos, imparciales y enemigos sin declarar se reunían en armonía en medio del apetitoso aroma de los asados de carne. Los himnos de Navidad se cantaban en la catedral y en la iglesia, se sacaban los toneles de vino, y ricos y pobres a la par se regocijaban.

En los patios y en la Gran Cámara del palacio de los Médici, una multitud de visitantes se reunía para girar, arremolinarse, sentarse o dispersarse según le apeteciera. Serias disertaciones y ociosas conversaciones florecían entre enviados, embajadores, nuncios, arzobispos, cofrades, nobles inferiores, eruditos pobres, hombres sabios, mujeres virtuosas, putas, ingenios, bufones, sacerdotes, ilustres consejeros y necios, con vestimentas simples y coloridas, de lino, seda, piel y fustán, ornadas con peltre y con oro, con cuentas de vidrio veneciano y diamantes incrustados, con esmeraldas de Nubia y del Indo, hojalata circasiana, marfil, ópalo, lapislázulis, guijarros, bezoares, piritas y perlas. Viejas alianzas eran cálidamente reafirmadas o discretamente rotas, como la prudencia lo demandara. Las nuevas se sellaban con dinero, poder o matrimonios arreglados. Los negocios usuales de las ciudades-Estado de Italia se llevaban a cabo tanto en público como en esquinas ocultas. Y Lorenzo de Médici se desplazaba entre sus invitados como una sombra cortesana, escuchando su zumbido.

* * *

Ludovico Sforza, el gran y poderoso regente de Milán, *el Moro*, observaba a su joven prima con un férreo cariño, inclinándose sobre ella mientras se sentaba recatadamente bajo la pérgola que formaba el muro oriental del campo de tiro. Era de noche y breves ráfagas de nieve destellaban a la luz de las antorchas colocadas a intervalos a lo largo de las paredes tapizadas. Un pabellón de seda verde y anaranjada había sido construido en la esquina cercana al mirador, que servía como escenario de unos laudistas flamencos; junto a ellos, una fuente en miniatura borboteaba un generoso chorro de vino calabrés en un tazón de alabastro decorado con duraznos flotantes y nenúfares artificiales.

—Me dicen que se está volviendo florentina, señorita.

—¿En verdad, señor? No sé a qué se refieran con eso. ¿Pretende ser un cumplido?

—A lo que los otros se refieran, no estoy seguro. Mi impresión insinúa que usted se está volviendo tan insolente como ingobernable, como las mujeres de Florencia han sido desde que puedo recordar.

—¿Me está desaprobando, mi señor? —dijo Bianca.

—No dije eso. Y no estoy seguro de ello tampoco. Admiro la independencia de pensamiento, incluso en las mujeres; pero debo decirle que eso no servirá en Milán, pequeña prima, sin importar qué tan admirable sea aquí. Somos menos proclives a los asuntos del pensamiento, y preferimos un decente recato en el bello sexo. Tampoco —añadió— sería bien visto en Saboya.

Bianca se sonrojó enfadada.

—¿En Saboya? —dijo—. Esperaba que para hoy hubiera descartado Saboya de sus planes sobre mi futuro. ¿Debo desafiarlo una vez más?

—No sería apropiado.

—Sin embargo, lo hago. Mi abuelo no hubiera querido que se me enviara a Saboya como una ternera o un premio para el beneficio político de la casa Sforza. Soy una Visconti, como su madre lo fue, mi señor. Y usted es mi protector, no mi dueño.

Ludovico Sforza se rio con admiración, mientras sus dientes se iluminaban en su atractivo y misterioso rostro.

—Niña, niña —dijo—, haré contigo lo que crea que es conveniente. Tu abuelo está muerto y los Visconti están dispersos entre Francia y Lorena. Tu padre te encargó conmigo antes de ser asesinado, confiándome a mí buscar no el beneficio de los Visconti ni de los Sforza, sino de Milán. Además, ¿cuáles son tus objeciones respecto al príncipe de Saboya? Tu abuela fue de esa casa. No te entiendo.

—Es necio, vulgar y vanidoso. Lo detesto, como bien sabe. Si me tiene alguna consideración...

—¿Lo dudas?

—Señor, no... no lo sé. Quizá supongo demasiado. No hay razón por la que deba esperar que sienta verdadera estimación por mí. Somos primos, pero Dios sabe que eso significa poco en estos tiempos. Con todo, confío en usted como hombre de honor. Además...

—¿Sí? —la interrumpió su protector.

—Mi señor, parece que su propósito al desear que despose al príncipe de Saboya no puede ser del todo firme; de lo contrario, para este momento ya nos hubiera comprometido. Cumpliré quince el año siguiente.

—¿Y por lo tanto serás lo suficientemente mayor para la cama de cualquier hombre? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Lo suficientemente mayor —dijo Bianca, mirándolo directamente—, aunque todavía no estoy dispuesta. ¿Y Milán es tan endeble que debe meterme a la cama con un imbécil en contra de mi voluntad?

El regente volvió a reír, esta vez tan fuerte que muchas parejas que pasaban a su lado se detuvieron para mirar curiosamente en su dirección.

—Pequeña prima, me encantas —dijo—. Directamente dudando de mi buen temperamento, apelas a mi honor, a mi pretendida sutileza y al honor de Milán. Por todos los santos que te han enseñado algo estos Médici. Empezaré a arrepentirme de haberte mandado aquí. Bueno. No te prometo nada, y hago hincapié en tu obediencia, pero puede ser que mis planes contigo cambien. Si lo hacen, ten por seguro que te lo diré. Si no, he de recordarte que muchas mujeres han ido al lecho nupcial con hombres que detestan.

—Muchas mujeres, sin duda —atajó Bianca—, pero yo no.

—No serás la excepción —repuso Ludovico—, y no te sobrepases, prima.

En una mesa de caballete repleta en la Gran Cámara, Ippolito y Paolo Pazzi masticaban piernas de pollo mientras su hermano Francesco bebía de una copa plateada. Detrás de él, el viejo Jacopo Pazzi, la cabeza de la familia, estaba de pie con los brazos cruzados. Aunque estaban rodeados por una caterva multicolor de gente arremolinada, el ruido era tal que estaban, efectivamente, en privado. Lo que discutían también lo era.

—Nada traspasa mis labios aquí —anunció Jacopo Pazzi—. Yo no como en la casa de mi enemigo.

—Entonces me pregunto, padre mío —dijo Paolo—, por qué vino hasta acá.

—No creas que me provoca placer. Nuestra ausencia hubiera sido señalada, eso es todo. Pero la comida que devoran tan desvergonzadamente me ahogaría, y me maravilla que ustedes puedan siquiera tocarla.

—Si dejara que mi odio interfiriera con mi apetito —respondió Paolo negligentemente—, habría muerto de hambre hace mucho. Esta ave está exquisita, aunque costosa si se compara con la pérdida de las tierras del cardenal Borromeo para nuestro banco, eso lo admito.

—Hablas como si todo fuera motivo de bromas —dijo Jacopo—, aunque eso no es sino una décima parte de los males que estos advenedizos nos han causado.

—Estoy de acuerdo, padre. No me malentienda. No vine aquí como una cortesía, sino para poder hablar con cierta gente con la que de otro modo me vería obligado a encontrar en algún incómodo callejón. —Señaló al otro lado del cuarto con el hueso que sostenía—. Por ejemplo, Grimiani.

—Un payaso —dijo su padre.

—Otra vez, estoy de acuerdo. Pensemos en él, por este instante, como en un intermediario, que es una función que los payasos cumplen admirablemente. No podemos movernos sin el consentimiento de Roma, y el consentimiento de Roma puede ser difícil que llegue.

—Roma nos apoyará —dijo confiadamente Francesco Pazzi—, dado que Su Santidad no ama a los Médici más que nosotros. ¿Acaso no sacó los

valores de la Iglesia de Roma del banco de los Médici y nos los transfirió a nosotros?

—No significa que cerrará los ojos ante la violencia —dijo Paolo—, pero esperemos que tengas razón. —Se volvió hacia su padre—. Si es así —prosiguió—, entonces tendrás que reconocer que los simples siete u ochocientos mil florines que nos robaron por esa infame sección de la legislación Médici pueden ser fácilmente olvidados. Podemos considerarlo como... ¿cómo decirlo? Un préstamo forzoso que cobraremos a nuestra conveniencia y con una alta tasa de interés.

* * *

Al extremo del cuarto, Leonardo estaba discutiendo con el capitán de artilleros de Florencia.

—En el nombre de santa Bárbara, que, creo, es tu patrona, ¿no puedes olvidarte de tu cañón por lo menos un día y disfrutar? —preguntó—. Aquí tenemos música, vino, comida, mujeres primorosas y caballeros bien vestidos. Todo es un desperdicio contigo, porque no haces nada más que estar parado aquí, con el ceño fruncido.

Rigo Leone descansó un pie en el borde del vasto fogón y miró a su alrededor.

—No hay nada malo con la comida o con el vino —dijo—, pero encuentro a tus caballeros bien vestidos afeminados. Te convido a que percibas su aroma, amigo mío. Este lugar no me recuerda a nada más que a un prostíbulo en Rabat. En cuanto a la música, es mejor la de las tabernas en Pistrola, y sin ese gangoso tañido; además, un hombre puede pedorrearse ahí sin que unos malditos mequetrefes se queden mirando como si el cielo se hubiera caído. Regresaré a mi cañón tan pronto como pueda, y te sugiero que vengas conmigo.

—No —se rio el artista—, no puedo hacerlo. Estoy comisionado para construir unas fuentes aquí, diseñar tablones y en general hacerme necesario. Ahora me ves en mi papel de mozo de cocina.

—Me preguntaba por qué te quedas parado aquí, en medio de las cenizas. ¿Qué es lo que haces?

—Diseño un aparato que haga girar la carne. No veo ninguna razón por la que uno no pueda asar algo mecánicamente, aprovechando la corriente que se eleva sobre la chimenea en un fogón como éste. Hay muchas ventajas en hacerlo. Primero, dado que la fuerza de la corriente depende de la temperatura del fuego, se deduce que, entre más vivo sea el fuego, más rápido girará el mecanismo; segundo...

—Te deseo suerte con eso —dijo hastiado Rigo—. ¿Y después de Navidad?

—Después de Navidad viajaré a Roma.

—¿A Roma? —preguntó sorprendido el artillero—. Por el amor de Dios, ¿por qué?

—A leer libros.

—Tenemos muchos libros en Florencia. ¿Por qué meter tu cabeza en la boca del león?

Leonardo, que trataba de mirar la campana de la chimenea sin quedar marcado por el calor del fuego, se desembrolló de su posición y lanzó una mirada inocente a su compañero.

—¿Qué es esto de los leones? —preguntó—. Yo no estoy todavía en guerra con Roma, o si lo estoy, entonces Roma no lo sabe todavía. Soy un pobre artista con la cabeza llena de curiosidad. Es todo.

—Una cabeza llena de un optimismo desbocado estaría más cerca de ser un blanco —dijo Rigo—. ¿Qué hay de tus incursiones debajo de los muros de Castelmonte?

—Difícilmente me habrán reconocido. ¿Quién me conoce? Y aunque fuera conocido, ¿qué amenaza represento para Roma puesto que viajaré solo? En la primavera las cosas pueden ser diferentes. Por ahora, estoy lo suficientemente a salvo.

* * *

Ludovico Sforza, regente de Milán, después de dejar a su joven e indómita prima con sus propios asuntos, estaba ahora sentado al otro lado del medio moro Ferrante de Nápoles en una alcoba ornamentada con querubines de Gozzoli. Su conversación, aparentemente casual e interrumpida por un tropel de forzados saludos dirigidos a todos sin distinción, iba al grano.

—Estoy tranquilo —señaló Ludovico—. ¿Acaso no tengo Génova, Módena y Luca entre Florencia y yo? ¿Y Roma no sostiene apenas los Apeninos, si acaso? Roma no me asusta. Su brazo debe estirarse mucho antes de llegar a Milán. Sin embargo, no estoy en lo absoluto en contra de una alianza.

—Tampoco yo —dijo el rey Ferrante—, aunque nuestro buen Sixto no parece mirarme a mí y al sur con codicia. ¿Lorenzo te ha presionado?

Si el regente notó esta referencia demasiado familiar a Su Santidad, la dejó pasar. Nápoles, Milán, Venecia y Florencia trataban a los estados papales como iguales, todos lo sabían, y la zalamería gratuita de los estados más pequeños no tenía cabida.

—No exactamente —admitió—, pero es poco probable que admita su necesidad de nosotros, sin importar qué tan grande sea.

—Pero existe esa necesidad, ¿estamos de acuerdo?

—Desde luego.

—Entonces deja que Lorenzo dé el primer paso en la argumentación —aconsejó Ferrante—. Confrontar a los Médici es como tratar de asir un buen puñado de niebla en el mejor de los casos. Así que, si nos necesita, déjalo que lo diga.

Ludovico abrió una avellana con la empuñadura de una daga engarzada y dejó a un lado, delicadamente, la cáscara.

—Mucho dependerá —dijo— de cómo salga el asunto de Castelmonte. ¿Estás de acuerdo?

—Lo estoy, absolutamente. Si Roma puede sostener Castelmonte y el valle alto del Arno, entonces los Médici estarán en desventaja, por decir lo menos. Ya que no tengo dudas de que Roma pueda hacerlo, estaremos en mejor posición si dejamos la discusión sobre cualquier alianza con Florencia hasta el siguiente verano. Si Lorenzo nos necesita ahora, nos necesitará con mayor urgencia después.

* * *

Era cerca de la medianoche cuando Giuliano de Médici empujó con el codo la puerta de la biblioteca del piso superior. Con una mano sostenía un candelero y con la otra un aro del que pendían diversas llaves. Tarareaba

una canción, sin reparar en ese instante ni en los sonidos de la celebración que se llevaba a cabo en el pasillo y en los jardines ni en el alborozo proveniente de las calles de la ciudad que se filtraba hasta donde él se encontraba.

Dejó las velas en la mesa y caminó hasta donde estaba empotrada, entre dos filas de libros, la puerta con triple cerrojo de una caja fuerte al nivel del piso. Se arrodilló y estaba a punto de introducir la llave en el cerrojo superior cuando llamó su atención la menuda silueta inmóvil que se delineaba contra la pálida luz de la ventana al otro lado de la sombría habitación.

—¿Constanza? —la llamó suavemente—. ¿Eres tú?

—Así es, mi señor.

—Por poco me sorprendes. Pensaba que estarías dormida en tu cuarto. —Dejó las llaves en un tablero detrás de él, se puso de pie y caminó hacia ella, desempolvando sus rodillas descuidadamente—. ¿Qué hace aquí, mi señora, sola y en un cuarto tan oscuro?

—No podía dormir, Giuliano —repuso—, como todas estas noches. Así que me vestí y vine aquí para... ver pasar a gente más feliz que yo. —Señaló hacia las lámparas que centelleaban en el callejón debajo de los muros del palacio, y las notas de una canción salieron desde una casa en la esquina de una pequeña plaza hacia su derecha. Su voz languideció y añadió, susurrante—: Es bueno ver personas felices, mi señor.

Giuliano asintió y le ofreció sus manos, tomando las suyas y cubriéndolas de un modo protector.

—Todos nos lamentamos por Carla —dijo—. Aun así, era tu hermana, y su pérdida te pertenece. Es mejor ser un hombre y poder anegar el dolor en deseos de venganza, pero el tuyo, por mucho, es más difícil de sobrellevar.

Se volvió y de nuevo miró por la ventana. Su voz todavía era queda.

—Se han secado mis lágrimas, Giuliano —dijo—. No he hecho más que llorar en estas semanas. —Giuliano se acercó y ella se recargó sobre su pecho.

—De cualquier manera —contestó él—, aunque el mayor pesar sea tuyo, también lo siento, y por razones que sólo son más, porque yo cabalgué a Florencia detrás de ellas, Constanza, y yo la recosté en nuestra

capilla; y mientras cabalgaba pensé que, si hubieras sido tú, ya no tendría más deseos de vivir.

Giuliano ciñó su brazo alrededor de ella, que se separó para mirarlo a los ojos, como si buscara algo.

—¿Tanto me amas?

—Sí. Te he amado más tiempo de lo que admitía, porque soy tonto y veleidoso, pero así es. Cuando Carla murió, me di cuenta de que no debo permitirme perderte.

—Leonardo me ha dicho muchas cosas esta misma mañana —repuso Constanza, en parte dirigiéndose a sí misma—. La muerte no es sino un largo camino, me dijo, y todos nosotros habremos de encontrarnos otra vez. Por eso, aunque debemos llorar, debemos hacerlo como cuando un ser amado nos ha dejado por muchos años, pero no para siempre. También me dijo que el duelo deberá acabarse con la llegada de una nueva alegría, y que la mía sería tu amor por mí.

—Es un hombre sabio. ¿Y tú le creíste, Constanza?

—Quise hacerlo, pero deseaba escucharlo de ti también. ¿Fue demasiado cruel de mi parte?

Giuliano sacudió la cabeza.

—No —respondió—. Bien sabe Dios que yo también estaba hambriento de escucharte decir que me amas. ¿Cómo podría ser de otro modo?

—Te amo, Giuliano. No pensaba descubrirete tan amable, tan gentil, tan pronto para ayudar a calmar mi dolor por la muerte de Carla. Te amaba antes de esto, pero —y al decirlo sonrió brevemente— de un modo distinto, mi señor, y de uno que no espero que se entienda.

Se quedaron de pie, en silencio, dominando con la mirada la blanca ciudad y la nieve que caía. Una corriente de aire desde la puerta abierta hizo oscilar la flama de las velas y provocó que las sombras bailaran. Giuliano se estremeció.

—Quizá de este modo podríamos olvidarnos del mundo —dijo—, pero no puedo hacerlo. Vine aquí para hallar algunas monedas para recompensar a una compañía de funambulistas que están allá abajo, y Lorenzo creará que me he perdido. No está tan alejado de la verdad, pero debo regresar.

Constanza se soltó de sus brazos con el rostro radiante.

—Entonces déjame —dijo—. Ahora soy feliz y me sentaré aquí un poco más.

—No —replicó Giuliano—. Basta de sombras. ¿Vendrías conmigo?

—¿Es lo que deseas que haga?

—Sí. ¿Deberé buscar a mi buen amigo Leonardo para que pueda aconsejarte sobre la petición?

Constanza se rio.

—No hay necesidad de molestarlo —contestó—. Iré contigo.

—Entonces dame tu mano —susurró Giuliano.

* * *

El jardín central, que servía principalmente como el paso entre los corredores y patios del palacio y el campo de tiro para aquellos que estuvieran dispuestos a desafiar la bravura del aire invernal, lucía desierto, excepto por un grupo de cinco hombres que estaban de pie entre las sombras a treinta pasos del andador iluminado que lo atravesaba. Más allá del muro a sus espaldas se escuchaban los versos sollozantes de un estrambote^[2] que ahogaban sus murmullos entre las delicadas cadencias del laúd y la viola.

—El conde de Imola está de nuestro lado—dijo Silvio Grimiani—. Ayer recibí una carta de él.

—No es la posición de Riario la que nos incumbe —repuso Ippolito Pazzi—, porque ya teníamos su apoyo por seguro. Lo que debemos saber es el parecer de Su Santidad.

—No puedo hablar por Su Santidad —replicó Silvio—, ni yo ni ningún otro hombre. ¿Qué quieres que haga? ¿Pedir audiencia con él? ¿Preguntarle si nos dará o no su bendición si cometemos un asesinato en su nombre? —Sacudió petulantemente los copos de nieve de su cabello—. Roma siempre ha dicho una cosa tratando de decir otra —prosiguió—, y Su Santidad ha afinado tanto la ambigüedad de Roma que es imposible saber su opinión sobre cualquier cosa, y más aún en cuestión de matanzas. Ni siquiera puedo decir qué quiere Roma que haga yo con este endemoniado artista.

—¿Leonardo da Vinci? —preguntó Paolo Pazzi. Sonrió en la oscuridad—. ¿Le provoca tanto escozor a Roma como a usted, noble príncipe?

—Mide tus palabras —espetó Silvio—. Por menos de eso les he escupido a mejores hombres que tú.

—Si te enardeces tanto —dijo Francesco Pazzi— por la tontería de que le está prestando demasiada atención a Bianca Visconti, entonces te sugiero que desenvaines tu espada en contra de maese Leonardo inmediatamente y dejes de descargar tu enojo en nosotros, que no tenemos mayor interés en eso. ¿No, Bernardo? —Hincó su codo en el costado del hombre que estaba junto a él.

—Por supuesto —replicó Bernardo Bandini—, por supuesto. —Era un hombre fornido de cabello rojizo, cuyo trabajo primordial era hacerse cargo de algunas personas poco convenientes en nombre de un patrón u otro—. A mí mismo me molesta su aire de superioridad, y estaré feliz de ayudar.

—Es demasiado precipitado —dijo Silvio—. No sé si Roma...

—Claro. Si no estás seguro de los deseos de Roma, entonces no hay nada más que decir. —Francesco Pazzi, riéndose, volvió a pegarle en las costillas a Bandini—. Siempre es prudente consultar a Roma, incluso en cosas como si uno quiere desabotonarse la casaca o sonarse la nariz. Estoy de acuerdo.

—Muy bien —repuso el príncipe de Saboya.

* * *

Salvo por algunos trasnochadores, el gran salón estaba casi vacío. Rigo Leone, como había dicho, había montado su caballo y estaba en el camino de regreso hacia los sórdidos placeres de Pistrola y hacia su cañón. Leonardo, con el cabello alborotado, estaba sentado en uno de los bordes del enorme fogón, con el carboncillo y la libreta en las manos. Algunos bostezaban por las esquinas y otros, en algunos casos, estaban acostados debajo de las mesas, dormidos o ebrios, antes de que los levantaran los sirvientes y los pajes, pero el artista parecía estar tan despierto como siempre. Tomó varias de las hojas que había asegurado debajo de sus muslos y se las extendió a Bianca Maria Visconti.

—¿Por cuánto tiempo ha trabajado en esto? —preguntó ella—. ¿Seis horas? ¿Siete? Me desespera, señor. Esperaba su compañía.

—Es usted bienvenida en cualquier momento —repuso Leonardo.

—¿Y se supone que debo sentarme junto a usted en este sucio fogón para tenerla? ¡Cuánta galantería de su parte! En cualquier caso, me hubiera visto forzada a abrirme paso entre una parvada de mujeres estúpidas, por lo que pude observar. Y no tenía intenciones de hacerlo.

—Muy sensato de su parte —dijo Leonardo—. De todos modos no se imagine que esta horda de bellas damas estuvieran encandiladas conmigo.

—Estoy segura de que no lo estaban.

—Se debe simplemente a que un hombre que aparenta hacer algo, no importa lo que sea, es poderosamente atractivo para aquellos que no están haciendo nada.

—Por supuesto. Y ahora que se han ido todos a alguna parte, ¿podría pedirle que me acompañe y hable con mi protector? —preguntó Bianca.

—Estaré feliz de acompañarla a cualquier lado y por cualquier motivo. ¿Dónde está?

—En el campo de tiro. Le advierto que es muy poderoso y no tiene buena opinión de usted. Cree que usted me ha llevado por el mal camino, aunque le he jurado que estaba muy lejos de la verdad. Pero no lo morderá.

—Entonces trataré de no ponerme nervioso —contestó Leonardo.

—Y sacuda el hollín de sus mangas.

—Este hollín fue conseguido dignamente. Además, Milán es una ciudad de humeantes fundidoras. El Moro no le pondrá objeción a un poco de digna suciedad.

—Y recuerde no referirse a mi guardián como el Moro en su presencia. Venga conmigo, por favor.

* * *

—Prima —dijo Ludovico Sforza un cuarto de hora después—, es tiempo de que vayas a la cama. Te agradezco que me hayas traído a maese Leonardo da Vinci, pero ahora, ¿podría pedirte que te retires?

Si Bianca estaba preparada para ofrecer cierta resistencia a esto, la actitud de su protector no toleraría ninguna. Cuando se hubo marchado, él se dirigió a Leonardo, sin perder tiempo en ceremonias.

—Castelmonte —dijo.

—¿Qué de ello, mi señor?

—No creo que Florencia sea capaz de tomarla —dijo el regente de Milán—. ¿O me equivoco?

—Mi señor —repuso Leonardo cautelosamente—, mi obligación es, en este momento, con Lorenzo de Médici, como creo que debe estar al tanto.

Sforza lo miró por largo tiempo, como si estuviera midiéndolo.

—Estoy al tanto —dijo—, y quizá no nos hemos entendido. No le pido que sea indiscreto. Déjeme comenzar de nuevo. Milán y Nápoles están considerando una alianza con Florencia; una alianza que, sin preguntarle a su señor, usted ya ha de considerar que es para él necesaria. ¿Hasta ahora he ofendido su susceptibilidad?

—No; para Florencia, Milán sería un aliado muy valioso.

—Bien. Usted es un ingeniero, me dice, y por ello piensa objetivamente. Si usted estuviera en mi lugar, Leonardo, ¿pensaría que tal alianza sería ventajosa?

—Sin lugar a dudas —Leonardo respondió puntualmente.

—Me doy cuenta de que no duda al hablar.

—Ya había pensado con cuidado en la posición de Milán.

—Diablos, ¿en verdad? Entonces convénczame, ya que parece estar más seguro de sus razones, y de las de Milán, de lo que yo estoy.

—No será necesario persuadirlo. No cuento a Nápoles, por ser de poca importancia para Roma. Son las repúblicas las que Su Santidad ansía tragarse.

Ludovico Sforza palpó la seda del pabellón bajo el que se guarecían. El campo de tiro estaba blanco y desolado. Los músicos se habían retirado mucho antes. La nieve había borrado las huellas que se marcaban en el pasto.

—Milán —dijo bruscamente— es un ducado, no una república. ¿Dónde queda su argumento?

—Milán, con todo respeto, es un ducado sólo nominalmente. En todo lo demás es una república tanto como Florencia, Génova o Venecia. La esencia de una república es que está gobernada por aquellos que son lo suficientemente fuertes para hacerlo, ya sea por elección popular o por conquista. Pensemos en Milán a la luz de esto. Su hermano, Gian Galeazzo,

es duque. ¿Él gobierna Milán? No. Usted la gobierna, mi señor, y mi argumento se sostiene.

—Todavía no logro seguirlo del todo, aunque puedo concederle las premisas. Entonces ¿qué sucede con Roma?

—El gobernante de Roma —dijo Leonardo— ocupa su cargo por otros medios que solamente el poder temporal.

—Se sostiene por la gracia y la voluntad de Dios Todopoderoso. ¿Y bien? Seguramente, un poder más fuerte que... digamos, el mío.

—Estaría más sorprendido si el Todopoderoso no encontrara, aparentemente, ciertas ventajas en obrar mediante el Colegio Cardenalicio —repuso Leonardo.

Ludovico Sforza parpadeó.

—¡Vaya! —dijo entusiasmado—. Es usted un maldito hereje, pero continúe con su herejía.

—Es muy simple. Su Santidad, no contento con la autoridad de su cargo espiritual, busca también poder temporal. Más aún, busca oro, la fuente de todo poder temporal. ¿De dónde lo va a obtener? De aquellos que piense que lo tienen, es decir, las repúblicas, que son el fruto dorado, mi señor, del que Su Santidad exprimirá todo el jugo que pueda si son lo suficientemente tontas para permitirlo. —Leonardo levantó su mano izquierda y dobló sus dedos uno a uno—. Florencia, primero —dijo—. Después Siena, Génova, Mantua, podría ser. Después Milán. Y luego Venecia, Saboya y los reinos de Francia. Entonces debe ponérsele un alto ahora, y por eso, mi señor, es que debería concretar la alianza cuanto antes.

—¿Y por lo tanto provocar a Roma? —replicó Sforza—. Tengo mis dudas.

—Roma no esperará a ser provocada. Como siempre, dividirá y conquistará. Concrete su alianza, no hay nada que se pueda ganar esperando.

—Agradezco su consejo, ingeniero, pero creo que cuando menos esperaré el resultado de la batalla de Lorenzo por Castelmonte. Lo que me lleva a mi punto inicial. Sus cañones no pueden vencerla.

—No estoy tan seguro de ello.

—Hasta ahora han fallado.

—Lo admito. Sin embargo, compartiré con usted una profecía, si eso puede tranquilizar su mente y a Milán. Los cañones reclamarán Castelmonte en el nombre de Florencia la siguiente primavera.

—Ya lo veremos —dijo Ludovico Sforza—, ya lo veremos. Mientras tanto, vaya con Dios, maese Leonardo.

Sforza se alejó a grandes pasos, salpicando la nieve recién caída con sus botas mientras cruzaba el camino. Leonardo se sentó en los escalones del mirador y comenzó a tañer las cuerdas de un abandonado laúd. A primera vista, pensaba, su profecía parecía una simple bravuconada, y sin duda el regente de Milán la había tomado así. ¿Qué sabía él, Leonardo, un artista convertido en ingeniero, verdaderamente de artillería? Calcular ángulos y trayectorias era una cosa, la práctica era otra. ¿Qué lo hacía, pues, estar tan seguro —y antes de saber cómo lo haría— de que podría triunfar donde Rigo Leone, el maestro artillero de Florencia, había fallado?

No obstante, estaba confiado, como lo había estado a menudo. Las ideas nadaban en los confines de su mente como peces en el mar, evanescentes y escurridizas, como cuando concebía una pintura. Veía su esencia antes de poder percibir su forma, aun sabiendo que aquella forma existía de un modo que no podía definir. Con las revelaciones artísticas era igual que con la ciencia. Su solución existía, y sólo hacía falta asirla.

Dejó a un lado el laúd y caminó por debajo de las salientes del pabellón, siguiendo los pasos de Sforza.

Apenas había pasado los arcos que daban al patio central cuando su camino fue interrumpido por tres siluetas.

—Un momento, si gusta, buen amigo —dijo Silvio Grimiani di Torino. Se detuvo, con los pies separados. A cuatro pasos detrás de él, Francesco Pazzi se enfrascaba en una conversación simulada con Bernardo Bandini, quien estaba apoyado en el pedestal de una antorcha, con la mano en la cadera. Leonardo se detuvo.

—Buenos días, mi señor —dijo—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Nada —replicó Silvio—. Si acaso algo de poca importancia. Tengo una pregunta que hacerle.

—¿Podría esperar hasta que salga el sol, quizá, mi señor? —contestó dócilmente Leonardo.

—Creo que no. No tomará mucho tiempo. Es simplemente que he observado que pasa demasiado tiempo en compañía de Bianca Visconti, una circunstancia que encuentro molesta y por completo ofensiva. Mi pregunta, entonces, es: ¿por qué un hombre como usted, un simple artista y un bastardo, creo, de un notario que se procuró a alguna sirvienta, presume de imponer su compañía a una dama muy lejos de su posición? Estoy seguro de que puede ofrecerme una breve y sencilla explicación, y entonces no lo retendremos más.

Leonardo frunció ligeramente el ceño.

—¡Ah! —dijo—, creo, mi señor, que he sido indolente. —Detrás del príncipe de Saboya vio que Pazzi y Bandini habían vuelto la mirada con expectación hacia él—. Debo confesar que no había considerado el asunto a la misma luz que usted. Aunque estoy obligado a decir, sin embargo, que, si lo hubiera considerado antes, dudo mucho que me hubiera molestado en demasía.

—Me molesta a mí —respondió Silvio.

—Puedo ver —dijo Leonardo con gran cortesía— que así es, pero no estoy seguro del porqué.

—Bueno, ¿y entonces? —preguntó Silvio—. No es necesario que usted sepa el porqué. Uno puede ver que no lleva encima una espada, aunque lo hemos visto alardeando con una en otras ocasiones. Entonces uno da por sentado que sabe cómo usar una, y en este momento cualquiera de mis amigos estará complacido de prestarle una. Entre caballeros, estos asuntos son rápidamente despachados.

—Estoy seguro de que sí —contestó Leonardo—; no obstante, debo señalar una falla en su razonamiento. En una mano, tenemos a tres caballeros; en la otra, uno, yo mismo, el hijo bastardo de una moza que hacía de sirvienta, como usted correctamente me lo ha descrito. En general, estoy a sus órdenes, pero, en cuanto a su proposición, me temo que me encuentro con mejores cosas que hacer que ocuparme de pelear con un imberbe príncipe. Le sugiero que regrese a sus copas y a sus juguetes y me deje con mis asuntos. —Posó gentilmente una mano en el brazo de Silvio,

el del lado de la espada, y, como uno aparta a un niño enfadado, lo movió a un lado. Pasó en medio de los dos hombres que estaban un par de pasos más lejos, los saludó con una inclinación de cabeza y se marchó.

* * *

El amanecer lo sorprendió en compañía de Lorenzo de Médici. Como la vez anterior, los dos hombres estaban sentados en la privada y monástica habitación de retiro de Lorenzo, más allá de cuya ventana el cielo prometía el brillo del sol después de una noche nevada.

—¿Cuándo desea partir? —preguntó Lorenzo.

—Tan pronto como pueda después de Navidad.

—Bien, para entonces, espero que haya solucionado el asado de mis gansos y de mis aves, si entiendo correctamente sus dibujos de los mecanismos para mi fogón, para que estemos en posición de dispensarlo. —Sonrió levemente—. Está por demás señalarle que en el camino a Roma no puede contar con nuestra protección.

—No la quiero —dijo Leonardo—. Espero que Roma no sea consciente de la naturaleza de mi trabajo con usted. No voy como el ingeniero de Florencia, sino como un humilde perseguidor de la verdad.

—Una mercancía peligrosa —repuso Lorenzo de Médici—. Si logra alcanzarla en cualquier medida, tenga mucho cuidado. —Tamborileó los dedos en la mesa—. Debo confesar que no me siento tranquilo —prosiguió—. ¿No me dirá qué es lo que busca? Nuestras bibliotecas son vastas, y quizá puede evitarse su viaje.

—Con todo respeto, señor, lo dudo. Los archivos de la Iglesia son una fuente de información que debo analizar ahora, ya que ciertamente no se me permitirá hacerlo después. Mi mente está puesta en el asunto de la pólvora, una sustancia que, según me dice su capitán de artilleros, está hecha de modos distintos por distintos hombres y cuyas propiedades difieren de acuerdo con su creador. Estas diferencias son vitales tanto para el capitán Leone como para mí. Y como la fabricación de pólvora es un arte antiguo, debo consultar acervos antiguos, lo que desemboca en que debo consultarlos en Roma.

Lorenzo se levantó y caminó hacia la ventana.

—Muy bien —replicó—. No lo designé mi consejero militar para cuestionar sus razones. Tiene usted mi permiso de marchar.

OceanofPDF.com

XI

EN UNA mañana de los primeros días de enero de 1478, en un amplio y soleado segundo piso del Palacio de Letrán, el cardenal Domenico della Palla estaba sentado detrás de su escritorio y escrutaba a su visitante con sosegados e inquisidores ojos, paseando las puntas de sus dedos sobre sus labios.

Era probable que no más de dos hombres —uno de ellos era él— estuvieran al tanto de que el canciller apostólico era el personaje más poderoso de Roma. Efectivamente su apariencia no daba indicio alguno de esto. Preciso, sereno y agobiado, el cardenal Della Palla, a los cincuenta, lucía como el profesor que alguna vez había sido.

Su poder era de una peculiar naturaleza, tan peculiar que no existía antes de que él lo instaurara. Su origen y sus mecanismos descansaban debajo de sus pies y de los de su invitado, y ocupaban, en términos de espacio, más de un tercio de toda la edificación. Su naturaleza era al mismo tiempo sencilla y compleja. Lo que Della Palla poseía era conocimiento.

En su juventud había sido bien parecido, y todavía lucía su rubia cabellera y los penetrantes ojos azules de su linaje, que provenía del norte. A lo largo de aciagos años su boca se había afianzado por la necesidad de ocultar los secretos de los que su mente se había hecho, y una arruga vertical se había impuesto en medio de sus cejas. La arruga se hacía más profunda cada vez que escuchaba atentamente un mensaje cuya importancia no radicaba en las palabras que lo conformaban, sino en las tácitas señales expuestas en el tono de voz, en un instante de duda o en un abrupto reblandecimiento de la expresión por parte del interlocutor. Si sonreía con poca frecuencia y nunca reía, era porque no encontraba mucho que le provocara divertimento en el pequeño estado de la Iglesia, menos aún

alegría. Diariamente sus doscientos trabajadores recibían y transcribían relatos de lujuria, fraude, traición, destierros y asesinatos. Incluso las noticias de un matrimonio o del nacimiento de un hijo daban lugar no a su buen humor, sino al cálculo del intercambio de beneficios entre una y otra familia. El camino a la verdad que el cardenal había elegido seguir era estricto y sinuoso, y había comenzado casi un cuarto de siglo antes.

Cuando el español Alonso de Borja había asumido, en el *habemus pontificem* del 8 de abril de 1455, el título de Calixto III —inaugurando así el control del papado (directamente o por medio de sus candidatos) por la familia Borgia que había de durar casi cincuenta años y seis pontífices—, su primer acto fue promover a su sobrino Rodrigo, un estudiante en Bolonia, al cargo de Notario Apostólico. El hecho de que el joven no tuviera en ese entonces un grado en la ley canónica le pareció una pequeña desventaja y de inmediato lo rectificó; mandó a Rodrigo de regreso a Bolonia para obtener su doctorado. Como se esperaba, pasó sus exámenes con honores, un año después, y les obsequió a sus maestros y sinodales gorras y guantes de la piel más fina en reconocimiento a su sabiduría.

A pesar de que hubo quienes sintieran —pero absteniéndose por prudencia de decirlo— que las tres horas de cada día que el joven Rodrigo se había sentido capaz de quitarle a su tiempo de cacería para abocarse a sus estudios de la ley canónica eran quizás insuficientes para justificar su doctorado, hubo también un hombre que discrepó: Domenico della Palla, si bien en tono mordaz y con cierto ingenio irónico, le escribió a Calixto III para notificar a Su Santidad que su sobrino, cuando se le convenció de debatir asuntos tan fútiles como la jurisprudencia, había mostrado una sorprendente comprensión de los textos y que con el tiempo podría —o su tutor así lo sentía— honrar su cargo en la Cancillería de Roma con distinción tanto en los hechos como en el nombre.

Dado que ni Rodrigo ni su tío se imaginaron que hiciera algo tan mundano, la carta escrita por Della Palla a los veintiséis años les provocó cierta discreta alegría; pero irónicamente, si bien con agradecimiento por una opinión que percibía como honesta, Calixto llamó al tutor de su sobrino a Roma y le ofreció el puesto de secretario de su antiguo discípulo.

Della Palla, con la misma ironía, aceptó.

A lo largo de los años que se sucedieron, la relación entre Rodrigo Borgia —ahora cardenal— y su mentor floreció, si bien lentamente. Al principio, se daba por hecho que Domenico della Palla haría política con el mismo fervor que lo hacían los Borgia. Pero no hizo nada parecido. Su lealtad, lo descubrieron con sorpresa, era sólo a tres: a Dios, a la Verdad y a la Iglesia. El Sumo Pontífice, su familia y sus adeptos recibieron esto, primero, como una afrenta; después, como una peculiar curiosidad, y, finalmente, en la estridente ofensiva contra Aragón y los turcos, como un valor. Se le ofrecieron un sinnúmero de sobornos, incluido el obispado de Valencia, que había ocupado anteriormente el mismo Calixto III. Della Palla, cortésmente, los rechazó todos.

Rara vez dado a traspasar los confines del Palacio de Letrán, parecía no hacer mucho además de incrementar su equipo de trabajadores y secretarios, algo con lo que los Borgia estaban en términos generales de acuerdo. Su consejo antes de la batalla naval de Mitilene le había dado la victoria a Roma. Su insistencia en que Venecia concretara pronto un tratado con el Imperio otomano y no podía, por ello, esperarse que contribuyera a la cruzada del Pontífice en contra de los impíos resultó vergonzosamente acertada; y su ilegítimo desvío de fondos para pagarle a Janos Hunyadi, el *condotiero* húngaro, y a su consejero militar, el cardenal Carvajal, aseguró la derrota de Mohammed II a las puertas de Belgrado. Lenta, pero firmemente, mientras caminaba por los polvosos corredores del Letrán, el secretario del cardenal Borgia se forjaba a sí mismo un imperio; fundado sobre las plumas de sus escribientes, registrado sólo en fila tras fila de anaqueles especialmente diseñados que estaban inundados de documentos, el alcance y poder de éste crecería finalmente hasta sobrepasar la creencia de aquellos que se habían rehusado, por falta de entendimiento, a admitir su existencia.

Como había previsto, se había vuelto indispensable; además, se había mantenido neutral. A la muerte de Calixto III, los Borgia habían decidido elegir al otrora dramaturgo satírico y humanista Eneas Piccolomino. Así lo hicieron. Pío II, como sorpresivamente se había designado, llegó al Palacio de Letrán en una mañana lluviosa del otoño de 1459, se le mostraron los sótanos rebosantes y se retiró con una sobrecogedora prisa ante la evidencia

de la magnitud de tal industria. Dos meses después, por razones que él mismo apenas alcanzaba a comprender, eligió a Domenico della Palla para el cardenalato de Santa Lucía de Vignola. Su sucesor, Pablo II, que había esperado oposición a su pontificado del nuevo cardenal por el hecho de que él también era uno de los elegidos políticos de los Borgia, se vio gratamente sorprendido de descubrir que a Della Palla no le interesaban los procedimientos de sucesión, y lo recompensó con una posición que éste había buscado por años: la de canciller apostólico.

El cardenal Rodrigo Borgia, el fabricante de papas, era el único hombre en Roma que no se intimidaba por el imperio de papel del Palacio de Letrán. Visitaba a su antiguo tutor y secretario a menudo. Lo halagaba sin adulación, bebía vino mientras se reía con naturalidad de la garrafa de agua de Della Palla y trataba de hacerse amigo del canciller. Aunque falló en esto, como todos lo hacían, su relación era, después de todo, cordial. Della Palla, como siempre, le había escrito sólo la verdad a su tío Calixto III al elogiar la inteligencia de Rodrigo. En consecuencia, el cardenal Borgia prosperó; escuchaba, como sólo unos pocos lo hacían, lo que el canciller apostólico tenía que decir, y actuaba en consecuencia.

Así, cuando Francesco della Rovere se convirtió en el papa Sixto IV, y aparentemente en la figura más poderosa de Roma, dos hombres, y sólo dos hombres, pudieron haberle dicho (pero no lo hicieron) que el verdadero poder de Roma estaba en otro lado, a saber, en la plaza de San Juan de Letrán. Rodrigo Borgia no se lo dijo porque pretendía convertirse en el Sumo Pontífice en un momento dado, y el cardenal Della Palla, aquel silencioso y retraído hombre que vestía la verdad como coraza y llevaba el conocimiento como única espada, de cualquier manera no habría considerado decírselo.

* * *

En esta mañana de enero, pues, Della Palla estaba sentado, consciente como siempre de la empresa armada debajo de él que digería el estado del mundo y por consiguiente extendía sus límites, y miraba al joven florentino que estaba de pie, al otro extremo de la mesa, con una libreta forrada de piel bajo el brazo. Ante el cardenal se extendía una carta. Debido a que éste

conocía su contenido a fondo, no tuvo necesidad de consultarla; prefirió, en su lugar, estudiar a su autor.

—¿Maese Leonardo da Vinci? —preguntó.

—El mismo —respondió el visitante—, al servicio de Su Eminencia.

—Por favor, siéntate, hijo, y dime, si lo deseas, de qué modo esperas que pueda serte de ayuda.

Leonardo se sentó en la silla que el cardenal le señaló, cambiando su portafolio a sus rodillas.

—Espero, Su Eminencia —dijo—, descubrir en el acervo de la Iglesia algún trabajo a propósito de la fabricación de pólvora.

Della Palla llevó pensativamente la punta de sus dedos hacia su labio inferior. Estaba acostumbrado a ocultar su sorpresa.

—Pólvora —dijo al fin—. Sí. Si me permite, una extraña preocupación para un artista. ¿Podría mencionar que he admirado su retrato de Ginebra de Benci? No haré de cuenta, por lo mismo, que usted me es desconocido. —Leonardo hizo una reverencia en agradecimiento—. Pólvora... —El cardenal prosiguió con un tono más enérgico—. ¿Doy por sentado que esta carta suya tiene un dejo irónico, y que estima que la guerra es la mayor de todas las formas artísticas? Una postura intrigante. ¿Por qué supone que la Iglesia tiene algún material que pueda ayudarlo?

—Es una suposición de mi parte, es cierto —contestó Leonardo—, pero sé de la existencia del tratado de Alberto Magno, el *Kriegsbuch Bellifortis*, y por supuesto de la *Epistola de secretis operibus Artis*, del Hermano Bacon, que se encuentran en su biblioteca. Esperaba encontrar el original de *Liber Ignium*, de Marco el griego, aunque creo que la única copia está en Nuremberg; pero puede haber otras fuentes.

—Su bagaje es impresionante —apuntó el cardenal—, y le agradezco por haberme aclarado que usted está lejos de hacerme perder mi tiempo; o el suyo, por supuesto. ¿Podría preguntarle cuál es exactamente su interés en la pólvora?

—Es filosófico —respondió Leonardo.

—Una respuesta cautelosa. La acepto, por ahora, aunque algunos podrán no hacerlo. Bueno, maese Leonardo, haré por mi parte una búsqueda

de cualquier cosa que crea que pueda interesarle. ¿Filosófico? Lo apruebo, pero ¿desde qué perspectiva?

—Específicamente, Su Eminencia, sobre la polémica de cómo el poder llega a la pólvora durante su fabricación. Si consideramos que el carbón, el azufre y el salitre no tienen propiedades explosivas por separado, ¿cómo es que, entonces, una mezcla de esas tres adquiere su fuerza?

El rostro del cardenal se mantuvo, como siempre, imperturbable, aunque un hombre sutil y observador habría percibido que estaba complacido.

—Un espléndido punto —dijo—. Tendré que pensarlo mientras me aboco a su encomienda. Mientras tanto, tengo una para usted, si me permite. Aunque mejor debería decir que es una petición de mi colega, el cardenal Borgia. Y ya que en cualquier caso será hasta mañana que busque los textos filosóficos que quiere, se me instruyó pedirle que fuera al palacio papal para tener una audiencia con el conde Girolamo Riario de Imola. ¿Tiene alguna objeción?

—De ningún modo. ¿No he dicho que estoy al servicio de Su Eminencia?

—Entonces esta misma tarde será idóneo. ¿Ya conoce al conde?

—No he tenido el placer. He oído hablar de él, por supuesto, ¿quién no?

El cardenal Della Palla estudió minuciosamente el semblante del artista.

—Maese Leonardo —dijo finalmente—: quizá, con la venia de Dios, lleguemos a conocernos mejor. Espero que así sea. Si las cosas resultan de ese modo, también espero que, con el tiempo, aprendamos a ser sinceros el uno con el otro. En este tenor, creo que tengo la obligación de decirle que el conde de Imola ya lo ha visto *a usted*.

—¿De verdad? —repuso Leonardo—. Le agradezco, Su Eminencia. Debo pensar dónde pudo haber sido.

—Sí —contestó secamente Della Palla—. En vista de su interés filosófico en la pólvora, quizá valga la pena considerar este asunto con mucha prudencia. Espero verlo mañana a esta misma hora.

* * *

Mientras caminaba por la orilla del Tíber, a un lado del mausoleo de Adriano, ahora Castel Sant'Angelo, Leonardo se dio cuenta de que sus pensamientos corrían no sobre el hombre con el que estaba a punto de encontrarse, sino sobre el cardenal que lo había entrevistado aquella mañana. Dado que lo que había pasado entre ellos había sido simplemente el cortés juego de esgrima que Leonardo disfrutaba y en el que usualmente se regodeaba, estaba perdido en explicar esa peculiar emoción mental que había sentido al hablar con Della Palla y que todavía sentía. Era cierto que el cardenal era un hombre con una sólida erudición; su sola posición podía garantizarlo. Comparada con la mente del cardenal, la del venerable doctor Cino di Lapo Mazzone no era sino el zumbido importuno de un mosquito. Aun así, había algo más en el cardenal Della Palla, consideraba el artista, que erudición; algo más incluso que sabiduría. Era una cualidad tan inusual que podría pasar una vida entera sin encontrar más de uno o dos que la poseyeran. Quizá, pensó Leonardo, era desbordadamente imaginativo. ¿Había algo más, por tenue que fuera, en la mente del cardenal Della Palla que lo llamaba? Si era así, se percataba de que aún no había respondido al llamado.

Dejó atrás el río revuelto; los muros de la Ciudad Leonina salieron a su paso a su izquierda, y dio vuelta.

Llegó a los aposentos de los Borgia, su destino, y se vio obligado a esperar por casi una hora en un salón que dominaba el patio de San Dámaso. Al final de la espera fue despojado de su espada por un imperturbable mercenario suizo y conducido a un pequeño cuarto cuyas ventanas estaban cubiertas por pesadas cortinas. En una esquina, sentado en un banco de iglesia que tenía los costados tallados de roble, estaba el conde Girolamo Riario.

Leonardo recordó con disgusto lo que sabía de ese hombre —y lo que había visto desde la colina de los artilleros en el valle del Arno— y se estremeció por dentro, contra su voluntad. Este día, sin embargo, el conde estaba relajado y encantador. Tenía las piernas cruzadas, cubiertas por unas calzas multicolores, y sostenía a un pequeño gato gris en su rodilla elevada. Lo acarició mientras saludaba al artista.

—Bienvenido —dijo—. Bienvenido a Roma, adonde todos los caminos conducirán, tarde o temprano.

Leonardo se inclinó.

—Y mi agradecimiento —prosiguió el conde— por obsequiarme una parte de su tiempo aquí, que estoy seguro de que es muy valioso. Mi buen amigo, el cardenal Borgia, me dijo que usted viene en una comisión académica de gran importancia, y no quisiera separarlo de ella por mucho tiempo. Por favor, acérquese al centro de la habitación, para que pueda verlo. Sí. Sabía que mi memoria no me fallaba. En noviembre pasado... ¿fue el pasado noviembre? Sí. Usted estaba debajo de mis muros, ¿no es así?

—Lo estaba —respondió Leonardo.

—Mi estimado señor, no le dé mayor importancia. Sólo quería verlo para asegurarme. Me disculpo por mi abrupto saludo en ese entonces. No sabía quién era usted y mis hombres descargaron un par de flechas sobre usted, pero por lo que veo no sufrió ningún daño. Si hubiera sabido entonces lo que sé de usted ahora, hubiera... sido menos descortés. Me refiero, por supuesto, a su reputación como artista. Dígame —dijo Riario en tono conversacional—, ¿qué es lo que estaba haciendo ahí? Me atrevo a decir que emprendía usted alguna búsqueda artística.

—Algo parecido —replicó Leonardo—. Actualmente pinto una escena alegórica de una batalla para el monasterio de Santa Cecilia, y con ese fin es que he estado realizando algunas tareas de campo.

—¡Qué admirable! —exclamó el conde—. ¡Vaya empresa! ¡Cuánta devoción por su oficio! Arriesgar la vida o algún miembro para conseguir la excelencia merece la mayor de las consideraciones. Porque, si recuerdo bien, incluso palpó la textura de mi maltratado muro, ¿no es así?

—No tenía idea de que me había observado tan de cerca, mi señor.

Riario levantó su mano del animal posado en su rodilla y la agitó airadamente.

—Sólo fue por un par de instantes —dijo—. En cualquier caso, todo eso es pasado. Una escena de una batalla. Debe permitirme verla cuando esté terminada, aunque yo no soy un artista. ¿Y siempre hace... este tipo de estudios con cada cosa que pinta?

—Seguramente. Para conocer la verdad de las cosas es necesario entenderlas completamente. Así, uno puede mostrar no sólo la apariencia, sino también la realidad.

El conde asintió con la cabeza.

—Por ejemplo —prosiguió Leonardo—, usted. Viste su armadura, incluso ahora. Está sentado en la esquina de un cuarto con las cortinas descorridas. Mirándolo así, cualquier otro diría que usted es reservado, retraído, que busca encerrarse en sí mismo como aquellos cangrejos que viven en conchas abandonadas. Pero ésa no es mi percepción.

—Es una presunción —dijo Girolamo Riario, frunciendo el ceño.

—Solamente presunción artística.

—¿Y qué ve entonces?

Por respuesta, Leonardo caminó hasta la ventana y corrió las cortinas, llenando el pequeño cuarto de luz. Abrió las pastas de su libreta y regresó a la mitad del cuarto. Intrigado, pese a él, Riario se levantó de su silla y dejó caer al gato a su lado. Como Leonardo comenzó rápidamente a esbozar, se acercó y se quedó de pie detrás del hombro del artista.

—Si lo fuera a retratar —dijo Leonardo, mientras su mano se movía delicadamente—, sería así. No encerrado, no en la esquina de algún cuarto oscuro, sino así, y así...

—Viendo el carboncillo que volaba en los dedos de Da Vinci, Riario vio sorprendido cómo emergía del papel, parado en la cima de una colina, con el aire y el espacio alrededor suyo, y no llevaba puesta la armadura, sino un manto suelto y ondulante, como si invitara a los vientos a acariciarlo. Por un momento se sintió aturdido, y en ese instante sintió que comenzaba a delinearse algo parecido a la gratitud hacia el artista, al hombre que había advertido —casi como por artes de hechicería— su verdadera naturaleza, aquella que tan decididamente había hecho a un lado durante toda su vida.

Una vez pasado el instante, sus dedos estaban jugueteando con el cuello de su armadura; sus manos, trémulas. Libertad —le gritaba su mente— significa estar proclive a los ataques, ¿y no había elegido, mucho tiempo atrás, intercambiar la libertad por seguridad? ¿Qué derecho tenía este florentino, enemigo de Roma y suyo, a reconocer su infancia y hacer mofa de ella? Le habían tendido una trampa, ahora lo veía, y casi cae en ella.

Cruzó el cuarto y arrancó la hoja de la libreta, sin terminar. Con una ira sin sentido estaba a punto de estrujarla cuando vio dibujarse una breve ironía en los ojos del artista y tuvo que controlarse. Caminó hacia su silla, sosteniendo el esbozo como si lo estudiara, cuando sus ojos y su mente renegaban de él. Para cuando estuvo instalado de nuevo en su silla, ya era capaz de hablar calmadamente.

—Una demostración interesante —dijo—. Conservaré sus trazos, si me lo permite; muestra el talento que todos sabemos que posee. Bien, bien. Tengo que agradecerle una vez más por su tiempo, maese Leonardo, no lo retengo más. Espero que sus pesquisas en Roma resulten fructíferas.

* * *

—Estoy feliz de poder decirle —dijo el cardenal Domenico della Palla en el Palacio de Letrán la siguiente mañana— que tengo la respuesta a su solicitud. Está en un tratado escrito por fray Sfabalmaccio de Pisa en 1428, donde claramente atribuye la fuerza de la pólvora a la acumulación de *vis naturae* o energía natural. Apunta veintitrés recetas distintas para su fabricación. Hice que mis empleados copiaran los pasajes más relevantes, y se los entregaré cuando estén terminados. Un problema fascinante, y por el cual le estoy agradecido por haber llamado mi atención hacia él.

Leonardo, que se había levantado del pequeño taburete a la entrada del cardenal, se sentó nuevamente.

—Se lo agradezco, Su Eminencia —dijo—. Fue muy amable de su parte hacer todo ese trabajo por mí. ¿Podría ver el manuscrito por mí mismo?

El cardenal se dirigió a su escritorio.

—No tengo ninguna objeción en particular, por supuesto —dijo, con una sorpresa apenas perceptible—, pero ¿por qué?

—Porque —respondió Leonardo— me gustaría quedar satisfecho en lo que concierne al conocimiento del docto fraile en materia de la pólvora. ¿Es confiable?

El cardenal levantó una ceja.

—No estoy seguro de lo que quiere decir con eso, maese Leonardo. Sus tesis llevan el *imprimatur* de la Iglesia, lo que significa que es una autoridad reconocida en la materia; por eso su pregunta se contesta a sí misma.

—Sin embargo —insistió Leonardo—, me gustaría mucho leer sus argumentos.

—Por supuesto, en ese caso.

El cardenal se levantó y salió del cuarto para regresar un par de minutos después con un pergamino atado de una cinta. Lo puso en la mesa ante Leonardo, quien le agradeció el gesto.

—Lo dejaré solo para que pueda estudiarlo una hora, más o menos —dijo el cardenal—. Si mi cuarto le acomoda, por favor siéntase libre de estar en él mientras lo hace. En todo caso, tengo que reunirme con mi capellán. ¿Una hora será suficiente?

—Será más que suficiente, Su Eminencia.

—Si es tan amable de mantener las fojas en el orden correcto. Tengo una especie de obsesión con esas cosas —dijo el cardenal, saludó y se fue.

Era casi mediodía cuando regresó. Leonardo, absorto en la página final del manuscrito, no se percató de su presencia hasta que el cardenal tosió discretamente. Con cuidado acomodó las fojas del pergamino y se levantó.

—¿Y bien? —preguntó Della Palla.

—Le debo a Su Eminencia más de lo que puedo decir por su indulgencia —respondió Leonardo—. No obstante, debo decirle que las conclusiones a las que llega fray Sfabalmaccio son inadecuadas. De hecho, valen menos que el papel en el que están escritas.

—Me temo que una vez más no lo entiendo —dijo el cardenal.

—Lo he dicho tan contundentemente porque Su Eminencia fue lo suficientemente amable para sugerir, la última vez que nos encontramos, que debemos aprender a ser sinceros el uno con el otro.

—Lo hice. La sinceridad es una cosa, pero no lo invité a ser sacrílego.

—No pretendo ser irreverente —repuso Leonardo—; pero, por darle un ejemplo de la falta de conocimiento de su fraile, en ningún lugar insinúa que el poder de la pólvora, hecha de acuerdo con una u otra de sus veintitrés recetas, cambia de acuerdo con sus ingredientes. Desde mi propio conocimiento, sin mencionar el de mi amigo, el capitán Rodrigo Leone —un artillero de gran experiencia—, puedo asegurar que así ocurre. Por lo que debo dar por sentado que fray Sfabalmaccio es tan ignorante como verborreico. Con todo —Leonardo siguió con buena fe—, estoy

afortunadamente, como sabe, ocupado en el estudio de la pólvora, y estaré en condiciones de relatarle las verdaderas conclusiones cuando termine. En consecuencia, su acervo podrá ponerse en orden.

El cardenal Della Palla, durante el despreocupado relato, caminó una vez más hacia su mesa de trabajo, donde jugó con varios objetos antes de sentarse.

—Es difícil para mí saber por dónde empezar —dijo finalmente—. La Iglesia ya está segura de tener las verdaderas conclusiones. Están dadas, con autoridad, en lo que tiene frente a usted. Eso es lo que significa *imprimatur*... y puedo asegurar que ésa es la razón por la que vino a Roma en primer lugar.

—Pero suponga —dijo gentilmente Leonardo— que la Iglesia está equivocada.

—Tenga cuidado.

—¿De qué? Me temo que es mi turno de no entender —prosiguió despreocupadamente—. ¿Por qué debería la Iglesia, en un asunto práctico de cierta importancia, confiar en las opiniones de un fraile ignorante y verborreico que no dice nada y en cuyo tratado sólo menudean absurdos como el de *vis naturae*, un concepto que es completamente insignificante, como Su Eminencia puede advertir, cuando hay mejor información a su alcance?

—¿La *suya*? —dijo el cardenal.

—La mía, naturalmente.

—Tenga mucho cuidado, hijo mío.

—Entonces ¿la Iglesia cree que puede influir en los hechos negándolos o aceptando puntos de vista infundados? Éste no es un asunto erudito ni escolástico, como cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler. La naturaleza es naturaleza y no puede ser negada. Si Su Santidad anuncia, como lo hizo Josué en la antigüedad, que el sol detendrá su curso, ¿se le prestará atención?

—En verdad, tenga mucho cuidado —dijo una vez más el cardenal—. Le ruego que no diga nada (ni siquiera en el curso de una disertación filosófica) de cuyas consecuencias ni yo podré salvarlo. Su perspectiva,

maese Leonardo, es herética. Herética y, por lo tanto, extremadamente peligrosa; por favor, no diga más, se lo suplico.

A través de la anchura de la habitación, los dos hombres intercambiaron una imperturbable mirada.

—Cardenal, mi señor —dijo Leonardo—, el tiempo de batirnos con palabras ya pasó, y así fue desde ayer que salí de este lugar. Nos hemos provocado mutuamente en el debate, sabiendo que lo hacíamos. Usted cree en el trabajo de fray Sfabalmaccio tanto como yo. Usted me trajo este tratado para probar mi temperamento, y le pagué en especie. El *imprimatur* de la Iglesia le da tanta autoridad como lo haría el graznido de los cuervos en la punta de los árboles en abril, y eso lo sabe tanto como yo. En lo que concierne al peligro, Su Eminencia me ha señalado lo que ya sé, que es el riesgo que he asumido físicamente en el mismo acto de poner un pie en Roma. Y si mi alma está en peligro, apelaré al Señor Todopoderoso para salvarla. ¿Porque qué es Dios, mi señor, si no la Verdad?

El cardenal Della Palla extendió su mano para recibir las fojas del pergamino y Leonardo no se negó.

—Entonces ve con Dios, hijo mío —sentenció el cardenal.

* * *

—Mi querido canciller —dijo el cardenal Borgia después de la cena en su aposento—, Riario me dice que este hombre es ingeniero militar de los Médici en Florencia. ¿Estaba al tanto de esto?

—Sí, estoy al tanto —respondió Della Palla.

El cardenal Borgia tomó una uva.

—La sugerencia del conde —dijo— es que Leonardo da Vinci sea asesinado antes de que pueda salir de Roma, salvándonos así de un gran problema. No sé qué tanta valía pueda tener su punto de vista.

—Al conde de Imola le falta paciencia —dijo Della Palla—, al contrario de usted. Dada su muy estrecha visión, no estoy en lo absoluto sorprendido por su sugerencia. Pudiera, de hecho, ahorrarnos problemas. Pero Roma es, y Roma será, cuando usted y yo hayamos muerto, por lo que el apuro es poco conveniente. Además, por la breve discusión que sostuve con maese Leonardo, parece que, si bien fue un tanto impertinente, posee un

conocimiento mayor en la materia de la pólvora que nuestras propias autoridades. Un asunto menor, lo sé, pero en el largo plazo deberá ser considerado también, ¿no lo cree?

—Ya veo. Como siempre, es usted un modelo de templanza. ¿Recomendaría protegerlo entonces?

—No.

—¿No? Estoy un poco sorprendido, debo confesar.

—Está en las manos de Dios —señaló Della Palla—. Y estoy lejos de creer que podemos ofrecerle mayor protección.

* * *

Leonardo da Vinci vio el tenue movimiento de unas siluetas calle abajo y se detuvo.

Caminaba por un estrecho callejón en Trastevere, en su camino a la posada donde había apostado a su caballo. El aire de la noche estaba húmedo y hacía tiritar los huesos, mientras que las baldosas estaban resbalosas por la nieve, pero ni la oscuridad ni el clima habían, hasta ahora, menguado su espíritu. Si bien había descubierto poco sobre la pólvora, por lo que su viaje a Roma tenía que ser considerado un fracaso, sus encuentros con el cardenal Della Palla lo habían dejado con una sensación de bienestar que todavía encontraba estimulante. No habían cruzado ni una sola palabra de amistad, y sabía que el cardenal, al reflexionar en ello, podía encontrar sus ataques a la autoridad de la Iglesia amenazantes; con todo, curiosamente, esto parecía ser poco importante. Lo que importaba era que se habían reconocido en el otro, para bien o para mal, a través del abismo de veinticinco años o más que los separaba y a través del abismo todavía más profundo entre el temperamento del cardenal como clérigo y el suyo, el de un librepensador. Y el reconocimiento de una mente parecida a la suya cantaba en la sangre de Leonardo.

Por eso sonrió a las sombras que lo esperaban sin detenerse, soltando su capa por encima de sus hombros.

Al pie de la cuesta, el callejón desembocaba en una diminuta plaza. Conforme se acercaba, el sonido del acero deslizándose llegó a sus oídos y la sonrisa se ensanchó. Roma, sabiamente, estaba en cama, y la plaza

desierta. Las canaletas, salpicadas de nieve congelada, brillaban con el fulgor intermitente de las antorchas moribundas y de la cetrina luz plateada de la luna en cuarto menguante.

De los tres hombres que interrumpieron su camino, Leonardo reconoció sólo a uno. Francesco Pazzi, que llevaba una brigantina y unas calzas de terciopelo, avanzó hacia él con la espada desenvainada; a la derecha y a la izquierda, sus desconocidos cómplices caminaron para bloquear la boca del callejón. La emboscada estaba bien colocada. Su víctima, con una pendiente escarpada y resbalosa a sus espaldas, no podía volverse y escapar, y estaban convencidos de su éxito. La muerte brillaba en los aceros, y la sonrisa de Leonardo se tornó puro placer.

—Bienvenidos, amigos —dijo quedamente.

Francesco Pazzi no dio respuesta. En su lugar, se lanzó hacia delante y en el rostro se le dibujó una mueca silenciosa de empeño mientras embestía. No tenía necesidad de delicadeza y no apeló a ella. El asesinato de un hombre por tres oponentes era, como él lo veía, un asunto sencillo, y se volvía más fácil por el hecho de que su objetivo no había desenvainado la espada.

Dando muestra palpable de desatención para con el prójimo, Leonardo dio un paso hacia atrás, y la punta de la espada parpadeó en el aire a un palmo de su casaca. Antes de que Francesco pudiera recuperar el equilibrio perdido, el artista deslizó la capa por un lado de su cuello con la mano izquierda y la ondeó, enredando la cabeza de Francesco y el brazo que llevaba la espada entre sus pliegues y nublándole por un momento la vista. Éste se tambaleó hacia un lado, perdiendo el paso en los traicioneros adoquines en un desesperado e infructuoso intento de liberarse a sí mismo de la húmeda y pegajosa tela.

Leonardo se arrodilló y desenvainó su estoque mientras lo hacía. Rodó para alejarse del alcance del acero enceguedo y vacilante de Francesco. El hombre a la derecha de Francesco, saltando hacia delante para apoyarlo, se ensartó repentinamente en la punta del arma pujante de Leonardo, que surgió desde el piso hasta incrustarse en el fondo de su desprotegido vientre. Su aliento silbó antes de caer, llevándose la espada que lo había

atravesado y haciendo perder a Leonardo uno o dos segundos fundamentales en liberarla de su cuerpo.

El tercer asesino, queriendo aprovechar esta ventaja, caminó frente al ofuscado Francesco y atacó rápida y torpemente la cabeza de Leonardo. Falló el blanco, pero el filo hirió profundamente, en la zona cercana al hombro, el brazo derecho de Leonardo, justo cuando éste, tras continuar rodando acrobáticamente hacia un lado, podía finalmente reincorporarse y lograba desembarazar la punta del puñal del cuerpo del hombre caído y mortalmente herido. Un tibio brote de sangre oscureció la manga de Leonardo. Su tercer atacante vio esto y, con la certeza de que su víctima estaba desarmada e indefensa, caminó hacia él con aire triunfal para matarlo.

Fue un error fatal. Leonardo cambió su estoque de la mano derecha a la izquierda y la blandió, como una navaja, por la parte posterior de las piernas de su oponente, lisiándolo inmediatamente. Mientras caía, el artista desenterró su arma y, usando el pomo, le asestó con terrible y anatómica precisión un golpe en la sien. Se escuchó un suave crujido del hueso quebrándose, y el asesino cayó con los ojos muy abiertos al lado de su compañero.

Leonardo se puso de pie, presionando su mano izquierda, que llevaba la espada, en contra de su rasgada y goteante manga. Se había dañado una vena, lo sabía, pero el tacto le informó que la arteria estaba intacta. Satisfecho, puso su atención en Francesco Pazzi, observando con ligera sorpresa que, luego de que el segundo de sus compañeros lo provocara y el tercero lo hubiera enfrentado en combate, estaba todavía de rodillas, maldiciendo sulfúricamente las capas de tela que lo obstaculizaban. Leonardo puso su pie firmemente sobre su pecho y lo hizo caer. Conforme su rostro finalmente emergía, era saludado por un estoque a seis pulgadas de la base de su nariz; de la punta se resbalaban y caían, una por una, siniestras y oscuras gotas.

—Mejor vete, Francesco —dijo de modo vivaz—, las calles de Roma son bastante peligrosas de noche, te lo digo de buena fe, e incluso el bastardo de una sirvienta puede, como un escorpión, ser letal si se le

provoca de más. Mira a tu alrededor, y piénsalo dos veces si quieres volver a molestarte. Buenas noches.

TRES DÍAS después del lamentable percance, Leonardo detuvo su caballo en la cima del valle alto del Arno, en cuyo suelo se levantaban, desorbitados, los bastiones de la ciudadela de Castelmonte. Era tarde, y Florencia todavía estaba a unos cuarenta y ocho kilómetros. Su hombro derecho recobraba su fuerza, y Leonardo dejó de lado su dolor al mirar con ojos agradecidos el tramo del camino frente a él. Las colinas, cubiertas de nieve, resplandecían con la luz toscana que, como si se filtrara a través de seda dorada, bañaba la tarde. Delante de la fortaleza los hombres se movían como hormigas, reuniendo leña y reparando el lastimoso muro antes de la primavera, pero el campo de batalla otoñal lucía ahora inocente bajo el mismo grácil manto que había reblandecido los peñascos alrededor del pintor y alisado la agitada colina de los artilleros cuesta abajo.

Leonardo, mecánicamente, levantó la libreta en un impulso de registrar la pacífica escena; no obstante, al recordar merced a una inoportuna punzada que por el momento no estaba en condiciones de dibujar, distraídamente la dejó caer hasta el extremo de la corta cadena con un aire divertido, y en cambio guio a su caballo por el estrecho camino que llevaba a Pistrola.

Llegó al pueblo al atardecer y encontró una intensa actividad alrededor. Herreros, forjadores, obreros del metal de todas índoles se habían reunido acudiendo desde muchos kilómetros a la redonda para ponerse al servicio del cañón del capitán Rigo Leone. De arriba abajo, por todo lo largo de la calle, el monótono resplandor de las forjas relucía a través de las puertas abiertas y por debajo de los toscos cobertizos. Los dos cañones estaban en el centro de la plaza del pueblo, con un enjambre de siluetas alrededor de ellos, en medio del metálico golpeteo de los martillos y el rudo raspar de las limas. A su inmediata derecha, una gigantesca rueda estaba apoyada contra la pared, y el eje de metal estaba desprovisto de su cubierta; detrás de ella, tres carpinteros trabajaban en un desmantelado bloque de montaje. Leonardo se apeó al llegar a la posada, amarró a su caballo y caminó para encontrarse con Rigo, que avanzaba hacia él con la mano extendida.

—Bienvenido, señor doctor —lo saludó el maestro artillero—. ¿De dónde llega?

—De Roma. ¿De dónde más? Veo que te mantienes caliente en enero, Rigo.

—Para ser sinceros, sí —dijo Rigo, con el rostro iluminado por la luz de la hoguera—. ¿Y tú? Veo que estás herido. ¿No te dije que Roma te sería poco hospitalaria?

—No es nada. Un ligero desacuerdo diplomático.

—Me sorprendes. Creo, pese a todo, que dejaste a Su Santidad en peor forma que como lo encontraste.

—No me reuní con Su Santidad —repuso con una sonrisa Leonardo—. ¿Cómo podría? Sólo soy un estudioso pobre y un buscador de la verdad. Sin embargo, no perdí del todo el tiempo. Vine a pedirte que cabalgues conmigo a Florencia. ¿Vendrás?

—¿Y dejar mis cañones otra vez? —respondió Rigo—. No. ¿Por cuánto tiempo?

—Un mes al menos, quizá dos.

—No.

—Rigo, mi estimado amigo, tu devoción por tus cañones empieza a estar más allá de lo normal. Deja a Agnolo Fulvio y al cara de niño, Tesoro, a que los cuiden, por el amor de Dios. No volarán en pedazos sólo porque no estés viéndolos cada minuto del día. Tengo muchas cosas revoloteando en mi cabeza, Rigo. Necesito tu ayuda, aunque sea para humedecerme la frente con un poco de agua fría.

—Un servicio que te brindaré con gusto, pero no en Florencia. ¿Qué cosas?

—Cosas más importantes que estos dos cañones de aquí.

—Herejía, simple y llana. Mis oídos están cerrados —repuso Rigo.

—¿Y qué tal si estuviera en posición de hacerte el artillero más famoso de toda Italia?

—Una tentación innecesaria y fuera de lugar —se apresuró a contestar Rigo—. Ya soy el mejor artillero de Italia, y la fama llegará a su debido tiempo, sin tu ayuda.

—Entonces el más famoso de la historia.

—La historia comienza cuando me muera —repuso Rigo—, por lo que no me incumbe. La historia no me separará de mis cañones.

—¿Qué lo hará?

—No lo sé —confesó Rigo—. Sea lo que sea, todavía no lo encuentras.

—Conocimiento —ofreció Leonardo—. Me haré cargo de enseñarte aspectos de la artillería de los que no tienes nociones.

—Astuto, pero inverosímil.

—Inverosímil, pero cierto.

Rigo lo miró.

—Tu herejía comienza a tentarme —dijo—. ¿Qué puedes enseñarme de artillería que no sepa ya?

—Eso es fácil —repuso Leonardo—. Puedo enseñarte qué es lo que has estado haciendo estos últimos veinte años y por qué es tiempo de que dejes de hacerlo. Ven, Rigo. Es suficiente. No estoy aquí para comprarte o negociar contigo. Vine, como amigo, a pedirte que me acompañes.

—Es una locura —contestó Rigo—. El colmo de la locura. Vaya hacia Florencia, señor doctor, y lo alcanzaré ahí en cuatro días.

OceanofPDF.com

XII

—SEÑOR —dijo el cirujano de los Médici, inclinado sobre la herida recién lavada y examinándola cuidadosamente—, sanará sola, pero lo hará mejor y más rápido si la suture.

—Entonces hágalo de una vez —dijo Leonardo—. Pero primero hágase a un lado y deje que Bianca vea en lo que estamos, si es tan amable.

—Mi señora no tiene el derecho de estar aquí —dijo el cirujano, un hombre flemático y capaz que no tenía por hábito el transigir con la nobleza—. Madame, ¿no regresará a su habitación?

—Definitivamente no —dijo Bianca.

—Ahí tiene —dijo Leonardo—. Pocos de nosotros tenemos la oportunidad de ver lo que hay debajo de la piel, excepto en el campo de batalla. Le ruego que la deje observar y aprender.

El cirujano, volviendo los ojos hacia el cielo, se apartó. Leonardo, que estaba sentado en un diván en su habitación del palacio de los Médici, ofreció su brazo a la vista de Bianca.

—Es profunda —dijo ella—. ¿Qué son esas cosas que se ven como las puntas de una cuerda cortada y están enterradas en la carne?

—Venas —respondió Leonardo—. Llevan la sangre. Mire que se han sellado a sí mismas, como parte del proceso de sanación.

—Debe de haber dolido terriblemente.

—En el momento no estaba en posición de notarlo —dijo Leonardo—, como pasa a menudo, afortunadamente. ¿Ya vio lo suficiente?

—Gracias, sí.

—¿No se siente mareada?

—No —contestó Bianca—, ¿debería?

—A mucha gente le pasa. Y debo confesar que todavía no descubro la razón. Señor, me disculpo por retrasarlo. Por favor, proceda con la sutura.

—Usualmente les aconsejo a mis pacientes que tomen vino —dijo el cirujano—. ¿No podría convencerlo de tomar un poco?

—No, gracias. Tengo una fe inquebrantable en la delicadeza de su mano, y Bianca me distraerá, no tengo dudas. —El cirujano rebuscó en su maletín los instrumentos, y Leonardo le preguntó a Bianca cómo iban sus clases.

—Muy mal. Es exactamente lo que me advirtió —dijo—. Todos mis maestros me aburren, en especial fray Segismundo. No se puede discutir con ellos, porque en el momento en que te tomas el derecho de hacerlo se enojan y se refugian en sus libros y en frases hechas. Los detesto.

Leonardo se carcajeó, apretando los dientes en el instante en que el cirujano comenzó a trabajar en su herida.

—¿No le dije que fuera cortés con ellos? —prosiguió—. Así siempre son los eruditos necios, y no pueden evitarlo. Encontré la misma actitud en Roma, como lo esperaba. Aunque no del todo. Quizás haya encontrado a un hombre sabio, por el que vale la pena viajar unos ochocientos o mil seiscientos kilómetros, como usted también lo sabrá. —Leonardo soltó un gruñido involuntario.

—Creo que debería tomar un poco de vino —dijo Bianca, mirándolo—. Si cree que me impresiona con este espectáculo de hombría, está muy equivocado.

—Eso no fue amable —dijo Leonardo—, y está lejos de ser cierto. Dígame, ¿ha notado algún cambio en nuestro amigo Giuliano últimamente?

—Si se refiere a que ahora camina y cabalga sin mirar hacia dónde va —respondió Bianca—, claro que lo he notado. La explicación es sencilla, se lo aseguro. Está completamente enamorado de Constanza, y ella se comporta exactamente del mismo modo; si bien creo que es encantador, estoy obligada a decir que se están haciendo un poco aburridos. En la mañana Constanza pasó a tres pasos de mí y no notó mi presencia. Pobrecitos, me temo que los dos están a punto de experimentar una decepción, aunque no me atrevería a decírselos.

—¿En verdad?

—Sí. Lorenzo nunca les dará permiso de casarse.

—¿No? ¿Podría preguntar, con el mayor de los respetos, cómo es que ha llegado a saber tanto?

—Escuchando —replicó secamente Bianca—. Me he vuelto una muy buena oyente desde que lo conocí a usted. Lorenzo, descubrí, quiere que Constanza se case con alguien más. Creo que es despreciable, pero no hay nada que hacer al respecto. Al menos...

—Continúe.

—Nada. En realidad no veo nada que pueda hacerse.

Bianca se quedó en silencio y se mantuvo así hasta que el cirujano, después de colocar dos capas de puntos de sutura en el brazo de Leonardo, limpió el último rastro de sangre de la piel y cubrió la herida. Se inclinó ante los agradecimientos de Leonardo y salió de la habitación. Leonardo golpeó ligeramente el vendaje y movió el brazo para probar su movilidad.

—Un artesano virtuoso —dijo—. Y ahora... déjame ver. Creo que no debemos desesperarnos tan fácilmente, Bianca. Estabas a punto de hacer una sugerencia concerniente al aprieto en el que se encuentran Giuliano y Constanza, ¿no?

—Tengo una idea —admitió Bianca—, pero no creo que deba decirle.

—Vamos —insistió Leonardo—, en un asunto de alta política como éste la discusión siempre es valiosa; dos mentes son mejor que una. Quizá no siempre, ahora que lo pienso, pero en este caso...

Bianca sonrió.

—Muy bien —dijo—. Esto es lo que creo.

* * *

Convocados por el paje de Lorenzo, Giuliano y Constanza encontraron al gobernador de Florencia esperando en la puerta de la biblioteca, con el brazo extendido, invitándolos a entrar. Giuliano pensó que era sospechosamente amable.

—Buenos días, mi señora. Buenos días, hermano. Les agradezco a los dos por atenderme. —La voz de Lorenzo era aterciopelada y cantarina; al escucharla Giuliano levantó un dedo en señal de precaución.

—Escucha, Constanza —dijo—, esta mañana mi hermano está usando su voz de político, lo que significa que quiere algo de nosotros.

Constanza, que había estado parlotando alegremente mientras subían las escaleras, no estaba convencida.

—Esperemos y veamos, Giuliano —repuso. Constanza pasó primero a la silenciosa habitación y se sentó a la mesa—. Debo confesarle, Magnífico —prosiguió—, que he estado esperando desde hace algún tiempo a que quisiera hablar con nosotros dos. ¿Adiviné, señor? ¿Estamos reunidos para hablar con usted de nuestro matrimonio?

—Así es —contestó Lorenzo—, de algún modo.

Giuliano permaneció en silencio. Miraba atentamente el semblante de Lorenzo y parecía que no le gustaba lo que veía.

—Entonces ¿está decidido —siguió Constanza— que no tenemos que esperar dos años más?

—Mi señora —respondió Lorenzo—, usted sabe que tomo muy en serio mi compromiso con su padre de servir como su protector para cuidar de sus intereses en todos sus asuntos. También sabe que, antes de morir, su padre me dio todos los poderes que un protector debe tener para satisfacer las leyes y costumbres florentinas.

—Todo eso lo sé, señor —repuso Constanza.

—Sin embargo, al pensar en usted, mi señora, mi deber es también pensar en Florencia.

Constanza miró a Giuliano inquisitiva y ansiosamente, pero éste permaneció en silencio.

—Me entristeció profundamente, como a todos —dijo Lorenzo—, que su hermana Carla fuera capturada por el general bastardo del papa y asesinada tan vilmente. Sé que entiende esto. Ahora tengo que recordarle que la mano de su hermana estaba empeñada al hijo mayor del duque de Ferrara. Un poco después de Navidad, recibí una carta del duque, que ahora pide su mano en lugar de la de Carla. Los cité para informarles de este hecho.

Las manos de Constanza sujetaron los brazos de la silla, aunque, al hablar, su voz era queda y controlada.

—Ya veo.

—No le ocultaré que su matrimonio con el joven conde traerá ciertas... ventajas a la República; pero también la beneficia a usted, ya que finalmente se convertirá en duquesa de Ferrara. Sopesando todo lo anterior, por consiguiente, he enviado a mi mensajero a que lleve al duque la aprobación de la alianza, en principio, aunque todavía queda mucho por discutir. No estoy seguro de que esto sea de su agrado, mi señora, o del tuyo, hermano, pero conforme pase el tiempo verán la sabiduría de esta decisión. Eso es todo.

Lorenzo se levantó para indicar que su reunión había llegado a su fin y Giuliano se levantó con él. Desde su asiento, Constanza miraba a ambos hombres con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué clase de hombres son los Médici? —dijo en voz baja—. ¿No tengo voz en esto? ¿Soy un pedazo de mercancía para ser ofrecida a uno, y luego retirada cuando otro ofrece más? Bajo su protección, mis señores, mi hermana Carla murió. ¡No importa!, aquí hay otra hermana De Ávalos. Está virtualmente comprometida con un Médici, ¡pero eso tampoco importa! Los Médici la regalarán en tanto beneficie a la República de los Médici —se levantó y corrió hacia la puerta—. Disponen de mi cuerpo muy libremente, señores —dijo—, y me hacen sentir como una puta. Si me disculpan. —Se dio la vuelta y se marchó.

Lorenzo caminó hacia la puerta y la cerró despacio.

—Constanza dijo lo que pensaba —repuso—. No esperaba que fuera de otra forma.

Giuliano asintió.

—Tú, por el contrario —continuó Lorenzo—, hasta ahora has dicho muy poco.

—Es cierto.

—¿No voy a escuchar ningún argumento?

—¿Mis argumentos te harán cambiar de opinión? —preguntó Giuliano.

—Probablemente no, pero esperaba escuchar una o dos preguntas.

—No tengo ninguna de la que no conozca ya las respuestas —contestó áspidamente Giuliano—. Las sé porque te conozco. Ferrara quiere la dote de De Ávalos más que a Constanza. ¿Son cien mil florines? Lo he olvidado. ¿Posiblemente, ahora que Carla está muerta, su dote pase a la de

Constanza? Es un buen punto. —Una repentina rabia afloró en su rostro—. ¿Y qué te comprarán esos florines, Lorenzo? A Ferrara mismo, no es necesario decirlo. ¿A tus hombres en sus gremios, bancos y cortes? Uno puede imaginarlo. Concesiones comerciales, no tengo duda. ¿Control de su ejército?

—Muy necesario —convino Lorenzo calmadamente—. ¿No dije que debía pensar en Florencia? En un par de años Florencia estará luchando por su vida, Giuliano. Lo sabes, y no puedo quedarme sin hacer nada aunque quisiera. Necesito aliados. Con Nápoles, Milán y Génova puedo negociar de otros modos. Con Venecia quizá no pueda hacerlo en lo absoluto. Para obtener Ferrara también debo negociar, y resulta que lo que tengo para ofrecerles es a Constanza de Ávalos... o si prefieres, como justamente observas, su dote. Vamos, Giuliano, no eres un niño. ¿Estás enojado?

Giuliano se mantuvo en silencio un instante.

—¿Dije eso? —respondió, finalmente.

—No, pero así como tú me conoces yo te conozco. No es propio de ti discutir conmigo, para empezar.

—¿Y si estuviera enojado, y no lo estoy, qué razones creerías que tengo?

Lorenzo lo analizó.

—Creo, hermano, porque no estoy completamente ciego, que has acabado por albergar interés en esta joven mujer desde la muerte de su hermana, y piensas conservarla. No hablo de matrimonios, sino de tus sentimientos.

—Muy perspicaz de tu parte —respondió brevemente Giuliano. Se levantó de nuevo y se encaminó hacia la puerta de la biblioteca—. De cualquier manera —dijo—, debo recordarte que no me he opuesto ni al interés de Florencia ni a ti. Buen día, Lorenzo.

* * *

Encontró a Constanza en el jardín principal, vestida con su gran capa de terciopelo azul. Mientras se acercaba, ella apartó su cabeza y Giuliano recargó su mano en su brazo.

—¿Y bien? —reclamó—. ¿Por qué no dijiste nada?

—No tenía nada que decir. Conozco a mi hermano mejor que tú, Constanza. ¿Cuántos días y noches crees que le tomó planear cómo romper los lazos de nuestra unión? Si me hubiera consultado antes quizás hubiera podido desviarlo de su propósito, pero sé que muy rara vez Lorenzo consulta a alguien. Siendo esto cierto, ¿qué esperanza teníamos de cambiar las cosas con un par de bien escogidas palabras?

—Pero... ¿por qué no protestaste en ningún momento, Giuliano?

—¿Protestar? Ya le había contestado a Ferrara. Sólo los débiles protestan después de los hechos. No soy débil, ni tampoco tú.

—¡Ferrara! —espetó el nombre como si fuera una maldición—. Nunca me casaré con ese pequeño y gordo principito. ¡Te lo prometo!

—Ni dejaré que lo hagas, corazón. ¿Hemos llegado tan lejos juntos para ser alterados por la política del duque? Pero ahora no son palabras de cólera lo que necesitamos. Necesitamos los medios para convencer a mi hermano o para desafiarlo. Y ninguna de las dos cosas será fácil. Creo que nos tomará tiempo... como a él. —Tomó su brazo, suave pero insistentemente, y ella se volvió hacia él.

—Tienes la sangre y la mente Médici, Giuliano —dijo—. Dime qué debo hacer y lo haré. Confío en ti, porque he aprendido a hacerlo, y es demasiado tarde para olvidar.

Su voz era firme y plena, y la garganta de Giuliano se cerró al verla. Una delicia para la vista, pensó: el cabello negro, suave y brillante, y ahora atado con aljófares; su piel de olivo, suave, y esos ojos oscuros, de largas pestañas. Un semblante generoso, animado y que acusaba una gran voluntad. Giuliano sabía que debía continuar, pero repentinamente no encontraba las palabras para hacerlo.

—Esta mañana está muy fría —dijo—. ¿No lo notas? Y para un beso el sol nunca es tan dulce como la luna. Aun así, bésame ahora, Constanza.

—¿Y por qué no? No encuentro un mejor modo de decirnos que nos amamos. Siento habértelo reprochado hace unos momentos, Giuliano. —Y un par de minutos después—: Quisiera que estuviéramos a la luz de la luna —dijo—, y solos, juntos, en algún lugar cálido y secreto.

Giuliano echó la cabeza hacia atrás y le sonrió.

—Quizás, ¿una cama?

—Podría servir —contestó, mirándolo fijamente.

A pesar de sí mismo, se quedó azorado y soltó su brazo. Una sospecha, tenazmente jovial, comenzó a formarse en su mente. La guio hacia una banca de piedra y se sentó a su lado.

—Yo... —comenzó.

—¿Sí, mi señor?

—Bueno, para decirlo directamente, corazón mío...

—¿Sí? No hubiera pensado verte sin palabras, Giuliano, en un momento como éste —dijo gravemente—. De hecho, por lo que me han contado, esperaba lo contrario.

—He estado hablando con Leonardo —dijo finalmente.

—¿Lo has hecho, de veras?

—Su sugerencia, verás...

—¡Vaya!, más consejos de Leonardo. ¿Y bien?

—No es exactamente como me imaginaba las cosas —dijo Giuliano con un dejo de desesperación—. Es cierto que solía tener cierta habilidad en asuntos como éste que ahora parece haberme abandonado, pero, por otra parte —agregó precipitadamente—, nunca había estado tan enamorado como lo estoy de ti, como sabes, por lo que...

—Giuliano —dijo Constanza arriesgadamente—, si espero demasiado para escuchar más al respecto me voy a morir congelada. Si no encuentras las palabras apropiadas para la ocasión, déjame ayudarte. Si tenemos un hijo, Lorenzo perdería el equilibrio. ¿Ves? No es tan complicado.

—Me doy cuenta, Constanza, de que también has estado hablando con Leonardo —repuso Giuliano tan pronto como pudo retomar un poco de compostura.

—¿Con Leonardo? Claro que no. Eso hubiera sido impropio de mi parte —dijo Constanza indignada, pero inmediatamente le dio paso a la alegría—. ¡Oh!, si tan sólo pudieras ver cómo luces, Giuliano. Dime, ¿piensas que te he abierto el camino demasiado fácil? No me gustaría que pensaras que mi virtud se gana muy rápidamente, pero esto no se puede evitar. Naturalmente —añadió pensativa—, entiendo que no siempre se puede esperar triunfar en estos casos a la primera, o incluso a la vigésima. ¿Me equivoco?

—¿Con quién has estado hablando? —preguntó Giuliano, con el rostro encendido.

—Con Bianca Visconti, por supuesto. Todo lo discutimos juntas, ¿no lo sabías?

—La pequeña arpía, ya veo. Bueno, ya que me han superado tres a uno...

—¿Superado? Eso es muy poco cortés de tu parte.

—Apoyado, entonces, lo que prefieras. —La abrazó y la sostuvo amorosamente, riendo de principio a fin—. De todas maneras —dijo—, Lorenzo no va a estar nada feliz.

—Déjalo que sea infeliz. Si él puede jugar a la política, nosotros también. Y, si puedo decirlo —Constanza concluyó—, hasta este momento nunca imaginé que la política pudiera hacerse de un modo tan divertido. Uno puede aprender algo nuevo cada día, como Bianca me dice siempre.

OceanofPDF.com

XIII

—¿Y CÓMO le fue con su investigación? —preguntó Lorenzo.

—Muy bien.

—¿Encontró lo que buscaba?

—En realidad no. Cuando menos, no en Roma, pero el viaje hacia allá y el regreso aclararon mi mente.

—Tendré que hacer lo mismo en algún momento —dijo secamente Lorenzo mientras pellizcaba el puente de su nariz—. ¿Y bien? —preguntó—. ¿Y ahora qué? El muro está en mejores condiciones de lo que estaba en septiembre, según me refiere Giuliano. ¿Cómo debemos proceder?

—De la teoría a la práctica, como siempre, señor. Necesito usar el campo de tiro una vez más. ¿Será posible?

—Puede, aunque esperaba que para este momento ya hubiera terminado con sus juegos.

—De ningún modo. Tengo mucho por hacer y muy poco tiempo para hacerlo —respondió Leonardo—. Y tengo una petición más.

—Diga.

—Tiene un par de pequeños cañones en el techo del ala oriente. ¿Podría tomarlos prestados?

Lorenzo se arrellanó impacientemente en su silla.

—¿Con qué propósito? —preguntó—. Son juguetes, para dispararse en días de júbilo o de proclamaciones, es todo. No veo qué utilidad tengan para usted.

—Estoy consciente de su función actual —respondió Leonardo—. Sin embargo, los he revisado cuidadosamente. Le fueron obsequiados a su padre por nada menos que el gran armero milanés Bertolo Bracci, y llevan su nombre grabado sobre ellos. Podrán ser juguetes, señor, pero el señor

Bertolo fue el hombre más renombrado en su arte de su tiempo, y están maravillosamente forjados. Las bocas son precisas y fallan sólo por el ancho de un cabello, y son justo lo que necesito; no me incumbe que sus carros sean plateados y sus cuerpos estén demasiado adornados para mi gusto.

—Muy bien, tome sus juguetes. ¿Debo suponer que pretende llevar a cabo más de sus experimentos con ellos?

—Así es. Necesito saber, por ejemplo, mucho más sobre la pólvora de lo que ya sé; una materia sobre la que encontré muy poco que pudiera iluminarme en Roma, y debo examinarla por mi propia cuenta. Hay otros asuntos también. No puedo ocultarle que está a punto de formarse en mi mente una nueva idea, de gran interés y de consecuencias de largo alcance.

—Ésas son palabras muy grandes —dijo con descontento Lorenzo de Médici—. Y no me burlo de usted, pero mi interés recae en Castelmonte y sólo en Castelmonte. Espero que lo recuerde en el curso de sus experimentos. Y ahora cuénteme cómo es que fue herido.

—Fue un asunto personal, me temo —respondió Leonardo—. Una escaramuza con algunos amigos del príncipe de Saboya, quien, por alguna razón que no conozco, ha tomado cierto recelo hacia mi persona. —Leonardo hizo el recuento del accidente, y Lorenzo de Médici lo escuchaba atentamente mientras lo hacía.

—Quizá tenga razón —repuso Lorenzo cuando terminó el relato—. Y, por otra parte, quizás hay más en ello de lo que supone.

—Espero que no.

—Ésa es mi esperanza también. En todo caso, gracias por contarme los detalles del incidente. Incluso las pequeñas y en apariencia insignificantes migajas de información son valiosas para aquellos que tienen que gobernar. Tenemos pocas cosas en común, maese Leonardo, y, aun así, en ocasiones creo que en esto nos parecemos el uno al otro: usted es un hombre que atiende lo que otros consideran trivial, extrae pepitas de conocimiento de las cáscaras de las circunstancias, y también, aunque por otras razones, lo hago yo. Quizá no seamos tan distintos como podría suponerse.

—Quizá —dijo Leonardo.

—Bien. Use mi campo de tiro si ve que es adecuado; tome prestado mi cañón de señales de juguete, si ése es su deseo. Intente no matar a ninguno de mis cortesanos con sus experimentos, aunque es posible que quizá me convenza de cerrar los ojos si algún desafortunado contratiempo acaeciera sobre el príncipe de Saboya. Pero sobre todo recuerde que sus experimentos deben concentrarse en la caída de Castelmonte; ese logro, al final, es el único deber que tiene conmigo. ¿Lo entiende?

—Estoy por completo de acuerdo con usted —respondió Leonardo—. Hay una cosa más. Necesito el consejo y la ayuda del capitán Rodrigo Leone.

—¿Mi capitán de artilleros? Está trabajando en sus cañones.

—Está dispuesto a abandonarlos, señor.

—Entonces más vale que sepa usted lo que hace —repuso gravemente Lorenzo—. Si la primavera llega y encuentro que mi cañón no está en condiciones para cumplir con su tarea porque ha distraído al capitán Leone de sus deberes por alguna infructífera cruzada, le advierto que su posición será muy difícil, de verdad. Puede retirarse, maese Leonardo.

* * *

Rigo, al llegar a Florencia el día en que había prometido, presentó sus respetos al chambelán Médici y se dirigió directamente al campo de tiro. La nieve se había derretido sobre el pasto y encontró a Leonardo agazapado sobre un artefacto parecido al armatoste que había estado usando para estudiar la trayectoria de las flechas, salvo que esta versión era más sólida y más pequeña, con sus ángulos sujetos por cintas de bronce.

Se quedó de pie en la bóveda y miró la escena. El mirador, pudo ver, estaba ahora repleto de toneles de pólvora, y el antiguo blanco había sido remplazado por una caja de madera, abierta al frente y llena de toscas bolsas de arena. El artista estaba, en ese momento, ajustando el cuerpo del pequeño cañón de ornato, que estaba a su vez sujeto al aparato con la boca apuntando hacia el lejano objetivo. Una mecha lenta estaba sujeta debajo de la recámara del cañón. Inconsciente de la presencia de Rigo, Leonardo alcanzó la mecha y se puso de pie, examinando críticamente la colocación del cañón con el fósforo humeante sobre el arma.

Alarmado —como su profesión le obligaba a estarlo— ante esta muestra de novel artillería, Rigo gritó y caminó hacia Leonardo.

—¿Y qué diablos crees que vas a hacer? —reclamó a Leonardo, acercándose al artista.

—Rigo. ¡Una visión muy bienvenida, de hecho! —contestó Leonardo. Pasó la mecha hacia su mano derecha, que estaba todavía ocupada, y le extendió la izquierda al artillero—. Este maldito brazo me ha tenido tentando por dentro como idiota desde hace dos días. Estoy encantado de verte, amigo mío.

—Al demonio con tus cumplidos —contestó Rigo, tomando su mano de todas formas, aunque brevemente—. ¿Qué estás haciendo con ese condenado tirador de arvejas, si puedo saberlo?

—Descubriendo la precisión de su mira, naturalmente, como hice con mi ballesta mecánica el año pasado. Es una soberbia muestra de trabajo, como yo lo veo, aunque, como su fabricante fue Bertolo Bracci, no me sorprende. Observa.

—¿Observa? No me importa si fue hecha por Vulcano y san Miguel en conjunto —respondió Rigo—. Es un arma que no se ha probado, y sólo un tonto, o un erudito, lo dispararían.

—No tanto —replicó Leonardo—. Las marcas de prueba de Bracci están inscritas en el metal. Velo por ti mismo.

—Pero aleja la mecha —insistió Rigo sin poner atención—. No tengo deseos de perder mi cabeza, aunque tú sí los tengas. —Rigo examinó la recámara, limpiando los trazos de pólvora suelta con los dedos—. Muy bien —admitió de mal humor—. Ahí están las marcas, lo que significa muy poco. ¿Cuántas veces lo has descargado?

—Tres veces. Es una hermosa arma. Aléjate y observa.

Antes de que Rigo pudiera decir algo más, puso la mecha a la pólvora en la parte superior de la recámara. Rigo retrocedió. Como el botafuego era de poca profundidad, hubo un breve instante entre el primer chisporroteo y la metálica explosión que le siguió, torciendo el artefacto y rodeando el arma con una nube de acerbo humo. Cuando se dispersó, ambos hombres pudieron ver que el cuerpo del cañón tenía una abertura de una cuarta a lo largo. La bala estaba todavía gimoteando invisiblemente después de

resquebrajar la parte superior del muro del campo de tiro cuando Rigo, sentidamente y con un rosario de maldiciones, se abrió de pecho.

—Maravilloso —concluyó su diatriba—. Maravilloso, de verdad. ¿Por dónde quedaste herido?

—Por ningún lado, te lo agradezco —dijo Leonardo.

—Es una lástima. Un pedazo de bronce incrustado correctamente en tu cráneo podría haber servido para sacar un poco de tu ciencia y meter algo de sentido común. Suficiente de las marcas de prueba. Ahora muéstrame tu pólvora.

—Está a tus pies.

Rigo pateó un pequeño saco, lo rodó con el pie hasta que las letras quemadas en su costado estuvieron hacia arriba.

—Pólvora minera —dijo sucintamente.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué la usas en un arma? ¿No te había explicado ya que las pólvoras son diferentes? Este tipo explota abruptamente, por eso sólo se usa para romper rocas.

—No era más que una prueba —señaló Leonardo—. Aunque con resultados aciagos, quizá. Sé, tanto por lo que me dijiste como por lo que he leído de las pólvoras, que difieren en fuerza. En consecuencia, el efecto en el tiro debe ser distinto también; pero debo confesar que, hasta ahora, no me había dado cuenta de que algunas eran tan fuertes como para romper un cuerpo de cañón.

—Me doy cuenta de que, después de todo, me necesitas, o tu aprendizaje te va a costar la vida. Excepto, claro, que ahora no tienes cañón para jugar.

—No es así —dijo Leonardo— allá tengo el segundo del par, en el mirador. ¿Serías tan amable de traerlo acá?

Cuando Rigo regresó, llevaba el pequeño cañón —no más largo que su brazo— en una mano.

—Pongamos punto final a estas tonterías —dijo confiadamente—. Entiendo que tengas el deseo de estudiar los principios de la artillería, una idea que tiene sus méritos. En Pontassieve hay un cañón excelente para tus propósitos, forjado por Ghiberti, tiene cuatro codos de largo.

—No —dijo Leonardo.

—¿Y por qué no? ¿Qué puedes aprender de este juguete? El de Ghiberti es un arma bastante tolerable. Te lanzará una bala a dos mil pasos si lo quieres, y es mejor y más lindo. He estado pensando en llevármelo en la primavera para añadirlo a mis dos cañones.

—No —dijo una vez más Leonardo—. Ahórrate las molestias. No usaremos tus cañones en la primavera, amigo.

El maestro artillero dejó el juguete que estaba cargando en la parte superior del artefacto todavía inclinado que estaba entre los dos.

—No puedo haberte oído bien —dijo—. ¿Podrías repetirlo, por favor?

—Me oíste muy bien. Escucha, tus cañones no son los adecuados para nuestro cometido. Déjame enlistarte sus deficiencias. Primero, son pesados.

—Tienen que serlo.

—Sin duda, pero, por su peso, les falta flexibilidad militar. No puedes moverlos.

—No se supone que se muevan. ¿Cómo los pondría en la mira si tuviera que moverlos cada hora?

—Precisamente. También, al ser pesados, se hunden en el fango, un hecho del que estás suficientemente al tanto, me imagino. Segundo, son muy grandes, no se pueden esconder.

—¿Y por qué en el nombre de Satanás querría esconderlos? —reclamó Rigo—. ¿Mi enemigo va a escaparse con ellos a la mitad de la noche? Tus argumentos son ridículos.

Leonardo le dio una palmada en el pecho.

—Abre tu mente —le dijo—. Todavía no terminamos con esta historia. Tercero, son costosos; cuarto, son inexactos.

—No lo son.

—Detestablemente inexactos —siguió con calma Leonardo—. Finalmente, y en suma, son ineficaces. No has podido romper el muro de Castelmonte con ellos, ni lo harás en la primavera. Vamos, Rigo, amándolos tanto como bien sé que los amas, ¿te vas a rehusar a reconocer la verdad en todo esto?

—Quizás haya algo de verdad en eso —dijo Rigo—. Pero las desventajas que mencionas son sólo los hechos normales que se enfrentan

cotidianamente en la vida de un artillero.

—No todos son normales —respondió Leonardo—. No todos.

* * *

En la biblioteca, cinco días después, Leonardo estaba sentado al lado de Lorenzo de Médici, que escuchaba sus peticiones. El gobernador de Florencia, inclinando la cabeza con cada elemento, estaba impaciente.

—Seis cañones —dijo Leonardo—. Tengo las especificaciones aquí.

—Déselas a maese Arnulfo cuando terminemos —respondió Lorenzo—. Son sólo detalles.

—Doscientas cargas de tiro, modeladas y bruñidas.

—Muy bien.

—Cuarenta sacos de pólvora de la fábrica de Nencio Migliorini, cuya manufactura debe ser supervisada por mí mismo.

—El señor Nencio no tomará bien su supervisión, pero prosiga.

—Diversos objetos de metal de naturaleza mecánica, hechos aquí, en la ciudad, a un costo probable de doscientos florines. Aquí está la lista.

—Désela a maese Arnulfo. ¿Qué más?

—Lo más difícil de todo, señor. Necesito cincuenta hombres de la elección del capitán Leone, empezando no más allá del primero de marzo y por dos meses más.

Lorenzo alzó una ceja.

—¿Artilleros? —preguntó.

—Lo mejor de nuestros artilleros.

—¿Cuando debo tomar Castelmonte tan pronto como el suelo esté lo suficientemente firme como para sostener sus cañones?

—Sé de la gravedad de mi petición —dijo Leonardo—, pero debo tenerlos. Hay ciento diez hombres en Pistrola en este momento, muchos de ellos muy hábiles.

—Como artesanos, no como artilleros.

—Algunos de los que dejaremos ahí serán artilleros, aunque debemos llevarnos lo mejor —repuso Leonardo—. No puedo aceptar para mis propósitos a ningún hombre que no esté entre lo mejor de su profesión; pero

los menos hábiles servirán para mover los cañones del sitio de Pistrola hasta la posición de tiro cuando llegue el momento de hacerlo.

—Sobre su cabeza, entonces —respondió Lorenzo—. No se lo voy a impedir. Mi trabajo es elegir hombres, no obstaculizarlos cuando son elegidos, y los juzgo, como le había dicho, por los resultados que producen para mí. Usted sabe el grado en el que pretendo ponderar su labor, maese Leonardo. Tendrá sus cincuenta hombres, aunque el dárselos sangre mi artillería hasta dejarla seca. Si Florencia queda mutilada porque se los llevó a perseguir gansos salvajes, que Dios lo ayude^{*1}.

OceanofPDF.com

XIV

DE LEONARDO DA VINCI, artista, para Su Eminencia cardenal Domenico della Palla, canciller apostólico de Roma: Saludos.

Mi señor:

Siempre consciente de la amabilidad hacia mi persona en nuestra última reunión, y con el entendido de comunicar a Su Eminencia los resultados que pudiera alcanzar en mi estudio de la composición y efecto de la pólvora, envío para consideración de Su Eminencia aquellas conclusiones a las que hasta ahora he podido llegar:

I. El efecto de la pólvora varía notablemente por las proporciones de sus tres componentes, a saber: azufre, carbón y salitre.

II. La pólvora que se quema más intensamente consiste en una parte de azufre sublimado, dos partes de carbón de sauce, y seis partes de salitre disuelto de nuevo.

III. Las pólvoras que son las mejores para ser usadas en un cañón son las que tienen sus granos corneados, es decir, en partículas tan grandes como un cuarto de grano de cebada, y esto se logra mezclando agua con pólvora y triturándola.

IV. Sobre los efectos de la pólvora sobre el disparo, subsiste un vasto campo de conocimiento sin reunir que no se podrá cosechar en muchos meses, si no es que en años.

Por lo tanto, es absurdo que Nuestra Madre, la Santa Iglesia, confíe en el trabajo de fray Sfabalmaccio de Pisa en estos menesteres.

Por mi mano, vigésimo octavo día de enero, en Florencia

—Impúdicamente herético —dijo el cardenal Rodrigo Borgia—. Querido canciller, si esto es todo su argumento, entonces me inclino a decir que estoy en favor de dejar a este joven a la tierna merced de Girolamo Riario.

—Es en cierto modo descuidado tanto en su habla como en su escritura —concedió el cardenal Della Palla—, pero no veo ninguna herejía. ¿No nos ha comunicado estas cosas a nosotros, por lo tanto, probándose como un buen hijo de la Iglesia?

—No reniego de su información, sino de su actitud y modo de pensar —dijo el cardenal Borgia—. Déjeme replantear la argumentación. Tengo aquí

—al decirlo levantó una hoja de papel— una carta de un informante de Riario en Florencia; no es necesario mencionar su nombre. Este informante confirma que Leonardo da Vinci es un ingeniero militar a las órdenes de Lorenzo de Médici, un hecho del que ya estábamos advertidos; pero prosigue afirmando que Da Vinci se ha lanzado ahora a emprender actividades que, dice nuestro informante, son en extremo peligrosas para la causa de Roma. Admito que de esas actividades, cualesquiera que sean, no se dan pormenores, porque quien escribe claramente no las entiende, pero, si aceptamos su punto de vista, entonces Riario está en lo correcto en presionar para la... eliminación de Da Vinci. Como sé que tiene cierto interés en este joven, consideré cortés consultarlo con usted.

—Muy amable de su parte —murmuró Della Palla.

—En su defensa me ha dado usted una carta del mismo Da Vinci, que usted cree que prueba su posible valor futuro para nosotros. Esto lo permito. Aun así, la misma carta muestra poco respeto por la autoridad establecida que, si se le alienta, puede llevarlo un día a la hoguera; y su aseveración de que demuestra su buena voluntad hacia la Iglesia de ningún modo atenúa su amenaza hacia Roma en el presente. Mi conclusión es que podríamos permitirle a Riario proceder a su modo y ahorrarle a la Iglesia las dificultades y el costo de quemarlo en unos años más adelante. ¿Ve?

—Todavía puede ser salvado de la herejía —repuso el cardenal Della Palla.

—¿Por usted?

—O por Dios Todopoderoso.

—¿Por cuya oportunidad pretende visitar Florencia y convencerlo de ver la luz de la razón?

—Si no tiene ninguna objeción.

—Mi estimado canciller, no dije que objetara. Sólo he señalado que la carta de Da Vinci no habla en su favor.

—Y supongo que sería tonto de mi parte sugerir que Su Eminencia no tiene el derecho moral de disponer de una vida humana de un modo tan despreocupado, ¿no?

—A fin de clarificar el argumento —dijo Borgia con una sonrisa apenas visible—, debo recordarle que yo no pretendo hacer nada con él. La

cuestión radica en si debemos o no sofocar el afán de Girolamo Riario de tomar el asunto en sus propias manos.

—Pero si esta proposición está de sobra —dijo Della Palla—. Tan de sobra que parece que el conde ya intentó asesinarlo.

—Ah, bueno. Su argumento es más fuerte.

—Pensé que podría serlo.

—Sin embargo, encontrar dos hombres muertos en un arroyo la noche de la partida de maese Leonardo de Roma difícilmente constituye una prueba de tal intento.

—No estoy buscando pruebas —respondió el cardenal Della Palla suavemente—. Supongo que su conocimiento sobre el tema es aceptable.

El cardenal Borgia miró por la ventana de su habitación las palomas que volaban en círculos.

—Un extraordinario acontecimiento —dijo—. Aquí tenemos un artista, sin entrenamiento (o eso podemos conjeturar) en asuntos de esgrima, y hete aquí que mata a dos expertos asaltantes y vence a un tercero, ¿con una sola mano? Yo no lo puedo creer.

—Lo que significa que no cree que haya pasado.

—Sé que ocurrió, aunque el hombre que sobrevivió se ha ido de Roma sin contar su historia. Por eso me veo forzado a concluir que maese Leonardo tuvo ayuda. Pero, hasta donde se sabe, llegó a Roma solo, ¿no es así?

—Completamente solo.

—En consecuencia —dijo el cardenal Borgia—, tenemos agentes de los Médici en nuestra ciudad, a los que pidió auxilio.

—Posiblemente. De hecho es probable.

—Me refiero, por supuesto, a agentes de los que no estoy al tanto. Yo no hubiera dejado un incidente así sin investigación, y por ello me lo explico por la intervención de los partidarios de los Médici. Bueno. La idea me enfada, y consideraría un favor, mi querido canciller, que realmente siguiera su propia inclinación e intercambiara un par de palabras con Leonardo da Vinci. ¿Quién lo ayudó? ¿Y qué, exactamente, está haciendo que pone al corresponsal del conde Girolamo tan nervioso? Su visita bien puede valer la pena.

—Entonces haré lo que pueda —dijo el cardenal Della Palla.

—Excelente. Estoy encantado de encontrar que, una vez más, nos entendemos el uno al otro. Mientras tanto, me esforzaré por tener atado a Girolamo.

* * *

El cardenal Della Palla se encaminó hacia Florencia en una mañana de tibia lluvia, acompañado por una pequeña escolta compuesta por su capellán y confesor, su secretario y ocho hombres armados. Llegó a su destino a la mitad de febrero y fue bienvenido con cortesía distante, una circunstancia que incomodó muy poco al cardenal, puesto que difícilmente esperaba ser *persona grata* en la República. De hecho, siendo que el aparente propósito de su viaje era tratar de convencer a Florencia, infructuosamente, de aceptar la designación del arzobispo Francesco Salviati en la sede de Pisa —una encomienda que había sido llevada a cabo sin éxito alguno por anteriores emisarios papales—, se sorprendió un tanto de que los ciudadanos de Florencia se limitaran a dirigirle miradas hostiles mientras pasaba por sus calles.

Como la vestidura eclesiástica y el deber le demandaban, una de las primeras personas a las que visitó el cardenal en sus aposentos fue a fray Segismundo Carregi. Lo encontró, después de incitarlo algunos minutos, tan enardecido y vituperante por los hábitos de librepensador de Leonardo da Vinci y el modo en el que —así lo aseveraba fray Segismundo— estaba comprometido con la corrupción espiritual de Bianca Visconti que lo invitó a desahogarse libremente.

—Su Eminencia, se ha vuelto imposible educarla —fray Segismundo se quejó amargamente.

—Es lamentable, cierto. ¿Y está seguro de que verdaderamente se debe a la influencia de maese Leonardo sobre ella?

—Sin lugar a dudas, Su Eminencia. Desafía toda autoridad, con el pretexto de que él le ha enseñado a pensar por sí misma.

—¿Y lo hace?

—¿Perdón, mi señor?

—Quiero decir, ¿piensa por sí misma? —preguntó el cardenal.

—¿Cómo sería posible? Es una niña.

—Ya veo. ¿Cuántos años tiene?

—Catorce, Su Eminencia.

—¿Y maese Leonardo tiene, pues, un poderoso intelecto?

—De ningún modo —repuso fray Segismundo—. Su filosofía es insignificante, como Su Eminencia podrá confirmar si habla con el doctor Cino di Lapo Mazzone, mi colega. Hace poses y juega para impresionar a quienes están alrededor. Es, mentalmente, una mariposa.

—Aún más lamentable —dijo el cardenal Della Palla—. Fray Segismundo, me pregunto si me haría el favor de consignar por escrito la esencia de sus quejas en contra de Leonardo da Vinci, para que pueda pensar en ellas mejor en el viaje de regreso a Roma.

—Con sumo placer, Su Eminencia.

El cardenal lo bendijo y dejó a fray Segismundo complacido.

* * *

Era la tarde del domingo 22 de febrero cuando finalmente buscó a Leonardo da Vinci. Lo halló en el amplio y desordenado ático bajo el techo del ala oriente del *palazzo*. La habitación estaba desnuda, bien iluminada y polvorienta, encontrándose llena de pequeñas virutas de madera, sillas con manchas, trapos impregnados por un sinfín de tonalidades y jarrones de cerámica con aceites y trementina hasta el borde. En un caballete descansaba un cuadro a medio terminar de una madona sosteniendo un gato atigrado; Leonardo estaba entre el marco de una ventana a espaldas de un cielo de estaño, con el pincel en mano.

—Mi señor cardenal —dijo mientras Della Palla entraba, a solas—. Ésta es una visita que alegra mi corazón. Lo he visto de vez en cuando mientras trabajaba, pero no abrigaba esperanzas de que usted encontrara tiempo para hablar conmigo.

—Es por hablar contigo que viajé desde Roma hasta aquí —repuso el cardenal—. ¿Podría sentarme?

—Sin duda, si me permite buscarle algo que no manche su ropaje.

—Mi ropaje no importa. Esto servirá —y al decirlo, el cardenal Della Palla se sentó en la silla más cercana, inclinándose hacia el caballete—. Un

cuadro interesante —observó.

—Sólo está terminada una cuarta parte, o menos. Y no es bajo encargo —repuso Leonardo—. Hoy, que es domingo, sería poco apropiado de mi parte continuar con mis estudios sobre instrumentos de guerra, y así tengo oportunidad de complacerme.

—Un espíritu muy adecuado. ¿No te sientas también, hijo mío? Hay cosas que tengo que discutir contigo.

—Por supuesto. —Leonardo se sentó en una caja y cruzó sus piernas—. ¿De qué desea hablar, mi señor?

—Vine —comenzó sorprendentemente el cardenal— para preguntarte si había algo que necesitaras confesar.

Leonardo sonrió.

—Mi señor —repuso—, soy un mal devoto y ha pasado mucho tiempo desde que sentí la necesidad de confesarme.

—¿De verdad?

—De hecho, mis pecados son de una naturaleza particular, y no pueden encontrarse en ningún almanaque. Pecador como soy, como todos los hombres, entrego mis pecados a Dios, porque Él los entenderá.

—El pecado del orgullo es fácilmente comprendido y se encuentra fácilmente en cualquier almanaque —dijo con cierta aspereza el cardenal Della Palla—. No hables con tanta ligereza.

—Mi señor, frecuentemente pecho de orgullo, lo admito —dijo Leonardo—, pero mirar las estrellas lo cura a uno del orgullo, y cuando más necesito humildad, Dios me toma por el cuello y lleva mi mirada en dirección al cielo, con lo que a la vez me corrige y me absuelve.

—Ya veo. Eres obcecado, hijo mío. ¿Y qué hay, pues, del asesinato?

—¿Asesinato?

—¿No mataste a dos hombres en Roma?

—Me hubieran matado primero, Su Eminencia. Le pedí perdón a Dios por ello, pero no fue asesinato.

—Entonces ¿sí los mataste?

—Lo hice.

—¿Y te hirieron?

—Ya estoy mejor.

—No expreso compasión. ¿Fuiste herido antes de matarlos?

—Sí. Me temo que no habían sido advertidos de que puedo pelear del mismo modo con cualquier mano.

—Suficiente sobre el asesinato, entonces —dijo Della Palla. Se revolvió en el asiento de su silla, con la túnica en la mano—. Este cuadro... —continuó.

—¿Sí?

—¿Una madona?

—Sí, mi señor.

—Pero sin Dios Hijo.

—Pretendo pintar después al Hijo en lugar de al gato. Los inicios en falso son parte de... no sé cómo decir esto, mi señor. Es difícil de explicar. El gato llegó ahí por accidente.

Una peculiar sonrisa a medias iluminó el semblante del cardenal por un instante, aunque cuando habló su voz era tan estricta como momentos antes.

—En todo caso, no servirá para una madona —dijo—. Le aconsejo que deje al gato donde está, ya que, si mi percepción no me falla, tenemos aquí otro de esos pecados fuera del almanaque.

—¿Y qué pecado es ése?

—La lujuria. Seguramente ningún hombre, al ver este cuadro, será llevado a un estado de gracia. Muy al contrario, diría. El aspecto de tu modelo, si me permites decirlo rotundamente, es sugestivo sexualmente hasta el punto de la concupiscencia. ¿Quién es, por cierto?

—Ninguna modelo posó para mí, Su Eminencia.

—Estás jugando esgrima conmigo, otra vez. El rostro es de Bianca Visconti. ¿Y bien?

—Pudiera ser.

—Lo es. ¿Debo arrancarte una confesión como se arranca una sábana? ¿Tus sentimientos hacia ella son carnales, hijo mío?

—Si lo fueran —dijo Leonardo cautelosamente—, ¿sería eso un pecado? Lo dudo. Si me entregara a los placeres del cuerpo con ella, sería distinto; pero mis pensamientos son entre Dios y yo, porque no dañan a nadie.

El cardenal se inclinó hacia Leonardo una vez más.

—Parece —dijo— que hay un espacio muy grande entre tú y Dios, maese Leonardo.

—Eso, también, es posible.

—Excluyendo a la Iglesia, la desposada y la mediadora de Dios, si tengo que recordarte el hecho.

—¿El hecho? Eso no es un hecho, como yo entiendo los hechos —repuso.

—Tu desdén hacia la Iglesia no tiene límite.

Leonardo se levantó y dio un paso hacia el cardenal en un arrebato de emoción.

—Se equivoca, mi señor —dijo enfebrecidamente—, por mucho, y me maravilla que no lo haya visto. Mi mayor preocupación es por la Iglesia, sin importar qué tan insensata, ambiciosa y corrupta pueda parecerme. ¿Cómo podría empeñarme en corregirla, si no es desde el amor? Si la Iglesia está dispuesta a aceptar su propio *imprimatur* como única garantía de verdad, ¿por qué debería importarme, si no es por el amor?

—Regresamos a fray Sfabalmaccio de nuevo, ya veo —replicó el cardenal.

—Y regresaremos otra vez. Tengo una visión, mi señor, que me incomoda de cuando en cuando. Es una visión del futuro, de un día que ni usted ni yo veremos, pero que llegará. En ella veo un papa en Roma, afirmando ante todos sus hijos que, si Dios hubiera querido que los hombres volaran, nos hubiera dado alas; y que por eso el vuelo no nos es posible; y mientras él está de pie y afirma que esto es así, veo a un hombre desvergonzado y hereje, con alas elevándose al cielo por encima de su cabeza, probando que sólo espeta sinsentidos. Ese día, mi señor cardenal, el mundo verá a la Iglesia como la insensata criatura que yo sé que es, y no dejaré que pase, aunque tenga que sacudirla como un perro sacude a una rata y obligarla a reconocer la verdad que está frente a ella.

—Siéntate —dijo el cardenal amablemente—. Hijo mío, tienes (o eso creo) cierto aprecio por mi persona.

—Lo tengo.

—Entonces, a la luz de ese aprecio, préstame atención. ¿Qué es lo que les pasa a aquellos que presumen de arrastrar a la Iglesia hacia su propia

verdad?

—Son quemados —repuso presto Leonardo—. *Ecclesia non novit sanguinem*: la Iglesia no derrama sangre, siendo hipócrita, y por ello quema a quien no la satisface. Si vino hasta aquí para amenazarme con fuego...

—No. Vine a pedirte que regreses conmigo a Roma —dijo el cardenal Della Palla—. Ahí apreciarán tus talentos, quizá puedas ganar fama y posición, y, más allá de esto, tu pasión por lo que tú llamas los hechos podría ser encaminada, con lo que mantendrías tu cuerpo alejado de las flamas y tu alma lejos de la perdición.

Leonardo rio.

—¿Cuál es la diferencia entre ser quemado por la Iglesia y ser quemado en el campo de batalla? —preguntó—. Es la misma muerte a la que todos llegaremos un día.

—Es una muerte que bien podría evitarse en Roma.

—Si lo que pretende decir, mi señor, es que Roma estará en guerra con Florencia en la primavera y que Roma es el lado más seguro —dijo Leonardo, riendo todavía—, entonces le agradezco a Su Eminencia, pero no estoy de acuerdo. Florencia, por decir sólo una cosa, me tiene a mí.

—Te valoras a ti mismo demasiado alto.

—Como lo hacen todos los hombres pensantes.

—Te advierto nuevamente, estás caminando por el filo de una daga.

—Entonces que así sea —repuso Leonardo—. Todos los caminos de este mundo son peligrosos. Si hago enojar a Lorenzo de Médici, quizá pueda hacerme matar mañana. Roma tal vez me mate el siguiente año. Hace algunos días un cañón que reventó casi me despacha; así que pongo mi fe en Dios.

El cardenal se levantó, suspirando.

—Entonces que así sea —repitió—. Todavía no somos amigos, pero tampoco enemigos. Te deseo lo mejor.

Casi abruptamente, el cardenal se volvió y se fue. Mientras caminaba hacia afuera de la habitación y por el largo corredor que terminaba en las estrechas escaleras del ático, de pronto se hizo consciente de su edad, y no supo por qué.

A mitad del camino hacia el primer escalón, se detuvo. Recordó, con extraña sorpresa, que Leonardo no le había pedido la bendición ni él había dado ninguna. Tuvo el impulso de seguir su camino. Un hombre con la naturaleza del artista y sus creencias no buscaría algo que debía, por lógica, considerar como una cortesía o, si no, como un gesto insignificante. Y, aun así, Della Palla supo que su deber era bendecir, como siempre, erigirse como un árbol se sostiene en medio de una llanura para que el rayo de la gracia de Dios pueda atravesarlo si quiere, sin importar que se la pidieran o que su interlocutor les diera o no sentido a sus palabras.

El cardenal tenía, también, una obligación menor con el hombre en la habitación detrás de él. Le había fallado a Leonardo al no advertirle directamente del peligro inminente que lo acechaba, de la súbita muerte a manos del conde Girolamo Riario o de cualquier instrumento humano que éste escogiera. Que Leonardo hubiera escapado a la muerte una vez no cambiaba el panorama; Roma podría desear, convenientemente, su muerte, pero eso no implicaba que el cardenal Della Palla debiera mostrarse aquiescente a ese deseo.

Se volvió y regresó calladamente al ático. Lo que encontró ahí lo detuvo en el umbral, dejándolo azorado.

En el extremo opuesto de la habitación, Leonardo da Vinci, tarareando quedamente, había regresado a trabajar en su muy mundana madona. Con la mano derecha estaba usando aceites para colorear lo que parecía ser una parte de cielo azul, visto a través de un arco volado, lo cual no hubiera sido nada extraordinario si no fuera porque con la izquierda, al mismo tiempo, estaba delineando los bordes del gato para convertirlo en la figura del Niño.

Los ojos de Leonardo viajaban del carboncillo al pincel, en tanto que su cabeza se inclinaba leve e incesantemente conforme cambiaba su punto de vista. La paleta de la que había elegido los colores del cielo estaba sujeta a la esquina superior del caballete, y ocasionalmente detenía por un instante su dibujo mientras elegía algún matiz de ella; pero la mayor parte del tiempo ambas manos se movían simultáneamente, si bien ocupadas en diferentes tareas y en direcciones opuestas, cada pincelada comenzando cerca del centro del cuadro y terminando hacia uno de sus bordes, el derecho o el izquierdo.

Dejó de tararear y se volvió.

—Mi señor —dijo, mientras caminaba hacia el cardenal—. No escuché su regreso.

Con la mente hecha un torbellino, el cardenal le preguntó.

—¿Siempre trabajas así?

—Últimamente sólo en privado —contestó Leonardo—. Lo he hecho así desde niño, siempre que quería, pero mi maestro Verrocchio lo describía como un truco de funambulista, y me di cuenta de que a mis compañeros aprendices les disgustaba, así que dejé de hacerlo.

—Pero ¿es natural para ti? ¿Trabajar con ambas manos?

—Así es. Dios me otorgó este don al nacer, supongo, aunque no sé el porqué. —Dejó el pincel y tomó su libreta, colocándola sobre el asiento de una silla, y se puso en cuclillas frente a ella. Descubrió su hoja superior y escribió con su mano izquierda. Las letras de su escritura corrían de derecha a izquierda y se veían, por ello, como en un espejo. Cambió rápidamente de manos y escribió una segunda línea debajo de la primera, con la mano derecha, y esta vez la escritura era normal. Después, tomando un segundo carboncillo con la izquierda, escribió dos líneas a la vez, cada una en sentido opuesto a la otra.

—Pero esto es asombroso —dijo el cardenal Della Palla—. Un milagro. —Tomó la libreta y la examinó de cerca—. ¿Y no hay ninguna diferencia en facilidad o en dificultad entre una u otra mano?

—La hay —repuso Leonardo—, y es otro asunto que me cuesta trabajo explicar. Trabajo mejor con mi mano derecha cuando procedo con cuidado y meticulosidad, concentrado en aquellas tareas cuya naturaleza he definido antes de comenzarlas. Cuando me coge de improviso una idea, ya sea algún destello de un cuadro o un principio científico a medias, la plasmo con la mano izquierda. De hecho, lo hago mejor cuando no presto demasiada atención, y la dejo moverse a su voluntad. Así, cuando uso ambas manos, como quizá me habrá visto hacer justo ahora con este cuadro, es en la derecha en la que concentro mi atención. —Puso sus dedos frente a él—. Uno podría decir que mis manos son dos personas diferentes —dijo en tono reflexivo, y después, interrumpiéndose—: ¿podría preguntar por qué regresó, mi señor?

El cardenal Della Palla dejó la libreta de nuevo.

—Por una razón a la que ahora atribuyo menor importancia que hace algunos momentos —dijo—. Vine para advertirte que el conde de Imola te quiere muerto.

—Girolamo Riario —repuso Leonardo, aún pensativo—. Un hombre infeliz, y malvado. Vive, presumo, en un ataúd hecho a la medida. Saber de sus perversas intenciones no me quita el sueño, Su Eminencia, si bien agradezco su advertencia.

—Como quiera que sea —contestó el cardenal—. Duerme en paz; por lo que veo, Dios te ha bendecido con dones singulares con algún propósito, y por ello te protegerá. —Levantó su mano—. Camina, pues, junto a Dios, hijo mío.

OceanofPDF.com

XV

... Es evidente que la principal virtud de un cañón es su precisión. En un tiro pequeño, el vuelo rápido tiene el mismo efecto que el de uno más grande volando más lentamente, así que el efecto del tiro es su peso multiplicado por la velocidad de la trayectoria. Así un cañón pequeño, al apuntar su tiro de acuerdo con la predicción, puede tener el efecto similar de un arma de sitio más pesada, si tan sólo su precisión se mejora.

... y la precisión de un cañón reside en lo siguiente: uno, la fineza del calibre; dos, la velocidad con la que la bala es proyectada de la boca; y tres —como he descubierto—, por la rotación de la bala impulsada mediante las ranuras en el interior de la recámara. Y la bala misma debe ser pulida, para mantener su curso gracias a su lisura.

Del Cuaderno de notas de Leonardo da Vinci

RIGO LEONE, quien trabajaba en remendar el blanco rectangular de madera en medio del campo con fibras leñosas y pegamento de cola de hueso, descubrió una vez más que sus pies se estaban congelando dentro de sus botas y maldijo. Leonardo, calentando sus manos en el brasero donde yacía el pegamento, volvió la cabeza a tiempo para interceptar una mirada que hubiera hecho desfallecer a un hombre más sensible, y sonrió.

—Sufre en silencio —dijo—. Le aconsejé lo mismo a Mateo Barletta cuando estaba, como tú, sobrellevando privaciones en nombre de la ciencia.

—Me gustaría tenerlo aquí ahora —repuso Rigo—. Jugar estos juegos estaba bien dentro de los muros del palacio, donde cuando menos estábamos abrigados. Aquí afuera es distinto, y tu arquero puede quedarse con mi trabajo si lo quiere.

—No lo aceptaría. No tiene muy buena opinión de la artillería o de los artilleros. Ánimo, amigo mío. Seis disparos más y podemos terminar por esta tarde.

—Lo que hace un total, hasta ahora, de doscientos cincuenta tiros —contestó Rigo—, ¿y para qué? Todavía no entiendo lo que esperas lograr. —Quitó la palma de su mano del último parche de madera y llevó el tarro de pegamento al fuego—. Empiezo a pensar que mi mente mal se acomoda a tu ciencia, que no es sino misterio, pero con otro nombre.

—Quita esos pensamientos de tu cabeza. No hay nada misterioso en ella. La ciencia es el estudio de lo que es posible, y lo que es posible puede ser visto por todos aquellos que no han perdido la inteligencia primigenia que poseían cuando eran niños. Déjame ver si puedo explicártelo mejor. ¿Qué opinas de nuestro cañón de juguete?

—Es un pequeño cañón, bastante aceptable. ¿Qué con ello?

—Que dispara un poco a la izquierda, creo —respondió Leonardo.

—De acuerdo, todos los cañones tienen sus peculiaridades.

—Y dispara, quizás, un poco más a la izquierda con cierta pólvora que con otra, ¿no es así?

—Tal como te advertí que ocurriría. Confío en que ahora estamos de acuerdo en que las pólvoras son diferentes.

Leonardo señaló hacia el blanco, que estaba remendado con pequeños tapones de madera donde los agujeros de los disparos habían sido tapados.

—Aun así —continuó—, cuando uno ha puesto un tipo en particular de pólvora y una bala con un peso específico, hay muy poca diferencia entre el impacto de un tiro y el otro.

—Ya admití que es un arma bien hecha —contestó Rigo—. Aprecio un buen cañón tanto como cualquier hombre, si no es que más. Si no fuera por su rango más corto, quizás es tan bueno como mis dos bellezas en Pistrola... lo que de hecho es una gran alabanza.

—Bien, ahora dime, una vez más, ¿cómo procederías con tus cañones de sitio en la primavera, si es que los usaras?

Rigo suspiró.

—Nada me ha convencido de que *no* debo usarlos —dijo—. Pero muy bien. Llevaría mis cañones a esa maldita colina, pero esta vez escogería una posición diferente. No voy a arremeter contra una parte del muro recién reforzada, no soy tonto. Le preguntaría a Agnolo qué tan lejos estamos de cualquier parte del muro que elija como objetivo.

—¿Es bueno para calcular distancias?

—El mejor. Incluso más que yo.

—Sigue.

—Caray, entonces está claro. Apuntaría mis cañones a ojo de buen cubero y dispararía diez o veinte tiros con cada uno, ajustándolos mientras veo cómo golpean, hasta que los disparos de ambos caigan en el mismo lugar. Después, repetiría la actuación del otoño pasado, aunque, si Dios quiere, con mayor éxito.

Leonardo batió el pegamento blandamente con una vara.

—Pero supongamos —dijo— que puedes predecir, antes de disparar un solo tiro, dónde van a caer. ¿Qué pasaría entonces?

—No veo ningún valor en ello —replicó Rigo, mientras se rascaba la barbilla—. Sería interesante, me atrevería a decir, aunque por supuesto ya puedo hacerlo por suposición. Uno no quiere pasar horas en el ir y venir tirando del cañón hasta el punto de mira correcto. De todos modos no veo a dónde nos lleva esto. ¿Cuántos tiros hice el año pasado? Dos mil o más. Cinco, diez o veinte tiros que gasté en poner mis cañones a punto son un pequeño precio a pagar, con tanto tiempo a la mano.

—¿Y si no tuvieras el tiempo?

—Siempre hay tiempo. El tiempo es de lo que cualquier sitio se trata. Tiempo y paciencia. —Rigo miró sobre el hombro de Leonardo y saludó con una inclinación de cabeza—. Allá está la luz de tus ojos, al otro lado del arroyo —dijo.

Leonardo se volvió. Vio a Bianca Visconti y levantó la mano para saludarla.

—Cuida tu boca, artillero —lo amonestó sin resentimiento.

—Seguramente —respondió Rigo—, y sin duda estoy equivocado: no viene hasta acá por el amor de tu compañía, sino sólo para congelarse mientras nos ve dispararle a un blanco. Es posible, supongo. Bueno, dile que venga.

—No —dijo Leonardo—, si ella desea acercarse más, lo hará; de otro modo, no. No soy su dueño.

—En lo que a mí respecta, puede mantenerse lejos de mí. La artillería no es cosa de mujeres, y me aterra decir una sutil y bien merecida maldición

en su presencia —respondió Rigo.

Sin embargo, no parecía que Bianca tuviera, en esa ocasión, intenciones de cruzar el arroyo. En vez de esto hizo señas imperiosamente, caminando a lo largo de la orilla distante hacia el puente. Después de un momento de indecisión, y con el ceño fruncido ante la mirada de sorpresa de Rigo, Leonardo fue a su encuentro.

—¿Qué la trae aquí, mi señora? —preguntó.

Bianca puso un pie en las tablas del puente y se recargó en la barandilla.

—Vamos, no me vea de ese modo tan severo —dijo, mientras le ofrecía un pequeño fardo envuelto y atado en un pañuelo de seda—. Le traje algo de comer, es todo, no tengo intenciones de distraerlo.

—Se lo agradezco y me disculpo por mi falta de tacto —respondió Leonardo, y tomó el pañuelo—. ¿Vendrá a compartirlo con nosotros?

—No. El capitán Leone sólo me miraría con ojos de machete, como siempre. Con el soborno de un bizcocho (usted tiene dos ahí), espero ablandar su corazón de algún modo, para que la siguiente vez que venga pueda aplacar un poco su ferocidad. De cualquier forma, casi se pone el sol y hace mucho frío.

Sonriente, Bianca dejó caer su mano brevemente en el brazo de Leonardo, se volvió y se alejó. El artista llevó el pañuelo de regreso hacia el brasero, desenvolviéndolo mientras caminaba.

—Mira —dijo—, ésta es la recompensa de enseñarles a jóvenes, en particular, a las jóvenes damas.

—¿Es eso lo que haces? ¿Enseñar? —preguntó Rigo. Después, al ver que Leonardo hizo el movimiento de retirar su mano y descubrir el fardo ofrecido, añadió apresuradamente—: no es que ni por asomo pudiera yo dudar de ti, y en cuanto a mi señora, que el cielo me perdone si alguna vez he abrigado algún mal pensamiento acerca de ella. Es una chica lista.

—Y de corazón noble —dijo Leonardo^[*].

* * *

Bianca regresó lentamente por el camino que iba del pie del puente a la puerta lateral del palacio, con la capa de piel ceñida a su cuello. Después de las vísperas tenía clase de lógica con el doctor Mazzone; era uno de los

martirios semanales que más le disgustaban, y estaba felizmente consciente de que si perdía el tiempo podría tener éxito en escaparse tanto del servicio religioso como de la clase.

Casi había anochecido cuando llegó a los escalones poco profundos y rotos que iban de la pradera irrigada hacia la puerta, serpenteando entre esqueléticos arbustos invernales y árboles de hoja perenne. En cada vuelta del familiar ascenso, la tosca escalera se ensanchaba en un hueco circular que encerraba el pedestal de una estatua. Como una niña sin amigos, dejada a cargo de los Médici por su primo y protector Ludovico Sforza, había aprendido el latín no de los libros de escuela de sus nuevos maestros, sino de las inscripciones debajo de estas figuras de piedra; a pesar de lo anodinas que fueran la mayoría de ellas, las había nombrado todas y ahora las saludaba silenciosamente como a viejos conocidos.

Por tanto, fue groseramente sorprendida cuando, desde detrás de la imagen del emperador Diocleciano, el príncipe de Saboya cortó su camino y la detuvo.

—Una hora poco común para pasear en el campo frío y húmedo, Bianca —dijo—. Desapruebo esta pasión tuya de espiar al maese Leonardo y a su colega artillero; te lo permites demasiado a menudo.

El tono de desagradable malicia de su voz la desconcertó por un momento, y respondió sin pensar:

—No espío a nadie.

—¿No? Quizá no. En ese caso eres demasiado cercana a ellos, y eso lo desapruebo aún más.

—Entonces qué bueno que me importa poco su aprobación —dijo Bianca—. Déjeme pasar, por favor.

—Ni Lorenzo lo aprobaría, si lo supiera —sugirió Silvio.

—Está más al tanto de la mente de Lorenzo de lo que uno pensaría —respondió Bianca—. Déjeme pasar, señor. No es de su incumbencia cómo elijo pasar las últimas horas de mis tardes.

—Ahí te equivocas —repuso Silvio—. Me incumbe mucho en tanto que todos pueden notar tus continuas atenciones hacia ese sucio artesano, y esto me hace el hazmerreír de la gente. No estamos comprometidos todavía, señorita, pero lo estaremos. Ésa es la intención de Ludovico Sforza, y toda

la corte lo sabe. —La sujetó de ambos brazos, apretando su piel con deliberado resentimiento—. De seis días, cinco, y durante más semanas de las que puedo permitir, le has pisado los talones a Leonardo da Vinci. Fray Segismundo, que se supone que es tu maestro en cuestiones de decencia, podría verlo con buenos ojos si así lo quisiera, pero yo no. ¿Me entiendes?

—Usted habla, señor, como si me poseyera —respondió fríamente Bianca—, lo que no sucede.

—Evidentemente. El artista, o eso parece, es quien lo hace.

—Nada de eso, ni él siquiera pensaría en algo así. Está dotado de una mente muy diferente a la de usted. Es mi maestro —repuso sin hacer ningún movimiento para liberarse.

—Sí —repuso Silvio Grimiani—. Y todo el palacio se pregunta qué es lo que exactamente te enseña, lo que a ellos les entretiene, pero se burlan de mí. Bien, señorita, puedo sugerirle mejores maestros, si ése es su deseo. Yo mismo, por ejemplo. En un corto año o dos a partir de hoy, Bianca, llevarás la brida de Saboya, y soy un jinete con muchos trucos que enseñarte. Estudia, entonces, para complacerme. Y si lo haces bien, no me hallarás siendo poco cortés.

—¡Vaya —respondió Bianca sin moverse todavía—, éste es un cortejo lindo, ciertamente! Primero soy una espía, y después algo entre una yegua de establo y una puta cualquiera. ¡Qué encantador! Sin duda así es como se ven el amor y el matrimonio en los chiqueros de Saboya, lo que es razón suficiente para mantenerme lejos de ellos. Suélteme.

—Me pareces hermosa, señorita, pero no muestras respeto. Todavía no acabo contigo.

—Príncipe —dijo dulcemente Bianca—. Tengo otros maestros además de Leonardo. Mis primos Sforza fueron de niños una dura compañía, aunque ellos superaron esa etapa, a diferencia de usted. Aprendí pronto, a base de pelear con ellos, que el modo más rápido de desalentar a un hombre es patearlo entre las piernas. Así que suélteme o caminará como un anciano alrededor de una hora.

Silvio la dejó libre como si lo hubieran aguijoneado.

—¿Qué modo de hablar es ése? —reclamó.

—Cortejo, a la manera de Saboya —dijo Bianca rápidamente—. Así se hace; usted puede hablar de montarme como semental y yo puedo patearlo donde me plazca. Hasta luego, príncipe.

Lo dejó con la boca abierta y se alejó —un poco más rápido, quizá, de lo que pretendía, a pesar de su fingida indiferencia— hasta que llegó a la puerta, al principio del camino. Una vez a salvo dentro de los muros del *palazzo*, la cerró y se recargó sobre ella, con la mente ocupada. La vulgaridad de Silvio Grimiani como pretendiente o futuro esposo no era, sorprendentemente, su principal preocupación. Una sospecha más siniestra a propósito del príncipe de Saboya había surgido para perturbarla, porque los hombres que hablan con prisa o con pasión revelan —y así lo había visto— más de lo que se proponen.

* * *

Le contó a Leonardo sobre sus conjeturas dos días después. Era poco después del amanecer y el artista estaba inspeccionando los toneles de pólvora que estaban almacenados en el mirador, al resguardo del clima y de los merodeadores. Como lo halló ocupado, se sentó al lado suyo en uno de los sacos y habló sin preámbulos.

—Creo que el príncipe de Saboya lo espía —le anunció.

Leonardo hizo una pausa en su labor, escupiendo unos granos de pólvora de sus dientes. Estaba aprendiendo a probar las cualidades de los diferentes tipos mediante el tacto y el gusto, aunque estaba al tanto de que tenía bastante camino por recorrer antes de alcanzar a Rigo en esta tarea.

—¿Por qué supones eso? —preguntó.

—La otra noche estaba esperándome, cerca de la cima del camino, en medio de todas esas estatuas, ¿sabe cuáles?

Leonardo asintió.

—Me sujetó fuertemente y trató de detenerme. Estaba enojado —prosiguió Bianca.

—¿Cuál era la causa de su enojo?

—Ninguna. Algún sinsentido que no importa —dijo apresuradamente Bianca—. Entre otras cosas, me acusó de estar espiándolo a usted. Con trabajos puse atención en lo que decía, pero poco después comencé a

preguntarme por qué había usado esa palabra, cuando obviamente no había estado haciendo nada parecido. ¿Se da cuenta? Y además me había estado observando por un largo tiempo —al menos eso dijo—, porque él sabía que tan seguido venía al campo...

—¿Doy por supuesto, entonces, que fue su gusto por nuestra indigna compañía lo que lo molestó? —preguntó Leonardo.

—Pues sí.

—Hablando por mí, encuentro que bien vale la pena lidiar con el disgusto del príncipe de Saboya —repuso gravemente Leonardo—. Él tenía un par de palabras que decirme al respecto, en Navidad, pero no todos podemos vivir para satisfacer los deseos de Silvio. Continúe.

—Quizá soy muy tontita —dijo Bianca—, pero pensé que era un poco extraño que hubiera estado escondido entre los arbustos —o dondequiera que estuviera— tarde tras tarde, sólo para ver cuántas veces venía para importunarlos a usted y al capitán Leone; quizá sus celos lo mantienen cálido. Es esa clase de persona. Pero pensé que era más seguro que estuviera observándolo a usted, viendo qué es lo que hacía con ese pequeño cañón. ¿No lo cree así?

—Es posible, pero en ese caso, ¿para quién estaría espiando?

—También pensé en eso. Siempre ha sido muy cercano a la familia Pazzi porque quiere que le ofrezcan participar en su banco. Y los Pazzi han trabajado para Roma desde que Lorenzo perdió una buena parte de sus negocios en beneficio de ellos hace un par de años. Así que creo...

—Un momento —interrumpió Leonardo—. ¿Cómo es, pequeña madona, que sabes tanto de los asuntos de los Médici?

—Oh, eso es fácil. Lorenzo siempre me ha favorecido, desde que llegué a Florencia. Estuvo enojado semanas, recuerdo bien. Naturalmente no decía por qué, pero yo podía suponerlo, y me enteré de todo cuando le pregunté a doña Francesca, quien pensó que yo no entendería lo que me iba a explicar.

—Formidable —contestó Leonardo—. Me parece que debes haber tenido escasos once años en ese tiempo. Los secretos comerciales de Florencia estarán en peligro por muchos años con tu afilado oído a su acecho.

Hablaba en tono liviano, pero mientras lo hacía estaba pensando en los hechos. Una buena parte de lo que ella sugería era posible, incluso más que posible; su propia experiencia en Roma lo afirmaba. Le había dicho a Lorenzo de Médici que su pelea con Francesco Pazzi había sido de carácter personal, una suposición que ni él mismo ni Lorenzo habían creído, pero era más preocupante para Lorenzo que para sí mismo que acerca del asunto se adoptara el punto de vista de alguien más, así que ambos lo dejaron pasar. No tenía duda de que el cardenal Della Palla estaba en lo correcto y de que Girolamo Riario había sido el responsable del atentado contra su vida, pero era difícil considerar al príncipe de Saboya seriamente como agente del conde. Con todo, si el sentir de Bianca no estaba errado, podría ser así. El dinero engrasa muchos engranes, y una parte en los asuntos del banco de los Pazzi... Notó que Bianca le hablaba de nuevo.

—No sea condescendiente conmigo —dijo imperiosamente. Su rostro, vuelto hacia él, parecía furioso—. No soy una niña, aunque estoy segura de que para usted me veo como una.

—Es cierto. Aunque hablé sin pensar y no quise ofenderte.

—Si así es como me ve, hay otros que no —repuso Bianca—. Silvio Grimiani, por decir uno —añadió irónicamente, como una ocurrencia postrera.

—¿Y cómo prefieres?

—Claro, ahora cree que va a razonar conmigo, tan frío y tan lógico, y vencerme porque es mejor debatiendo que yo. Y podría hacerlo, pero no probará nada —espetó Bianca—. ¿Me dirá que no siente nada por mí? Nada, supongo. Y me importa mucho.

—No he dicho nada de mis sentimientos —señaló Leonardo.

—No, y creo que va a tener una larga y blanca barba antes de que llegue a hacerlo.

A pesar de sí mismo, Leonardo comenzó a reír desaforadamente.

—Y tú serás una matrona, de mediana edad, supongo —dijo—. Vamos, Bianca.

—No lo diga.

—Tú tienes...

—Si me dice cuántos años tengo —repuso Bianca, más calmada—, prometo que voy a gritar. Y otra cosa. Ya que sabe que soy buena escuchando: ¿quiere que le diga los rumores que hay sobre usted? Que prefiere a los muchachos antes que a las mujeres. ¿Qué tiene que responder a ello?

—Yo mismo he escuchado ese rumor —replicó seriamente.

—¡Ah! ¿Y eso es todo?

—Excepto para señalar lo que ya sabes. ¿Qué son los pasatiempos sexuales en la corte de los Médici (o en cualquier otra, me atrevo a decir), sino una excusa para exhibirse con pavoneos y para que los idiotas graznen? El amor es un juguete para los ociosos y los ricos que son también, como sucede por tristeza, notoriamente estúpidos y carecen de ocupación alguna que de otro modo les daría sentido a sus vidas. Sabes que esto es cierto. Tráeme a una mujer hermosa o a un muchacho hermoso, ambos igualmente estúpidos, y los mandaré lejos a los dos. ¿Supones que nadie toca a mi puerta por las noches? Como no me conocen una chica que sea mi amante, naturalmente dicen que soy un pederasta acaparador de efebos. Esto lo dicen, en particular, aquellas mujeres que de otro modo estarían muy cómodas en mi cama.

—Su engreimiento —respondió Bianca— es sorprendente.

—Si soy o no engreído no tiene que ver de ningún modo con el caso. ¿Niegas algo de lo que he dicho?

—No, pero comienza a debatir nuevamente. Lo estaba haciendo mejor hace unos momentos.

Leonardo se sentó en los escalones del mirador, a sus pies.

—Señorita —dijo—, esto no es un debate ni una disputa. Si el amor es un simple entretenimiento para los ricos y viciosos, no vale ni mi tiempo ni el tuyo. No jugaré tales juegos contigo. Dices que te trato como a una niña; quizá lo hago porque, en este momento, es mejor que lo haga. ¿Me entiendes?

Bianca lo escrutaba, con sus puños apoyados en la quijada.

—Quizá sí —dijo—. Deme su mano.

Se la extendió desde donde estaba sentado, y se quedaron unos momentos en un afable silencio.

—Entonces, dígame —repuso Bianca.

—¿Qué?

—Cuando arañan su puerta, ¿nunca abre?

—Nunca —respondió Leonardo.

—Sus noches deben de ser algo aburridas. —Sus ojos tenían un brillo que delataba su diversión—. ¿Cómo las pasa?

—Leyendo libros o mirando a las estrellas. ¿Qué más se puede hacer?

—Giuliano regresa hoy de Milán —dijo Bianca—, y por consiguiente me imagino que Constanza tendrá una respuesta distinta. De cualquier manera, estoy conforme.



Constanza se deslizó como una sombra por la galería, que estaba silenciosa e iluminada por la luz de la luna. Se detuvo a la puerta de las habitaciones de Giuliano, mirando furtivamente una última vez hacia izquierda y derecha. El *palazzo* dormía. Corrió el cerrojo y abrió la puerta justo lo necesario para que pudiera entrar.

—¿Giuliano? —susurró—. ¿Giuliano, dónde estás?

Silencio.

—¿Giuliano? —llamó quedamente, una vez más, y cruzó el piso de mármol del vestidor para pararse ante la puerta abovedada que llevaba hacia el dormitorio en el otro extremo. Ahí, iluminada por el suave resplandor de las velas, estaba la gran cama vestida con doseles. Constanza contempló su inmensidad carmesí, con la mano en la tosca piedra del pilar al lado suyo. Hay espacio necesario y más para nosotros dos, pensó, no importa cómo nos acomodemos a todo lo largo. Sonrió para sí al imaginárselo, y su corazón se calmó. De pronto, sintió la calidez de los mil amaneceres por venir cuando ella y Giuliano despertaran al nuevo día, con sus cuerpos aferrados en el sueño de un buen matrimonio, plenos de mil noches de amor para dar y recibir.

Se sentó en el borde de la cama, con sus palmas sintiendo la textura del terciopelo del edredón. Esto nos cubrirá durante las noches frías y hablaremos de la corte y de nuestros hijos, se decía a sí misma, y

planearemos nuestras visitas a mi tía en Módena y a mis amigos en Rávena, y hablaremos de los vestidos nuevos que me pondré y de mil cosas más.

Las gruesas velas resplandecían firmemente y se reflejaban en el espejo oval que colgaba de la pared frente a ella. Me vestiré ante ese espejo, ahí, pensó. Giuliano me mirará y, sabiéndolo, lo miraré. Se levantó y caminó hacia el cristal, observando su rostro con una breve y juiciosa sonrisa de bienvenida.

Ésta será tu primera vez, le dijo calladamente a su reflejo. La primera. Espero recordar cada segundo de ella para siempre. Dicen que dolerá, pero el dolor pasa y el placer llega pronto; ¿y también recordaré cómo tiemblo ahora? Me siento tan plena. Sus muslos se contrajeron, informándole de lo que ella apenas alcanzaba a entender, y sintió cómo una especie de calor, como emanado de un íntimo y secreto verano, la inundaba. Levantó sus manos para tocar sus senos, y su rostro, devolviéndole la mirada desde el oscuro espejo, pareció difuminarse por un instante.

La puerta exterior del cuarto se cerró entonces suavemente y se volvió. Giuliano atravesó el umbral en bóveda y entró en la habitación. La corriente de aire de su llegada estremeció la flama de las velas, dando lugar a sombras que bailaron en los tapices. Al abrazarlo, Constanza murmuró:

—¿Dónde has estado, mi señor? Comenzaba a preguntarme si acaso habías sufrido un cambio de parecer.

—No, mi Constanza. He estado junto a mi caja fuerte, que está en la biblioteca. Fui ahí por esto... —Abrió los dedos de su mano derecha para mostrarle un anillo: una pesada joya de oro, coronada por un perfecto rubí ovalado y circundada por diamantes—. Nuestra ceremonia de matrimonio llegará en los tiempos de Dios, corazón —dijo—, pero esta noche estamos casados y ésta será tu argolla de matrimonio, aunque sólo nosotros lo sepamos. La traje conmigo desde Milán.

—Donde te demoraste demasiado para mi paciencia, Giuliano.

—Y demasiado para la mía. Sospecho que Lorenzo me envió para enfriar mi pasión. Si así fue, lo consideró mal. No he pasado ni una sola hora sin pensar en ti y en este momento.

—Como yo he pensado en ti, mi señor. Aunque no tengo un anillo que darte, lo que me avergüenza.

—No importa. Escogiste a un marido previsor. He escogido uno para mí también. Mira. —En su otra mano sostenía un par de serpientes doradas en miniatura, engarzadas en perfecta simetría y con ojos de rubí para hacer juego con la piedra que le había dado—. Los emblemas de la sabiduría —dijo—. Sabiduría del corazón, no de la mente.

Constanza se rio alegremente y deslizó el anillo en su dedo. Impulsivamente se inclinó hacia la mano de su amado y sintió, en respuesta, sus labios en su cabello.

—Vamos a la cama, Giuliano —dijo—, ya que para eso estamos aquí. Sé que soy atrevida, y, con todo, no me importa.

Sin palabras, Giuliano la llevó hacia la cama. Mientras ella miraba su rostro, él, confiado, la desvistió hasta que quedó desnuda, tan suavemente blanca como un marfil ensombrecido. Cuando se separó de su lado para apagar las velas, ella lo alcanzó y tocó su brazo.

—Déjalas prendidas —le pidió—. ¿No te he dicho que soy atrevida? Quiero verte. Debo aprender, y aprendería menos a oscuras.

Constanza comenzó a desatar los lazos de la casaca; sus manos estaban tan firmes como habían estado las de Giuliano. Éste la miró y sintió crecer su pasión. La gracia sin artificio de su cuerpo mientras se movía alrededor de él lo enfebreció, y con sus dedos tejió los rizos de su cabello suelto que caían en medianoche.

—Sí —suspiró Constanza—. Es esto lo que necesito recordar cada vez que te vea. Qué tan viril eres, y cómo me siento cuando veo que me deseas. —Se paró cerca de él, recorriendo con los dedos su pecho—. Nunca he tocado antes a un hombre, como sabes. Debes enseñarme, porque soy virgen y por ello inexperta; ruego por poder complacerte, Giuliano.

Él tomó su rostro entre sus manos y la besó.

—Tengo poca necesidad de enseñarte nada, Constanza, mi novia —dijo—. Y todo lo que una mujer amante debe saber, tú ya lo sabes. Está, como el amor, dentro de ti para encontrarlo. Y así como tú ruegas, yo también ruego complacerte, aunque quizá te cause dolor al hacerlo. Prepárate para esto, sabiendo que no es mi intención lastimarte.

—Estoy preparada, y lo acepto. Enséñame.

Durante un largo tiempo se dejó llevar, estremeciéndose de vez en vez al tacto de su mano y de sus labios. Y cuando quiso, como se le había dicho antes, complacerlo de todos los modos que él le había enseñado, Constanza lo sintió responder de suerte que, cuando el dolor llegó por fin, su cuerpo se arqueó para recibirlo y él quedamente exhaló un gemido que tornó el tormento en el regocijo prometido. Por un momento se quedaron quietos, todavía unidos, respirando al unísono, con el amoroso ritmo haciendo eco en el lento sube y baja de sus pechos. Constanza le dijo al oído:

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que podamos volver a hacer esto, Giuliano? —preguntó—. ¿Será pronto o nuestros cuerpos deben descansar ahora?

Sobresaltado, levantó la cabeza.

—Después de todo, sí hay algo que puedo enseñarte —dijo—. ¿No sabías? ¿Que podemos hacer esto de nuevo, esta noche? Ahora mismo, si no estás cansada.

Ella se levantó y mordió levemente sus labios.

—No, no lo sabía —contestó—. ¿Ves? Ya no soy virgen, es cierto, pero parece que todavía no soy una esposa. ¿Podrías, pues, enseñarme más, esposo mío?

OceanofPDF.com

XVI

... recibidos del maestro Gian Giacomo Portinari de Arezzo seis cañones, destinados a la nueva artillería y muy buenos, con un peso de ciento veintisiete kilos cada uno y asegurados con cintas de acero. Recordar hablar con el maestro Gian Giacomo sobre su método para enfriar lentamente el metal después de fundirlo... y del señor Nencio ciento treinta y seis kilos de pólvora, molida y corneada de acuerdo con nuestra plática... los clavos que sujetan las ruedas a los carros deben ser de bronce o de aleación marina, porque el acero se oxida y se deshace bajo presión...

Mostrar que el efecto del tiro al ir hacia delante debe ser igual al efecto del cañón en su retroceso, y que la trayectoria hacia atrás del cañón debe estar libre de obstáculos, que es lo contrario a la costumbre de nuestros artilleros. ¿Es posible impulsar un carro expulsando fuego y piedras desde detrás de él?

... tengo que cortar los tornillos por mí mismo. Scarpellino es un buen trabajador pero no puede entenderlos... y esas partes del carro en las que trabajan deben estar, también, hechas de bronce...

Del Cuaderno de notas de Leonardo da Vinci

—*¿QUID VOBIS videtur?* —preguntó el papa Sixto IV—. Tomo prestada la lengua del concilio, porque la cuestión es de suma importancia. Algo debe decidirse, y rápido.

—No veo razón para apresurarnos, Su Santidad —dijo el cardenal Della Palla—. La vida de un hombre está en riesgo.

—Estamos al tanto del punto de vista de Su Eminencia —dijo el Pontífice—. De cualquier manera, es sólo un factor entre muchos otros.

Debemos suplicarle que se atenga a la realidad militar, ya que inevitablemente sus colegas lo harán.

—He aprendido a ser realista —replicó Della Palla—. Su Santidad no necesita albergar temores en ese respecto. Prefiero discutirlo aquí que en cualquier otro lado. Mi pregunta se mantiene: ¿por qué debe tomarse ahora una decisión? Sólo estoy en búsqueda de información.

—Por razones de guerra —respondió a su izquierda Girolamo Riario.

Della Palla volvió sus apacibles ojos azules hacia el rostro del capitán general, pensando brevemente en lo que parecía ver en él.

—¿Nada más? —preguntó.

—Debemos, como Su Santidad señala, discutir aquí sólo asuntos de la guerra —dijo el cardenal Rodrigo Borgia. Della Palla lo miró a su vez.

—Muy bien —repuso—. ¿Sería impropio preguntar cuál es su postura?

—No tengo ninguna —dijo cómodamente Borgia—. Ya debería estar al tanto de esto, mi querido canciller.

Sixto los llamó al orden.

—Entonces ¿qué hay de Leonardo da Vinci? —preguntó, aparentemente a todos en la habitación—. Se ha negado a la invitación de Su Eminencia, el cardenal Della Palla, para traer sus talentos y posarlos a los pies de Roma. Esto nos dice que en realidad trabaja directamente para los Médici, como clama el conde de Imola y ha confirmado Su Eminencia el cardenal Borgia. Más allá de esto: él representa el pensamiento florentino en lo peor y lo más reprobable: el neoplatonismo, herético y humanista. ¿Escucho acaso algún desacuerdo con este punto?

—Ninguno —repuso Della Palla—. Excepto que pensaba, con todo respeto, que estábamos atentos a cosas militares, en cuyo caso su estilo de pensamiento es irrelevante.

—No lo es si demuestra su oposición a Roma —respondió el Pontífice—. ¿Riario?

—Será una astilla en nuestro costado en Castelmonte —dijo lacónicamente Riario—. Mátenlo y acabaremos con eso.

—¿Borgia?

—Hay mucho que decir a propósito del punto de vista del capitán general —contestó el cardenal Borgia—. Sin embargo, entiendo la opinión

del canciller apostólico. Toda vida humana es valiosa ante los ojos de Dios, y sólo Dios puede llamar a un hombre al Juicio Final.

—Los enemigos se matan en la guerra —dijo impacientemente Riario—, y es un idiota aquel que vacila largo trecho entreteniéndose con pensamientos acerca del Juicio Final. Roma está en guerra. Leonardo da Vinci es enemigo de Roma. La conclusión habla por sí misma.

Sixto tocó el lóbulo de su oreja.

—Defiéndalo —le sugirió al cardenal Della Palla.

Della Palla se reclinó en su silla.

—Leonardo da Vinci —señaló— difícilmente tomará Castelmonte solo. Fuimos informados de que estudia el arte de la artillería, y así es. Vino aquí, abiertamente, a buscar información sobre la pólvora, y, del mismo modo, pero sin tacto, me transmitió sus propias conclusiones sobre la materia. En esto, cuando menos, se ha mostrado como un buen hijo de la Iglesia. No le veo mayor peligro en ese respecto. Yo mismo he visto sus estudios sobre la artillería; el arma que utiliza no es más larga que mi brazo, y de hecho es un cañón ornamental el que usa, principalmente, para saludos de salva. Puedo asegurarle que su efecto en los muros de Castelmonte será inexistente, y tampoco veo ahí ningún peligro. Es un artista, un filósofo, un joven un tanto engreído, y una mariposa.

—¿Quién dice eso? —preguntó Borgia.

—¿Que es una mariposa? Es la opinión de aquellos a su alrededor —replicó inocentemente Della Palla—. En particular de uno, fray Segismundo Carregi, quien es el tutor de la señorita Bianca Maria Visconti, y él mismo un teólogo de renombre en Florencia. Afortunadamente tengo una carta de fray Segismundo que confirma ampliamente este punto de vista. Denuncia a Leonardo da Vinci amargamente, pero lo pone como un peligro para nadie, excepto para la señorita Bianca, con quien, de acuerdo con fray Segismundo, coquetea continuamente, estando sus experimentos en gran medida hechos para impresionar a esta joven, y a toda la corte, con su brillantez. Bien, no veo mayor peligro para Roma en esto, y ninguna razón para apresurar la muerte de un hombre que puede estar un día, a pesar de todo, al servicio de Dios a través de su innegable talento como artista.

—Todo eso está muy bien —dijo Riario—, pero mi informante...

—¿Su informante en Florencia? —contestó Della Palla—. ¿El príncipe de Saboya, si no me equivoco? Mi querido capitán general, si Leonardo da Vinci le hace la corte a la señorita Bianca Visconti, sin duda también está haciendo enojar al príncipe, que pretende casarse con ella algún día. Difícilmente pensaría que la opinión de Silvio Grimiani está libre de prejuicio.

Sixto IV pensó en silencio, mientras el cardenal Della Palla elevó una breve plegaria por su absolución. Su propio testimonio, lo sabía, implicaba un prejuicio casi hasta el punto de la tergiversación. Finalmente, el Pontífice dio su veredicto.

—Hemos decidido —anunció— actuar conforme a lo siguiente. El cardenal Borgia mandará en seguida una carta a Florencia ordenando, no pidiendo, que este joven venga a Roma y ponga sus talentos artísticos al servicio de la Iglesia, con obediencia inmediata. Si lo hace, entonces podremos considerar las aseveraciones de Su Eminencia el cardenal Della Palla como correctas, y no necesitaríamos molestarnos más. Si no acata el mandato, ya sea por su propio y libre albedrío o porque nuestro errante hijo Lorenzo de Médici no lo habrá de liberar de su servicio, entonces aceptaremos la postura del capitán general, que podrá actuar conforme mejor le parezca. Mi señor y Sus Eminencias, gracias.

* * *

Sin descanso y al fin, marzo dejó a un lado a febrero y la primavera del año 1478 comenzó a cumplir su anual promesa. La nieve se suavizó y se derritió; las praderas y las tierras bajas se empaparon de agua fresca, y los arroyos, por todas partes, corrían plenos. Sólo en las crestas más altas y en los despeñaderos a los lados de las montañas persistía la nieve invernal, condenada a desaparecer, pero con la obstinación de aferrarse a la tierra.

Con la primavera, el mensajero de Roma se apresuró en llegar a Florencia: Su Gracia, el obispo Manfredo Romolo-Paro, protonotario apostólico y nuncio extraordinario, miembro de la curia y ayudante de Su Eminencia, el cardenal Rodrigo Borgia.

Lorenzo recibió con cortesía al prelado y al decreto pontificio que llevaba.

—Enviaremos por maese Leonardo de inmediato —dijo—, y las órdenes de Su Santidad serán las de Florencia.

* * *

Así, apenas una hora después de que Su Gracia se retiró a orar en una capilla de la catedral de Santa María del Fiori, Lorenzo de Médici y Leonardo estaban frente a frente en la mesa de la biblioteca. El gobernador de Florencia le extendió el citatorio papal.

—Parece —comenzó— que Roma tiene una urgente necesidad de sus servicios. Lea.

Leonardo oteó el suntuoso pergamino rápidamente.

—Evidentemente —dijo—, estoy aquí por orden de Dios, Su Iglesia, del Sumo Pontífice, dos veces, y del cardenal Borgia, y también, presumiendo su consentimiento, por orden suya. Son demasiados señores para un pobre artista florentino, y su peso es casi abrumador. Bien, aunque me duela, no puedo ir.

—Naturalmente —repuso Lorenzo—, pero déjeme señalar los escollos. Si no lo despido hacia Roma, entonces desafío a Sixto y a la Iglesia. Como ya lo estoy haciendo con el arzobispado de Pisa y en Castelmonte, eso no me importa mucho; pero si usted desafía a Sixto, su posición puede ser peligrosa. Tanto él como el conde de Imola tienen brazos largos y garras de acero. Si se deja atrapar por esas garras, amigo mío, entonces sus días de experimentos se han acabado.

—En todo caso se han acabado ya, señor. Cuando menos para sus propósitos.

—¿Eso dice? ¿Con qué resultados?

—Si mis estudios se confirman ahora en el campo, entonces habré inventado una nueva forma de guerra —dijo simplemente Leonardo—. Una que nunca ha sido contemplada en la historia del hombre.

Lorenzo lo miró de cerca.

—Mmm. Y ¿cómo se libra esta guerra?

—Con cañones. No puede haber supuesto otra cosa, después de todo lo que he estado haciendo en sus tierras y en su campo de tiro. He diseñado nuevos cañones para los Médici, eso es todo.

—Que necesita probar en el campo...

—Exacto.

—¿Me conseguirán Castelmonte?

—Por la gracia de Dios, señor, así será.

—Entonces pruébelos. ¿Dónde piensa hacerlo?

—En los pantanos a las afueras de la ciudad.

—Eso ya no será posible. Y ahora va a reclamar sus cincuenta artilleros, no tengo ninguna duda. En marzo, había dicho, y ya es marzo.

—Estoy agradecido por su excelente memoria.

Lorenzo movió impacientemente su mano.

—Será necesario que usted desaparezca —dijo—. Usted y su nuevo cañón, su pólvora y sus tiros, y mis cincuenta artilleros, y el capitán Rodrigo Leone. Déjeme pensar. ¿Tiene alguna objeción de un terreno montañoso?

—Ninguna, mientras tenga un rango de tiro de unos tres mil pasos —dijo Leonardo.

—Entonces tengo una solución. Tengo una cabaña de caza, en las montañas entre Florencia y San Marino, que no se ha usado en muchos años. Detrás de ella (le daré un mapa de la región), verá una colina escarpada, con un camino que sube empinadamente hasta la cima. Detrás de la colina hay un valle en el cual solía jugar cuando era niño. Muy pocos conocen su existencia aparte de Giuliano y de mí mismo; aun así, está a menos de cuarenta y ocho kilómetros de este cuarto. Ahí estará a salvo de curiosos. Tome a sus hombres y vaya. Le sugiero que viajen en grupos pequeños, reuniéndose sólo al llegar a la cabaña.

—Puedo arreglarlo. La idea es admirable, y estamos listos para partir de inmediato.

—Mejor partan antes que eso —repuso Lorenzo con una sonrisa irónica—. Lo que quiero decir es que usted ya partió, ya que me propongo informarle al nuncio de Roma que así ocurrió. Además, ya que usted es amigo cercano de mi hermano, estoy seguro de que le prestará tanto su caballo como su capa. ¿Me entiende?

—Perfectamente —replicó Leonardo—. Incluso ahora me he desvanecido.

—Bien. La tierra en el valle del Arno se hará firme en ocho o diez semanas. Sin importar si sus pruebas tuvieron éxito o fracasaron, regresará inmediatamente a Florencia en el momento en que mande por usted. Inmediatamente, ¿entendió? Castelmonte...

—Lo sé. Señor, se nos presentan no una, sino dos paradojas, porque aunque estoy parado aquí en su biblioteca, ya me he marchado de Florencia; y aunque parece que no estamos haciendo nada, el sitio de Castelmonte ya ha comenzado. Por tanto, confíe en mí y en la voluntad de Dios.

* * *

—No deberías estar aquí, mi señora.

—Lo sé. El recuento de mis pecados se hace más largo cada día. —Tomó asiento junto a la ventana—. De cualquier modo, ya que usted no está más en Florencia, porque se marchó no sé adónde hace quién sabe cuántas horas, entonces no pasa nada si estoy en sus aposentos. Están vacíos, ¿no?

—Y ¿quién te dijo todo esto?

—Constanza.

—¿Y quién le dijo a ella?

—Giuliano, por supuesto. Te prestó su capa, por lo que veo. ¿Cuánto tiempo estarás lejos?

—No lo sé, madona.

—Bueno, cuando menos no necesito preguntar el porqué de la partida, ya que sé tanto.

—Con todo respeto, madona, dudo que lo sepas, ya que nadie, excepto por mí mismo, está al tanto de mi propósito.

—Más vanidad. Ha ideado un método para apuntar los cañones no por ensayo y error, como hasta ahora, sino por medio de matemáticas. Aunque debo admitir que no entiendo exactamente cómo.

—Señorita —dijo Leonardo—, cada día me sorprendes más, ya que percibes lo que se les ha escapado por completo a hombres tan instruidos como tu tutor y el honorable doctor Mazzone. Mucho antes de esto, a Lorenzo le habría convenido pedirte cerrar la boca. Ahora te lo pido yo.

—No hay necesidad de pedirlo, Leonardo mío. Y sobre mi percepción, ¿cómo podría no ser mejor que la de otros? —repuso Bianca—. He tenido,

ya ve, un excelente maestro.

—Y yo una admirable pupila.

—Eso es entendible. Sin embargo...

—¿Sí, madona?

—¿No me besarás antes de irte?

* * *

Al conde de Bosco e Imola, capitán general del ejército de la Iglesia en Roma, de Silvio Grimiani di Torino, príncipe de Saboya. Saludos.

Su Excelencia y noble conde:

No importa qué le haya podido decir mi señor obispo Manfredo Romolo-Paro, puede creerme: Leonardo da Vinci ha abandonado Florencia, y esto después de la llegada del señor obispo, y no antes. Por consiguiente, Lorenzo de Médici y Leonardo da Vinci, individualmente o en contubernio, no importa, son culpables de grave desobediencia hacia las órdenes de Su Santidad. Así, la postura que he estado urgiéndole a usted, así como a Roma, es correcta. Consecuentemente, me tomaré la molestia de liberarlo del fastidio que causa este impertinente y malévolo enemigo, con lo que, espero, satisfaré a Roma y a Su Santidad con la devoción con la que siempre he servido a su causa. Y ya que está al tanto, mi señor, que Roma está en deuda conmigo en el asunto de la señorita De Ávalos, confío en la generosidad de ella y en la de usted para que me ayuden en la consecución de estas ambiciones mercantiles mías, cuya naturaleza conocen desde hace un tiempo.

Por mi mano, el sexto día de marzo, en Florencia

OceanofPDF.com

XVII

... Ahora, los medios por los cuales percibimos que los objetos están lejos o cerca de nosotros son éstos: primero, por su color: los objetos distantes son más azules; segundo, al estar un objeto antes que otro, así que el segundo no puede ser totalmente visto; tercero, por su tamaño; cuarto, al movernos de un lugar a otro vemos que las cosas parecen moverse también, y el objeto más cercano se mueve más que el que se encuentra más alejado. Y quinto, como los ojos están por su colocación un poco separados en la cabeza humana, cada uno ve las cosas de diferente manera, como puede constatarse cerrando primero un ojo y después el otro; y estos dos modos de ver, al fundirse y ser vistos como uno, nos permiten juzgar la distancia a la que los objetos se encuentran.

... Y si se pusiera en duda que los asuntos del arte y los de la ciencia son uno y lo mismo, demostraré que así es. Pues considerando que los ojos están separados uno de otro por un espacio de apenas una décima parte de un codo entre ellos, cuánto más fácilmente se podría percibir la distancia entre los objetos si estuvieran separados por un espacio mayor, incluso dos codos; pues, por esa razón, las cosas serían vistas de modo muy distinto que vistas desde el espacio entre un ojo y el otro, y la tarea sería más sencilla. Y esto puede lograrse mecánicamente, como mostraré, y, por ello, un cañón puede ser apuntado a distancias más grandes.

Del Cuaderno de notas de Leonardo da Vinci

QUÉ EXTRAÑO era, pensaba Leonardo, lo poco que les servían los recuerdos de infancia a los hombres, sobre todo en materia de tamaño. Estaba sentado afuera de la más pequeña de las dos cuevas, con la espalda recargada en uno de los costados del carro de un cañón, y examinaba el pequeño valle que, dibujando una pendiente, se extendía apaciblemente frente a él. Un estrecho riachuelo de aguanieve serpenteaba por la tierra hasta desaparecer donde el camino pedregoso se abría paso en él entre dos columnas de roca. Lorenzo, recordaba, le había asegurado que había, cuando menos, tres mil pasos de extremo a extremo, aunque, de hecho, era apenas una cuarta parte de esa

distancia. Bueno, serviría. El rango máximo con el que pensaba trabajar era de mil pasos, cuando llegara el momento de hacerlo, y en este lugar podría llegar a ochocientos pasos si colocaba los cañones con cuidado.

Lo que necesitaba esta mañana era un gesto, algo que disipara el aire de escepticismo —si no es que de incipiente amotinamiento— que los cincuenta hombres a su alrededor transpiraban de modo palpable. Difícilmente podía culparlos. Alentados sacrílegamente por Rigo, habían pasado un día entero y la mejor parte de la noche anterior en llevar los seis cañones desde la cabaña a pie de la montaña por el escarpado y zigzagueante camino hasta la cima, sin saber por qué les habían encomendado una tarea tan agotadora para la espalda. Por supuesto, habían buscado continuamente y de las más coloridas formas alguna explicación; no se les había dado ninguna. A cada pregunta, Rigo les aconsejaba que guardaran su aliento para escalar, y las escabrosas sugerencias de los hombres de deshacerse de la carga habían encontrado invitaciones a abandonar la fila y recibir una golpiza de su capitán en persona.

Habían ganado la cumbre del valle y las cuevas que ahora ocupaban, bien pasada la medianoche. Los restos de su inminente colapso yacían frente a Leonardo: bolsas de harina y pescado salado, lámparas, telas y cuerdas para el vivaque, cajas de velas, martillos, clavos, un pequeño yunque, sacos de carbón, tres barriles de manzanas de la cosecha anterior y una bota arrumbada, lanzada a la oscuridad por el joven Tesoro di Veluti, a quien al llegar a la cima le dolía la cabeza tanto como los pies. Leonardo observó, pese a esto, que los toneles de pólvora, las balas y otros aparejos de los cañones habían sido cuidadosamente guardados dentro de la cueva más grande. La lluvia o la nieve podrían empapar cualquier otra cosa, pero los pertrechos de su oficio recibirían, bajo el mando de Rigo, mayor cuidado que los artilleros mismos.

—Buenos días, amigo ingeniero —saludó Rigo, al llegar con un platón de pan, queso y aceitunas que ofreció a Leonardo—. Dime cómo deseas que sigamos. Debemos estar listos para tus órdenes en una hora, más o menos, después de que rompa un par de caras para controlar un poco el desorden.

—Exactamente como te lo había delineado —repuso Leonardo—. Los primeros cuatro o cinco días los ocuparemos en que aprendan a desarmar y

armar los cañones; ninguno de estos procesos debe tomar más de un conteo del uno al diez. Ocho hombres para cada cañón, con dos hombres como remplazos. Cuatro hombres en cada cuadrilla para llevar el cuerpo del cañón; tres más para el carro y las ruedas (a éstas se les deben quitar los ejes o no, dependiendo de si la ocasión y el terreno lo requiere); un hombre para cargar la pólvora, la bala, los atacadores y las mechas lentas. Deben aprender a moverse rápida y sigilosamente mientras maniobran.

—¿Antes de disparar un tiro? —repuso Rigo—. Eso será difícil, Leonardo.

—Será más difícil si entran en la batalla mientras todavía están cayéndose sobre los pies del otro —señaló Leonardo.

—Es muy cierto. Sin embargo, si me dejas darte un consejo, en tu lugar les daría algún motivo para sudar sus barrigas invernales henchidas de vino —contestó Rigo—. Pudiste convencerme a mí. Ellos siguen sin estar convencidos y por eso están malhumorados; preferiría que tuvieran una luz. Hemos madurado tú y yo para entendernos, de algún modo, así que perdona mi brusquedad. Ahora no estamos lidiando con máquinas y matemáticas, sino con hombres.

—Tienes razón —dijo Leonardo—. Entonces, vamos a darles un poco de teatro.

* * *

A las diez de la mañana, el suelo estaba despejado y se habían levantado tres tiendas de almacenaje. Los artilleros se reunieron en un solo grupo silencioso alrededor de uno de los pequeños cañones en la cima del valle, entre la boca de las cuevas y el río. A exactamente quinientos pasos de distancia, un blanco de madera estaba apoyado en una tosca estructura triangular de palo. Era, de hecho, la puerta de una cabaña abandonada, robada oportunamente de la parte trasera de la cabaña de caza al comienzo de la subida hacia la cuenca alta en la que se encontraban.

Leonardo da Vinci estaba vaciando pólvora en un pequeño recipiente de bronce; golpeó con los dedos un costado de éste para asentar los granos.

—Una de estas medidas va en cada cañón —les dijo a los hombres reunidos—, cada una en el que le corresponde. No las confundan, porque

varían ligeramente en cantidad, quizá por la mitad del peso de una nuez, pero varían. —Varios de los artilleros asintieron, entre ellos Agnolo Fulvio y Scudo. El cuidado en la medida de la pólvora era un concepto que ya conocían.

Leonardo caminó hacia el cañón. Salvo por su tamaño más pequeño —era de apenas un metro cuarenta centímetros de largo, y su peso era quizás una centésima parte del de los cañones que solían usar—, su apariencia era familiar. Los muñones a cada lado del cuerpo del cañón descansaban sobre muescas para que el cañón y el carro pudieran ser rápidamente separados; las ruedas estaban sujetas en los ejes con clavos removibles. Aparte de estas características, la única peculiaridad recaía en que la recámara del cañón descansaba en un bloque curvo que podía ser levantado o bajado por un tornillo, el cual era parte del mismo carro. Una manecilla en el bloque se movía, al girarlo, por una serie de marcas grabadas en el carro, mostrando el grado de elevación del cuerpo, y al inclinar tanto el tornillo como el bloque hacia atrás la recámara podría ser separada de ellos, permitiendo que ésta cayera y descansara en el carro de roble para que la boca —como Leonardo lo demostraba ahora— apuntara abruptamente hacia el cielo, con propósitos de carga.

Vertió la pólvora medida en el cuerpo del cañón, siguió con un trozo de piel y después con la bala pulida de acero de cerca de dos kilos. Del frente de su túnica sacó un delgado cilindro café, del largo y el grosor de una pluma de ganso, con ambos extremos en punta.

—Éste es su cartucho —les dijo al mostrárselo—. Es simple pólvora, enrollada en un papel y sellada con pegamento de Arabia. Tendrán poco tiempo para llenar el agujero de la recámara con pólvora suelta que servirá como conductor, como están acostumbrados a hacerlo, pero el mismo resultado se puede lograr con esto, y más rápidamente... así. —Metió uno de los extremos de la pluma en la abertura de la recámara, empujándolo hasta que sólo una o dos pulgadas sobresalían. Levantó la recámara y bajó la boca, ajustó el tornillo de elevación una vez más y permitió que la recámara se asentara por sí sola en la superficie superior curvada del bloque movable—. Listo —dijo.

Volvió su cabeza y miró por el valle hacia el distante rectángulo de madera. Desde esa distancia, no parecía más grande que la uña del dedo pulgar de un hombre. Se arrodilló detrás del arma y movió el carro por partes, alineando el cuerpo del cañón para que no apuntara ni a un lado ni al otro de la diminuta marca.

—¿Quién se encargará de dar en el blanco? —preguntó, todavía de rodillas.

Agnolo Fulvio se paró de inmediato y se acucilló a espaldas de Leonardo. Mirando a lo largo de la parte superior del cuerpo del cañón, el teniente de artilleros vio dos muescas marcadas, una en la parte más grande de la recámara y otra en el aro de la boca. Justo sobre estas dos muescas, como una bellota en una copa, estaba el lejano blanco.

—He visto estas marcas antes —dijo Agnolo— en un cañón turco. ¿Cuántos tiros me da?

—Uno —contestó Leonardo.

—¿Con un cañón sin probar?

—El cañón va a disparar tan bien como cualquiera que hayas manejado —respondió Leonardo sonriente—, y mejor. Tienes mi palabra.

—Eso puede ser. Todavía no sé de qué va esto —dijo Agnolo, y se escuchó un murmullo de consenso entre sus colegas—. ¿Cuál es la distancia, dice?

—Quinientos pasos.

—Deme tres intentos y lo haré.

—Uno —respondió Leonardo implacablemente.

—Es una tarea imposible —repuso Agnolo—. Ningún hombre puede hacerlo. Mi primer tiro, verá, o se queda corto o vuela por encima del blanco, a menos que yo tenga la suerte de Satán. El segundo servirá para determinar qué tanto debo elevar o bajar el cuerpo del cañón para acortar o incrementar la distancia algunos pasos. Una vez que sé esto, justamente puedo decir que el tercero dará en el blanco. ¿Verdad, Scudo? —Y buscó la aprobación del enorme artillero.

—Está en lo correcto —convino éste—. Ése es el modo de hacerlo.

—Quédate a un lado, entonces —dijo Leonardo, y observa cómo las matemáticas pueden remplazar el primer y el segundo tiros.

—Será un placer.

Agnolo se puso de pie. Rápidamente, Leonardo dio vuelta al tornillo hasta que la manecilla unida al bloque llegó a la marca que correspondía a quinientos pasos. Se levantó mientras desempolvaba sus rodillas.

—Necesito un poco de tiempo —dijo—, y después disparen. Sólo necesito un tiro.

—¿Cuánto tiempo —preguntó Agnolo— y para qué?

—Para que pueda —contestó Leonardo— revisar mis cálculos. —Se volvió hacia Rigo—. ¿Quizá quieras acompañarme? —preguntó.

—¿A dónde?

—Al blanco, obviamente. En el nombre de la ciencia.

Rigo, quien había abierto los labios para decir algo, se calló mientras el artista se alejaba.

—Dispara cuando alce mi mano —le pidió a Agnolo Fulvio—. Y quita esa mirada de tus ojos o podría confundirla con impertinencia.

Agnolo se inclinó profundamente.

—A la orden, capitán —dijo—. Es su amigo y sin duda usted sabe qué es lo que está haciendo.

Varios minutos después, Leonardo y el capitán de artilleros estaban parados a cada lado de la puerta abandonada. A corta distancia de ellos y sin prestarles atención, el arroyo se abría paso entre manchas de nieve y guijarros iluminados.

—Más cerca —sugirió Leonardo.

—¿Por qué no directamente frente al blanco? —protestó gruñendo Rigo—. El teatro está bien, pero no imaginaba que me pedirían poner la cabeza en una bala.

—Ten valor —le aconsejó Leonardo—, aunque admito que tengo menos que perder que tú. Si el tiro falla, probablemente tus artilleros me cortarán en pedazos, y por ello bien podría ser decapitado antes de que ellos puedan hacerlo. Da la señal.

Rigo levantó su mano.

Una nube de humo blanco floreció desde la mitad del grupo reunido en la cumbre del valle. El estruendo de la detonación del cañón alcanzó sus oídos casi al mismo tiempo. Miraron el destello de la fulgurante bala a la

mitad del camino y, antes de que pudieran pestañear, el blanco que estaba entre los dos se hizo añicos. Las astillas volaron y una de ellas atravesó la manga de Rigo, que la sacó con un gemido de alivio. Sus ojos siguieron la bala que, gastada y deformada, rodaba hacia el arroyo. Los hombres comenzaban a descender de la colina en dirección de ellos, algunos agitando sus capas.

—Bien, señor artillero —dijo Rigo—. Me gustan los hombres seguros de sí mismos, eso es claro. Sin embargo, la próxima vez que quieras demostrar algo, estaré encantado si por casualidad estoy en cualquier otra parte.



Al amanecer del día siguiente, y a unos treinta y dos kilómetros a la distancia, Silvio Grimiani di Torino dejó que su imponente caballo negro eligiera su camino entre los escombros del patio de una abadía abandonada. Debajo de él, los techos de Fiesole resplandecían húmedamente en la luz grisácea del día por llegar. Más allá, el río Arno se hacía presente en los bancos de niebla circulante que la amarga noche había expelido en su superficie. Indiferente al frío, Silvio miró el camino boscoso que se extendía por la ladera de la colina desde el pueblo dormido. Sabía que era invisible mientras estuviera cerca del viejo y resquebrajado muro. Su caballo resopló, con el vapor ensortijado alrededor de sus fosas nasales, y las bridas en las manos de Silvio golpearon suavemente su cuello.

Cuatro de nosotros, se dijo a sí mismo. Tres, la verdad sea dicha. Paolo Pazzi era inútil, estaba claro. Había pasado demasiadas horas inclinado sobre sus cifras; era un empleado, no un asesino. Su hermano, Francesco, hubiera sido mejor para una tarea como ésta, incluso considerando su fracaso en Roma, pero el viejo Jacopo había insistido en que Paolo los acompañara, pues así podría aprender —como lo planteó irónicamente su padre— algunos aspectos del comercio que no se encuentran en libros contables ni en los recibos de embarque. Además, Francesco estaba en otro lado.

Bueno, aunque Paolo habría de tener pocas molestias. Benno Foscari y su estilete valían por dos hombres; también Mario Bandini, quien había sido

recomendado por su hermano mayor, y más tristemente célebre, Bernardo —quien, como Francesco Pazzi, tenía otras cosas que hacer—. Dos profesionales, un escribano y él mismo, entonces, pensó Silvio. Era suficiente.

Había pasado tres días explorando el campo en busca de noticias sobre el paradero de Leonardo da Vinci. Se decía que Rodrigo Leone estaba con él. Abundaban historias de misteriosas incursiones nocturnas; Silvio supuso que así eran los campesinos, que tenían —Dios lo sabía— muy poco con qué entretenerse. No había encontrado nada en específico hasta su arribo a la cabaña de caza de los Médici. El lugar se estaba derrumbando, pero todavía estaba habitado por un cuidador avejentado y su esposa, a quienes Silvio les había ofrecido una simple decisión: hablar o morir. La vieja mujer lo maldijo, pero su marido se mostró menos obcecado. Llevó al príncipe de Saboya afuera de la cabaña y señaló el pronunciado y escondido camino hacia la colina escarpada que llegaba a la casa. Maese Leonardo da Vinci —afirmó— estaba en ese momento ahí arriba, en alguna encomienda. ¿Iba acompañado de un hombre fornido? Sí. El cuidador se deshizo entonces en ininteligibles ruegos de piedad y Silvio, satisfecho, le permitió reunirse con su desdentada esposa.

Sin duda, habría estado menos complacido si el viejo criado —que estaba menos aterrorizado de lo que parecía, porque había servido en la infantería al mando del abuelo de Lorenzo, Cósimo de Médici— le hubiera informado que el artista y el capitán de artilleros estaban acompañados de cincuenta hombres armados. Y como de cualquier modo el príncipe no había preguntado por tal información, el cuidador no vio razón para añadirla como alguna ocurrencia postrera.

En el patio en ruinas encima de Fiesole, Silvio puso los oídos atentos y escuchó el sonido de cascos de caballos que se acercaban. Sopló en sus manos ahuecadas y esperó, con precaución y un ansia creciente, la llegada de sus cómplices.

* * *

—Veo un problema —apuntó Rigo.

—Hay muchos —admitió jovialmente Leonardo—. ¿Cuál es el tuyo? —preguntó mientras lanzaba un puñado de guijarros, uno por uno, desde donde estaban sentados hacia el camino debajo de ellos. Eran las últimas horas de la tarde y el clima estaba tranquilo. Los artilleros preparaban su comida de la noche afuera de las cuevas en el extremo superior del valle. Rigo y Leonardo habían dado un paseo y estaban ahora encaramados en la cima de una de las columnas de roca que custodiaban la entrada a la cañada desde la cabecera del camino. La cabaña yacía, minúscula, a unos doscientos metros debajo de ellos. De su puerta descendía un camino más ancho, a través de los pies de las colinas cubiertas por tiras de nieve, hacia una llanura distante.

—Me preocupa la medición de la distancia —repuso Rigo, frotándose el cuello—. Tu teatrillo de esta mañana tuvo un admirable efecto, pero, después de todo, Agnolo me señaló algo revelador. No nos preocupa demasiado estimar la distancia de nuestros objetivos porque hasta ahora lo hemos hecho adivinando y por nuestros tiros de avistamiento. Tu nuevo método no permite esto, si es que estoy en lo correcto en mis razonamientos.

—Lo estás.

—Y fuiste muy cuidadoso en medir la distancia entre tu cañón y su objetivo antes de disparar. Tenías que hacerlo, de otro modo tu método no habría tenido éxito. ¿Estoy en lo correcto?

—Bastante.

—Entonces ¿cómo —preguntó Rigo— vas a hacer cuando no conozcas de antemano la distancia? Ése es mi problema.

—Rigo, amigo mío —dijo Leonardo—, tu percepción es precisa, y tu punto crucial. Más aún dado que, finalmente, estaremos disparando nuestro cañón en la noche.

—¡En la noche! Esto se hace más incomprensible cada minuto. ¿Cómo diablos vamos a hacer eso?

—Por medio, una vez más, de las matemáticas, junto a un aparato que construí para tal propósito. Acércate y déjame mostrarte.

Leonardo abrió las solapas de su libreta, tomó el carboncillo y comenzó a dibujar.

—Supongamos —prosiguió— que tomamos una vara larga, y la ponemos en el suelo frente a nosotros con sus extremos de izquierda a derecha. Ahora, en cada uno de los extremos de esta vara montamos dos tiras de latón, como el brazo de un taxímetro,^[5] o como las muescas de precisión que viste en el cuerpo de nuestro cañón allá arriba. Primero fijamos la vista en ésta en el extremo de la derecha, y se alinean sus muescas hacia el objetivo... así. Después, sin mover la vara, hacemos lo mismo con la muesca del extremo izquierdo. Ambos extremos ahora apuntan a nuestro objetivo. ¿Entiendes?

—Sí, es casi como si apuntáramos dos pequeñas armas a la misma marca.

—Exactamente. Ahora podrás percibir que aunque ambos extremos llevan por destino el mismo lugar, en realidad apuntan levemente hacia distinta dirección, porque están separados por el largo de la vara. De hecho, cada uno apunta hacia dentro: hacia el otro, así sea en un grado muy pequeño. Muy bien. Entre más cercano el objetivo, más grande será la inclinación entre ellos. Y si medimos esta inclinación hacia dentro, lo que puedo hacer por medio de una rueda graduada montada en uno de los extremos... así y así... entonces puedo calcular la distancia entre el objetivo y donde está mi vara. Una vez que se entiende la naturaleza del aparato, se hace fácilmente.

—¿Y ya lo construiste? —preguntó Rigo—. Ahora que lo has dibujado para mí, puedo en efecto ver que podría funcionar.

—Lo he construido, y trabaja con suficiente precisión para nuestros propósitos.

—¿Y en la noche? ¿Qué hay entonces?

—También lo he considerado... ¿qué ocurre?

Rigo lo interrumpió, puso una mano en su hombro y señaló.

—Mira —dijo—, debajo de nosotros, al lado de la cabaña. Jinetes.

Leonardo miró hacia abajo, entre las copas de los pinos.

—Cuatro —convino—. Y vienen hacia acá, por la dirección que llevan. —Se agachó lentamente, hasta que estuvo recostado sobre la superficie de la piedra. Rigo ya lo había hecho.

—Aquí hay problemas, entonces —repuso Rigo—. Están demasiado lejos para ver quiénes pueden ser, y se internarán en los árboles pronto. ¿Amigos o enemigos? ¿Qué crees?

Leonardo, alcanzando un saco de piel que estaba encadenado junto a su libreta en su cintura, sacó un pequeño objeto cilíndrico y se lo llevó a los ojos.

—El príncipe de Saboya —anunció con toda naturalidad—, y Paolo Pazzi. No reconozco a los otros dos, pero ahí está la respuesta a tu pregunta.

—Por la Pasión —exclamó Rigo—. ¿Qué es esto? El año pasado te había considerado de muy buena vista en Castelmonte, pero esto está más allá de toda creencia. Muéstrame qué tienes aquí.

Leonardo le extendió el cilindro de metal. Era del ancho de dos dedos, y un poco más largo que ancho.

—Has visto anteojos antes, ¿no? —preguntó en tono ligero.

—No de este tipo. Los anteojos son planos, y los usan los viejos y los abogados. ¿De qué está hecha esta cosa?

—Con dos lentes, a corta distancia uno de otro, como puedes ver —replicó Leonardo—. El del fondo está puesto en sentido contrario al del frente. Llegué a este principio por accidente cuando estaba jugando con un par de estos lentes y los engarcé yo mismo.

—Un milagro —clamó Rigo, mirando a través del tubo—. Se han ido —añadió—, pero deben estar subiendo hacia nosotros; hasta puedo ver sus huellas. Amigo mío, esto te hará un hombre rico. Yo pagaría...

—No necesitas pagar nada —repuso Leonardo—. Acéptalo como el regalo de un artillero a otro. Sólo sé tan amable de mantenerlo oculto. Deja que los otros piensen, como tú lo pensaste de mí, que tienes buena vista, y nada más.

—Gracias. ¿Qué digo? No puedo agradeceréte lo suficiente.

—En el nombre de Dios —contestó Leonardo con una sonrisa—, hagamos menos alharaca por un pedazo de oropel con el que podemos ver la luna. Me tomará un par de días hacer otro. Mientras tanto, si regresas tu atención a asuntos más urgentes, ¿podríamos decidir qué hacer con Silvio y sus amigos? Me doy cuenta de que empiezo a cansarme de ellos.

—Claro. Bueno, les tomará poco más de media hora alcanzar la cima de este camino.

—Entonces los esperaré aquí —dijo Leonardo—, y tú reúne a un pequeño grupo de aquellos que crean necesitar un poco de ejercicio, y luego veremos qué es lo que pretenden.

* * *

Benno Foscari lo vio primero y lo anunció calladamente con un brazo levantado. No había necesidad de señalar a su presa. Doscientos pasos frente a ellos, y claramente visible a través de los troncos de los pinos que escoltaban la ascendiente curva final del camino, Leonardo estaba sentado en el tronco de un árbol en medio de su camino, con la espalda vuelta hacia ellos. Parecía estar dibujando; evidentemente, aprovechaba la última luz del día.

Silvio se detuvo al lado de Foscari.

—Un asunto sencillo —susurró—. Pero ¿dónde está el artillero?

—O detrás de nosotros o en cualquier lugar más allá del recodo, donde esas dos rocas gemelas custodian el camino —replicó Foscari quedamente—. Pues no veo caballos. ¿Ésa es la entrada al valle de la que habías hablado?

—Lo imagino.

—Entonces acampan ahí —dijo Foscari—, puedes confiar en eso. —Su caballo se encabritó, pero había suficiente aire entre los árboles para acallar cualquier ruido que pudieran hacer. Sería más sencillo verlos que escucharlos, si estaban lo suficientemente callados—. ¿Qué tan importante es el artillero en este asunto?

—Una guarnición en un platillo. Si aparece, mátenlo; si no, mejor. —El príncipe de Saboya ordenó a los dos jinetes detrás de él—: Paolo —dijo—, quédate en la retaguardia. Grita si ves al capitán Leone; de otro modo, no hagas nada. ¿Entendido?

Paolo Pazzi asintió, esperando que el alivio no lo avergonzara. Tenía poco estómago para lo que sabía que iba a pasar, ya fuera pelea o simple asesinato, y estaba agradecido por la oportunidad de regresar a Florencia sin pena ni gloria.

Incluso como retaguardia, Paolo era incapaz de cumplir con sus deberes, aunque dadas las circunstancias importaba poco. Haciendo su caballo a un lado, mantuvo su mirada no en el camino debajo de él, sino en Silvio Grimiani, quien —flanqueado por Benno Foscari y Mario Bandini— avanzaba ahora al último recodo del camino hacia la espalda del todavía desprevenido artista.

Para el momento en que habían recorrido la mitad de la distancia de su presa, Mario albergó una ligera inquietud. ¿El hombre era sordo? Con viento o sin él, ¿no debería ya estar al tanto de sus intenciones mortales? Había escuchado que los pintores a menudo se ensimisman tanto en su trabajo que olvidan todo lo demás, y ciertamente éste parecía ser el caso. Observando la escena desde un punto de vista profesional, Mario Bandini no podía encontrar nada extraño. Veinte pasos más allá del artista sedente, el camino se volvía abruptamente hacia la derecha, presumiblemente ingresando al valle alto. No tenía a dónde escapar de ellos, y si lo hacía, sería una simple cuestión de perseguirlo a él y a su compañero, si es que éste estaba por algún lado.

A treinta pasos de la espalda de Leonardo, Silvio Grimiani se detuvo. Desenvainó su acero, con los dientes apretados en recuerdo de desaires pasados, tanto reales como imaginarios.

—Artista —lo llamó amenazante.

Leonardo da Vinci se volvió y se puso de pie en un solo y fluido movimiento. Tenía una expresión de peligrosa diversión en el rostro. Al mismo tiempo, como si esperaran la señal del estoque de Silvio, aparecieron hombres alrededor del príncipe y de sus acompañantes; emergieron desde detrás de las rocas, de los troncos de los árboles y del recodo donde el camino se perdía entre sus guardianes de piedra. Hombres oscuros, con casacas de cuero y la piel ajada por la pólvora, blandiendo dagas, clavos de acero, bastones y espadas cortas.

Benno Foscari, ya con el estilete en la mano, vio dibujarse la inminente derrota y espoleó desesperadamente a su caballo. El animal retrocedió y luego se lanzó hacia delante dando uno o dos pasos. Rigo Leone tomó la brida e impidió el movimiento de las patas delanteras con el muslo mientras jalaba la montura. Foscari, mal sentado, tuvo un segundo para maravillarse

de la prodigiosa fuerza del artillero mientras el caballo caía relinchando; después, tras un breve momento de elevado vuelo, el sicario se estrelló en una piedra. Rigo, un guerrero por naturaleza, de inmediato y sin ceremonias le pateó el cráneo.

Paolo Pazzi, afectado por el terror, vio los primeros instantes de la emboscada desde su lejano puesto entre los pinos. Al ofrecerse como carnada para la trampa, Leonardo había ordenado a los artilleros —para el vivo disgusto de Rigo— contener su violencia hasta que Silvio Grimiani hubiera dejado claras sus intenciones; además, no habían tenido tiempo de cortar la retirada de sus oponentes cerrando el camino más allá de la ladera de la montaña. Su principal preocupación, en todo caso, era prevenir una incursión hacia el valle. Paolo tiró de la cabeza de su caballo y pudo ver a Mario Bandini siendo arrancado de su montura por el gigantesco Scudo, quien rodeó el cuello del forajido con un brazo y después hizo que la cabeza del matarife se doblara implacablemente hacia delante hasta que su columna se rompió como una rama podrida. Paolo, sin poder controlarse, espoleó a su caballo para que emprendiera un tambaleante cabalgar y se marchó.

El príncipe de Saboya dirigió una mirada en dirección de la silueta de su retaguardia mientras estaba huyendo y tornó su rostro en una mueca de escarnio. Rodeado de hombres y aceros, estaba todavía sentado en su montura, cuya brida sostenía Leonardo da Vinci.

Rigo Leone se acercó al grupo, lanzando ociosamente el estilete de Benno Foscari al aire y atrapándolo de nuevo, y sonrió con la amplia sonrisa de un carnívoro hacia el artista.

—¿Qué dices? —preguntó, mientras hacía muecas al príncipe con el arma que sostenía—. ¿De oreja a oreja?

Leonardo sacudió la cabeza y tomó el estilete que Silvio había lanzado al suelo en señal de rendición.

—Si lo llamamos ganamos poco —señaló—. Su amigo ya está perdido para nosotros, y las noticias de nuestro paradero llegarán a los oídos de Roma en poco tiempo. Bueno, iba a pasar tarde o temprano, e importa poco. Déjalo vivir.

—Eso es una tontería, Leonardo —replicó Rigo—. Deja de lado, si quieres, el hecho de que este principito te hubiera asesinado aunque estuvieras sin armas, y de que nada se interpone entre nosotros para hacerlo del mismo modo. Puede que nuestro paradero no sea ya un secreto, pero fuera de este valle nada concierne a nuestros propósitos. ¿Lo vas a mantener como prisionero?

—Sí, por la piedad de Lorenzo.

—Te arriesgas demasiado, pues allá hay más que puede ver. Cortemos su garganta como el perro que es y arrojémoslo por el acantilado.

—No —dijo Leonardo—. Para empezar, hay un asunto que debo discutir con él. —Se dirigió a Silvio Grimiani—. Príncipe —dijo—, ¿nos daría su palabra de no escapar? Es eso o la muerte.

—Se la doy —repuso Silvio—. Aleje a sus campesinos de mí.

—Entonces apéese —le contestó Leonardo—, y mantenga una lengua civil.



Lo hospedaron, a pesar de las continuas y vehementes protestas de Rigo Leone, en la más pequeña de las cuevas. Después de la cena, ahí lo visitó Leonardo, y encontró al príncipe de mal humor.

—Éstas no son condiciones para un prisionero —dijo éste.

—Son las mismas que las nuestras; aunque mejor, de hecho, porque tiene privacidad —dijo Leonardo.

—Sus execrables compañeros pueden vivir como prefieran —dijo Silvio—, y tú también. Yo vengo de diferente cuna.

—Sería el último en negarlo. Tenga cuidado, príncipe, todavía puedo lanzarlo a ellos.

—No te atreverías —repuso Silvio—. No si esperas la misericordia de Roma, cuya causa es la mía.

Leonardo, que había llevado consigo un pequeño taburete, lo puso en el suelo y se sentó. Recortó la vela, que era su única luz, y la movió hasta que estuviera equidistante entre ellos.

—Por extraño que parezca, no camino con un miedo constante a Roma —dijo—, aunque estoy complacido de escucharlo declarar su lealtad hacia

ella. Déjenos, entonces, discutir la naturaleza de sus servicios hacia Roma. En particular, hablemos de cierta emboscada que se llevó a cabo el otoño pasado.

—No te entiendo —repuso el príncipe.

—Yo creo que sí —contestó gentilmente Leonardo, estudiando su rostro al resplandor de la vela—. Pienso que sí. Me refiero al viaje en el que Carla de Ávalos fue raptada de su custodia por los defensores de Castelmonte, sólo para morir después en manos del conde de Imola. ¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo. ¿Qué con eso?

—Que me he estado preguntando los últimos cinco meses —dijo Leonardo, todavía en tono conversacional— ¿cuánto le ofrecieron por traicionarla?

—¿Qué es esto de traición? No traicioné a nadie —contestó Silvio—. Giuliano de Médici mismo puede testificar que cumplí con mis deberes como escolta tan bien como se esperaba, dado que nos superaban en número. Tu aseveración es infamante.

—No —repuso Leonardo—. Me temo que ésa no es la respuesta. Giuliano me dijo, es verdad, que usted estaba luchando con la retaguardia cuando él llegó a la escena. También cree que el ataque fue parte de una incursión azarosa, quizá de alguna cuadrilla de Castelmonte que rompió el sitio en busca de provisiones. Este razonamiento nunca se cuestionó, y Giuliano, por supuesto, estaba demasiado angustiado para llegar a la inferencia de lo que había visto. Fue, según su parecer, un ataque sorpresa o *camisado*, y los hombres no usan camisas encima de la armadura a menos que su excursión tenga un propósito deliberado, y uno de éstos involucra ser reconocido por los amigos en la oscuridad de la noche. Si hubieran encontrado a su escolta, príncipe, por accidente, como se adujo, entonces habrían estado vestidos normalmente. Entonces, no fue por accidente, sino por un plan, que llegaron hasta usted. ¿Quién diseñó el plan? Usted. Fue usted quien insistió en que la señorita Carla y sus acompañantes dejaran Pistrola a la medianoche, en lugar de esperar la escolta de Giuliano al siguiente día; fue usted quien los guio adelante de Castelmonte, en lugar de tomar la ruta más larga y más segura a través de las colinas. Es decir, los traicionó, y mandó a Carla de Ávalos a su muerte. ¿De verdad creyó —

prosiguió con la voz suave, pero ahora con un sombrío dejo— que lo mantuve como prisionero para enfrentarlo a la justicia de Lorenzo por la insignificante cuestión del intento de asesinato de mi persona? No. Es por la vida de Carla de Ávalos, una mujer desvalida, y que no tenía nada que ver con sus miserables conjuras en favor de Roma y en contra de Florencia, que usted responderá ante Florencia y ante Dios. Puede quedarse con la vela, príncipe; sería una crueldad innecesaria de mi parte dejar a un hombre con un alma tan cobarde como la suya en la oscuridad.

Dejó al príncipe de Saboya lívido y salió de la cueva. Rigo lo alcanzó al lado del arroyo.

—Una víbora, Leonardo —dijo—. Al tratarlo procede con celeridad, no vaya a morderte los talones; por lo que veo en tu semblante, sabes que es la maldad misma. Mientras tanto, pondré una guardia que lo vigile.

—Ha dado su palabra —respondió Leonardo—. Deja que la honre, si espera dar un pequeño paso hacia su propia salvación.

—Por su palabra no doy ni una pizca de polvo.

—Tampoco yo —repuso lúgubrementemente Leonardo—. Monta por tanto la guardia, pero no demasiado cerca. No puede ganarte a correr, de todos modos.

—Ahí, por Dios, que hablas con la verdad —respondió Rigo—. Duerme un poco, ingeniero, y yo daré las órdenes que sean necesarias.

* * *

Poco después de la medianoche, Giunta di Lenzo, a quien se le había encomendado la inoportuna tarea de sentarse afuera de la cueva que albergaba al príncipe de Saboya, lo escuchó gemir dentro de ella. Se levantó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tráeme una vela, si eres un hombre honesto —contestó Silvio—. La mía se ha apagado.

—Entonces duerme —dijo Giunta—. No soy tu sirviente.

—No, buen amigo —repuso Silvio—. No puedo dormirme, debo pedir por mi alma. No me dejes sin una luz, te lo suplico.

—Al diablo con tu alma —replicó el artillero. Sin embargo, tomó una lámpara de la tienda más cercana, que estaba a menos de diez pasos de distancia. Regresó con ella, e imprudentemente entró a la cueva con la mano extendida. El príncipe, que estaba apostado en la entrada, lo golpeó en la cabeza con una piedra y pasó por su exánime cuerpo hacia el cielo abierto. Agazapado en el granito, esperó por cinco largos minutos hasta que, satisfecho porque sus captores dormían, cayó sobre sus rodillas y comenzó a reptar.

A medio camino hasta el valle, se puso de pie. El cielo nocturno estaba cubierto de nubes y caminó ágilmente en dirección de las piedras que conducían a la salida, seguro de que no podía ser visto y de que, aunque se diera la alerta detrás de él, podría perderse entre los árboles antes de que cualquiera pudiera alcanzarlo.

Lo escucharon venir cuando estaba a cien pasos de distancia.

Arrodillado en la hierba húmeda detrás de las rocas a las que el príncipe se acercaba, Rigo sonrió socarronamente y prendió el extremo de un cerillo, ocultando su pequeño resplandor entre las palmas dobladas. Sus cuatro compañeros, agachados junto al cañón, sostuvieron el aliento, expectantes. El cañón, ubicado en la superficie del camino exterior y cargado con una pequeña bala, apuntaba hacia el valle, con su boca cubriendo exactamente el espacio entre las columnas naturales a cada lado del camino.

Silvio Grimiani se dejó caer ligeramente por la orilla del camino que había seguido, y sus pies se deslizaban casi inaudiblemente sobre las piedras sueltas de la tierra. Recuperó el equilibrio, entornó los ojos en la oscuridad que lo rodeaba y caminó confiadamente hacia el portal que lo conducía hacia la libertad.

A veinte pasos de distancia, Rigo acercó el cerillo al cartucho.

La lluvia de chispas sorprendió al príncipe de Saboya, desconcertándolo por un terrible instante antes de que se diera cuenta de lo que pasaba. Se volvió a medias, gritando. El aullido, fundido con el pequeño trueno del cañón, se enquistó entre los jirones de su cuerpo, desapareciendo entre el retumbo estridente de las rocas cercanas en un atroz golpeteo de fragmentos inusitados de tela, metal, hueso y carne.

Rigo Leone dispersó de su rostro el humo con su capa.

—Recen un avemaría por los pedazos —cantó para nadie en especial—. No podemos esperar recolectarlos todos. Mañana construiremos una presa y desviaremos nuestro arroyo hacia este camino. Soy, como todos saben, quisquilloso, y no me gusta vivir con carroña desparramada en mi puerta.

OceanofPDF.com

XVIII

FRANCESCO DELLA ROVERE, el papa Sixto IV, con un manto con adornos púrpuras, estaba sentado frente a una ventana iluminada por el sol con nervioso disgusto. Su estado de ánimo no era ocasionado ni por el manto ni por la luz del sol, pero sutilmente eran parte de él. Pues su vestimenta era de Cuaresma, y la Cuaresma estaba acercándose a su final; el buen clima anunciaba la pronta llegada de la primavera, y con la primavera tenía que llegar una decisión.

Su Santidad no estaba preparado todavía para ella y por ello estaba con los nervios de punta, cuanto más desde que su sobrino, el capitán general y conde de Imola, había solicitado audiencia. Llegaría pronto y lo presionaría —Sixto estaba seguro— para iniciar inmediatamente con la campaña de la temporada. Sobre esto Sixto no tenía objeción, porque había trazado sus planes estrictamente militares desde antes. Sin embargo, el conde también lo presionaría sobre otros asuntos, más sutiles, más susceptibles de salir mal, de ética incierta y, lo peor de todo, de dudosa utilidad. El problema con Riario, reflexionaba Sixto, era que, como arma, se parecía a un cañón de mano: ruidoso, potencialmente aterrador y aun así propenso a que sus tiros salgan por la culata.

De algún lado se escuchó llegar el muelle repique de una campana. Su capellán se levantó de una mesa y caminó hacia la puerta de la habitación. Regresó, para vaga sorpresa del Pontífice, con el cardenal Rodrigo Borgia.

—Estamos encantados de ver a Su Eminencia —dijo Sixto, después de las formalidades—, pero desafortunadamente esperamos en cualquier momento a nuestro amado sobrino. Al mediodía, quizá...

—El conde de Imola ha sido llamado a otro lugar por asuntos militares, y pide su perdón —dijo el cardenal Borgia—. Si Su Santidad pudiera

perdonar gentilmente su ausencia, yo tomaré su lugar y su encomienda.

—Entonces, por favor, tome asiento —Sixto sonrió—. Debemos confesar que sentimos un poco de alivio, y Su Eminencia es bienvenida sin reserva alguna. Junto a nuestro alivio, debemos confesar también curiosidad y, si usted la acepta caritativamente, un poco de sospecha. Su Eminencia es notablemente más persuasivo que el conde, y presumo que la encomienda de la que habla es de tipo persuasivo.

—Sólo en lo más mínimo —contestó el cardenal Borgia—. No voy a ocultar a Su Santidad que pensamos que yo podría tener un tacto más delicado.

—Así me lo temía, pero prosiga.

El cardenal se dispuso a comenzar.

—¿Puedo resumir para Su Santidad? —dijo—. Leonardo da Vinci, bajo las órdenes de Lorenzo de Médici, está en los Montes Apeninos. Un atentado (el segundo) contra su vida ha fallado. El príncipe de Saboya presumiblemente está muerto y estamos seguros de que dos de sus compañeros lo están. El único hombre que pudo escapar de este asunto dice que Leonardo da Vinci está acompañado por el capitán Rodrigo Leone y una importante fuerza de artilleros. Esto confirma lo que largamente pensamos: que Lorenzo de Médici pretende reiniciar el sitio de Castelmonte tan pronto como pueda, y que Da Vinci está diseñando nuevo armamento para este propósito.

—¿De qué naturaleza es este armamento? —preguntó Sixto.

—Ésa es la cuestión. Ya que ninguno de nosotros posee la mente de maese Leonardo, y el hombre que escapó no pudo ver lo que estaba haciendo, su trabajo se mantiene como un factor desconocido. Podríamos adivinar que ha construido un cañón más grande y más extraordinario para castigar los muros de Castelmonte, toda vez que el año pasado los cañones de Florencia se mostraron ineficaces ante esta tarea.

—Es muy probable —replicó el Pontífice—. Prosiga.

—El punto es —dijo Borgia— que lo que sea que estén planeando claramente concierne a la artillería, y por lo mismo deberá llevarles algún tiempo destacar el nuevo armamento. Sin embargo, su capitán general está preocupado ante la perspectiva de que le deparen alguna sorpresa al conde

Della Rovere de Castelmonte, al duque Federigo da Montefeltro o a él mismo en, digamos, seis semanas contadas a partir de hoy. Ellos ya han concedido la posibilidad de un bombardeo que dure dos meses (como el del otoño pasado). No desean encontrarse con un arma que, por su tamaño y potencia, pueda romper el muro en, otra vez digamos, un mes. Como su tarea es mantener el valle del Arno hasta que el ejército de Roma necesite atravesarlo, la postura de Riario es razonable.

—La aceptamos por tal. ¿Y bien?

—Riario piensa que los planes de Florencia, de cualquier naturaleza, deben ser descubiertos cuanto antes para que él pueda proceder con sus planes. Por ello, Riario propone obligarlos a actuar.

Los ojos del Pontífice inmediatamente se entornaron en señal de cautela.

—¿Y cómo lo haría? —preguntó.

—Tenemos con nosotros en Roma —dijo el cardenal Borgia, indirecta y cuidadosamente— al hombre que escapó de la emboscada de Leonardo. Es Paolo Pazzi. —El cardenal hizo una pausa.

—Sabemos lo que propone la familia Pazzi —repuso al momento Sixto IV—. No podemos ser parte de eso. Un atentado en contra de la vida de nada menos que Lorenzo de Médici...

—Su Santidad no necesita ser parte de esto —respondió el cardenal Borgia—. Por eso estoy yo aquí, y no el conde de Imola.

Sixto percibió la contundencia del argumento. Si Girolamo Riario estuviera sentado ante él, su discurso habría sido incómodamente directo.

—Entonces pactemos los términos —dijo—. Por ningún motivo aprobamos lo que planea la familia Pazzi, aunque sería útil dadas las circunstancias. ¿Está claro?

—Perfectamente. Salvo por una cosa, Su Santidad no necesita preocuparse más por este asunto.

—¿Qué cosa?

—Una insignificancia —dijo el cardenal—, déjeme pensar en cómo decirlo... Como una muestra de que el disgusto de Roma, si ocurriera algo desafortunado que obligara a Florencia a revelar sus planes, no será excesivo, el conde de Imola pide que el joven cardenal Rafaello Sansoni-

Riario, su sobrino, sea enviado de Pisa a Florencia para asistir a la misa del Domingo de Pascua. Es todo.

—¿Y con ello asegurar que nosotros, de hecho, vemos con buenos ojos la violencia? De ningún modo. Debemos negarnos.

—Su Santidad habla con demasiada precipitación, lo que quizás es entendible. Al enviar al cardenal a Florencia, la Iglesia, por el contrario, demostrará su inocencia en cualquier plan que involucre a los Médici. El cardenal —añadió Borgia reflexivamente— tiene apenas diecisiete años y es un joven de admirable pureza.

El Pontífice y el cardenal se miraron de hito en hito por un largo tiempo. Sixto advertía el dilema muy claramente. Si se negaba, Borgia expondría los detalles de cualquier conspiración que fuera planeada en Florencia en contra de los Médici, y lo invitaría abiertamente a prohibirla. Y al hacerlo, cualquier error en la campaña de primavera podría recaer directamente en él. El cardenal, hábil como siempre, le había dejado un solo camino. Y lo tomó.

—Por la protección de la Iglesia, y como una señal de nuestro permanente amor hacia la familia gobernante de Florencia, sin importar qué tan lejos se hayan desviado de nuestra estima, así lo ordenaremos. Cuide, Su Eminencia, que ningún perjuicio caiga sobre el cardenal Sansoni-Riario —dijo Sixto—, quien es tan querido para nosotros como debe serlo para el conde de Imola, su tío.

* * *

—¿Y mi palabra? —preguntó fríamente Lorenzo de Médici. Estaba furioso, como podían verlo todos. Incluso Bianca, que había resistido más a menudo su ira que sus compañeros y había aprendido a sobrevivir a ella sin ningún daño, estaba más pálida de lo usual. Sin embargo, el temperamento de Lorenzo fue superado por el de su hermano.

Giuliano soltó la mano de Constanza y dio un paso al frente.

—¿Qué con ella? —preguntó por respuesta—. ¿Ha sido firmado algo entre los Ferrara y los Médici? Lo dudo. Deja que el duque encuentre otra mujer para desposar a su hijo.

—Hablas como un niño —repuso Lorenzo—. Sin lugar a dudas lo hará; ¿eso cómo me ayuda a mí o a Florencia? —Se volvió hacia Constanza—. Déjeme escucharlo de usted, señorita. ¿Espera un niño?

—Así es, mi señor.

—¿De Giuliano?

—Mi señor —dijo Constanza—, le permito cierto disgusto con las noticias, pero no me insulte. Si usted hizo promesas, yo también. Sin duda usted cree que las suyas son más importantes, pero no espere que tenga la misma opinión.

Lorenzo recargó las manos en la mesa, levantándose abruptamente.

—¿Disgusto? —dijo—. Tenga cuidado, señorita, de que no descargue mi disgusto con usted. No tomo bien el ser contrariado.

—Entonces te sugiero discutir conmigo —respondió Giuliano—, porque la ofensa fue mía. Es hora de que tú y yo ajustemos cuentas, Lorenzo. Tienes mi lealtad y mis servicios, porque eres mejor para gobernar y yo para seguir. Cuando han conspirado contra ti, tus enemigos se convierten en los míos. Si llevas los intereses de Florencia en el corazón, yo también; pero el amor que le profeso a Constanza no está a disposición de tus contratos y tus sellos. Si eso no es lo suficientemente claro para ti, entonces no sé cómo hacerme entender mejor.

Los dos hombres se miraron ferozmente uno al otro a través de la anchura de la mesa.

—Vamos —dijo Giuliano, menos hostilmente—, ¿vas a admitir que la mitad de tu enojo no es por lo que le debes decir a Ferrara, sino debido a que te sientes persuadido por nosotros? Te hemos desafiado, pero aun así tomamos el único camino posible.

—Tienen razón —dijo Bianca—. Ellos...

—¿Podrías guardar silencio? —replicó Lorenzo estridentemente—. De cualquier manera puedo ver su mano en esto, señora. Y si hubiera de examinar más allá, me atrevería a decir que puedo encontrar culpa en alguien más, y me refiero a maese Leonardo da Vinci. Y ninguno de los cuales, podría decir, se encuentra favorecido a mis ojos. Bueno. —Lorenzo frotó su quijada.

—No todo lo que pasa aquí es obra de Leonardo —repuso Bianca, observando correctamente que lo peor de la tormenta había pasado.

—Te ordené guardar silencio.

—Lo siento mucho.

—En lo que concierne a ustedes dos —dijo Lorenzo a Constanza de Ávalos y a su hermano—, estaría en mi derecho de exiliarlos de Florencia. Se ha hecho antes. Pero lo hecho, hecho está, y seguramente Ferrara no estará contento de tener un bastardo Médici bajo su cuidado.

—Señor, su modo de decir es ofensivo —reclamó Constanza.

—Posiblemente. No dé por sentado que porque mi perdón parezca probable me he vuelto blando, porque no.

Constanza se rio.

—¿Estamos por ser perdonados?

—A su tiempo —dijo Lorenzo—. Por ahora denme sus manos, los dos.

—Haré algo mejor —contestó Constanza. Caminó alrededor de la mesa y lo besó sinceramente. Giuliano extendió su mano.

—Ya que hablaste de la bastardía —repuso—, ¿podemos ahora anunciar nuestro compromiso?

—Más les vale.

—¿Y tu bendición?

—Ésa me la arrebataron en contra de mi voluntad, pero vaya también —contestó Lorenzo, relajándose por fin hasta esbozar una sonrisa—. La Pascua se acerca: una buena época para el regocijo, creo. No obstante, primero tendríamos que buscar la venia de la señorita Bianca, porque sin ella es claramente imposible moverse en estos temas. Ven, pequeña. Rara vez tengo la oportunidad en estos días de ser cobijado por dos mujeres que poseen belleza y determinación a la vez. Tengo que aprovecharla, para que después pueda recordarme a mí mismo que mi autoridad no es siempre tan poderosa como creo que es.

* * *

El Domingo de Pascua, el veintiséis de abril, la ciudad de Florencia se despertó con una cálida y purificadora lluvia torrencial que dejó las calles y las plazas relumbrando en el tardío sol de la media mañana. A través de sus

calles, yendo en procesiones de gremios con sus pares o en grupos informales de amigos y parientes, los florentinos caminaban alegremente en gozosa concurrencia; regocijados por el fin del ayuno de la Cuaresma y vestidos con ropajes que hacían juego con la alegría de su espíritu, se saludaban entre ellos en el camino hacia la iglesia para dar gracias tanto por la Resurrección de Jesús como por el inicio oficial de la primavera. Los niños saltaban por los charcos que todavía quedaban y eran reprendidos acremente por sus mayores; los soldados se pavoneaban debajo de los arcos con casacas carmesíes, llevando los arreos pulidos hasta brillar finamente para beneplácito de las mujeres que pasaban junto a ellos; los clérigos caminaban de dos en dos y de tres en tres, con los hábitos listos para cualquier deber eclesiástico que los esperara.

Sin embargo, había aquellos que veían este domingo con ojos distintos. Para ellos era el día de la consumación, el cenit de una conjura tan vil por su impiedad que uno de los miembros originales de ella —el resentido mercenario Gian Batista da Montesecco— la había encontrado demasiado fuerte para su estómago y había renunciado. No era conocido por ser escrupuloso; su objetivo, el doble asesinato de Lorenzo y de Giuliano de Médici, no le incomodaba en absoluto. Lo que lo había hecho retractarse eran el momento y el lugar de la ejecución.

Los otros no eran tan delicados. Paolo, Francesco e Ippolito Pazzi, junto con su padre y el asesino Bernardo Bandini —quien ahora clamaba venganza por la muerte de su hermano en los Apeninos—, no encontraban reprochable el manchar el mármol de la catedral con sangre Médici; tampoco el arzobispo Salviati, todavía sulfúrico por negársele continuamente la sede de Pisa. De hecho, su aprobación fue tan absoluta que había encontrado inmediatamente a los remplazos para Montesecco: dos curas de su propio séquito, Stefano di Bagnone y Antonio Maffei di Volterra. Sombriamente humorista, había señalado que, si los Médici morían en la iglesia, sus almas estarían más cerca del cielo.

El joven cardenal Rafaello Sansoni-Riario, inocente de todo este proyecto de cobardía y sacrilegio, viajó hacia la catedral de Santa María del Fiori en un palafrén blanco. Algunos prelados, más viejos y sabios que él, le habían dicho que Florencia abrigaba poco amor por la Iglesia que él

representaba, y había iniciado su viaje desde la Villa del Pazzi con un ataque de nervios. Estaba sorprendido de ser bienvenido por todos lados. Sus ojos alicaídos fueron vistos por los florentinos como evidencia de una agradable humildad, y estaban lejos de ser vengativos. Al encontrarse a un Nuncio Extraordinario de la Iglesia que, lejos de mostrar el engreimiento común a todos los príncipes de Roma, parecía por el contrario no tener que decir nada sobre ningún tema, la nobleza lo arropó y la gente del pueblo lo siguió. Además, Constanza de Ávalos le había obsequiado una rosa en los escalones del palacio de los Médici, un gesto que lo dejó ruborizado. Sin saber qué hacer con el regalo, lo llevó en una mano por las calles mientras que la otra sujetaba las riendas de su caballo, y la imagen de sencillez que proyectaba le hacía ganar sonrisas adondequiera que iba.

En la catedral fue recibido por Lorenzo, cuyo mozo alejó a su montura, y por Giuliano, quien pidió la bendición de Su Eminencia por la próxima unión entre él y Constanza. El arzobispo Salviati contempló con satisfacción la amable escena y observó que el propósito práctico de la visita del joven cardenal no se había logrado menos que el simbólico: ambos hermanos Médici asistían a la misa en reconocimiento de su presencia.

Media hora más tarde, al final de la primera parte del servicio, el arzobispo se levantó, hizo una genuflexión y salió de la catedral. Su partida causó un pequeño revuelo de murmullos. Los que estaban más cerca de él llegaron a la conclusión, por la lividez de su rostro, de que se había enfermado.

Su equivocación se hizo evidente casi de inmediato.

La señal que los conspiradores habían escogido para proceder con su violento plan era uno de los momentos más solemnes de la misa: la elevación de la hostia ante los ojos de los fieles. Tácticamente, si no en otro sentido, su sincronización fue admirable. Mientras el sacerdote oficiante elevaba sus manos con el sagrado alimento, tenía la atención de cada uno de los presentes. Desde lo alto, por encima del sacerdote, sonó un único repique de una campana.

Al mismo tiempo, Francesco Pazzi y Bernardo Bandini, haciendo a un lado a quienes se interponían entre ellos y su víctima, arremetieron contra

Giuliano de Médici con dagas que sacaron con presteza de entre la ropa. Lo apuñalaron repetida y enconadamente, tanto que Francesco, apuntando su cuarta puñalada al desfallecido hombre en un insensato éxtasis de furia, falló el golpe y hendió su acero profundamente en su propio muslo.

En el mismo instante, los dos curas del séquito del arzobispo Salviati se lanzaron contra Lorenzo. Su ataque fue acelerado, nervioso y patético. Stefano di Bagnone, empujado por su cómplice, logró una puñalada pobremente dirigida a los músculos del cuello de Lorenzo antes de que éste, que había vuelto la mirada en la otra dirección con el primer grito de furor de Francesco Pazzi, se diera cuenta de la importancia de lo que estaba ocurriendo. El más cercano de los amigos de Lorenzo, el poeta Angelo Poliziano, lo jaló y se puso entre el Magnífico y sus atacantes, desenvainó su acero y los enfrentó con un brazo cubierto y el estoque blandiendo frente a ellos. Al verlo, los curas dejaron caer sus armas y huyeron, entre los gritos de la aterrorizada multitud.

De ésta, sólo los más cercanos a la tragedia de corta duración tenían más que una vaga sospecha de su naturaleza. El pánico se contagió entre el resto como una infección por la creciente estridencia de los gritos. Muchos de los creyentes que estaban al fondo de la multitud estaban convencidos de que la gran cúpula del domo de Brunelleschi estaba a punto de derrumbarse sobre ellos, y en pocos instantes de la nave surgió una aterrada vorágine humana.

Con la sangre brotando de su cuello, Lorenzo fue llevado por sus seguidores hacia la sacristía; peleaba como un tigre tratando desesperadamente de alcanzar a su hermano menor, pero Giuliano de Médici, con el cuerpo desgarrado por más de una docena de heridas, se había alejado cincuenta pasos y yacía en el suelo, sin vida, al final de un horrendo camino de sangre. Detrás de él, a los pies de la escalinata del altar, podría verse la figura del cardenal Sansoni-Riario; había tropezado en su aterrada huida hacia el santuario y, con su suntuoso ropaje enredado sobre las rodillas, estaba agazapado y sollozante con horrorizada indignación.

Así, en el intervalo entre una respiración y la siguiente, se alteraron irremediabilmente tanto el curso de la guerra entre Florencia y Roma como el destino de aquellos que estaban inmersos en ella.

Para la familia Pazzi y sus cómplices, la transición fue inmediatamente desastrosa, ya que su conjura había sido tan políticamente inepta como vil.

El arzobispo Salviati, a la cabeza de doscientos hombres armados, pasó rápidamente hacia el Palacio de la Signoria, la cámara del consejo de la ciudad, mientras comenzaba el desordenado éxodo de la catedral. Animado por un optimismo nacido por una razón que sólo conocían él y Dios, su intención era tomar el centro del poder de Florencia sin mayor ruido.

Falló en la tarea que se había propuesto tras una precipitada consideración. Los defensores de Signoria, bajo el mando del Gonfaloniere della Giustizia, hicieron retroceder a los atacantes con piedras lanzadas desde la ventana y con espadas desenvainadas sobre los escalones. En cuestión de minutos se encontraron rodeados por una horda iracunda de florentinos, en cuyas cabezas había penetrado la noticia del asesinato de su favorito. Antes de que el motín hubiera podido consolidarse, el arzobispo, desmembrado y torturado, colgaba de una ventana del mismo edificio que había esperado capturar y ocupar, y para cuando se le unió en agonía Francesco Pazzi, mutilado de la misma manera, nada quedaba del golpe de Estado más que los gritos de sus seguidores mientras sucumbían ante la venganza de la muchedumbre.

Jacopo Pazzi, junto con sus hijos Paolo e Ippolito, no tuvieron mejor suerte. Alertados por el solitario repique que había anunciado la muerte de Giuliano, cabalgaron de su mansión a la cabeza de una cuadrilla a caballo, elevando gritos de libertad del yugo de los Médici. Al igual que el arzobispo Salviati lo había hecho, habían juzgado mal el temperamento de Florencia, y pagaron caro por ello. Se encontraron, en la plaza San Giovanni, con el espectáculo de los hombres del arzobispo Salviati intentando huir de una multitud que los superaba en número en proporción de diez a uno y que no albergaba ningún plan de liberarse de una familia gobernante que, lejos de ser tiránica, estaba considerada universalmente como justa, competente y generosa.

Apenas pudo escapar la mitad de su caballería hacia las campiñas, pues los demás fueron arrancados de sus monturas y asesinados en el mismo lugar. Paolo e Ippolito Pazzi cabalgaron hacia la seguridad de Castelmonte con el conde Giovio della Rovere. Su padre, capturado durante la tarde, fue

arrastrado hacia la ciudad, torturado y —como cierre de una jornada humeante y sedienta de sangre— ejecutado. Días después, su cuerpo corrupto fue sacado de su burda sepultura por bandidos florentinos y arrastrado con una cuerda por las calles antes de ser lanzado al río Arno.

* * *

Constanza de Ávalos estaba de pie, inmóvil, como lo había estado las últimas cinco horas. El cuerpo de Giuliano, cubierto por un manto púrpura y dorado, descansaba en una mesa ornada con flores primaverales que estaba entre la silueta estática de Constanza y el altar de la capilla de los Médici. Fray Segismundo había venido y se había marchado.

—Mi señora —dijo Lorenzo de Médici—, no quiero pretender que somos cercanos, ni que nos hemos acercado más por este terrible suceso. Dejemos que otros finjan estos sentimientos; así no nos podemos ayudar. Le ofrezco lo que me corresponde ofrecer: venganza.

Estaba detrás de ella, curando la herida de su hombro. Constanza no se volvió hacia él.

—No me importa un higo su venganza, mi señor —dijo.

—No supuse que le importaría —repuso Lorenzo—. No por ahora. Usted es quien es, y sucede lo mismo conmigo; soy un hombre severo, como corresponde a mi destino en este mundo. Piense en eso, nada más. Puede llegar a desearla, como yo.

La dejó y subió las escaleras hacia sus habitaciones. Cansado por su herida y por la furia que sólo podía contener por medio de una voluntad de acero, llamó a su secretario tan pronto como los doctores abandonaron la habitación. El mensaje que dictó era breve, y un mensajero maltrecho por el viaje de ida y vuelta le regresó la respuesta hacia la noche del siguiente día.

“Establezca su sitio —había escrito Leonardo da Vinci—; en una hora tomaré el camino de su mensajero. Tanto la justicia como la guerra demandan ahora la caída de Castelmonte. Le prometo que ésta será rápida”.

XIX

... Los poderes confluyen y se encontrarán pronto. A las fuerzas gemelas de la pólvora y de la cólera humana se ha añadido aquella otra fuerza de la que he escrito: la fuerza de la mente. Así, la primera flecha que soltaron en los jardines de los Médici llevaba en su vuelo la semilla de la perdición de Castelmonte, porque su punta era la punta de la razón.

*Del Cuaderno de notas
de Leonardo da Vinci*

DESDE la torre oriental de la ciudadela, la vista a través del valle era clara, y asimismo amenazante.

Federigo da Montefeltro, duque de Urbino y comandante de la defensa de Castelmonte bajo el mando del capitán general de Roma, estaba de pie con el capitán de sus muros, Guido Falcone di Riccomano, y estudiaba el panorama que se extendía ante ellos. La escena era familiar, excepto porque la luz cetrina del último otoño había sido remplazada por la fresca luz solar de la temprana primavera. En la cima de la colina situada inmediatamente frente a ellos, los dos grandes cañones florentinos habían aparecido durante la noche y estaban en la misma posición que el año anterior. Los hombres estaban reunidos alrededor de ellos, y los arrastraban hacia su alineación final. Las tiendas de la infantería de Toscanelli, una vez más, se habían levantado en las faldas de la colina, mientras que, a su flanco derecho, las lanzas de la caballería de los Médici se esparcían en la media distancia.

Montefeltro volvió la mirada hacia el cielo, observando las nubes que se desplazaban en caravana encima de su cabeza.

—¿Cuál es tu valoración? —preguntó.

Guido Falcone midió sus palabras antes de contestar. Era un hombre alto y fornido cuya nariz aguileña era apropiada para su nombre. Como su superior, era un soldado profesional, nacido en un linaje de distinguidos mercenarios; su madre era suiza y su ascendencia se reflejaba en su piel y en su rubio cabello, que ahora escaseaba sobre sus sienes. Cuando llegaba el verano, su rostro se enrojecía y se despellejaba.

—Primero —dijo—, Rodrigo Leone no está con ellos.

—Estoy de acuerdo —respondió Montefeltro—, pero déjame escuchar tu razonamiento.

—Sus cañones están descansando sobre el pasto —dijo Falcone—. Ése es su principal error. El capitán Leone hubiera pasado días poniéndolos sobre una base de piedra y madera. La tierra está todavía demasiado blanda para que los cañones tengan alguna precisión. Les doy no más de veinte tiros antes de que se vean forzados a moverlos. Lo que me inquieta además es que su punto de mira parece estar exactamente en el mismo lugar que el año pasado, y difícilmente podrían pasar por alto que fortalecimos nuestro muro. Es un trabajo bastante precipitado, por lo que no puede ser obra del capitán Leone.

—Entonces está todavía en los montes —dijo Montefeltro—, perfeccionando la nueva arma de la que hemos escuchado tantos rumores.

—Me atrevería a decirlo. —El capitán Falcone frunció los labios y exhaló con fuerza—. Será un cañón que nos bombardee de punta a punta —anunció—. Puedes apostar. Pretenden enviar sus misiles por encima de nuestro muro para dañar nuestra defensa interior. Conozco a estos que se llaman a sí mismos ingenieros. Martini pensaba siempre en morteros y en lanzar rocas sobre los muros perimetrales de sus oponentes. Un ejercicio inútil. En Rapallo trató de usar misiles que estuvieran llenos de pólvora y que explotaran al final de su trayectoria, aunque parece que mató a más artilleros suyos que a los del enemigo. —Tocó un lado de su cabeza—. Son siempre demasiado listos, y este Da Vinci no será diferente.

Montefeltro sonrió.

—Tu opinión de los ingenieros militares entonces no es muy buena —dijo.

—Señor —replicó Falcone—, cuando escucho que mi oponente tiene un ingeniero en sus filas, me regocijo. ¿Por qué? Porque sé, con certeza, que pasará meses construyendo escarpas, contraescarpas, reductos, torres, túneles, puentes y pavadas similares. Cuando finalmente llevan a cabo su embestida (para entonces, dicho sea de paso, el ingeniero y el comandante militar están a punto de llegar a los golpes), sus hombres están exhaustos por levantar tierra y piedras y son presa fácil para la defensa. Estos ingenierillos, señor, les rinden bien a sus empleadores cuando están sentados con pluma y papel; en el armamento ven una oportunidad de Dios para imponer sus fantasías a los demás, en perjuicio de sus bolsillos y de sus espaldas. Ha hablado con el conde de Imola. ¿Cuándo dice que Roma marchará hacia acá?

—La siguiente semana.

—Entonces, señor, no me importa lo que estén haciendo nuestros oponentes ni qué armas tengan. Si las fuerzas de Roma emprenden su camino la siguiente semana, deben estar aquí en diez días a partir de hoy, y si nuestro muro no puede resistirse a Florencia hasta entonces, será mejor que saltemos desde la cima aquí y ahora.

* * *

—Establezca el sitio —dijo Leonardo.

—Me lo había aconsejado en su mensaje. Ya lo he hecho. ¿Dónde están mis artilleros?

—En camino.

—¿En camino? ¿Por qué no están aquí con usted?

—Porque van directamente a Castelmonte. Llegarán mañana por la noche.

—Ya veo. Muy bien.

Lorenzo de Médici, con el cuello vendado, estaba sentado detrás de una pequeña mesa en su austera sala privada de conferencias que dominaba los jardines del *palazzo*. Su herida hubiera mantenido a un hombre más débil confinado en una cama, pero el gobernador de Florencia, impelido por un deseo iracundo de venganza, no habría recibido ahí a su consejero más de lo que hubiera considerado mostrarse en público en camisón. Estaba vestido

para la campaña con una ligera túnica de cuero, pantalones y botas. Podía volver la cabeza pero con dificultad, y tenía un pálido semblante. Leonardo lo estudió.

—Señor —dijo—, su cuello está pobremente sujeto. Le sugiero...

—No lo llamé para que actuara como médico —apuntó Lorenzo.

—De ningún modo. Sin embargo, veo que pretende viajar a caballo —contestó Leonardo—. ¿No es así?

—Muy probablemente, ¿qué con eso?

—Su cabeza, señor, debe estar sujeta para que no pueda moverse fácilmente, o su herida se abrirá de nuevo; puedo diseñar un soporte con filamentos de armadura que le ayude, si me permite hacerlo.

—Gracias por su preocupación, maese Leonardo, pero me distrae. ¿Mis artilleros dejaron los montes al mismo tiempo que usted?

—Quizás algunas horas después.

—Están a la misma distancia de Castelmonte que de Florencia —dijo Lorenzo—. Siendo así, ¿por qué llegarán a su destino hasta mañana por la noche si usted está aquí en este momento?

—Porque —replicó Leonardo— llevan sus cañones, los cañones de los Médici, con ellos. Habrán solicitado carretas, pero, pese a ello, su avance debe ser más lento que el mío.

—Un momento —dijo Lorenzo levantando la mano—, déjeme entender esto bien. ¿Estos cañones de los que habla son los mismos seis cañones que llevó consigo al valle?

—Los mismos.

Lorenzo, con la mirada severa, empujó levemente su silla hacia atrás.

—No me importaría suponer que estaba bromeando conmigo —dijo—. Leí sus especificaciones originales. Estos cañones pesan, si recuerdo bien, algo así como ciento veintisiete kilos cada uno, ¿no?

—Eso es correcto —repuso Leonardo calmadamente.

—Y habían sido diseñados con el único propósito de experimentar y practicar, ¿no? Parece que aquí tenemos un ligero desacuerdo, maese Leonardo.

—Fueron diseñados para practicar —contestó Leonardo—, pero difícilmente sólo para eso. Nuestra práctica está concluida, y ahora

debemos emprender la guerra con ellos. ¿Había pensado distinto?

—¿Con cañones tan pequeños?

—Incluso así.

—No puedo creerle. Es cierto, había supuesto que con su ciencia y con la ayuda de lo que había aprendido al realizar las pruebas de los cañones estaría en posición de utilizar mis cañones de sitio con mejores resultados. ¿Me dice ahora que estoy equivocado en este respecto? En el nombre de Dios, ¿qué sinsentido es éste? ¿Qué daño pueden hacer balas de cerca de dos kilos en un muro como el de Castelmonte?

—Señor —dijo Leonardo—, le ruego que por su propia paz mental abandone la suspicacia. Con la llegada de estos pequeños cañones, como usted los llama, sus enormes cañones han sido sobrepasados. Y la naturaleza de la guerra, a partir de este día, ha cambiado por los siglos venideros.

Lorenzo de Médici rio brevemente.

—No me importan en absoluto los siglos por venir —dijo—, por eso seamos francos. ¿Esos cañones me proveerán justicia para Giuliano y para Carla de Ávalos? ¿Me entregarán Castelmonte, esa inmundicia ciudad?

—Lo harán. ¿Y cuando lo hagan, será, como habíamos acordado, el cumplimiento total y definitivo de nuestro acuerdo?

—Si lo hacen. ¿En cuánto tiempo?

—En un día a partir de su llegada.

Lorenzo rio de nuevo, sin asomo de alegría.

—Estoy de acuerdo con sus términos —dijo—. También le estaré echando un ojo a sus cañones... y a usted.

—En ese caso —repuso Leonardo—, permítame primero construirle un protector para el cuello y ahorrarle así incomodidades.

* * *

Durante la tarde del día siguiente, los dos pesados cañones en la colina bramaron con el primer desafío a la ciudadela del otro lado del río. Fue un estridente desafío, pero —por la ausencia del capitán de artilleros de Florencia— poco efectivo.

Lorenzo de Médici y Leonardo, a caballo, examinaban el terreno desde una colina más pequeña, al otro lado de la puerta secundaria o poterna y a unos cuatrocientos metros río arriba del lugar donde el camino se ladeaba y conducía a la puerta principal de la ciudad. En la pequeña cuenca debajo de ellos, Guido Toscanelli cuidaba de sus líneas de suministro. Apenas estaban presentes una décima parte de sus mercenarios, junto a unos doscientos florentinos. Después de todo, había poca urgencia, puesto que antes de que se necesite una cantidad mayor de tropas para un asalto deben pasar semanas de bombardeo. Estaba pertrechado suficientemente con vistas a Castelmonte, y podía mantener su sitio con los hombres que ya tenía. Más concretamente, sus fuerzas principales estaban acampando a unos treinta y dos kilómetros hacia el sur, esperando la aparición del ejército de la Iglesia de Roma.

Lorenzo, callado, estaba inquieto, aunque su cuello y sus hombros parecían estar más cómodos que antes. Leonardo siguió su mirada.

—No tema —dijo—. Cien hombres, cuando mucho, serán todo lo que necesite.

Lorenzo no contestó. Leonardo se apeó y comenzó a desatar de su silla de montar un peculiar aparato hecho de varas de madera, articulado de tres partes. Mientras permitía que su caballo pastara plácidamente, armó su telémetro y lo colocó en el suelo parte por parte, ajustando cada uno de sus extremos con sumo cuidado. Luego se sentó, abrió su libreta y comenzó a dibujar figuras en ella.

Sus cálculos mostraron que la distancia entre donde estaba sentado y la poterna era de trescientos sesenta pasos.

Volteó la libreta hasta colocar adelante las dos primeras hojas y consultó algunos trazos previos, comparándolos con los que podía ver ahora. Sabía que detrás de la puerta estaba el desfiladero; más allá, el viñedo donde la fuerza de asalto de Toscanelli había muerto el otoño pasado, y después la puerta interior que daba a los callejones de la ciudad.

Esta puerta interior, notó, permanecía oculta a la vista desde la colina en la que estaban, porque yacía al pie de una colina detrás del muro exterior. Aunque esto se sumaba a las dificultades, lo había tomado en cuenta y se mantuvo impassible ante el problema que se presentaba.

—Quisiera apearme —dijo Lorenzo—. Ayúdeme, por favor.

Leonardo se puso de pie y, formando un escalón con los dedos entrelazados, permitió a su señor descender de la montura con algo de dolor.

—Se lo agradezco —repuso Lorenzo—. Ahora muéstreme sus intenciones.

Leonardo extendió su libreta para que pudiera examinarla y señaló hacia su izquierda.

—Más allá está la puerta principal —dijo—. No podemos verla desde aquí, porque mira hacia el norponiente y está detrás del recodo del muro. Por la misma razón, sus cañones de sitio no pueden alcanzarla, ni hay ningún lugar desde el cual puedan hacerlo. Eso lo supimos, por supuesto, el año pasado.

—¿Y bien?

—Detrás de la puerta —prosiguió Leonardo—, hay un pequeño espacio abierto, y después un callejón techado que lleva a la plaza. —Añadió un rápido esbozo—. Este callejón está curveado en su centro, por lo que no otorga una clara línea de fuego entre la puerta y la plaza, ni ningún camino directo para los soldados envueltos en escaramuzas. Es una precaución común y sensata, como puede darse cuenta. Detrás de la plaza las calles suben empinadamente, llevando, pues, hasta la cima de la colina; en la cumbre están la torre de guardia, el palacio y el edificio que puede ver junto a ellos, que es el monasterio de San Piero Maggiore. Todos éstos podemos ignorarlos, junto con la cima y lo que está a su alrededor, si la puerta principal se abre y tenemos éxito en ocupar la plaza.

—Estoy de acuerdo —dijo Lorenzo.

—Muy bien —repuso Leonardo—. Nuestro plan es simple, y de antigua concepción. Propongo que tomemos la puerta secundaria, nos abramos paso hacia la plaza y la tomemos; entonces podremos abrir la puerta principal desde dentro y dejar entrar a nuestra fuerza de ataque.

—Muy bien pensado —dijo Lorenzo irónicamente—, pero es una posibilidad que previnieron quienes construyeron Castelmonte. No podemos tomar la poterna. ¿Sabe qué hay detrás de ella y cómo se llama?

—Desde luego, su supuesta invulnerabilidad forma parte de nuestro plan.

—¿Y cómo va a tomarla?

—Con los cañones de los Médici.

—Le concedo que, después de algún tiempo, podamos abrir la poterna —dijo Lorenzo—. ¿Después qué?

—Debemos tomar el viñedo y la puerta interior.

—¿Propone llevar su cañón dentro de la ciudadela?

—Sí. ¿No le dije ayer que la naturaleza de la guerra estaba a punto de cambiar para siempre? Los cañones, señor, ya no son inamovibles y difíciles de manejar. En ello radica toda mi estrategia.

Lorenzo se rascó irritado el vendaje que sobresalía del cuello de su túnica.

—No sé qué tan rápido puede cargar sus cañones —dijo—, y debo, por fuerza, creer que no es ningún tonto. Sin embargo, harán pedazos a sus artilleros en el viñedo.

—Con todo respeto, señor, no ocurrirá nada por el estilo.

Detrás de ellos, a su izquierda, uno de los dos grandes cañones rugió de nuevo. Lorenzo se volvió a medias y maldijo.

—Una distracción —contestó Leonardo—. Sigamos por lo que más quiera con lo obvio, aunque sólo sea para mantener las mentes de Federigo da Montefeltro y del conde de Imola ocupadas. Doy por sentado que el capitán general de Roma está en la ciudad, ¿verdad?

—Sí. Ha estado ahí desde antes del asesinato de mi hermano, en el que sé que fungió de coordinador. Si estuviera obligado a escoger entre Girolamo Riario y los Pazzi, lo elegiría a él. —Lorenzo llevó nuevamente sus dedos hacia su hombro—. Que Dios me conceda tenerlo —dijo quedamente—, que Dios me lo conceda.

XX

TRES HORAS después de la medianoche, Lorenzo disimulaba mal su impaciencia. Por la tarde, un soldado de infantería había llevado dos platos de pescado del campamento; Lorenzo había rechazado la comida y Leonardo da Vinci se comió los dos. Hora tras hora, el crepúsculo se había convertido en penumbras, y una luna en cuarto menguante iluminaba el río y la ciudad, en la que había pocas señales de vida desde que, más temprano, había sonado una trompeta y los guardias apostados en cada torre habían intercambiado sus tareas. A través de la larga noche, los ojos de Lorenzo se perdían, una y otra vez, entre las filas de caballos atados y sumidos en la siesta a su derecha. Leonardo sabía que pensaba en Giuliano, que tendría que haber estado entre las lanzas saludando a jinetes y herreros, y no podría hacerlo más. Si deseaba ofrecerle consuelo, el artista también sabía que no tenía nada para darle que equilibrara por un pelo la balanza en contra del servicio que estaba a punto de darle a su comandante en jefe, por lo que guardó silencio. Sólo el viento entre el pasto, el crujir del arreo en el hocico de los caballos y el grito ocasional de un hombre a otro en el valle fracturaban la quietud de la noche, hasta que el chirrido de una rueda en el camino que subía hasta ellos en la cima de la colina hizo que ambos hombres miraran fijamente, alarmados, en la oscuridad.

Los artilleros, comandados por Rigo Leone, estaban a menos de treinta pasos cuando se volvieron visibles. Eran cincuenta hombres, con ropas oscuras y con los rostros manchados de lodo, y detrás de ellos tenían dos carros abiertos. El capitán de artilleros saludó a Lorenzo, quien levantó la mano en reconocimiento, y se volvió hacia Leonardo.

—Descansamos en Pistrola —dijo.

—Bien, confío en que hayan dejado los carros escondidos a las afueras de la villa —replicó Leonardo.

—Lo hicimos. Y no llevábamos la misma ropa con la que nos ves ahora. Dijimos que regresábamos a nuestros deberes en la colina, aunque muy pocos se ocuparon en preguntarnos. ¿Por qué habrían de hacerlo?

—En verdad, ¿por qué? —respondió Leonardo—. Bueno, no veo ninguna razón para retrasarnos más, si están listos. ¿De quién son los cañones que están aquí?

—Son de Marco di Carona y de Giunta di Lenzo —contestó Rigo—. Balestraccio se rompió el pie. Cambió de lugar con Piccio Berignalli de la escuadra de Marco, ya que aún puede cargar para usted. Aparte de eso, estamos en buena posición.

—Entonces comencemos —dijo Leonardo.

Rigo habló en la oscuridad.

—Muévanse —dijo—. Uno.

De inmediato se percibió una agitación entre los vagones. Se hicieron a un lado los sacos, revelando los oscuros cuerpos de los cañones de los Médici.

—Dos —dijo Rigo.

Agarraron las ruedas y los carros y los pusieron en el suelo.

—Tres.

Los hombres tomaron los atacadores, los toneles de pólvora y las balas.

—Cuatro —dijo Rigo—. Cinco.

El cañón se deslizó hacia los lados del carro, se inclinó y lo bajaron. Los que llevaban los carros estaban ya en posición, a seis pasos de distancia entre ellos.

—Seis. Siete. Ocho.

Las cuadrillas se mantenían de pie, casi listas. Dos de ellas estaban ensamblando sus armas, sujetando los cuerpos de los cañones a las ruedas y a los carros; una vez puestos los clavos en su lugar, giraban los tornillos de elevación hacia delante.

—Nueve —espetó Rigo.

Cuarenta de los hombres descansaban, con la labor completada. Los diez restantes desembarazaron a los caballos de uno de los vagones y lo

empujaron en calma hacia la cima de la colina. Lo colocaron en el flanco derecho de la formación, y se reunieron con sus camaradas.

—Bueno —repuso Rigo—. Supongo que esto servirá. —Le sonrió a Leonardo—. Marco y Giunta ya cargaron, así que de hecho estamos un poco más lentos de lo que me gustaría. ¿Cuál es la primera distancia?

—La distancia es de trescientos sesenta.

—Entonces son tuyos. Me quedo con el control de las tropas de asalto. ¿Enterado?

—Por supuesto.

Lorenzo de Médici aclaró su garganta.

—Lo felicito —dijo— por su demostración. Sus hombres están bien entrenados y esto les da a todos ustedes crédito. Y ahora, si me ayudan a montarme, debo irme y dormir un poco antes del amanecer. Buenas noches.

Leonardo lo detuvo gentilmente.

—Señor —dijo—, parece que una vez más no nos hemos entendido. No fue una simple demostración de habilidad para buscar su aprobación. La primavera está un tanto avanzada y el amanecer llega pronto en estos días. Tomaremos la ciudad antes de que llegue.

Lorenzo se volvió, moviendo con cuidado su cabeza y sus hombros.

—¿Pretende usar su artillería en la noche? —preguntó. Su voz sonaba menos sorprendida que antes—. Quizá le disparen a la luna, ya que es el único blanco que puede verse.

—Tendremos nuestro blanco en poco tiempo —dijo Leonardo. Es cierto que no se puede ver la puerta secundaria desde donde estamos, pero poco importa. Podemos embestirla.

—¿Pueden? ¿Y cómo van a saber si tienen éxito o no al hacerlo?

—No necesitamos ver dónde dan nuestros tiros —replicó Leonardo—, y si estuviéramos ahora en el más oscuro foso de Hades, sus artilleros aún podrían pelear. Lo único que esperamos son sus órdenes para proceder.

Lorenzo de Médici miró de lado a lado, esforzándose por ver a los hombres y las armas que apenas podía percibir; sólo sus contornos, así como el débil resplandor de la luna sobre el metal bruñido, le advertían de su presencia. Abruptamente, golpeó su muslo con su guante.

—Denme mi ciudad —dijo—. Y que Dios esté con ustedes.

Leonardo caminó hacia donde estaban los dos cañones ensamblados, con sus cuadrillas listas. Se arrodilló detrás de cada uno a la vez y ajustó los tornillos a un rango de trescientos sesenta pasos. Rigo caminó a grandes pasos en dirección contraria, uniéndose a las cuatro escuadras que llevarían a cabo el asalto. Llevaban las partes y los aparejos de sus cañones, ocho hombres por cada una, como habían sido entrenados para hacerlo. Cuando vio a Leonardo levantarse de nuevo, delineado a contraluz por las estrellas, el capitán de artilleros señaló a los dos hombres que no pertenecían a ninguna escuadra, quienes dieron un paso al frente. Cada uno de ellos llevaba, en un saquito a prueba de agua, pedernal, acero y una tira de mecha lenta. Un observador informado habría llamado a estas mechas peculiares, porque cada una era de dos pulgadas de grosor y estaba hecha de burda cuerda remojada en una solución de salitre.

—Vayan —repuso Rigo. Les dio una palmada en la espalda en señal de despedida y tomaron camino por la cresta de la colina que llevaba hacia el río. A diez pasos de distancia se internaron en la oscuridad y se desvanecieron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lorenzo.

—Nuestra escuadra de objetivo está vadeando el río —dijo Leonardo—. ¿No los ve, contra el reflejo de la luna?

—Me parece que sí. ¿Cuál es su función?

—Darnos un objetivo, como su nombre lo dice.

—¿Pretende dispararles?

—Si no se hacen a un lado lo suficientemente rápido cuando su trabajo esté hecho —replicó Leonardo—, es lo que haremos exactamente. Por fortuna, están al tanto de esto, por lo que no me preocupo de su seguridad.

* * *

Al otro lado del río, los dos artilleros de avanzada, empapados y sin ser vistos, estaban recargados debajo del arco de la poterna. La saliente los ocultaba de la vista del puesto de vigilancia.

Los dos desarrollaron sus pequeñas cargas, y encontraron que estaban secas. Un hombre asintió, por consiguiente, y puso el pedernal en contra del acero, mientras que el otro sacó de su cinturón un delicado clavo de metal y

probó su filo con el pulgar. Avivó una chispa entre los hilos de uno de los extremos de mecha hasta llevarla al rojo vivo, convirtiendo rápidamente toda la cuerda en una brillante brasa. Su portador se colocó cuidadosamente en la puerta y la enquistó entre los tablones. Su compañero sujetó el clavo a través de los hilos de la cuerda, asegurando con los dedos su punta entre la madera con repetidas vueltas. Hubieran preferido asegurarse dando un par de golpes con algún martillo, pero no se atrevieron. Incluso el golpe del pedernal había sonado a sus nerviosos oídos como un estruendo de platillos.

Cuando estuvo seguro de que el clavo soportaría, el artillero que lo había incrustado tocó el brazo de su acompañante y caminó con él alejándose del pie de la puerta. Uno a cada lado, se deslizaron entre las columnas laterales del arco, se agazaparon donde pudiera servir de refugio y miraron al otro lado del río. No pudieron ver nada en la negrura de la colina.

En silencio, esperaron la devastación nocturna.

Leonardo vio la cabeza resplandeciente del cartucho mientras estuvo bien encendida, pero no dijo nada; la luz se desvaneció casi de inmediato, oculta por el cuerpo del hombre que la sostenía. Un minuto después reapareció, clavada en el centro del invisible arco, como colgando, etérea, en el vacío. A su derecha e izquierda, Marco di Carona y Giunta di Lenzo estaban ya apuntando sus cañones hacia el objetivo, y una vez más se arrodilló brevemente detrás de cada uno de los cuerpos de cañón, ajustando el diminuto y lejano blanco de fuego exactamente con las muescas de la boca.

—Listos —les dijo a los hombres—. ¿Rigo?

El capitán de artilleros, que estaba con dos escuadras de asalto, una a cada lado, levantó el brazo izquierdo. En su mano derecha sostenía, como muchos de sus compañeros, el arma elegida para la batalla frente a frente. Para este propósito Rigo eligió una voluminosa cadena de cerca de dos metros de largo, que en su mayor parte estaba enrollada en su antebrazo. Miró hacia el carro a su extrema derecha. Un hombre de cada escuadra —el que llevaba la pólvora— se había separado de sus compañeros para empujar el vehículo, cuya base lisa, de manera correspondiente, tenía de momento encima los toneles de pólvora, los atacadores y las balas.

—Adelante —ordenó Rigo.

El carro, empujado por fuertes brazos en cada rueda, comenzó a rodar hacia la pendiente. Tomó velocidad y era seguido por las tropas de asalto. Segundos después, el ruido causado por su caída en el agua anunciaba la construcción de un puente improvisado para cruzar el río. Los hombres de la pólvora rápidamente desanudaron sus fardos y se libraron de aquello que les estorbaba mientras Agnolo Fulvio llegaba a la orilla, llevando un par de ruedas y golpeando con las botas. Ningún grito había roto la quietud, y el sonido del carro entrando al agua pudo escucharse desde lo alto de la colina.

Rigo caminó, extendió la mano hacia Leonardo en un saludo invisible y corrió cuesta abajo detrás de sus hombres.

—Fuego —dijo Leonardo.

* * *

Agnolo Fulvio llegó a la puerta secundaria o poterna cinco pasos antes que sus compañeros. El pasto de la orilla del río estaba pisoteado y su pie resbaló en la tierra suelta. Estiró la mano para conservar el equilibrio y le pareció que, en el instante en que bajaba la cabeza, la puerta frente a él explotaba en mil fragmentos. La estridencia de los cañones gemelos más allá del río y detrás de él fue una sola; imaginó que había visto la estela de las balas pasando muy cerca de su cabeza, pero no estaba seguro. La mitad de la poterna, desprendida de sus bisagras, colgaba inclinada a través de la boca del arco, y un pedazo de madera que había rebotado lo golpeó fuertemente en el hombro. Volvió a ponerse de pie, dio dos pasos más y pateó la sección de la puerta que obstruía el camino, mientras los cuatro hombres que llevaban el cuerpo del cañón llegaban a sus espaldas, con la respiración raspando sus gargantas. El hombre de la pólvora le tocó el hombro para anunciarle su presencia, y Agnolo se lanzó hacia delante en la sombría oquedad de la boca del túnel.

* * *

Cipriano di Ser Giacomo Giachetti di Lucca, el último hombre en cruzar el puente, salvo Rigo, lanzó las ruedas del cañón que dirigía hacia la orilla y los siguió, pisando delicadamente y sin prisa aparente. Sus compañeros lo tenían por un dandi, lo que significaba que se bañaba dos veces al día; también lo llamaban un pez de sangre fría. Lo habían llamado de otras formas en el pasado, puesto que sus familiares habían sido propietarios de mercerías y eran propensos a darse esos aires; alguna vez había sido bien parecido, pero ahora lucía una nariz rota en testimonio de las batallas que había librado para ganarse la aceptación de sus compañeros.

Su tarea, peligrosa, le daba algunos segundos de gracia a comparación de sus otros tres compañeros de asalto, y los aprovechó absteniéndose así de sudar. Rigo se le adelantó dos pasos desde la orilla, con un salto que por su brío llevó al capitán de artilleros a un cuarto del camino orilla arriba; Cipriano subió detrás de él, alcanzando la pequeña área plana afuera de la poterna en buen estado y sin perder el aliento.

Tres de las escuadras habían desaparecido en la boca del desfiladero detrás de la puerta resquebrajada. Los dos hombres al mando de Cipriano que llevaban los carros levantaron su cargamento, y él colocó las ruedas, sujetándolas fuertemente con los clavos de metal que tenía consigo. Los cuatro que llevaban el cuerpo del cañón lo pusieron en posición, con los muñones incrustados en la parte superior de las alas del carro; Cipriano ajustó el tornillo de rango y el bloque. El cañón ya estaba cargado de pólvora y su cargador puso un doble tiro pequeño en la boca, después colocó un trapo y finalmente asentó con el atacador los misiles del tamaño de una aceituna en la recámara.

El tornillo estaba apuntado para disparar a quemarropa, pues la encomienda de la escuadra de Cipriano era cubrir desde afuera el desfiladero situado detrás del puesto de guardia.

Para lograrlo, estaban obligados a permanecer desprotegidos debajo de las ventanas del puesto de vigilancia, por lo que eran blancos fáciles tanto para los defensores ubicados inmediatamente arriba de ellos como para los hombres que pudieran hacer maniobras a cualquier lado de la cima del muro. Por consiguiente, la fría calma de Cipriano era un ingrediente necesario en su tarea. Su escuadra vio cómo tomó la mecha de su cargador;

su rostro, brevemente iluminado por su brillo, estaba impasible, e hizo un pequeño y despreocupado chasquido con labios y dientes. Alrededor y encima de ellos, un rugido de confusión comenzaba a crecer. Cipriano di Ser Giacomo Giachetti di Lucca no le prestó la mínima atención mientras soplaba, gentilmente y sin apuro, en el extremo de su mecha.

A trescientos treinta metros de distancia, en la cima de la colina, Leonardo vio desaparecer su ansiado objetivo, volando hacia dentro con los restos de la puerta, y gruñó con satisfacción. No podía percibir nada más: en la profunda sombra a los pies del muro, los artilleros no eran aún sino sombras más impenetrables. Sus cañones habían reculado, y no tenía por ello garantías de que estuvieran apuntando como antes, pero por el momento importaba poco. Restableció los tornillos de rango, elevó ambos cuerpos de cañón ligeramente para que enfrentaran ahora los puestos de vigilancia y les dijo a sus hombres que recargaran. Dentro de poco tendría que disparar una nueva y precisa ráfaga. Hasta que se presentara su objetivo, se encargaría de cubrir al grupo externo de asalto con todo el fuego que pudiera.

* * *

Dentro de la garita reinaba la confusión.

El comandante de guardia, Rodolfo Peruzzi, había sido alertado por el ruido del carro al zambullirse en el agua, pero, de ahí en adelante, no le había sido posible discernir desde donde estaba el sentido de lo que veía. Oscuras siluetas habían cruzado el río, usando el carro como puente. Estaban muy cargados, pero la carga que llevaban era incierta. Mientras se esforzaba en ver qué era lo que estaba pasando, el estallido y destello del cañón había llegado, no de la colina norte, sino directamente del punto frente a él, para resonar al instante en la caída de lo que él sabía —aunque no podía creerlo— que debía ser la puerta de roble a sus pies.

—¿De noche? —exclamó—. ¡En el nombre de Dios, no es posible! — Se recuperó de la sorpresa. Ya fuera que creyese o no en sus ojos y oídos, estaba bajo ataque: al menos eso era bastante claro—. Tú y tú —ordenó—, al techo, con ballestas. ¡Nofri, Alessandro!, encuentren al capitán Falcone; díganle que estamos bajo ataque y que hemos perdido nuestra puerta por el

fuego de los cañones. Díganle también que hemos bajado nuestro rastrillo. —Se volvió, mientras más de sus hombres llegaban al cuarto provenientes de sus dormitorios, e hizo un gesto hacia las cuerdas que sostenían de las vigas del techo la pesada reja de hierro—. Bájenla —ordenó.

Debajo de él se escuchaba el ruido de pasos. Contó a sus hombres. Con la salida de sus mensajeros y sus ballesteros, le quedaban catorce. Vio cómo acomodaban el pie del rastrillo en su lugar entre las muescas del suelo, y escuchó el chirrido de su pesado, veloz descenso y el golpe estruendoso al encontrarse con la superficie de piedra del túnel.

Con las defensas aseguradas por el momento, caminó otra vez hacia la ventana del cuarto y se asomó. Fue la última acción de su vida. Una bala de casi dos kilos, que recorrió doscientos metros en cada segundo de su vuelo, rompió una parte de la mampostería del muro al lado de su cabeza, con lo que casi lo decapitó instantánea y sangrientamente. Las astillas de piedra llenaron el aire, y su cuerpo, empujado hacia atrás como un muñeco, colapsó a lo largo de una banca entre la loza rota y los astiles de lanzas caídas.

Consternados, sus hombres se miraron unos a los otros. Los muros se estremecieron ante el embate de otro disparo de los cañones de Leonardo; el aceite se derramaba de una lámpara oscilante, y un casco cayó con estrépito. Del desfiladero situado abajo no podía escucharse ningún sonido.

—Han tomado la viña, entonces —dijo Guaspare di Piombino, el segundo al mando del fallecido Rodolfo—. ¡Abajo, un contraataque!

—¿Y los cañones? —le contestaron.

—No son de nuestra incumbencia —dijo Guaspare—. Nuestra tarea es mantener la puerta, como siempre. Linternas, y síganme.

Corrió por la sinuosa escalera que daba al desfiladero. Los de su destacamento lo seguían, tropezando en el pasillo como si estuvieran desorientados (lo que, de hecho, era cierto). A su derecha, sus luces resplandecientes revelaron el rastrillo o reja de hierro, y detrás de él, apenas visible, el mortal círculo de la boca de un cañón. Difícilmente uno de ellos reconoció lo que era, en el terrible instante antes de que Cipriano se dirigiera a ellos desde las sombras.

—Hasta pronto —dijo, y juntó el cartucho con la mecha.

El bramido del cañón convirtió el pasillo en una morgue fétida y llena de humo. Cada hombre en él murió, piadosamente, de inmediato. Mientras tensaban sus espaldas para levantar la reja de hierro que les impedía avanzar, apuntalándola con el cerrojo caído, y se detuvieron para que pasara su cañón por debajo de su extremo inferior, incluso el más curtido entre la escuadra de Cipriano estaba agradecido de que no hubiera quedado ni una sola luz para mostrarles las cosas innombrables sobre las que pisaban (y que pateaban a un lado) antes de llegar al aire libre de la viña.

* * *

Leonardo, advertido por el resplandor de la boca del cañón de Cipriano de que su tarea inmediata había sido completada y de que, por ello, estaban en camino para reunirse con sus compañeros, palpó el hombro de Giunta y de Marco.

—Descansen —dijo—, y carguen con cuidado el siguiente tiro.

Lorenzo habló detrás de él.

—¿Qué progresos han alcanzado? —preguntó—. Confieso que no puedo ver nada de cualquier manera.

—Han ganado la Boca de la Serpiente, señor. Los cuatro cañones están dentro de los muros. Ahora deben tomar la poterna interior al otro extremo de la viña, que debemos derrumbar en favor de ellos como hicimos con la exterior. Será un tiro complicado, pues incluso a la luz del día la poterna interior no se puede ver desde acá, pero no me atrevo a dejar al capitán Leone romperla él solo porque debe usar sus cañones para luchar cuerpo a cuerpo, y la viña no tiene la superficie adecuada para colocarlos. Podemos hacerlo desde aquí, por cálculo, una vez que me den una marca para apuntar.

—¿Por cálculo?

—Señor —dijo Leonardo—, cuando usted y yo hayamos muerto, llegará el día en que los hombres disparen sus armas de fuego apuntando hacia objetivos que nunca pueden ver, sólo a base de calcular la posición. No hay nada de maravilloso en ello, se lo aseguro.

—Empiezo a acostumbrarme a las maravillas —repuso Lorenzo—. Mientras tanto, sus cañones...

—Son suyos, señor. ¿Qué pasa con ellos?

—Nada, me encuentro —contestó Lorenzo—... sin palabras.

OceanofPDF.com

XXI

EL CAPITÁN Guido Falcone, sentado en el cuarto que dominaba la puerta principal de Castelmonte y que fungía como su puesto de mando, estaba de mal humor. Al igual que Rodolfo Peruzzi, por el momento no podía comprender los eventos que había observado, y se había exasperado con los precipitados informes de esos mismos sucesos que le habían dado varios de sus subordinados, puesto que no había dos de ellos que concordaran en el contenido o en la interpretación.

Los dos soldados enviados desde la puerta secundaria, y que ahora se encontraban intranquilos frente a él, no resultaban de gran ayuda.

—Fue un cañón —dijo Nofri.

—Señor —diferió Alessandro Gambacorte—, no fue un arma. Fue un...

—¡Silencio! —les gritó Falcone—. ¿Traen, deduzco, un mensaje de su comandante?

—Sí, señor —dijo Alessandro.

—Entonces comuníquenlo, y nada más.

—Sí, señor. Le comunicamos que la poterna está bajo ataque, y que la poterna exterior fue rota por el fuego de un cañón. Una cuadrilla ha forzado el túnel y está ahora en la viña. La reja de hierro ha sido desplegada. Eso es todo, señor.

—Gracias —dijo el capitán Falcone—. Pueden retirarse.

—Señor —repuso nuevamente Nofri, desesperado—, juro que llevaban un cañón con ellos, justo debajo del puesto de vigilancia. Miré sobre la barricada mientras veníamos a informarle.

—Retírense —repitió su capitán.

Los dos soldados saludaron y se retiraron. El capitán Falcone, mientras alcanzaba su yelmo, pudo escuchar a Alessandro haciéndole reproches a su

compañero en el pasillo y sonrió para sí. Abandonó el cuarto por otra puerta, y caminó por el pasillo hasta su contraparte en la torre derecha. Encontró en ella a Federigo da Montefeltro mirando por una ventana. El duque se volvió para saludarlo.

—¿Y bien, Guido? —preguntó—. Seis tiros y ahora han cesado el fuego. Siete, quizás, aunque yo he visto sólo seis destellos saliendo de una boca. ¿Cuáles son las noticias de la poterna?

Falcone repitió el mensaje que había recibido, y luego vaciló.

—¿Y? —lo urgió el duque de Urbino.

—Uno de los hombres que me dio el informe, señor, cree que vio otro cañón de este lado del río.

—Poco probable —dijo Montefeltro—. En el nombre de Dios, ¿con qué propósito?

—Precisamente, señor. ¿Puedo darle mi punto de vista?

—Hágalo, por favor.

—Señor, no creo que necesitemos darle muchas vueltas para entender la situación. Han disparado seis tiros, como dice, desde la colina a nuestra izquierda. Además, hubo una explosión en la poterna. Ahora bien, es cierto que hasta ahora nunca he visto artillería que se use por las noches, pero es muy claro que no pueden emplearla con ninguna precisión. Sugiero que están asediando nuestra fortificación, más o menos al azar, para cubrir a un grupo de ataque, y que este grupo ha destruido nuestra puerta secundaria gracias a una mina puesta directamente ante ella. Ésta es la séptima detonación que usted escuchó. Es este grupo y a su equipamiento lo que vio el mensajero desde el puesto de guardia. Su conclusión fue inexacta, pero entendible.

Montefeltro lo consideró por un momento.

—Acepto sus conclusiones —dijo luego—. Una mina es probable. Y parece que tenemos aquí a un ingeniero que no ha estado perdiendo el tiempo.

—Lo admito —repuso Falcone—. Iré más allá: su ataque está endemoniadamente bien planeado, llegando mucho antes de lo que razonablemente esperábamos.

—¿Y nuestra respuesta?

—Señor, no veo razón para proceder más allá de lo ordinario. Es evidente que su ataque ha penetrado tan lejos como hasta la viña, habiendo tomado a los del puesto de guardia por sorpresa, pero el rastrillo está ahora al ras del suelo. Con la reja en su lugar, es obvio que tres hombres solos pueden defender el pasillo en contra de cualquier tropa de asalto, y aquellos que ya han entrado pueden ser repelidos en el modo usual. Mandaré refuerzos tanto a la poterna como al pasillo interior, y ése será el fin de todo el asunto, ya que no pueden escapar. En cuanto a esta cháchara sobre el cañón que trajeron hasta este lado del río, no es sino locura provocada por la luna y nada más.

* * *

Desde la boca interior del desfiladero, un camino de subida, bastante empinado y desigual, atravesaba la viña y llegaba hasta la puerta interior. A izquierda y derecha del camino, las cuadrillas de Agnolo Fulvio y de Scudo se habían desplegado, y sus armas estaban cargadas y listas para disparar. Cipriano di Ser Giacomo Giachetti había salido del túnel para unirse a su compañero Guccio Berotti, que estaba al mando del tercer grupo de asalto. El cañón de Guccio estaba cargado con un tiro pequeño, y Cipriano estaba limpiando el cuerpo del suyo con el cargador antes de proceder a hacer lo mismo.

Ninguno se había preocupado demasiado por los alabarderos que se habían reunido en el techo del puesto de vigilancia y en la cima del muro a ambos lados de él. La luna había desaparecido detrás de una nube, y la viña, por lo tanto, era una arena oscura donde ni la ropa ni los rostros de los artilleros eran visibles. Sus movimientos podían escucharse, sin duda, y una flecha perdida había golpeado ruidosamente el cañón de Scudo, abriéndole la mejilla, pero, como ni siquiera estaban en el camino, donde podría adivinarse su posición, los ballesteros detrás de ellos disparaban sólo al azar, y lo hacían sin éxito.

Así pues, en cuanto la escuadra de Cipriano hubo recargado, tanto su cañón como el de Guccio avanzaron por el camino. El crujir de sus botas provocó una breve lluvia de flechas, ninguna de las cuales dio en el blanco. Pasaron entre las cuadrillas de Scudo y de Agnolo Fulvio y se apostaron a

los lados del camino, a veinte pasos de la puerta interior, volviendo las bocas de sus cañones un poco hacia el interior para cubrir la puerta entera.

Los dos hombres que habían formado la avanzada para los cañones de Leonardo en la colina estaban preparados para repetir su tarea, con una pequeña diferencia. Se acercaron al muro hacia la derecha de la poterna interior con cuerdas y áncoras, y eran seguidos por el cargador de la escuadra de Guccio, quien llevaba un atacador con la punta empapada en aceite. Con ellos, también iba un hombre de cada uno de los cañones que iban detrás. Tenían que brindar el apoyo que pudieran a quienes sostenían el blanco durante los vitales minutos que les llevaría ejecutar su peligrosa encomienda.

Un murmullo se levantaba ahora desde la torre encima de la puerta. Los seis guardias dentro de ella, cuyas tareas de vigilancia eran por lo habitual insignificantes, se asomaban cautelosamente desde las troneras y conversaban entre ellos en voz baja, tratando de adivinar la posición del enemigo.

Su primer instinto, después de escuchar el tumulto en la poterna exterior, había sido salir de su puesto formando un grupo compacto. En esto los había contenido su líder, cuyas órdenes eran sencillas. La puerta tenía que ser defendida en caso de asalto, porque detrás de ella estaban las calles y los callejones de la ciudad, y el hecho de que no se recordara a ningún enemigo que hubiera sobrevivido en la viña para atacarla no hacía —desde su punto de vista— ninguna diferencia. La destrucción de la poterna exterior no les había dicho nada útil, salvo que la viña probablemente había sido ocupada por el enemigo. Entonces, debían mantenerse en su puesto hasta que les ordenaran lo contrario y, particularmente, hasta que hubieran llegado refuerzos.

No escucharon el suave tintineo de las áncoras a su costado, y, para el momento en que se habían hecho conscientes de los portadores del blanco pertenecientes a la escuadra de Rigo y de quienes los respaldaban, los sucesos los habían sobrepasado. Agradecidos de que se hubiera presentado alguna línea de acción positiva, corrieron desde el puesto de vigilancia hasta la barricada armados con espadas y alabardas. Las nubes habían dejado despejada la angosta luna, pero dos hombres, sin ser vistos, estaban

en el techo, sobre sus cabezas. Los tres restantes estaban agazapados —por una razón que los defensores no alcanzaban a entender— detrás del muro cortina que daba a la viña.

La razón se manifestó de pronto, aunque sólo uno de ellos sobrevivió al instante en el que se dieron cuenta de lo que sucedía.

Uno de los hombres agazapados gritó. Desde la mitad del camino en la viña debajo de ellos, Agnolo y Scudo barrieron la barricada con una ráfaga asesina de pequeñas balas, matando instantáneamente a cinco de los guardias. El sexto, que estaba parcialmente cubierto por la coraza, se tambaleó hacia el boquete en la parte trasera del muro y cayó, gritando, poco más de tres metros y medio hasta el callejón, con una bala alojada en su hombro y otra enquistada en sus costillas.

Los atacantes se levantaron. Dos de ellos patearon la puerta del puesto de vigilancia pero lo encontraron vacío. El tercero, saltando ágilmente hasta la cima del muro cortina, les pasó el paño empapado en aceite, sobre su mástil de dos metros y medio, a los dos del techo. Con el pedernal y el acero en mano, uno de ellos encendió una pequeña yesca, la sopló hasta hacerla flama y la sostuvo contra el paño, que se volvió una antorcha ardiente y resplandeciente. El segundo hombre portador del blanco se colocó a la mitad del techo, tomó el bastón flamígero de su compañero y lo sostuvo sobre su cabeza con todo el brazo extendido.

—Ahí está mi segundo objetivo —dijo Leonardo.

Se hallaba tendido bocabajo detrás de uno de los extremos del telémetro, que estaba, como antes, sobre el pasto a poca distancia de los cañones. Mientras la distante antorcha se erigía a la vista sobre el muro exterior, titilaba y luego se estabilizaba, la observó y luego rodó velozmente hacia el otro extremo de su dispositivo para ajustarlo.

—Luz —pidió, y se sentó. Después de leer las marcas en la base de cada uno de los extremos y hacer sus breves cálculos debajo de la luz de una lámpara sostenida por Giunta di Lenzo, anunció—: Un poco más de quinientos pasos. Ajusten sus cañones, por tanto, a cuatrocientos diez pasos.

Giunta se alejó.

—Entiendo (aunque a medias) la naturaleza de su aparato —dijo Lorenzo de Médici—, pero ¿por qué cuatrocientos diez pasos en vez de la

distancia verdadera?

—Eso es fácil de responder —dijo Leonardo—. Mi vista está dirigida a la flama de aquella antorcha, pero no deseo acertarle a la antorcha. Como no pude ver la poterna interior, le pedí a uno de sus artilleros que se parara en el techo y sostuviera un paño ardiente tan alto como pudiera. Lo está haciendo en este momento, como puede ver. Pero el centro de la puerta debe estar alrededor de ocho metros, treinta centímetros a sus pies y, por tanto, a cerca de diecisiete metros debajo de la flama. ¿Lo ve?

—Sí.

—Muy bien. Mis experimentos me han enseñado que, al final de su trayectoria, una bala de uno de estos cañones disminuirá su altura alrededor de un metro y setenta centímetros cada nueve pasos. De acuerdo con esto, para poder acertar unos diecisiete metros debajo de la flama, debo acortar mi rango de tiro noventa pasos, lo que da un resultado de cuatrocientos diez pasos.

—¿Y usted cree firmemente en su ciencia? —preguntó Lorenzo.

—Señor —replicó Leonardo, levantándose—, la ciencia se sostiene por sí misma, incluso si la respaldo o no con mis creencias, y lo que fue un hecho ayer se mantendrá como un hecho hoy.

—Listo —dijo Giunta.

—Y ahora discúlpeme —repuso Leonardo—. No debo permitir que mi soldado que sostiene la antorcha esté más expuesto de lo necesario. —Y pasó al lado de Lorenzo hacia los cañones.

* * *

—Señor —le dijo Guccio Berotti a Rigo, quien estaba parado junto a él—, ¿por qué no derribo la puerta yo mismo? A diez pasos es sencillo, incluso con un tiro pequeño.

Rigo lo ignoró.

—Agnolo —gritó—. ¿Scudo?

Desde la mitad de la viña detrás de él, sus artilleros, que habían recargado, le informaron al respecto. Del otro lado de la puerta interior, el retumbe de pasos y el choque de las armas les advertían que una cuadrilla de refuerzos había llegado de la ciudad.

—¿Cuántos? —les preguntó Rigo a sus hombres en la barricada.

—Veinte —contestó una voz desde la oscuridad de la noche—, quizá más.

Rigo se volvió hacia Guccio.

—Ahí está tu respuesta —dijo lacónicamente—. Controla tu lengua, paciencia.

* * *

Ante sus ojos, la flama de la antorcha, movida por la más suave de las brisas nocturnas, danzaba entre las muescas del cañón. Leonardo palmeó su recámara y se levantó, soltando el aire confinado de sus pulmones.

—Fuego —dijo.

Tesoro di Veluti, con la mano en el eje del cañón de Cipriano, miraba sobre su hombro y vio el resplandor del tiro que se acercaba.

—Uno —contó, cuando el sonido del bólido llegó a sus oídos—. Dos.

La puerta voló en pedazos; una batiente fue arrancada de su pilar, la otra se estrelló de espaldas en el arco y rebotó en el muro. Voces invisibles gritaban consternadas.

—Fuego —ordenó Rigo.

Desde ambos lados, los cañones de Cipriano y Guccio escupieron una muerte tempestuosa. Scudo y Agnolo llegaron a la parte alta del camino de la viña, con su cañón cargado pero desarmado; corrían torpemente porque a cada una de las escuadras les faltaba un hombre. Rigo se dirigió entonces a las otras dos.

—Dejen sus cañones —dijo—, y luchen.

Cargó en contra de la entrada, ahora abierta, de la ciudad, desenredando la cadena de su antebrazo.

No toda la cuadrilla de refuerzos había sido muerta o lisiada por el tiro del cañón, aunque en el arco resonaban los lamentos de aquellos que, al llegar al lugar con la intención de defender la puerta, habían sido echados hacia adentro por su desintegración y luego diezmados por cuatro kilos y medio de muerte diseminada y precipitada desde unos nueve metros de distancia. Los artilleros que habían disparado se abalanzaron sobre los hombres restantes, que estaban arremolinados en la pequeña plaza detrás de

la puerta, sumidos en el caos y atónitos al ver que de súbito se había abatido sobre ellos lo inexplicable. Rigo Leone se encargó de tres de ellos en cuestión del mismo número de segundos, azotándolos contra las baldosas con la cadena que blandía. Sus compañeros se le unieron y, como peleadores de callejuelas escondidas, enfrentaron gozosamente espadas y alabardas con puños, botas y barras de hierro. A la mitad de la trifulca, unos momentos después, llegaron las cuadrillas de Agnolo Fulvio y de Scudo, armaron sus cañones con la prisa que pudieron y buscaron con ansias a sus rivales. Encontraron pocos, puesto que sus camaradas ya habían derrotado a todos los defensores excepto por dos ballesteros que huían aterrorizados. Uno de ellos, derribado por un atacador certeramente lanzado a sus pies, se ensartó en la punta de la flecha que descuidadamente llevaba en las manos. Scudo se ocupó del otro con la bala de un cañón, que lanzó a una distancia de quince pasos como si hubiera sido un guijarro.

* * *

Encima del techo del puesto de vigilancia, Tomasello Cennini apartó la mano de su hombro y se limpió la sangre con el frente de su camisa. Su antorcha, caída y todavía flameante, yacía a su lado. En un sentido se consideraba afortunado, porque, en plan realista, había aceptado el riesgo de una muerte súbita al estar de pie, como lo había hecho, inmóvil e impávido por lo que le habían parecido horas. Su compañero se arrodilló junto a él.

—¿Qué tan mal está?

—Lo suficiente —dijo Tomasello—. Ondeas la antorcha.

—¿Qué?

—Levanta la maldita antorcha —repitió Tomasello complaciente— y ondéala en el aire, bastardo cerdo hediondo. No tuve tiempo para dar la señal.

Su amigo obedeció, levantó la flama sobre su cabeza y la ondeó de un lado a otro dibujando un enorme arco.

—Gracias —dijo Tomasello.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó el otro, bajando nuevamente el bastón—. No podemos dejarte aquí.

—¿Y por qué no? Incluso tu mente infestada de gusanos puede ver que ningún perro de Castelmonte me va a encontrar aquí —respondió ingratamente el herido—. Vete al diablo.

* * *

Al otro lado del río, Leonardo da Vinci había visto la caída de la antorcha y adivinó que su portador estaba herido o, posiblemente, muerto. Era un riesgo que se había visto forzado a aceptar, pero lo dejó sin saber si su descarga había acertado o había fallado. Se sintió, pues, aliviado al verla levantada una vez más y moverse firmemente de un lado a otro en la señal concebida desde antes, que le decía que la poterna interior había sido, con certeza, destruida. Giunta y Marco, al verla, lo celebraron desafortunadamente. Los artilleros y el ingeniero se abrazaron, palmeándose mutuamente la espalda.

—Por Dios —dijo Marco di Carona—, juro que hasta este momento no lo creía posible. A quinientos pasos, ¿y en la oscuridad? Es algo para contarles a nuestros nietos, y tampoco lo creerán.

—Sin embargo, es cierto —dijo Leonardo—, y les agradezco, amigos míos, su paciencia. —Se desembarazó con algunos trabajos y caminó hacia donde estaba Lorenzo de Médici, inmóvil, junto a su caballo.

—Parece —dijo éste— que se ha ganado su puesto, maese Leonardo.

—No todavía —repuso Leonardo—, pero estoy de acuerdo con que los cañones de los Médici, cuando menos, han probado ser dignos de mayores estudios. Señor, ahora debe reunir toda la fuerza que requiera. Si Dios lo quiere así, entraremos a Castelmonte con la primera luz.

OceanofPDF.com

XXII

RIGO LEONE miró a su alrededor, ignorando los cuerpos apilados y silenciosos. La *piazza* era de forma semicircular, y los callejones que salían de ella parecían los ejes de una rueda. Contó y encontró que eran nueve, aunque la mitad podía ser inmediatamente descontada; iban o a la derecha o directamente hacia el frente, lo que lo alejaba de su objetivo^[*]1.

—¿Y Tomasello? —preguntó.

—Herido, pero vivirá —le contestaron secamente.

—Muy bien —contestó Rigo—. ¿Por cuál de estas calles llegaron los refuerzos?

El cargador de Scudo señaló.

—De aquélla —dijo. Era el callejón más cercano a las espaldas del muro. Rigo asintió.

—Bien —dijo—. Lo tomaremos, porque parece que nos guiará más rápidamente a nuestro objetivo. Cuenten a sus tropas.

—Todos presentes —dijo Agnolo.

—Presentes —dijo Scudo.

—Presentes —dijo Guccio—, pero Stefano tiene una herida en el brazo.

—¿Cómo está, Stefano?

—Mi brazo está muerto, señor, pero es el izquierdo. Por la gracia de Dios, todavía puedo llevar mi carga.

—Muy bien. ¿Cipriano?

—En orden, señor.

—Entonces muévanse —ordenó Rigo—. Empujen los cañones, a menos que encontremos una escalera. ¿Recargaron, Cipriano?

—Con una bala, señor.

—Toma la retaguardia.

Calladamente, salvo por el estrépito de las ruedas sobre las baldosas, los artilleros avanzaron.

A ciento cincuenta pasos, Rigo levantó la mano. Se detuvieron y escucharon a la vez el sonido de pisadas en la cima del muro que estaba cerca a su lado izquierdo. Inmóviles y en las sombras, esperaron. Un cuerpo de hombres iba sobre sus cabezas, echando una carrera en dirección al puesto de vigilancia. Una vez que sus miembros hubieron pasado, Rigo se puso en marcha, esta vez con un paso más veloz. La zona parecía desierta; sin lugar a dudas, concluyó el capitán de artilleros, porque los defensores habían tomado la oportunidad que les dio la tregua invernal para sacar —al menos temporalmente— a la población civil. Un error de su parte, como se habían dado las cosas, pensó Rigo. Recordó la leyenda de los gansos que habían dado la alerta y salvado Roma, siglos antes, y sonrió para sí mismo mientras pasaba frente a las puertas oscurecidas.

* * *

La segunda cuadrilla de refuerzos, cuya llegada a la poterna interior había sido retrasada por el hecho de que la habían alcanzado por la cima del muro en vez de por las calles de la ciudad, inspeccionó el puesto de vigilancia y sus alrededores con cautela. Encontraron poco que los iluminara; para buena fortuna de él, habían pasado de largo al florentino herido en el techo, quien contuvo su aliento en fervorosa plegaria cuando la cabeza de un arquero apareció brevemente en una tronera a un brazo de distancia de donde estaba tirado.

Su líder, un tal Mariano di Gaddo, volteó un cuerpo que había sido arrojado en contra del muro cortina de la barricada y frunció el ceño.

—¿Cómo puede tener sentido esto? —dijo—. Han sido reventados en pedazos. —Caminó hasta la parte trasera del muro y habló en la oscuridad de la plaza—. ¿Qué pasa con los otros que tenemos ahí?

—Una pelea mano a mano —le dijo uno de sus hombres—. Y ésos debajo del arco fueron asesinados por el fuego de un cañón.

Bajó por las escaleras.

—¿Qué tontería? ¿Fuego de un cañón?

—Es lo más seguro —respondió su subordinado, extendiendo una mano hacia él, con la palma hacia arriba—. Reconozco un tiro pequeño cuando lo veo, y si buscamos, apostaríamos que encontraríamos la bala que rompió la puerta. ¿No había hablado Nofri de un cañón detrás de la puerta principal?

—Nofri es un borracho —murmuró Di Gaddo.

—Quizá, pero en esto estaba en lo correcto.

—¿Y dónde está este cañón ahora?

—¿Cómo diablos voy a saber? Saco mis conclusiones con lo que veo, y eso es todo.

Di Gaddo aclaró su garganta y escupió.

—De regreso —decidió—. No hay nada que hacer aquí. —Al no ser ningún improvisado en lo que se refería a la táctica, les ordenó a dos arqueros de su cuadrilla que apuntaran sus arcos y caminaran por el callejón; luego Di Gaddo subió de nuevo las escaleras, reunió al resto de sus hombres y emprendió el camino de regreso a lo largo del muro.

* * *

Rigo Leone se adelantó al grupo de artilleros, como la suerte lo dictara, en el punto donde el muro daba vuelta abruptamente hacia la izquierda y corría hacia el poniente hasta unirse a las almenas exteriores. El callejón se bifurcaba en este punto: un camino seguía por detrás del muro, mientras el otro seguía de frente. Creyendo que era este último el que llevaba hacia la plaza principal, Rigo lo escogió para su tropa de asalto. Tres de las cuadrillas de los cañones ya habían dado la vuelta en la esquina, y estaban por ello fuera de la vista cuando Mariano di Gaddo llegó a la pequeña torre incrustada en el recodo del muro.

Con todo, la escuadra de Cipriano se había detenido en la bifurcación. De acuerdo con el plan, no seguirían a sus colegas hasta que el cañón frente a ellos hubiera pasado sano y salvo por el siguiente callejón, unos ochenta pasos adelante. Cipriano escuchó las pisadas sobre su cabeza cuando estaban todavía a cierta distancia de él, y hubiera avanzado para evitar ser visto si las cosas hubieran quedado a su discreción. Sus órdenes, no obstante, eran claras, y por eso mandó a su escuadra que guardara silencio y esperó lo mejor. Los defensores que se acercaban, consideró, no se

molestaban en esconder su presencia y había una posibilidad de que estuvieran regresando hacia su cuartel general en vez de buscar oponentes.

Un momento después, chocando su mano con su costado, supo que sus esperanzas habían sido malamente infundadas. Caminando suavemente y sin dejarse ver, los arqueros de Di Gaddo habían avanzado paralelamente con sus compañeros en el muro, y ahora, atravesado por una flecha cuya punta había atisbado junto a sus costillas y que sobresalía por debajo de su brazo, Cipriano sólo tuvo tiempo de espetar una única maldición de advertencia antes de que los alabarderos encima de ellos cayeran sobre sus hombres.

La confusión reinó de inmediato. Los ocho artilleros, superados en número, aceptaron su suerte con brutal regocijo; es de dudarse, en realidad, que se hubieran dado cuenta de la disparidad. Por un lado, las armas y los rostros sudados de sus atacantes les permitían, si bien caprichosamente, verlos, mientras que sus pieles ennegrecidas se mantenían invisibles; por el otro, las lanzas de Di Gaddo, aunque excelentes en una carga normal, eran demasiado inconvenientes en la lucha frente a frente y les estorbaban a quienes las llevaban desde el momento en que sus pies tocaban el suelo. Aterrizando torpemente y por lo mismo agobiados, varios soldados fueron masacrados por los cortos toletes de acero de sus adversarios antes de que pudieran recuperar el equilibrio; la disciplina y el entrenamiento, en estas circunstancias, no eran rivales para el instinto crudo. Cipriano, después de romper la punta de la flecha que lo había atravesado para jalar el astil desde el otro extremo de la herida, se encontró acorralado por Mariano di Gaddo, que tenía la espada desenvainada. Con fría precisión, tomó el acero de éste entre su antebrazo cubierto de cuero y dirigió la punta que sostenía ferozmente hasta la boca del estómago de su oponente. El aliento de Di Gaddo silbó mientras caía, y Cipriano puso una rodilla sobre su garganta antes de moverse apresuradamente a un lado para sentarse en el muro. Estaba sacudiéndose las plumas que todavía salían de su espalda cuando su cargador cayó en sus brazos, con una lanza entre los hombros y la sangre saliendo de su boca. Para el momento en que pudo librarse del cuerpo inerte del gatillero, la pelea estaba cerca de su final. Tesoro di Veluti se inclinó sobre él.

—¿Y los arqueros? —dijo.

—Buen chico —respondió Cipriano—. No deben escapar. —Señaló el callejón que iba hacia la poterna interior.

—No veo nada —repuso Tesoro—, pero no importa.

Corrió de vuelta hacia el cañón. Todo a su alrededor eran hombres luchando en la oscuridad, pero no les prestó atención. Retrasando el tornillo de elevación, permitió que la boca se alzara; después de encontrar el saco que contenía los tiros pequeños, llenó con un puñado de éstos el cuerpo del cañón, sobre la bala que sabía que descansaba ahí. Saltó ágilmente hasta la recámara del cañón, inclinó el cuerpo de éste hasta ponerlo horizontalmente y con trabajos hizo que la boca apuntara al callejón. La mecha lenta, con su extremo encendido, fue puesta a un lado del carro. Cuando el último de los combatientes se dispersó del área frente al cañón, tocó el cartucho, rezando por que ninguno de sus camaradas tropezara sin querer frente a él durante los siguientes segundos.

La fiera explosión del cañón pareció sacudir las paredes a ambos lados de la estrecha calle, y el resplandor de su boca congeló las siluetas alrededor de él en un momentáneo e irreal cuadro que desapareció de inmediato en el abultado humo de su descarga. Ignorando las iracundas maldiciones de sus compañeros artilleros, Tesoro echó a correr hacia el callejón. Descubrió dos cuerpos mutilados, ambos caídos frente a una puerta; parecía que no había más, y estaba seguro, después de examinarlos y tocarlos brevemente, de que nadie había sobrevivido al pobremente preparado, pero letal, disparo. Regresó al cañón, para encontrar en las piedras aledañas a varios soldados postrados y a cuatro artilleros de pie.

Cipriano lo llamó desde el recodo del muro.

—Bien hecho, chico —dijo dolorosamente su líder de escuadra—. El cañón es tuyo. ¿Cuántos somos?

Tesoro informó de los hechos: “cinco y usted”.

—Recen, entonces —dijo Cipriano—, para que no encuentren escaleras. Cinco de ustedes serán suficientes para empujarlo por el suelo.

—Quizá Guccio pueda darnos uno de sus hombres.

—Si el capitán Leone está de acuerdo; pero mejor no confíes en ello. Ve con Dios, chico.

* * *

Hablando consigo mismo, Noldo Pellegrini apareció como un topo en la cima de las escaleras de su sótano, a tres calles de distancia. Era zapatero de oficio. También estaba desdentado y —de acuerdo con sus anteriores vecinos—, en porción de tres cuartos, loco. Estos mismos vecinos se habían dispersado por la campiña toscana, mientras que Noldo Pellegrini se mantuvo como el innegable —aunque solitario— rey del barrio de los artesanos. Cuando los soldados llegaron para sacar a los habitantes de la ciudad poco después de Navidad, se escondió entre sus cubos de harina, espetando obscenidades inéditas y sosteniendo una lezna contra su pecho de espantapájaros. En ese momento, despertado de su intranquilo sueño por el monótono repiqueteo de los disparos, se escabulló cuesta abajo para encontrar la causa de su despertar.

En el callejón detrás del muro de la viña, se tropezó casi de inmediato con el cuerpo de un arquero. Con graznidos de furia, se inclinó para empujar lo que lo detenía y terminó con los dedos pegajosos de sangre coagulada. Los limpió en su ropa.

Un poco más lejos, detectó el sonido de una respiración y caminó cautelosamente hacia él. Se arrodilló ante un lancero caído.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Entre trémulas exhalaciones, el soldado moribundo se lo contó.

* * *

Cipriano di Ser Giacomo Giachetti di Lucca observó cómo, entre graznidos, Noldo salía hacia la poterna interior con la primera luz premonitoria del amanecer y envainó el acero que había sacado. El esfuerzo necesario para alcanzarlo hubiera sido poco, pero, después de razonarlo, era más de lo que el artillero herido tenía ganas de gastar.

* * *

Girolamo Riario estaba de pie frente a una alta ventana que daba a la plaza principal de Castelmonte.

—Cecco —dijo.

Su secretario se puso de pie nerviosamente y se acercó a él.

—¿Sí, mi señor?

—Trae a Stoldo, a Buonaccorso y a Serpe. Después ve con el conde Giovio della Rovere y dile que se prepare para encontrarse conmigo. Él sabe dónde.

—Sí, señor. Señor mío, ¿qué cree... qué cree que está pasando allá afuera?

Riario se volvió con rapidez y lo golpeó directamente en el rostro con el revés de su mano.

—Lo que yo crea no es de tu incumbencia —dijo—. Vete.

* * *

En la habitación que tenía encima del enorme portal norponiente, el capitán Guido Falcone, aunado a sus otras y más ingentes preocupaciones, había sido forzado a tranquilizar a Paolo y a Ippolito Pazzi, quienes tenían claramente un ataque de pánico.

—He hablado con los de afuera —dijo Ippolito—. Falcone, están diciendo que nosotros... que la puerta secundaria... en breve, que estamos vencidos. No sé qué de verdad haya en eso, pero yo...

—Señores —respondió Falcone gravemente—, cálmense, por favor, se los ruego.

—Eso está muy bien —contestó Paolo Pazzi—, pero no es tiempo para calmarse, ni para retrasar las cosas. ¡Debemos aguantar a toda costa! ¿Cuáles son tus órdenes? Si toman nuestra retaguardia, ¿cómo vas a contestar? ¡Y nos están bombardeando!

—Cállense —ordenó Falcone aún más bruscamente—. Por Dios, esto es impropio. Entiendo muy bien que teman por sus pellejos, pero debo decirles, señores, que estoy aquí para defender una ciudad y no para jugar a la niñera con un par de asesinos. ¡Váyanse de aquí, de inmediato! Tienen espada, ¿no? Si llegamos a eso, úsenlas.

Acallando sus protestas, los guio hacia la puerta y comenzó la búsqueda de su comandante. En el pasillo exterior, sin embargo, fue detenido por un guardia, que sostenía el sucio y andrajoso brazo de un hombre de barba gris.

—No le puedo entender bien —dijo el centinela—, pues es obvio que es un lunático, pero creo que está diciendo que vio a un hombre muerto en la calle, volado en pedazos por un cañón.

OceanofPDF.com

XXIII

Federigo da Montefeltro estaba estudiando la orilla lejana del río, donde una cuadrilla de hombres y caballos se reunía debajo del pálido cielo.

—En todo caso —dijo Guido Falcone—, parece claro que hay una tropa de asalto entre nuestros muros, como sea que haya llegado ahí. Por consiguiente, su objetivo debe ser la puerta a nuestros pies.

Montefeltro tomó el brazo de su capitán, lo guio hacia la tronera y señaló.

—Y ahí está la prueba —dijo—. Y bien, ¿te importaría adivinar el tamaño de esa tropa, Guido?

El capitán Falcone se frotó los ojos, con una mueca de cansancio.

—Treinta, más o menos —dijo—. Volaron la poterna, pero también mataron a Peruzzi y a su destacamento. Y Di Gaddo no ha regresado; su cuadrilla tenía quince hombres. Tienen fuerza, pues, pero más de treinta serían difíciles de manejar para un ataque sorpresa.

—¿Y la puerta interior?

—También la volaron, creo.

—O todavía están en la viña.

—No —repuso Falcone.

—No —estuvo de acuerdo Montefeltro—. No, llegaron a la poterna interior. Por la sangre de Cristo, vaya si necesitamos saber qué pasó aquí.

—He mandado a una cuadrilla de reconocimiento, ahora que tenemos luz para ver.

—Su información, me temo, llegará demasiado tarde. Tenemos una ciudad que defender, y así lo haremos, amigo Guido. ¿Dónde está el capitán general de Roma?

—Ni lo sé ni me importa —dijo Falcone—. ¿Qué pasa con el supuesto cañón, señor?

—Creeré en él cuando lo vea, no antes —dijo Montefeltro. Los dos hombres se miraron—. Déjame ser honesto, Guido, ya que hemos visto tantas cosas juntos. Estoy preparado para aceptar lo de la mina. Si me equivoco, y tomaron la poterna con un cañón, entonces el resto puede ser verdad. Y si pueden disparar artillería en la oscuridad de la noche y con una precisión de la que no se tiene noticia ni siquiera con la luz del día... entonces, Guido, no eres más que un viejo sabueso, y yo otro, y es mejor que busquemos nuestro lugar alrededor del fuego para calentarnos y soñar.



Los artilleros de los Médici —ahora treinta y un hombres fuertes, y además con sus cuatro piezas de artillería ligera— llegaron a la plaza principal y la cruzaron de inmediato, en diagonal, para llegar a la boca interna del camino techado que daba vuelta bruscamente y llevaba hasta las puertas de la ciudad. Después de la escaramuza de Cipriano en el callejón, no habían encontrado mayor resistencia, ni podían ver ninguna señal de vida, aunque se escuchó un zumbido de agitación al otro extremo del camino, invisible para ellos por el recodo en su parte central.

La plaza lucía desierta a media luz. Por todos lados, las fachadas de los edificios que la rodeaban se erguían como los muros grises de un acantilado y parecía que empujaban hacia dentro el espacio que circundaban. En una ventana superior, una solitaria lámpara resplandecía; en todos los demás lugares, las celosías estaban cerradas y atrancadas, como si la ciudad hubiera vuelto su espalda a la vida civil y ahora viera sólo hacia afuera, sobre la torre y la barricada, hacia el hostil mundo detrás del río que la custodiaba.

Guccio Berotti, al mando, alcanzó la esquina que estaba próxima a la entrada del camino y empujó vigorosamente su cañón para cubrir la plaza. Detrás de él venía Tesoro di Veluti, cuya escuadra, aunque minada, había sido restaurada en cierto grado ahora por la adición de uno de los hombres portadores de los objetivos, que actuaba en ese momento como un cargador de remplazo. Haciendo una pausa sólo para permitirle a este digno

representante dejar su bolsa de cuero repleta de balas a los pies de Guccio, la escuadra de Tesoro avanzó por el camino, debajo del techo de madera, seguida por Agnolo y por Scudo, quienes del mismo modo le dejaron una bolsa cada uno a Guccio mientras lo pasaban.

Rigo saludó ante la plaza vacía.

—Mantenla como está ahora —dijo—. No tengo ganas de ser interrumpido por un número de lanceros a mis espaldas.

—Ocúpate de tus propios asuntos —contestó irrespetuosamente Guccio— y déjame a mí los míos. Empiezo a acostumbrarme a esta artillería de guisantes.

Rigo asintió y siguió a los otros tres cañones.

—Colóquenlo en la esquina contraria a nosotros —ordenó Guccio a su escuadra con prontitud—, y pongan la distancia a setenta pasos. —Se puso en cuclillas detrás del cañón—. Bien —dijo—. Fuego.

El tiro de casi dos kilos, con una velocidad de impacto apenas menor a la que había tenido hacía un instante al dejar la boca, arrancó una sección entera del pilar de una columnata como alguien podría masticar la mitad de una zanahoria. La parte superior de la columna, sin soporte, cayó de su arquitrabe y se sumergió en la canaleta. Antes de que el humo pudiera dispersarse del cuerpo del cañón, el cargador de Guccio estaba colocando otra medida de pólvora.

—Ahora el siguiente —dijo Guccio—, y dejen de moverse como mujeres viejas. —Revisó la mira del cañón una vez más—. Fuego —repitió.

Una segunda columna se desplomó, arrojando polvo.

—Otra vez —dijo Guccio—. Fuego.

Con la caída de una tercera columna, la esquina entera de la columnata, junto a unos nueve metros de la fachada del edificio que se apoyaba sobre ella, se agrietó por afuera.

—Fuego —gritó Guccio.

Una cuarta parte del edificio se estremeció, se partió y cayó retumbando en la esquina más lejana de la plaza, bloqueando dos calles de acceso con quinientas toneladas de mampostería y madera.

—Excelente —repuso Guccio—, pero no tenemos todo el día a nuestra disposición. Tomen la esquina a nuestra derecha, y comiencen con el tercer

pilar desde el final. Es una hermosa y pequeña arma la que tenemos aquí, bien mirado el asunto. Fuego.

* * *

A los pies de Riario, los muros se estremecieron.

Miró fijamente, inmóvil y fascinado, hacia el humo reptante de la pólvora y el cuerpo del cañón apenas entrevisto en el callejón.

—¡Madre de Dios! —exclamó su ayudante Buonaccorso desde la puerta detrás de él—. Van a reducir Castelmonte a un montón de escombros.

—Quizá —dijo Riario—. ¿Dónde está Serpe?

—Escaleras abajo, mi señor.

—¿Stoldo?

—En la puerta del patio, señor.

—Es hora de irnos —afirmó Riario—. Encuéntralos y vayan a la Capilla de los Muertos, en la Vía San Marco, como te dije antes. Esperen ahí hasta que yo llegue, y tengan cuidado de cualquier traición por parte de Della Rovere y sus hombres.

* * *

Tesoro di Veluti, con la espalda contra la pared, se aseguró de que su arma pudiera ser girada rápidamente y sin obstáculos para poder apuntar a cualquier lado.

Su tarea era doble: si las defensas vencían a Guccio en la plaza, debía prevenir que tomaran el camino y atacaran la retaguardia de Rigo; y, si surgía la necesidad, les daría apoyo a Agnolo y a Scudo cuando llegaran a la plaza detrás de la puerta principal. Hasta que fuera llamado a realizar una de estas tareas, se mantendría en el lugar donde estaba.

Como sus colegas en derredor, se quedó sencillamente de pie con la boca semi abierta, una característica que todos los artilleros habían adquirido desde jóvenes y que les daba la apariencia de ser unos lelos. No obstante, el estar parado junto a un cañón con la quijada apretada era una invitación a romperse el tímpano, y aún más en el confinado espacio del túnel en el que se encontraba.

A quince pasos de él, Agnolo y Scudo preparaban sus armas en la desembocadura más lejana del camino. Rigo estaba de pie en medio de sus tenientes; sabiendo que tendrían, quizás, el pulso tres o cuatro grados más arriba antes de la batalla final, palmeó a cada uno de ellos en el hombro mientras el primer disparo de Guccio rompía el silencio de la mañana. Aunque le hubiera gustado ocupar estos momentos y el pequeño filo de sorpresa que representaban para evaluar lo que había frente a él, en campo abierto, supo que al hacerlo desperdiciaría una ventaja muy necesaria y eligió iniciar el asalto desde donde estaba.

—Después de la primera descarga —les dijo—, disparen a discreción. Si hay escaleras, tómenlas. Y por sus vidas, recarguen lo más rápido que puedan.

El tenue rectángulo a la salida del callejón se llenó de pronto con siluetas que emergían de él. No sabían a qué se enfrentaban, pensó Rigo con sombría compasión, pero difícilmente hubieran sido humanos de no cargar ante el ruido de Guccio abriendo fuego. La segunda descarga de éste resonó detrás de Tesoro di Veluti y, sin pausas, le respondieron dos avasallantes percusiones gemelas que estaban a la izquierda y derecha del capitán de artilleros.

Recargando, las escuadras avanzaron, entre remolinos de humo y sobre los cuerpos caídos de los muertos y moribundos, hacia la plaza, que era el objetivo final.

Directamente frente a ellos, a cincuenta pasos, las enormes puertas dominaban el patio, aseguradas sus hojas con un cerrojo de la mitad del ancho del cuerpo de un hombre y que medían seis metros de extremo a extremo. Encima de ellas, la bóveda sostenía un estrecho y almenado puente que unía el espacio entre un par de imponentes torres. De éstas salían unas escaleras, amplias, y bajaban hasta donde estaban los artilleros, formando la ruta principal de acceso hasta la cima del poderoso muro que se extendía hasta desaparecer de la vista detrás de las casas hacia el oriente y el poniente de la plaza.

En el terreno y a su alrededor, calculó Rigo, había cien hombres o más. Desde la escalera a su derecha una cuadrilla de ballesteros estaban corriendo, seguidos de cerca por una horda de alabarderos y de hombres

con espadas. Un grupo de jinetes se alejaban de él al compás de los cascos en dirección al callejón que seguía la base del muro poniente; presumiblemente, pensó, intentarían recuperar la plaza principal desde uno de sus flancos. En la puerta misma, con aire indeciso, una multitud de caballeros y hombres armados iban de un lado a otro, con sus rostros vueltos en señal de alarma hacia la desembocadura del callejón. Miró hacia arriba y vio más alabarderos en el techo. Las flechas se dispararon como quien inicia un canto y dos de sus artilleros cayeron.

Su cañón rugió de nuevo, y la multitud frente a él se marchitó como el pasto ante la hoz. Scudo, el primero en estar listo nuevamente, barrió a los defensores de la escalera, y un instante después el cañón de Agnolo llenó una galería a su izquierda con cuerpos agonizantes. Ambas escuadras, tras recargar, desmontaron sus armas y subieron las escaleras luchando con ellas, una a cada lado de la puerta, golpeando con sus botas a aquellos que, heridos, todavía intentaban detener su paso.

Rigo se cubrió bajo el techo del camino.

—¡Tesoro! —gritó.

—¿Señor?

—A mí, criatura. ¡Los tenemos!

Su tercer cañón rodó hasta la desembocadura del callejón, dándole así tres lados de la plaza. En el puente sobre las puertas vio a Federigo da Montefeltro, que había salido de la torre de la derecha. Regocijado por dentro y sin poner atención a las flechas de las ballestas que todavía silbaban en sus oídos, avanzó hacia el centro de la plaza.

—Mi señor duque —llamó.

Desde la torre opuesta apareció el capitán Guido Falcone, para quedarse de pie al lado de su comandante. Ambos hombres entraron en la escena que los confrontaba. Montefeltro dio un paso hacia el extremo posterior del parapeto y miró hacia abajo a Rigo.

—Ríndanse —dijo el capitán de artilleros—. Los tengo en la palma de mi mano, como pueden ver; por eso dense por vencidos y eviten una masacre mayor.

Montefeltro, indeciso, se volvió hacia el poniente, donde un destacamento corría hacia él por todo lo largo de las almenas. La carga era

suicida. Incapaz casi de saber lo que estaba pasando, vio a la escuadra de Agnolo Fulvio posicionar el cañón al pie de la escalera, colocar el cuerpo del cañón en posición, asentar la recámara y disparar, barriendo la cima del muro como un vendaval dispersa la paja.

Detrás de él, podía escuchar a Lorenzo de Médici acercarse firmemente, a la cabeza de una columna de caballería y de infantería; en la puerta de la torre a su derecha, Paolo e Ippolito estaban de pie, con el rostro trasuntando cobardía. Debajo de él, en la plaza, más de la mitad de los integrantes de su fuerza estaban heridos o muertos.

Tomó una decisión, como debe hacerlo un condotiero. Sus mercenarios, o aquellos que todavía estuvieran vivos, pelearían como hombres si les ordenaba hacerlo, pero lo que vio frente a él era un matadero de pollos en lugar de una batalla. La derrota lo miraba cara a cara, pero en el mundo de los mercenarios se puede sobrevivir a una derrota, mientras que a una masacre no. Además, pelear hasta la última gota de sangre era la impronta no de un soldado, sino de un necio.

Levantó su mano.

* * *

Así pues, sucedió que cuando Lorenzo de Médici, cabalgando rígidamente, con Leonardo da Vinci a su derecha y con Toscanelli a su izquierda, llegaba ante las puertas de la ciudad de Castelmonte, las encontró —como Leonardo le había vaticinado— abiertas para recibirlo. Parecía tan fácil su victoria que casi hubiera sospechado una trampa, esto es, si no hubiera visto a los artilleros saludándolo desde las almenas.

La plaza, cuando entró en ella, estaba repleta. Frente a él estaban los cañones de Guccio Berotti y de Tesoro di Veluti, con sus escuadras sucias y jubilosas. Rigo Leone, cuya única concesión a la formalidad del momento era el haberse desembarazado de la cadena alrededor de su antebrazo, sostenía la espada de Montefeltro y platicaba con él, de un profesional a otro, al lado del cañón de Guccio. Los muertos estaban siendo arrastrados hacia los lados y los heridos estaban cojeando o eran llevados por sus compañeros a los edificios situados a cada lado, que habían quedado marcados con las cicatrices de los disparos.

Toscanelli y Leonardo se retrasaron un poco. Este último se apeó y le dio sus bridas al mercenario florentino. Lorenzo de Médici se quedó de pie unos pasos delante de ellos y fue alcanzado por Federigo da Montefeltro.

—Mi señor —dijo el condotiero llanamente—, sus cañones nos han derrotado; por lo tanto, rendimos la ciudad y todo dentro de ella a la piedad y justicia de Florencia.

Lorenzo miró fríamente detrás de él, buscando algo con la mirada. Pasó un poco más de medio minuto en silencio antes de hablar.

—Denme a los Pazzi —dijo.

—Están presos, señor, a su disposición.

—Por su bien espero que así sea —respondió Lorenzo, mirándolo por vez primera—. Muéstremelos.

* * *

Entre los que observaban esta escena, cuando menos uno lo hizo con cínica indiferencia. Fue visto por unos pocos y reconocido por ninguno, ya que vestía la capucha y el hábito de un monje. Había caminado sin prisa a través del callejón techado, y ahora estaba de pie a poca distancia del recodo del centro, satisfecho por la línea de acción que había seguido y que había sido tan necesaria como correcta. Habiendo procedido así, giró la espalda y estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando desde el suelo, a un lado de él, alguien lo llamó.

—Bendígame, padre —dijo el soldado que yacía mortalmente herido, reclinado contra la pared—, porque he pecado.

—Como todos los hombres —dijo Girolamo Riario—. Hasta luego.

El lancero moribundo lanzó un grito con rabia y desesperación. En la desembocadura de la calle, un artillero volteó ante el ruido. Aunque todavía estaba oscuro debajo de la bóveda del túnel y pese a los hábitos, Tesoro di Veluti reconoció por instinto al hombre que buscaba.

Le hubiera espetado su odio y lanzado un desafío, pero se contuvo. El conde de Imola era su presa, y sólo de él. En el polvo, a unos pasos de él, yacía un sangriento y extraviado estoque. Se inclinó con presteza, lo levantó y corrió por la calle como una liebre. Su súbita partida causó un pequeño

revuelo entre aquellos que estaban más cerca de él. De entre éstos, únicamente un par de hombres supieron al momento la razón de ello.

Leonardo tomó el brazo de Rigo Leone y señaló en esa dirección.

—Todavía no terminamos con Castelmonte —dijo.

Se separaron de los artilleros a su alrededor, caminaron discretamente hacia la entrada del callejón y luego echaron a correr.

Cuando llegaron al extremo interior, sólo la espalda de Tesoro podía verse. Iba esquivando los montones de escombros en la esquina a su derecha y se perdió de vista cuando cambiaron de dirección para perseguirlo. Pasaron al lado de los pilares rotos y de los restos de estuco que quedaban todavía en la bóveda y en las fachadas de las casas a lo largo de este lado de la plaza principal; Leonardo llegó a una pila de mampostería ruinoso antes que el capitán de artilleros y se regresó para ayudarlo a alcanzar la punta de ésta. Delante de ellos la calle lucía vacía, en tanto que los primeros jirones de la niebla matinal coronaban las baldosas y se juntaban en los umbrales de las puertas. Escucharon el sonido de pisadas desvanecerse entre las sombras agolpadas más allá, y después nada más. Rigo, que todavía tenía la espada de Federigo da Montefeltro, hizo un indescifrable ademán con su punta.

—No podemos dejar al chico a su libre albedrío —dijo—. Ambos sabemos lo que quiere hacer.

* * *

Tesoro di Veluti tomó la escalera que llevaba al pórtico de la Capilla de los Muertos con tres zancadas y empujó la puerta con el hombro, sin intimidarse ante lo que podría estar aguardándole. Poco le importaba si estuviera pasando por las mismas puertas del infierno, siempre que cobrara venganza por la muerte execrable de su hermano Andrea.

La habitación en la que se encontraba estaba tapizada con mármol negro, y estaba llena —o así le parecía— de hombres vestidos, como su enemigo, con hábitos ceñidos por una cuerda en la cintura. A un lado de la capilla, que era donde claramente estaba, había un ataúd sobre una litera. No tenía ningún cuerpo; en su lugar, había una cantidad considerable de

monedas de oro y plata, sobre las cuales dos de los supuestos frailes estaban inclinados doblando un pañuelo.

Comprendió de inmediato los preparativos para la huida que había interrumpido, pero no eran de su incumbencia. Lo que lo enfurecía era que no podía distinguir a su enemigo entre los quince hombres o más que estaban vestidos del mismo modo y que ahora se volvían hacia él, amenazantes, en la oscuridad. Cargó contra ellos, hiriendo y empujando con su espada al calor de una prístina frustración mientras volvía la vista hacia un lado y hacia otro en búsqueda del asesino que había venido a destruir. La acendrada furia lo llevó al extremo de la nave, donde encontró no la recompensa que buscaba, sino otra. Junto a la escalera del presbiterio, un hombre estaba de pie; sujetaba un pesado candelero de piedra como si tratara de levantarlo de su pedestal. Sacudió la cabeza y la capucha que cubría su rostro cayó sobre sus hombros. Era el rostro del conde Giovio della Rovere, gobernador de Castelmonte.

—¡Perro! —gritó Tesoro di Veluti, y se lanzó contra él blandiendo la espada. Della Rovere, con las manos ocupadas por el cilindro de mármol que trataba de soportar, no tuvo tiempo de desenvainar su espada. Aunque lo hubiera hecho, el resultado no hubiera sido distinto: tan violento y encarnizado fue el ataque del joven artillero. La punta de la espada de Tesoro recorrió el cuerpo de Della Rovere de lado a lado, abrió arterias y atravesó su hígado; con los ojos en blanco, tambaleante, el cuerpo de Giovio se desplomó, y sobre él cayó el candelero.

Más allá del cuerpo sin vida se desparramaba una marea de esmeraldas, rubíes y diamantes, escondidos entre el centro de la columna, y que ahora se dispersaban, cual cornucopia, sobre las losas pulidas. Tesoro di Veluti, todavía obsesionado por su deseo de venganza, no les prestó ninguna atención. Mientras luchaba con todas sus fuerzas por liberar su espada, no pudo percibir la presencia de quienes se abalanzaron sobre él y lo golpearon, dejándolo sin sentido en el piso.

* * *

Leonardo y Rigo escucharon su grito de furia desde la calle, la cruzaron y subieron la escalera hasta la capilla mortuoria al mismo tiempo. Como no

estaban consumidos por la irrefrenable y devoradora pasión que dominaba a Veluti, bien podrían haberse sentido intimidados por la escena que los recibió más allá de la puerta, pero se habían acercado silenciosamente y, por consiguiente, tenían ventaja sobre los que estaban adentro, aunque no en número.

La mayoría de sus oponentes estaban congregados en torno al artillero caído, y aquellos que se encontraban más cerca de la puerta estaban impedidos por sus monásticos disfraces. Dos de ellos yacían muertos, habiendo sido asesinados durante la carrera de Tesoro hacia el altar. Se libraron de otros dos al momento de su entrada, pero sus posibilidades de triunfo todavía eran escasas.

Después de analizar estas posibilidades, Rigo Leone tomó de inmediato una lámpara desde un pequeño gabinete a su lado, la sopesó un instante y la arrojó hacia el grupo que estaba en los escalones del presbiterio. Se encendió entre ellos, dispersando su flama y arrancando destellos multicolores de las gemas que yacían ignoradas por el piso de mármol de la nave. Tres hombres, con el hábito empapado en aceite llameando, lucharon inútilmente para desembozarse de éstos; Rigo atacó a los restantes, blandiendo a derecha e izquierda torpemente, pero con una fuerza sobrehumana, y llegó hasta el coro detrás de ellos, posición ventajosa desde donde pudo volcar el segundo de los enormes candelabros sobre aquellos que lo seguían, consiguiendo un breve respiro.

Leonardo, escogiendo quedarse donde estaba para dividir a sus contrincantes, se encontró acorralado por un tipo alto provisto de un estilete, y detrás de él dos más blandían sus aceros. Eligió con cuidado su objetivo, atacó al portador de la daga en el estómago y le arrancó el arma de entre los dedos yertos mientras caía. Con la mano izquierda, y sin pausas, lanzó ésta con escalofriante precisión al primero de los dos hombres que iban detrás, hundiéndola en su pecho hasta la empuñadura, y derribó al segundo un instante después con un golpe de su estoque en la garganta.

Como no había nada más que hacer en ese extremo de la capilla, corrió a todo lo largo de la nave para ayudar a Rigo. El artillero, que estaba de pie sobre la banca del coro, había colocado su pie firmemente y sin ceremonias sobre el rostro del más cercano y decidido de sus atacantes; luego extendió

su pierna con la fuerza de un émbolo y catapultó a su víctima de espaldas con una velocidad que hizo levantar sus pies del suelo y extender sus brazos en el aire salvajemente como si emprendiera el vuelo. Había muerto incluso antes de aterrizar al pie de las escaleras del presbiterio, con el pomo de la espada de Leonardo presionando su espalda baja y el aproximadamente medio metro de largo del acero sobresaliendo de su esternón. El peso del lanzamiento torció la mano de Leonardo; fuera de balance, el artista dio un paso al lado y su pie se resbaló con una de las traicioneras joyas que yacían regadas en el piso. Tropezó torpemente, luchando por mantener el equilibrio, y escuchó la risa de Rigo. Su mano, buscando sujetarse en algo, se posó sobre lo que reconoció que era el cuerpo inerte de Giovio della Rovere. Desarmado, puso su rodilla sobre el cuerpo como punto de apoyo, para tomar la espada enquistada entre las costillas, y logró ponerse de pie en el momento en que dos de los hombres que se habían quemado lo atacaban. El embate careció tanto de habilidad como de convicción; hirió a uno de ellos desdeñosamente y, evadiendo la carga del otro, lo tomó de la garganta con gran firmeza y azotó su cráneo contra la base del púlpito.

Respirando algo fatigosamente, se volvió una vez más, dando la espalda al coro, sólo para descubrir que, con la caída de los últimos oponentes de Rigo, ya no había nadie más con quien pelear.

En una esquina, bajo el atril, vio a Tesoro di Veluti estremecerse. Rigo bajó pesadamente los escalones de la nave, con sangre brotando de su manga y una amplia sonrisa en el rostro.

—¿Riario? —preguntó escuetamente Leonardo.

—No —dijo el capitán de artilleros—, debes haberlo matado tú. Las cosas han estado un tanto agitadas estos minutos, pero creo que me habría dado cuenta si lo hubiera hecho.

Se miraron uno al otro y comenzaron, metódicamente y como si se fusionaran en una sola mente, a voltear los cuerpos diseminados alrededor de ellos. Fue Tesoro di Veluti, recobrando el sentido y sabiendo lo que pasaba, quien los iluminó.

—Escapó —dijo el joven artillero, sacudiendo la cabeza—. Mientras yo estaba en el acto de matar a Della Rovere.

—No fue por la puerta —repuso Rigo—, o se hubiera encontrado con nosotros.

—No —contestó Tesoro, señalando—. Creo que se fue por el altar.

Leonardo y Rigo subieron las escaleras del coro con el corazón estrujado. Más allá de los bancos, un tapiz se movió ligeramente. Lo hicieron a un lado y descubrieron detrás de él una estrecha bóveda y una escalera, desde cuyo pie soplaba una brisa fría y suave que les obsequió una caricia irónica y vacía.

* * *

Los guardias florentinos en la puerta secundaria o poterna observaron, sin curiosidad, al fraile que caminaba a través de la viña, deteniéndose de vez en cuando sobre los muertos como para bendecirlos. Llegó sin prisa a la puerta externa y levantó una mano en señal de saludo.

—*Pax vobiscum* —dijo.

—*Et tecum, pax* —repuso mecánicamente el vigía—. Hay trabajo de sobra para usted.

—En la guerra siempre es así —repuso el fraile—. Y hay más allá afuera que han ido al encuentro del Señor. ¿Podría tener su venia de pasar?

—Por supuesto.

—Agradezco su cortesía —dijo el conde de Imola—. *Benedicamus Domine*, ahora y siempre.

—Amén —dijo el guardia, haciéndose a un lado.

OceanofPDF.com

XXIV

—SE COLOCÓ al lado de nosotros el año pasado —protestó Guido Toscanelli—. Es algo que debemos considerar, señor.

—Eso fue el año pasado —contestó Lorenzo de Médici. Estaba sentado a la cabecera de una mesa en su biblioteca y volvió su rostro y sus hombros hacia Leonardo, quien estaba a su derecha—. Las cosas son diferentes ahora.

—Pero su conducta es objeto de fama —insistió Toscanelli—. El solo nombre de Federigo da Montefeltro...

—Ha sido aminorado de algún modo desde ayer por la mañana —dijo secamente Lorenzo—. Nos ha pagado una multa de sesenta mil florines. ¿Sugieres que debo contratarlo y devolvérselo?

—De ningún modo —contestó Toscanelli—. Se unirá a nosotros por menos, porque sabe que Roma no puede venir por estos caminos. Ofrezca su protección a él y a sus hombres, por nueve meses, y que defienda Castelmonte, pero ahora en el nombre de Florencia.

—Lo consideraré —respondió Lorenzo—. Más importante es la cuestión de la siguiente jugada de Roma. Sixto no nos puede atacar ahora directamente y buscará aliarse con Lucca o con Siena; y no podemos permitirnos permanecer inmóviles mientras lo hace. Capitán Leone, creo que su tarea en este momento es bastante clara. Tenemos todo el verano por delante y usted querrá perfeccionar el uso de sus nuevos cañones. Maese Leonardo, ¿cuántos más debemos adquirir? Nuestros cofres están llenos.

—Esa decisión es suya, señor —repuso Leonardo.

—Naturalmente —dijo Lorenzo—, pero busco su consejo como su inventor y mi ingeniero.

—Con todo respeto, señor, debo señalar que nuestro acuerdo está terminado.

—Así es, no lo he olvidado. ¿Qué es lo que pide para quedarse más tiempo a mi servicio?

Leonardo se inclinó hacia delante.

—Señor, debo agradecerle su tolerancia durante el tiempo que mis intenciones no eran claras para usted. ¿Podría solicitarla de nuevo? Partiré de Florencia a inicios de la siguiente semana.

—Lo convencería de no hacerlo si pudiera. ¿A dónde se dirige?

—No lo he decidido; quizás hacia el norte, a Milán, o quizá no.

Se levantó de la mesa, hizo una reverencia y salió del salón. Los demás lo miraron partir.

—Una mente ágil —dijo Toscanelli—, pero engañosa.

—No estoy seguro de que sea engañosa —dijo Lorenzo de Médici—. Algo distinto, quizá. Sin embargo, daría lo que fuera para saber cuáles son realmente sus intenciones. ¿Tiene urgencia de ir a Milán, capitán Leone?

—No lo había pensado —respondió sorprendido Rigo.

—Hágalo —le ordenó Lorenzo—. Los milaneses son espléndidos forjando armas, y en cualquier caso no sería desventajoso para Florencia que Sforza, porque quizás haya escuchado la historia de la caída de Castelmonte, decidiera unirse a nosotros debido a las habilidades de nuestra artillería.

* * *

—Dicen —anunció Bianca Visconti desde el balcón— que usted es un héroe. Si estuviéramos en la antigua Roma le harían una procesión triunfal. ¿Qué se siente ser un héroe?

—Bastante bien durante una o dos horas —le contestó Leonardo—. Después de eso uno comienza a preguntarse si es verdad, y al día siguiente sabe que no.

—Eso es lo que *usted* concluiría, por supuesto.

—No estoy seguro de lo que quiere decir con esto.

—Quiero decir que hay mil hombres más que no llegarían a concluir nada parecido. Silvio Grimiani, por ejemplo.

—Él está muerto —dijo Leonardo—. Y yo sigo vivo, que es todo lo que importa. —Se acercó a la ventana y se paró detrás de ella.

—Es cierto —dijo Bianca—. Está en lo correcto, como siempre. Giuliano está muerto también, y Constanza llora; usted está aquí, y si lloro es por su dolor y por mi felicidad. ¿Qué será de ella?

—He escrito en su nombre al cardenal Della Palla.

—¿Para que le encuentre un convento?

—Si es lo que ella desea —repuso Leonardo.

—Lo sé. Yo no escogería la vida de una monja si estuviera en su lugar —dijo Bianca—, pero no lo estoy. Y quizá cambie de parecer cuando llegue el bebé... No, no lo hará. La conozco demasiado bien. Enviaré al niño a sus tías. ¿Por qué al cardenal Della Palla?

Leonardo lo pensó.

—Porque —dijo— es lo más cercano a un amigo ahora que Giuliano se ha ido.

—Tienes a Rigo Leone.

—Todavía no —contestó Leonardo—. Con el tiempo quizá, pero todavía no.

Bianca volvió su rostro hacia él.

—Y a mí. —Al proferir estas palabras, rodeó el cuello de Leonardo con sus brazos y él la besó—. Amiga —dijo—. Pupila, siempre. Amante, si lo deseas. —Dejó caer un dedo en sus labios—. Y no empieces a discutir conmigo como siempre haces, Leonardo. Podrás decir sí o no, pero no escucharé tus razones, pues el amor en sí mismo es irracional.

—Madona —dijo gentilmente Leonardo—, en unos pocos días me marchó de Florencia.

—Eso lo sé también. ¿Qué tiene que ver eso? Giuliano está muerto y Constanza pasará su vida en un convento, y ya estás hablando del mañana. Te daré lo que me pidas, pero el mañana no es algo que me toque dar. Si nos volvemos a encontrar, debemos regocijarnos, y si no, ¿cómo nos ayudará el raciocinio? Entonces, elige ahora, por ti y por mí. ¿Sí o no?

—¿Y cómo sabes que te amo, Bianca?

—Oh, en lo que respecta a eso —replicó Bianca—, lo he sabido mucho antes que tú, porque no tengo necesidad de razonar, o de considerar, o de

concluir. Algunas veces siento de verdad lástima por ti. ¿Entonces?

—Sí —dijo Leonardo.

* * *

Delante de ellos, el camino se dirigía al sur para internarse en el verano. Su compañero parecía incómodo y finalmente habló:

—Tengo una confesión que hacer —dijo—, Lorenzo...

—Está hecha —respondió Leonardo—. Entonces hablemos de otras cuestiones, como la posible defensa en contra de la artillería movable.

Rigo no respondió a esto y cabalgaron en silencio. Después de recorrer un kilómetro y medio:

—Éste no es el camino a Milán —dijo el artillero.

—No voy a Milán —respondió Leonardo—, sino a Malta.

—¡Malta! En el nombre de Dios, ¿por qué?

—Por una buena razón, o no. La vida está llena de sorpresas, si tan sólo las dejamos venir a nosotros.

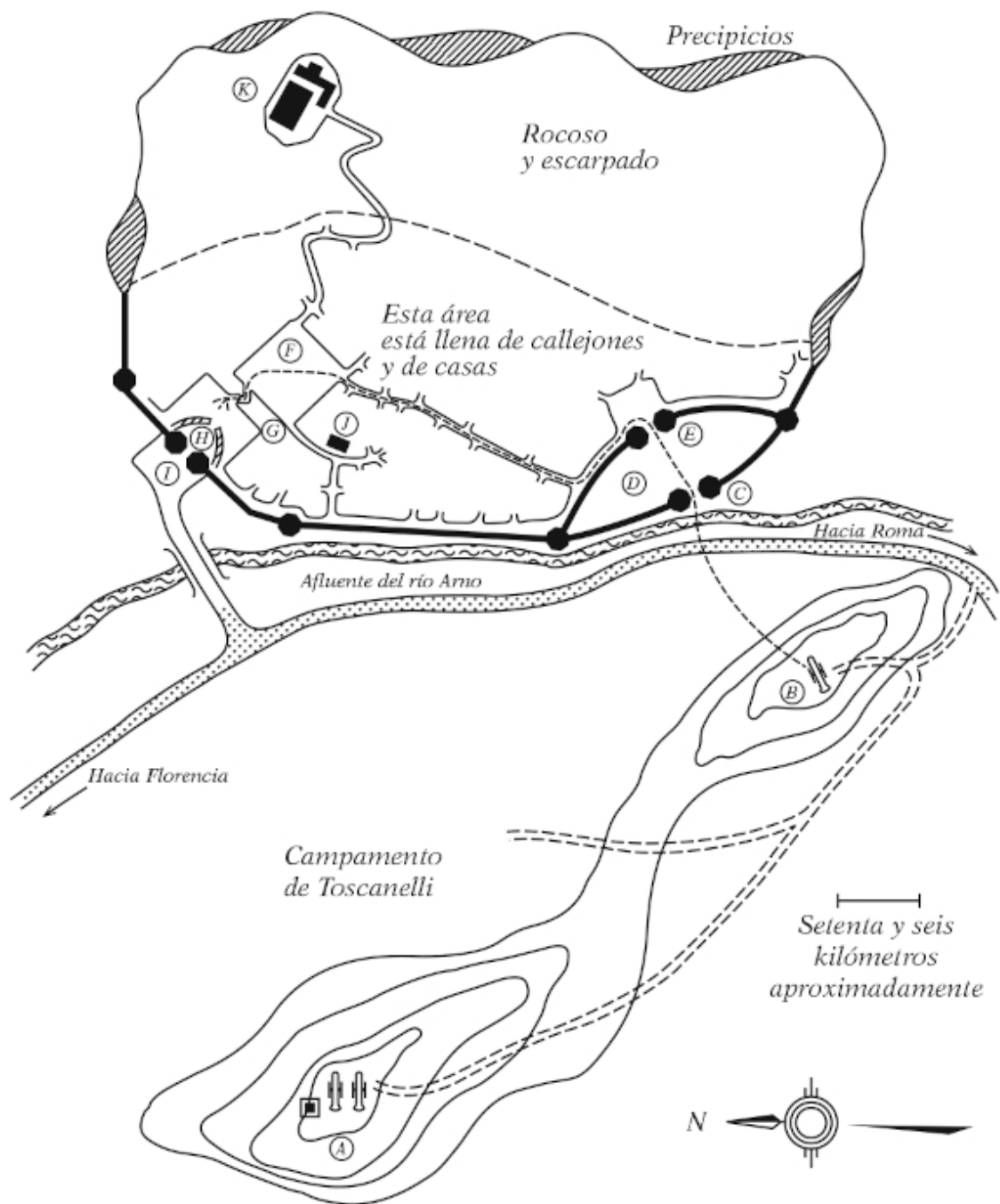
—Había pensado... —comenzó Rigo—. Es decir, que...

Leonardo se inclinó hacia delante y palmeó el cuello de su caballo, riéndose.

—Sé lo que estabas pensando —dijo—, y lo que pensaba Lorenzo, pero de cualquier modo cabalguemos... juntos.

OceanofPDF.com

EL SITIO DE CASTELMONTE



A. Sitio de los cañones en la colina principal: como el contorno lo indica, estos cañones no podían ser colocados a fin de

- lanzar fuego directamente hacia la puerta principal de Castelmonte.
- B. Sitio desde el que comienza el asalto final y desde donde los disparos de Leonardo destruyen las poternas interior y exterior.
 - C. Poterna exterior. (La Boca de la Serpiente).
 - D. Viña.
 - E. Poterna interior con una pequeña plaza detrás de ella.
 - F. Plaza principal. Reducida a escombros por los artilleros.
 - G. Camino techado y angulado entre la puerta de la plaza y la plaza principal.
 - H. Puerta de la plaza, con escaleras que llevan al muro y a las torres.
 - I. Puerta principal.
 - J. Capilla de los Muertos.
 - K. Castillo y monasterio en la cima de Castelmonte: el camino de acceso serpentea conforme avanza entre pendientes empinadas.



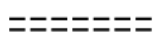
Muro principal de Castelmonte.



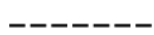
Camino de Roma a Florencia.



Río.



Caminos pedregosos para llevar cañones.



Ruta que tomaron los artilleros de los Médici en el asalto final.

SOBRE LOS AUTORES

MARTIN WOODHOUSE. Mejor conocido como el guionista de varios episodios de la popular serie de televisión *The Avengers* [Los Vengadores], Martin Woodhouse, además de escribir novelas, publicó poemas y, como editor, creó los primeros libros electrónicos. Estudió medicina e hizo investigación en psicología experimental, pero sus intereses profesionales derivaron hacia la inteligencia artificial: por un lado, creó una computadora (llamada Logical Truth Computer) encaminada a encontrar la verdad lógica a fin de discernir las diferencias entre la inteligencia humana y la de las máquinas y, por otro, indagó las relaciones entre la cognición humana y la arquitectura computacional. Como novelista, se dedicó sobre todo al género híbrido del *techno-thriller* —en el que confluyen la narrativa de ciencia ficción, la de suspenso o espionaje y la bélica— y escribió primero una serie de libros sobre el personaje ficticio Gilles Yeoman —ingeniero aeronáutico—: *Tree Frog* [La rana del árbol], *Bush Baby* [El lémur], *Mama Doll* [Mamita muñeca] y *Blue Bone* [Hueso azul]. Cuando se fue a vivir a la isla de Montserrat en el Caribe se encontró con Robert Ross, un ex publicista que compartía con él una fascinación añeja por la figura de Leonardo da Vinci. Pronto se unieron como coautores para escribir la segunda serie de novelas, pertenecientes en parte a ese género y en parte al histórico: la presente de *The Medici Guns* [Los cañones de los Médici]; *The Medici Emerald* [La esmeralda de los Médici], y *The Medici Hawks* [Los halcones de los Médici]. Woodhouse fue también autor de novelas de otro corte como *Phil & Me*. Asimismo, fue piloto, paracaidista y esquiador.

ROBERT ROSS. Antes de dedicarse a escribir novelas, fue director creativo de la agencia de publicidad Leo Burnett. Cuando se retiró a la isla de Montserrat, se fue apasionando por la figura de Leonardo da Vinci y trató de aprender todo lo habido y por haber acerca del genial inventor y artista y sobre su época. Allí entró en contacto con Martin Woodhouse y, como coautores, escribieron las tres novelas antes enlistadas en torno a la figura del autor de *La última cena*. Obras donde la recreación histórica se alía al tecno-suspenso, en ellas Da Vinci es presentado sobre el trasfondo de la Italia renacentista como una suerte de James Bond *avant la lettre*, ducho en el manejo de los aparatos que concibió, desde los cañones y las máquinas voladoras hasta los submarinos y otras innovaciones, siempre para hacer frente a una serie de desafíos propios de una historia de espadachines, involucrándose en correrías de un romanticismo perenne. Su última novela, *A French Finish* [*Un acabado francés*], le valió en 1978 el Premio Edgar Allan Poe a la primera novela de misterio de un escritor debutante.

OceanofPDF.com



MARTIN CHARLTON WOODHOUSE (Romford, Essex, Inglaterra, 29 de agosto de 1932 – Inglaterra, 15 de mayo de 2011). Escritor y guionista británico. Es más famoso como escritor de la serie de televisión *The Avengers*, pero también es autor o coautor de once novelas. Fue un ex médico, piloto, ingeniero y diseñador de computadoras.

Obras: *Tree Frog* (1966); *Rock Baby* (a. k. a. *Bush Baby*) (1968); *Phil and Me* (1970); *Mama Doll* (1972); *Blue Bone* (1973); *Medici Guns* (1974); *Medici Emerald* (1976); *Moon Hill* (1976); *The Remington Set* (1976); *Medici Hawks* (1978); *Traders* (1980).

OceanofPDF.com



ROBERT ROSS (Columbus, Ohio, Estados Unidos, 20 de julio de 1918 – Hendersonville, Carolina del Norte, Estados Unidos, diciembre 23 de 2003). Fue director creativo de la agencia de publicidad Leo Burneet Worldwide y escritor estadounidense.

Obras: *Medici Guns* (1974); *Medici Emerald* (1976); *Medici Hawks* (1978); *A French Finish* (1978).

OceanofPDF.com

Notas

[*] *La siguiente parte fue omitida en la edición española, en inglés continúa de la siguiente manera:* “Good Master Matteo”, said Bianca Visconti, “I pray you, tell me”. They were standing together on the small footbridge that spanned the brook behind the palace.

“It was nothing, my lady”, said the archer. “That is to say... it was but a dream of his, and we were children at the time”.

“So you said. Tell me of it”.

“I thought it great nonsense”, the archer grunted. “As he recounted it to me, he dreamed that he lay in a hayfield on the farm, and that a hawk fell upon him from the sky, beating him about the lips with its tail. Afterward, he refused for many months to go to school in the village, though his father, Ser Piero, thrashed him soundly many times on account of it”.

“Indeed?” said Bianca. “And why did Leonardo refuse”.

“He said that the bird had revealed to him his destiny, which was to speak the truth as he found it. His teachers, so he claimed, did not know truth when they saw it and were feeding him nonsense. He was strange even in his youth, my lady”.

“And you were his friend”.

“In some sort”, agreed Barletta.

“Had he many friends? Or did these notions of his drive them away”.

“My lady, it is hard to say. There were many who sought his friendship, but few that he would himself accept. He could always draw men to him, and women too, whether he tried to or not. But I think that until he came to Florence with his father, he was often lonely, though with no good reason that I could find”.

“But he accepted you”, persisted Bianca.

The archer laughed. "Perhaps because I never made the mistake of admiring him. Or of seeming to. I loosed arrows at rabbits, and told him not to be a bigger fool than he could help. And he was unhandy with a bow, as I was not, and I too had small love of teachers. So we went hunting together, which is to say that I hunted while he watched the sky and pulled leaves from trees. And since I understood barely a quarter of what he said and could nonetheless fight as well as he could".

"Did he fight with you?" interrupted Bianca.

"Often. He was stronger than I, but since he seldom gave his mind to it, we were evenly matched. I would lose my temper, my lady, and Leonardo would not, and that's the difference between us".

"Say no more. It is clear that you understand him well enough, Barletta, and I begin to understand him better. He has need of friends like you, I think".

"And perhaps like you, my lady".

Bianca Visconti threw a twig into the water beneath them. "Possibly", she said. "And possibly not. We shall have to see. <<

[¹] *Sub rosa*. En latín, literalmente debajo de la rosa. Se colgaba una rosa encima de la mesa del concilio como señal de confidencialidad. [T.] <<

[2] Forma poética usada entre los siglos XIII y XIV que consistía en una sola estrofa de seis u ocho versos endecasílabos, el *strambotto* fue transpuesto a la música por compositores de canciones populares de sesgo cómico y madrigales en los siglos XV y XVI. [T.] <<

[*] Este último párrafo, no se encuentra en al versión inglesa. <<

[*] Falta la siguiente frase que culmina el párrafo en la versión inglesa:
“glancing back at the retreating figure on the other side of the brook”. <<

[3] Taxímetro. Herramienta de referencia para mantener el rumbo de un barco en el mar sin elementos de dirección. [T.] <<

[*] Falta el siguiente párrafo en la versión española: “The four men who had been on top of the wall came out of the archway at his rear, having descended the gatehouse stair”. [Los cuatro hombres que habían estado en el arco del muro en la parte trasera, que habían descendido a la escalera de la puerta de entrada] [Traducción del editor digital]. <<

OceanofPDF.com